

cuadernos de
**Nuestra
américa**
Vol. XXVI / Nº 49 / Enero-Junio 2017





El Centro de Investigaciones de Política Internacional es una institución de carácter académico adscrita al Instituto Superior de Relaciones Internacionales “Raúl Roa García” (ISRI) fundada el 25 de noviembre de 2010.

Cuenta con más de 40 investigadores-profesores y mantiene estrecha relaciones de intercambio y colaboración científica con centros de investigación, universidades y organizaciones académicas de Cuba y otros países.

El CIPI tiene la misión de contribuir a la actualización periódica de la planeación estratégica y la ejecución de la política exterior cubana, mediante la realización de investigaciones y estudios, a mediano y largo plazo, en el campo de la política internacional y las relaciones internacionales.

Las direcciones principales del trabajo de la institución son la investigación científica, la elaboración de Escenarios de Política Internacional, la organización de eventos y las publicaciones.



Cuadernos de Nuestra América

Es una publicación semestral editada por el Centro de Investigaciones de Política Internacional (CIPi).

Consejo Editorial:

Presidente: Dr. Adalberto Ronda Varona (CIPi)
Dr. Gilberto Valdés Gutiérrez. (I F GALFISA)
Dra. Esther Aguilera Morató (CIEI)
Dr. Nelson Roque Suástegui (CIPi)
Dr. Ernesto Molina Molina (ISRI)
Dr. José Bell Lara (FLACSO-Cuba)
Dr. Jorge Hernández Martínez (CEHSEU)
MSc. Juan A. Cordero Martínez (CIPi)

Consejo Asesor:

Dr. Roberto Regalado Álvarez (CEHSEU)
Dr. Luis Suárez Salazar (UNEAC)
Dr. Alberto Prieto Rozos (UH)
Dr. Emir Sader (Brasil)
Dra. Ana Esther Ceceña (México)
Dr. Julio Gambina (Argentina)

Cordinador:

MSc. Luis Feito Corratgé (CIPi)

Edición:

José Alejandro Álvarez (CIPi)

Diseño y Composición:

Alexis Ponce (ACCS)

Redacción:

3ra. Ave., No.1805 entre 18 y 20, Miramar, Playa,
Zona postal 13, La Habana, Cuba.

Teléfonos: 7206 3098, 7202 6442 ext. 19

E-mail: revcuaderamerica@cipi.cu

Sitio web: www.cipi.cu

Se autoriza la reproducción total o parcial de los artículos siempre que se indique la procedencia.
Cada trabajo expresa la opinión del autor.

Índice

- 11** **Lic. Mayra Bárzaga García** | Complejidades actuales en América Latina para enfrentar el proyecto de reconfiguración neoliberal
- 25** **Dra. Beatriz Stolowicz** | El “posneoliberalismo” para una reforzada hegemonía del capital
- 35** **Dr. Hugo Moldiz Mercado** | Espacialidad y temporalidad en la lucha por la emancipación de América Latina. Desafíos y amenazas
- 63** **Dr. Darío Salinas Figueredo** | América Latina, el Caribe y Estados Unidos: grietas en la hegemonía y reconfiguración del mapa político regional
- 87** **MSc. Sunamis Fabelo Concepción-MSc. Angel Rodríguez Soler** | Empoderamiento mediático y juventud: los nuevos retos del sujeto latinoamericano
- 99** **Lic. Renio Díaz Triana** | Brasil bajo ataque: guerra mediática y poder inteligente
- 115** **Dr. Marcos Antonio da Silva** | Políticas externas y la relación Brasil-Cuba en el nuevo siglo: balance y perspectivas
- 133** **Dra. Oneida Álvarez Figueroa** | Cuba en la integración latinoamericana y caribeña: oportunidades y desafíos
- 147** **Dr. Eugenio Espinosa Martínez** | Economía política de la Integración Regional Internacional: las nuevas formas de cooperación e integración. Apuntes para una síntesis
- 157** **Dr. Nelson Roque Suástegui** | Asociación Estratégica Estados Unidos de América-Unión Europea: estado actual y sus impactos para América Latina en el ámbito de la Seguridad
- 189** **Dr. Jorge Hernández Martínez** | La otra historia de los Estados Unidos: el pensamiento crítico norteamericano entre mitos, falacias y verdades



Presentación

El número 49 de *Cuadernos de Nuestra América* presta particular atención a la restauración conservadora de la derecha y al papel de los Estados Unidos de América en el proceso de reconfiguración del mapa político de América Latina, así también a la lucha por la emancipación y los procesos de integración y cooperación en la región, además de otros temas de actualidad política, económica, de seguridad y académicos.

En el primer artículo de la revista titulado “Complejidades actuales en América Latina para enfrentar el proyecto de reconfiguración neoliberal en la región”, Mayra Bárzaga se propone contribuir con sus consideraciones al debate sobre el supuesto fin del ciclo progresista en Nuestra América. La autora identifica y comenta tareas inconclusas y desafíos para los gobiernos progresistas; se refiere a la restauración conservadora de la derecha, la reconfiguración de la hegemonía estadounidense e incorpora sus opiniones en torno a la disputa sobre el modelo de desarrollo y la construcción del sujeto sociopolítico del cambio. Asimismo señala transformaciones pendientes y reconoce las incuestionables realizaciones de los gobiernos progresistas en beneficio de las amplias mejoras de sus pueblos.

La Dra. Beatriz Stolowicz, en el segundo artículo que recoge la presente edición, “El «posneoliberalismo» para una reforzada hegemonía del capital”, recuerda que lleva años alertando sobre el error de que la izquierda utilice como propio el término “posneoliberalismo”, pues según su criterio, este forma parte de la estrategia dominante ejecutada con éxito desde comienzos de los noventa para estabilizar la reestructuración capitalista iniciada en los años setenta. La autora argumenta sus criterios sobre el cumplimiento de la estrategia desarrollada por el gran capital para reanudar sus ganancias y el poder, valiéndose de la legitimación del discurso crítico del neoliberalismo y del ingrediente conceptual y simbólico del progresismo. Por ello, considera necesario pensar sobre la reproducción capitalista para poder desenmascarar sus objetivos permanentes y sus tácticas cambiantes, hecho que no se podría apreciar sin una sólida concepción epistémica anticapitalista.

El politólogo Hugo Moldiz Mercado aporta a este número de la revista el estudio “Espacialidad y temporalidad en la lucha por la emancipación de América Latina. Desafíos y amenazas”. Moldiz Mercado comenta tres grandes e importantes olas en la historia emancipadora de los pueblos de la región latinoamericana y caribeña. Explica que Nuestra América vive su tercera ola emancipadora en un terreno lleno de peligros. Opina que para tener una aproximación objetiva a las características del tercer momento emancipador es indispensable tener en cuenta que los tiempos y la capacidad del capitalismo no son los mismos en ninguno de los casos. Considera que la ola emancipadora que atraviesa a América Latina hoy demanda concebir la emancipación o revolución en un sentido restringido, amplio y pleno. El autor reconoce que la fuerza de la ola revolucionaria de la última década y media da señales de cierto agotamiento, por lo que se hace perentorio crear las condiciones favorables para impulsar una nueva oleada que defienda las conquistas y profundice el camino hacia el horizonte emancipador, hecho que constituye un desafío nada fácil.

“América Latina, el Caribe y Estados Unidos: grietas en la hegemonía y reconfiguración del mapa político y regional” es el título de la contribución del profesor Darío Salinas Figueredo. El autor asume como eje de preocupación central analítica los procesos de cambio político en la región, sus dinámicas internas y excesos, ofreciendo una presentación general para la comprensión del escenario hemisférico interamericano a través de sus tensiones y perspectivas.

En el artículo “Empoderamiento mediático y juventud: los nuevos retos del sujeto latinoamericano”, la MSc. Sunamis Fabelo y el MSc. Angel Rodríguez Soler abordan el importante y actual problema del sujeto social en su relación con las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones (TICs) en las condiciones de América Latina. Los autores, tal como se propusieron, analizan los desafíos fundamentales en torno a la construcción del sujeto contrahegemónico en América Latina, teniendo en cuenta la crisis de la cultura política que ha caracterizado a diferentes generaciones a partir de los años 1990, la influencia hegemónica y las comunicaciones sobre la reproducción cultural del universo juvenil latinoamericano como parte de la repolitización de la sociedad, proceso en el que desempeñan un papel fundamental las TICs.

“Brasil bajo ataque: guerra mediática y poder inteligente” se titula la propuesta del Lic. Renio Díaz Triana, la que incluye diversos elementos de juicios en la sustentación de la convicción del peligro que corre la continuidad del gobierno de coalición encabezado por el PT como resultado de la guerra mediática y de la aplicación del poder inteligente y el golpe suave, todo ello integrado a un plan dirigido también contra los procesos progresistas en la región.

De su parte, el Dr. Marcos Antonio da Silva aporta a esta edición su estudio titulado “Políticas externas y la relación Brasil-Cuba en el nuevo siglo: balance y perspectivas”. El autor de este artículo explica las relaciones entre ambos países a partir de lo que él identifica como principios y elementos generales de la política externa desarrollada por cada una de estas naciones para insertarse en un mundo globalizado. Así, el Dr. Da Silva se pronuncia sobre la política exterior de las dos últimas décadas, sus relaciones, atendiendo a los objetivos de dichas políticas en este nuevo siglo y considerando la naturaleza, intensidad, los retos y tensiones en los vínculos entre Cuba y Brasil.

El siguiente trabajo, “Cuba en la integración latinoamericana y caribeña: oportunidades y desafíos”, de la Dr. Oneida Álvarez Figueroa, ofrece un conjunto de consideraciones sobre la complejidad de las transformaciones en curso para encarrilar el proceso de desarrollo dinámico y sostenible de la economía cubana, caracterizado por la distribución de la riqueza, en medio de importantes desafíos internos y el adverso contexto internacional. La autora del artículo explica la elevada dependencia y vulnerabilidad de la economía cubana respecto al sector externo, lo que impone la urgencia de diseños y la aplicación de estrategias acertadas y renovadas políticas para perfeccionar la inserción internacional. En este sentido, la autora del trabajo centra su atención en la necesidad de la integración regional como uno de los eslabones claves de la imprescindible estrategia de desarrollo integral, y considera conveniente explicitar las oportunidades que ofrecen los vínculos del país con la región.

El Dr. Eugenio Espinoza Martínez tributa también al conocimiento y utilidad práctica de la integración con su ensayo “Economía política de la Integración Regional Internacional: las nuevas formas de cooperación e integración. Apuntes para una síntesis”. El profesor Espinoza Martínez parte de sus reflexiones conceptuales y fundamentos empíricos para preguntar sobre qué realmente nuevo aportan las actuales formas de cooperación e integración en la región latinoamericana, las tendencias que

favorezcan el desarrollo inclusivo y ambientalmente responsable, sus logros fundamentales, los principios, limitaciones y perspectivas, entre otras importantes interrogantes. Él reconoce que pese a no dar respuestas exhaustivas a las preguntas formuladas, al menos ofrece algunas líneas de reflexión y apuntes que favorecerán el debate constructivo sobre tan importantes y necesarios temas, por lo que presta particular atención a las formas de cooperación e integración regional o internacional como el ALBA-TCP, UNASUR, CELAC y MERCOSUR.

A continuación se incorpora el trabajo “Asociación Estratégica Estados Unidos de América-Unión Europea: el estado actual y sus impactos para América Latina en el ámbito de la Seguridad”, del Dr. Nelson Roque Suástegui, que tiene como propósito declarado identificar las convergencias de las partes en sus posturas respecto a América Latina. El profesor Roque Suástegui parte en sus consideraciones de que las relaciones trasatlánticas son las más fuertes y estables de las asociaciones estratégicas a nivel global. Las convergencias de las respectivas políticas y concepciones sobre la seguridad nacional, regional y mundial, ejemplifican la capacidad de acción para el logro de sus actividades e intereses económicos. Atendiendo a ello, el autor aborda en su desarrollo temático las relaciones de la Unión Europea y los Estados Unidos de América con América Latina y el Caribe prestándole atención priorizada a diversas aristas del Comando Sur, la Tercera D del *smart power*, y otros importantes temas de seguridad para la región.

El trabajo que concluye este número de *Cuadernos de Nuestra América*, titulado “La otra historia de los Estados Unidos: el pensamiento crítico norteamericano entre mitos, falacias y verdades”, constituye un homenaje del Dr. Jorge Hernández Martínez a la obra de Howard Zinn. Tal como escribe el Dr. Hernández Martínez en su entrega a la revista, “las presentes notas han sido motivadas por la intención de rendir un modesto tributo, reconocimiento, homenaje, a una obra no solo útil, sino también imprescindible, para quienes se interesan en los estudios sobre los Estados Unidos”. *Cuadernos de Nuestra América* se suma al rescate de la memoria de Howard Zinn, destacado hombre de ideas, conocimientos y luchas.



Dr. Adalberto Ronda Varona

Complejidades actuales en América Latina para enfrentar el proyecto de reconfiguración neoliberal

Lic. Mayra Bárzaga García

Investigadora del CIPI

Un debate recorre América Latina. Académicos, periodistas y políticos polemizan sobre el supuesto fin del ciclo del progresismo en la región, debate sospechosamente impuesto por la derecha y una intelectualidad de izquierda fosilizada que desde sus olímpicos del “deber ser” impugnan, critican, exigen milagros económicos, democráticos, de construcción de hegemonía popular en un corto tiempo a estos gobiernos progresistas.

Con el presente artículo quisiera apuntar algunas ideas para contribuir al debate y para ello convoco al Héroe Nacional de Cuba, a nuestro José Martí, que el 1° de enero de 1891 publicara en la *Revista Ilustrada* de Nueva York un texto cenital, al decir de Cintio Vitier: “Nuestra América”.

Contribuyendo al importante debate señalado señalaremos algunas ideas sobre tareas inconclusas y desafíos para los gobiernos progresistas y los pueblos nuestroamericanos en general. Pero antes indicaremos algunas premisas para el análisis:

- Recordemos que el proceso de la independencia latinoamericana y caribeña se dio sin llevar a término el proceso de descolonización, ya que solo ocurrió una rearticulación de la colonialidad del poder y el saber, siendo esta una de las causas de que la construcción del Estado-nación esté aún inacabada, pues esta ha sido trabajada y conceptualizada en contra de la mayoría, en contra de la democracia, de

la ciudadanía, de la nación y del estado, por lo que la descolonización del poder y de la sociedad no ha ocurrido todavía, ya que es imposible constituir un Estado-nación a la manera liberal. “*La colonia continuó viviendo en la república*”.¹

- La crisis civilizatoria del sistema-mundo se evidencia en nuestra región con diferentes manifestaciones y ahonda llagas infligidas desde el encontronazo de las ansias de los conquistadores por nuestras riquezas naturales con nuestros pueblos ancestrales, ansias todavía no satisfechas, a pesar de la expoliación de la Pachamama y de la explotación de la fuerza de trabajo durante más de 500 años.
- Aún persiste un patrón de acumulación de las riquezas sustentado en la exportación de nuestras riquezas naturales, que pone en crisis el paradigma capitalista del desarrollo, basado en un crecimiento económico desmedido, en detrimento de la naturaleza y los seres humanos, la supervivencia del Hombre y de la Naturaleza están en peligro mortal y nuestro continente se ve lacerado cada vez más por su implementación.

Cambiar este modelo de acumulación y transformar las relaciones de poder de 500 años es prácticamente lo que se les exige a estos gobiernos en aproximadamente una década, por “no hacerlo” se anuncia casi con soberbia intelectual el fin del ciclo progresista, cuando más bien estamos en la construcción de un proceso de transición largo, complejo y difícil, todavía dentro de las reglas del capitalismo (que es el que sin ninguna duda está en crisis), para sostenernos sobre nuestros propios pies y completar el proceso de descolonización inacabado, para construir una sociedad “*con todos y por el bien de todos*”, como anunciara nuestro Apóstol hace más de 100 años.

Obstáculos y prioridades para la América Latina y el Caribe del siglo XXI

La restauración conservadora de la derecha local, regional e internacional

Para abordar el tema primero debemos destacar que nos enfrentamos a una derecha vacía de propuestas respecto a la solución de la

¹ José Martí: *Nuestra América*, edición crítica, investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2002, p. 19. Consultado en www.cucsh.udg.mx/cmarti/sites/default/files/nuestra.pdf.

última crisis sistémica que ya cumple siete años sin visos de solución, una derecha incapaz de trascender sus propios fantasmas de políticas neoliberales, de quiebres de las economías, de la expropiación de los derechos de los trabajadores, de privatizaciones y firmas de tratados de comercio que les permitan conservar e incrementar su poder económico y político, en resumen, una derecha en crisis.

En América Latina y el Caribe el 1% más rico de la población posee el 41% de la riqueza. Si se mantiene esta tendencia, en solo 8 años este 1% acaparará más riqueza que el 99% restante² contribuyendo a un aumento exponencial del número de personas pobres en la región y echando por la borda los avances en la reducción de la pobreza de los últimos 10 años.³

Este 1% sería el núcleo duro de la derecha criolla que capitaliza el control económico de la región; la consolidación de la región como exportadora de *commodities* repercute en la conversión de la vieja burguesía nacional en burguesía local.⁴ De productores para el mercado interno los modernos empresarios promueven y se enriquecen más con la exportación de recursos naturales, en especial los productos agrícolas y de la megaminería. A este 1% se le suma el 10% de los ejecutivos y profesionales que administran y controlan la fuerza de trabajo, los CEOs y los que juegan un rol estratégico en las compañías, hay que destacar que en los últimos años aumentó la concentración e internacionalización de los principales grupos de poder económico y se afianzaron los conglomerados regionales.

Surgieron las Empresas Translatinas, a partir de herencias y capitales familiares que expandieron sus compañías con gerenciamiento global y prioridades regionales.⁵ Ese es el núcleo oligárquico que teme per-

² Para obtener los datos se procedió a calcular la tasa de crecimiento promedio de 2009 a 2014 y proyectar la concentración de riqueza en el 1% de la población de América Latina y el Caribe hasta superar el 50%. Información extraída de “Privilegios que niegan derechos. Desigualdad extrema y secuestro de la democracia en América Latina”, Iguales/Oxfam, estudio escrito y dirigido por Rosa Cañete Alonso, economista vinculada a la Oxfam, p. 39. Consultado en www.oxfam.org/es/informes/privilegios-que-niegan-derechos.

³ Para ver estos avances y su afectación reciente, consultar el estudio de Rosa Cañete Alonso señalado en la nota anterior, p. 32.

⁴ Claudio Katz: “Dualidades de América Latina I: Economía y clases”, *La página de Claudio Katz*, katz.lahaine.org, 20 de marzo de 2014.

⁵ *Ibídem*.

der ganancias con la crisis de los precios de los *commodities* y se apresura a decretar el fin del ciclo progresista para lanzar sobre los hombros de las clases populares los costos de la crisis.

Esta llamada nueva derecha, combina sus viejos vicios de corrupción politiquera con una cada vez mayor corporativización de la política, amañada detrás de supuestos novedosos manuales de marketing político y publicidad y de métodos gerenciales de formación de cuadros políticos financiados por agencias y fundaciones del gobierno estadounidense como USAID, NED, IRI, Heritage y otras, formadoras de cuadros políticos funcionales a sus intereses.

El rol estrella en la construcción del consenso hegemónico a su favor lo juegan los medios de comunicación, altamente concentrados en manos de la oligarquía. Ellos marcan la pauta estratégica para la construcción y consolidación de la hegemonía ideológica, cultural y política. Junto a ONGs supuestamente defensoras de los Derechos Humanos y de la libertad de expresión, congresistas y senadores estadounidenses y europeos, directivos del FMI, Banco Mundial, BID y otros, conforman la estructura global articulada de defensa del *statu quo* actual. A estos conglomerados mediáticos se les incorporan las novedosas TICs, y redes sociales, las cuales imponen novísimas improntas en las maneras de hacer política, que ya han jugado y juegan un rol destacado en la convocatoria participativa y en la manipulación política, incluyendo llamados a la subversión antigubernamental.

A pesar de su poderío económico no le es fácil a esta oligarquía mantener su preeminencia en la política. En los albores del siglo XXI ha ido perdiendo terreno y varios gobiernos de la región se han ido desgajando de su dominación. Sus contradicciones internas como clase y su pérdida de legitimidad como representantes de los intereses nacionales y regionales la han sumido en una compleja crisis de la que están pujando por salir.

En los países con gobiernos neoliberales al Estado se le hace complejo redistribuir cuotas de poder político y económico para zanjar las contradicciones dentro de las élites porque estas últimas están polarizadas entre los sectores dedicados a las finanzas, los servicios y el comercio –que logran convertirse en apéndices del capital financiero transnacional– y los sectores productivos orientados al mercado interno –que son “especies en extinción”. Menos aún puede cooptar a los sectores populares, porque los obreros nutren las

filas de los desempleados, los subempleados y los informales, mientras que los campesinos desaparecen y crecen los trabajadores rurales sin tierra, al tiempo que se multiplican las luchas de los sin techo, de los sin salud, de género, de etnia, cultural, de preferencia sexual, de franja de edad y otras. A pesar de que sus principales exponentes (México, Perú, Colombia y Chile) presumen de un crecimiento económico, en este año, mucho más discreto, las desigualdades sociales aumentan y no se implementan planes de justicia social para sus pueblos.

Ya Martí lo anunciaba en su obra al referirse a estas lacras: “Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde (...) o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas, y le pueden poner la bota encima (...)”;⁶ y añadía: “Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre”.⁷

Recomposición de la hegemonía estadounidense en la geopolítica latinoamericana

La historia de las relaciones de América Latina y el Caribe con Estados Unidos ha estado marcada históricamente por la Doctrina Monroe. Desde 1823 esta Doctrina ha sido actualizada y vuelta a actualizar, pero en esencia se sigue rigiendo por el mismo principio: América para los americanos. Son varias las razones geopolíticas, pero hay dos que me interesaría destacar. Primero: Latinoamérica y el Caribe son vitales para la seguridad nacional de Estados Unidos; segundo: existe un interés y una necesidad permanentes de apoderarse de sus recursos naturales, bienes comunes que ya van escaseando en este principio de siglo XXI a nivel global. Históricamente las dos zonas han sido consideradas como el tradicional patio trasero del imperialismo yanqui, y fueron y son víctimas de la autoproclamada excepcionalidad estadounidense, de sus diferentes Doctrinas y paradigmas de política exterior y de sus diversas estrategias de seguridad nacional.

José Martí alertó permanentemente al respecto, organizó un partido para la Revolución y preparó la Guerra necesaria para evitar que Esta-

⁶ José Martí: ob. cit., p. 15.

⁷ Ibídem, p. 16.

dos Unidos cayera con esa fuerza más sobre los pueblos de América. En Nuestra América apuntaba “El desdén del vecino formidable que no la conoce es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos”.⁸

Por supuesto que historiar y analizar esta difícil relación llevaría un tiempo del cual no disponemos. Solo baste apuntar que la más reciente administración demócrata, cercana al final de su mandato, no ha sido menos que sus antecesores en desplegar la política hegemónica hacia nuestros pueblos. La implementación del *soft power* y, cuando es necesario, del *hard power* lo evidencian. Un ejemplo de ese intervencionismo es que han privilegiado el trabajo con la sociedad civil,⁹ según los documentos estratégicos de la USAID para todo el mundo, como parte de la política de las 3D: Diplomacia, Democracia y Desarrollo.

En este trabajo con la sociedad civil mundial, regional y por países, han establecido como práctica:

- Fortalecer la libertad de asociación y expresión promoviendo organizaciones de la sociedad civil. Estas organizaciones pueden ser defensoras de derechos humanos, grupos prodemocráticos, organizaciones obreras, asociaciones de profesionales, instituciones religiosas, asociaciones de empresarios, grupos informales, movimientos estudiantiles y servidores públicos, ya que son estas organizaciones las que tradicionalmente influyen en los cambios gubernamentales; la labor de influencia se realiza en todas las sociedades civiles, independientemente de si sus gobiernos son afines o no a EE.UU., y puede ser autorizada o ilegal, utilizando en su desempeño las técnicas subversivas).
- Fortalecer la cultura política democrática difundiendo su credo “democrático americano”, sin importarles las prácticas de modos de gobiernos comunitarios ancestrales, presentes en muchos países desde antes del surgimiento del capitalismo, propios de culturas con una cosmovisión diferente, o de nuevas prácticas de democracia participativa refrendadas en las nuevas constituciones.

⁸ Ibídem, p. 21.

⁹ Strategic Focus, Civil Society, 2010, www.usaid.gov.

El guión para implementar esta estrategia no es nuevo, pero es privilegiado con vistas a fortalecer el Poder Civil mundial, en el interés imperial de recomponer su hegemonía y así dominar a través del consenso y poder reproducir su dominación en los espacios de los dominados; esta política se ha implementado en prácticamente todos los países insumisos al poder hegemónico de EE.UU. en la región. Entre otros elementos, han instrumentado su acción injerencista inmiscuyéndose en los asuntos internos de estos países, potenciando, financiando y utilizando las discrepancias, desavenencias o diferencias ideológicas, políticas, electorales, étnicas, religiosas, de género, de preferencias sexuales, de raíz económico-social u otras, en su provecho; consolidando su capacidad para provocar las crisis y magnificarlas a través de los *mass media* y así crear un clima mediático propicio para justificar la subversión, sin ocultar su descarado propósito de trabajar para lograr la transición a su modelo de “democracia” con lo que esto implica en desestabilización, injerencia, intromisión y potencial invasión para cualquier estado, incluyendo potenciales magnicidios para cualquier presidente. Todos estos pretextos los utilizan para fomentar la oposición necesaria para el “cambio de régimen” que les interesa, y de no lograrlo, poder intervenir militarmente y ocupar el territorio de ser necesario. Esta estrategia pone en peligro a todos los gobiernos no amigables con Washington, y también a los que tienen un interés geoestratégico particular y es una de las misiones en las que USAID ha tenido, tiene y tendrá un papel protagónico como el brazo invisible de la CIA. “El tigre, espantado del fogonazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima”, alertaba el Apóstol.¹⁰

Y cuando esto no es suficiente acuden al *hard power*, aplicando toda la gama del manual desestabilizador practicado en las llamadas revoluciones de colores y la primavera árabe, o combinando con el mismo toda la astucia del *soft power* implementado por la administración Obama en el mundo.

¹⁰ José Martí: ob. cit., p. 19.

En medio de estas circunstancias han tenido que gobernar los proyectos progresistas, plantando cara a un acoso permanente de todo tipo: económico, mediático, respondiendo a intentos de golpes de estado, unos fallidos y otros consumados. Sortear estos peligros ha sido complejo y con un alto costo económico, político y social, pero América Latina se levanta ante estos intentos de retrotraer al continente a una política de sumisión. Esta nueva América Latina es una patria grande, digna, y este sería, sin duda, el mayor logro del progresismo latinoamericano. Una nueva dignidad nuestroamericana recorre el continente: “Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tunden y talen las tempestades: ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas!”, diría el Maestro.¹¹

Desarrollo de una nueva economía

Está en disputa el modelo de desarrollo, economistas y políticos discurren acerca de instrumentar políticas económicas que permitan avanzar en el cambio de la matriz productiva en función de transformar el patrón de acumulación de la riqueza y poder adelantar una nueva economía del conocimiento que permita la apropiación de los nuevos avances científicos y tecnológicos, y así poder instrumentar tecnologías de extracción que tengan el menos impacto ambiental posible, apropiándose de la innovación tecnológica y los nuevos usos industriales.

Se torna imprescindible romper con la tradición extractivista por sus devastadores efectos económicos, sociales y ambientales. Es imprescindible transitar hacia un proceso de reapropiación social de la naturaleza y de los recursos naturales como base para avanzar en la justicia social.

América Latina y el Caribe tiene la oportunidad histórica de desarrollar una cooperación estratégica con los países del Sur que le permita romper la relación de dependencia marcada por su inserción en el mercado mundial, afianzar su relación con los BRICS (en especial con China) y avanzar en estrategias de industrialización regional basadas en el desarrollo científico-tecnológico y en la producción de conocimiento.

¹¹ Ibídem: p. 15.

Ese es el proyecto que induce a las potencias centrales, encabezadas por Estados Unidos, y sus acólitos regionales, se apresten a desestabilizar el continente. Los proyectos para el cambio de la matriz productiva de los países progresistas no les son convenientes a sus objetivos geoestratégicos para la región, mucho menos cuando involucran a otras potencias, y tampoco le son factibles a la oligarquía exportadora que se enriquece a costa del extractivismo y del agronegocio.

Construcción de una nueva institucionalidad política

Construir una nueva institucionalidad cuando lo “viejo” no ha muerto y tercamente se reproduce en el sistema político impuesto por occidente desde la colonia, es una tarea compleja. La sabiduría martiana apuntaba:

La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. (...) el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidos del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas.¹²

Los procesos constituyentes promovidos en Venezuela, Bolivia y Ecuador, conllevaron el desafío de generar nuevos sentidos y conjugaron las apuestas por nuevos horizontes epistemológicos, sustentando las agendas programáticas para el cambio social.

Una vez apoyado en la ley primera el poder constituido, los procesos progresistas se enfrentan a un gran reto: cómo construir el poder constituido con métodos y herramientas serviles a la sociedad que se quiere transgredir, cómo construir lo nuevo con herramientas pensadas e instrumentadas para sostener y profundizar el *statu quo* establecido,

¹² Ibídem: p. 16-17.

cómo cuestionar el poder y los mecanismos de dominación política fundados en la explotación y la injusticia social.

“El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la construcción propia del país. El gobierno es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.”¹³ pensamiento martiano acerca del modo soberano de gobernar nuestras repúblicas. El poder constituyente debe albergar la raíz de la nación, su historia, su cultura para poder construir el poder popular y ciudadano sostén de la democracia participativa, cuya expresión busca revertir las formas de explotación y dominación instauradas históricamente por la burguesía criolla, copiadora de las leyes universales que garantizan su dominación como clase global. “Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”.¹⁴

Una nueva propuesta societal fundada sobre la acción ética, con responsabilidad y conciencia del yo participante y transformador, articulándose en la emergencia de la alteridad y discurriendo en la práctica del mandar obedeciendo. Decía Martí refiriéndose a los políticos de la América decimonónica: “(...) no entendieron que la revolución que triunfó con el alma de la tierra desatada a la voz del salvador, con el alma de la tierra había de gobernar, y no contra ella ni sin ella [por eso] entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico... Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores”.¹⁵

Construcción del sujeto sociopolítico del cambio

De lo que se trata es de implicar a todos los actores sociales y políticos en la tarea de subvertir los modos políticos de actuar y pensar,

¹³ Ibídem: p. 17.

¹⁴ Ibídem: p. 18.

¹⁵ Ídem.

de apropiarse de una forma contrahegemónica y no alienada de representarse las relaciones de poder, las que se definen a partir del criterio clasista de que la estructura social expresa la explotación. Sin embargo, la lucha de clases no puede ser interpretada, de forma mecánica y dicotómica como una estructura dividida fundamentalmente por dos grupos sociales, burguesía-proletariado. No hay sujeto de la transformación *a priori*. El sujeto se autoconstituye en la lucha política y social. Cualquiera que sea el cambio que se pretenda generar en la sociedad, por la heterogeneidad, diversidad y complejidad de las demandas que generan los nuevos actores, hay que integrar también las demandas que se mueven en los paradigmas emancipatorios.

El movimiento político emancipador no puede restringirse a lo electoral. Llegar al gobierno debe ser la oportunidad histórica de articular la transición hacia la consolidación del proyecto transformador y revolucionario en el sentido del cambio; parafraseando al Comandante Fidel Castro “es cambiar todo lo que debe ser cambiado, es igualdad y libertad plenas; es ser tratado y tratar a los demás como seres humanos; es emanciparnos por nosotros mismos y con nuestros propios esfuerzos; es desafiar poderosas fuerzas dominantes dentro y fuera del ámbito social y nacional; es defender valores en los que se cree al precio de cualquier sacrificio; es convicción profunda de que no existe fuerza en el mundo capaz de aplastar la fuerza de la verdad y las ideas. Revolución es unidad, es independencia, es luchar por nuestros sueños de justicia”.¹⁶

Articular la diversidad de actores y demandas es tal vez una de las tareas más complejas. La deuda económica, social y política de *los de abajo* data de más de 500 años. La etapa neoliberal atomizó aún más la fuerza de trabajo, implantó la sociedad del todo contra todos, destruyó las instancias colectivas, laceró la solidaridad e impuso una suerte de darwinismo social. Construir la cultura hegemónica del cambio es la prioridad.

¹⁶ “Cumple hoy 10 años el concepto de «Revolución» de Fidel”, *Cubadebate*, 1° de mayo de 2010, www.cubadebate.cu/noticias/2010/05/01/cumple-hoy-10-anos-el-concepto-de-revolucion-de-fidel-video/#.Vo7SwG7rzIV.

“Éramos charreteras y togas en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza. El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga; en desestancar al indio; en ir haciendo lado al negro suficiente; en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella”.¹⁷ Una vez más, “con todos y por el bien de todos”. Esa siempre fue la prédica martiana.

Enfatizar en el cambio como transformación de hegemonía cultural

Gramsci, y posteriormente otros pensadores, entre los que se destaca Michel Foucault, insistieron en “el carácter orgánico de la relación entre política y cultura, entre poder y saber. (...) Las relaciones de poder funcionan como elemento condicionador del proceso de producción y difusión de las formas de saber, de los códigos de representación, de los procesos de apropiación espiritual de la realidad”.¹⁸

Es por eso que la producción de ideas debe ir encaminada a la producción de una ciencia y una teoría política liberadora, desde los pueblos y para los pueblos.

El desafío gnoseológico y político del pensamiento crítico latinoamericano hoy debe ser contra hegemónico y en oposición al sentido gnoseológico burgués. Debe asumir la praxis política como una relación condensada de una totalidad de determinaciones, como síntesis y estructuración de lo diverso. Se hace imprescindible la subversión crítica de la ciencia política dominante, en función de la búsqueda gnoseológica y política de metodologías y conceptos capaces de develar la dominación heterónoma y las posibilidades de autonomía emancipadora. “Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación (...) Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud, pero con un solo

¹⁷ José Martí: ob. cit., p. 19-20.

¹⁸ Jorge Luis Acanda: *Sociedad civil y hegemonía*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana “Juan Marinello”, La Habana, 2002, p. 288.

pecho y una sola mente. ¡Bajarse hasta los infelices, y alzarlos en los brazos!”¹⁹

Unidad latinoamericana y caribeña

Ningún país puede enfrentar la dominación solo. América Latina y el Caribe han avanzado en la concertación política autónoma, pero aún nos falta avanzar más. Acuerdos de libre comercio. Acuerdos como la Alianza del Pacífico, TISA y TPPP disputan el camino y tensionan el proyecto integracionista de la región.

La disputa por los bienes comunes escasos se condensan en los diferentes proyectos integracionistas. Los países progresistas para consolidar sus proyectos requieren de una arquitectura financiera regional, crear cadenas de valor regionales e insertarse en la nueva dinámica Sur-Sur basados en los principios de cooperación, autodeterminación y soberanía, entre otras acciones.

La unidad dentro de la diversidad en organismos como CELAC, UNASUR y el ALBA-TCP hay que mantenerla a toda costa. “Es la hora del recuento y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes”.²⁰

Conclusiones

Son múltiples las transformaciones pendientes para los pueblos y gobiernos en Nuestra América, culminar el proceso descolonizador, trascender el modelo extractivista de inserción en el sistema mundo, articular las tareas emancipatorias con una nueva política libertaria en función de los pueblos, avanzar en la integración y la unidad latinoamericana para garantizar la soberanía y la dignidad nuestroamericana.

Negar el papel que han jugado y juegan los gobiernos progresistas en esta transición es ser funcionales a los enemigos de los pueblos, en este caso, a las oligarquía nacionales y regionales que puján por un

¹⁹ José Martí: ob. cit., p. 20.

²⁰ Ibídem, p. 15.

regreso al neoliberalismo ortodoxo mediante el replanteamiento de la hegemonía estadounidense en la región y la sumisión a los poderes centrales.

El “posneoliberalismo” para una reforzada hegemonía del capital

Dra. Beatriz Stolowicz

Profesora-investigadora de la Universidad Autónoma
Metropolitana-Unidad Xochimilco (UAM-X), México

Algo no anda bien en los análisis sobre América Latina, si en un momento se afirma categóricamente que la derecha ha sido derrotada, y poco tiempo después se afirma que hay una contraofensiva de la derecha. Entonces no estaba derrotada. Sin duda perdió fuerza electoral en algunos países gracias a las luchas populares, pero la base de su poder, que es el capital, se fortaleció tanto material como simbólicamente. Este fortalecimiento del capital se llevó a cabo con discursos contra el neoliberalismo.¹

Llevo muchos años advirtiendo sobre el error de que la izquierda use el término *posneoliberalismo*, porque es una estrategia dominante ejecutada desde comienzos de los noventa para estabilizar la reestructuración capitalista iniciada en los setenta. Estrategia de estabilización sin duda exitosa, que se ha ejecutado explotando las debilidades del llamado pensamiento crítico.

Una de esas grandes debilidades es tomar el discurso, la retórica de los dominantes, como si ella expresara sus verdaderos objetivos y acciones. Dando por válidos sus encubrimientos, se queda entrampado en el terreno por ellos construido. La idea misma de *neoliberalismo* ha

¹ Este trabajo es una conferencia magistral presentada el 10 de septiembre de 2015 en el Seminario Internacional Marx Vive “Economías alternativas en nuestra América en medio de la crisis capitalista”, organizado en La Paz por el Ministerio de Economía y Finanzas Públicas del Estado Plurinacional de Bolivia y el Colectivo Espacio Crítico de Colombia.

sido una trampa, pues han sido los dominantes los que lo han definido y han dicho cuáles son sus “alternativas”. Construyeron un fantasma para que le pegaran sin tocarlo. Como decía Marx en los *Grundrisse*, para que se creyera “que le pegaban al burro cuando sólo le pegaban a la bolsa”.

Hay que partir de lo fundamental y no perderse en esto: que la contrarrevolución capitalista que comienza en los años setenta tenía por objetivo restaurar las ganancias del capital y su poder sin restricciones. Para ello había que derribar todas las barreras que lo impidieran. Se trataba de demoler la fuerza social acrecentada del trabajo, los derechos conquistados y las instituciones que los consagraban. Se operó desde la economía, con políticas recesivas para someter al trabajo por desempleo, y con ello abatir drásticamente el salario directo y el salario indirecto, para restaurar las tasas de plusvalía y de ganancia. Se hizo con tremenda violencia política para eliminar las resistencias de los trabajadores. Y se hizo con una ofensiva ideológica contra el Estado de bienestar, para demoler de sus funciones aquellas que mejoraban la posición del trabajo. En su retórica *de choque* aparecía como negación del Estado en general, pero era solo retórica. Porque jamás negaron al Estado como instrumento privilegiado del capital. Se trató de una operación de propaganda, que no correspondía a la realidad, porque la reestructuración capitalista se hizo con una intensa intervención de aquel. La propaganda del “no Estado” ni siquiera corresponde al “nuevo liberalismo” que promueven Hayek y Cía. en la Sociedad Mont Pèlerin. Fue rechazado el *laissez faire* y se reclamó “la intervención del Estado para la competencia”, es decir, al servicio del capital. Le asignan al Estado muchísimas funciones para construir ese Orden del Capital buscado, que articula distintos órdenes: económico, jurídico, político y social.

Tomando como verdad la propaganda, se impuso la idea de que el neoliberalismo es sólo mercado, no-Estado, y de ahí que toda apelación al Estado se tomara como antineoliberal o posneoliberal. Una tremenda trampa sobre la que se construyó la estrategia de reestructuración capitalista.

Desde su comienzo fue concebida en etapas. Una primera de *demolición* y otra de *estabilización*. Cuanto más profunda fuera la demolición, más sencilla sería la estabilización. Para demoler a fondo fueron necesarias dictaduras. Para estabilizar serían útiles los regímenes re-

presentativos que construyeran consensos. El “aprendizaje” de la represión aseguraría que todos buscaran la gobernabilidad de la *democracia* evitando la conflictividad, incluida la izquierda, si quería ser admitida en el nuevo régimen en calidad de pares.

A comienzos de los noventa, la estrategia de estabilización se presentó como “superación del neoliberalismo y contraria al populismo”. Realmente era el fruto de un consenso latinoamericano –no “de Washington”– entre los sectores más lúcidos de la clase dominante latinoamericana, sus intelectuales y sus representantes políticos, que es parte de la clase internacional, con intereses transnacionales, y que desde luego coincide con los intereses de Washington.

El consenso político en la democracia gobernable debía promover un nuevo consenso estructural. Definieron al “neoliberalismo” como “monetarismo recesivo de *laissez faire*”, aunque nunca fuera de *laissez faire*, y para superarlo había que “volver al crecimiento”. La crisis de la deuda fue la “oportunidad”, así lo decían, para que se asumiera que solo la inversión extranjera directa iba a hacer posible el crecimiento, porque daría capital, tecnología y mercados. Para ello había que abrir las economías. América Latina podría insertarse en el mercado global “exportando lo más abundante”, es decir, como primario-exportadora. Había que abatir la inflación y reducir el déficit fiscal porque había que pagar la deuda externa. Había que flexibilizar el trabajo para aumentar la productividad para hacer atractivas las inversiones. Como la estabilidad política estaba amenazada por el empobrecimiento, había que pagar la “deuda social”. Y para obtener los recursos se necesitaban privatizaciones.

Ese fue el consenso estructural sobre el “crecimiento con equidad” que promovió la autodenominada “nueva Cepal” declarando su convergencia con los neoclásicos. Explotando su credibilidad entre los pensadores críticos, legitimó al capital transnacional no solo como necesidad sino como virtud. Decía que la globalización era “inevitable” por el cambio tecnológico, como si este fuera una fuerza metafísica ajena a la expansión del capital, y que además era virtuosa porque expresaba las nuevas relaciones de “interdependencia”. La influencia sobre los críticos también la ejerció el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) bajo la presidencia del cepalino Enrique Iglesias.

La estabilidad política requerida exige atacar a corto plazo la extrema pobreza con transferencias gubernamentales focalizadas. Pero para

no volver al “populismo”, a mediano y largo plazo hay que llevar a cabo una reconfiguración profunda de la sociedad. Esto es central. La meta es gestar una *ciudadanía patrimonial*, que es la idea social-liberal de una “democracia de propietarios”. El argumento es que: “Los pobres son pobres porque carecen de activos y no pueden participar en el mercado”. Es función del Estado buscar la “equidad” dándoles a los “excluidos del mercado” las “oportunidades” de estar en él para adquirir los bienes y servicios necesarios: educación, salud, vivienda, seguridad para la vejez. De esta manera, dicen, se ejercen los “derechos sociales” al bienestar (hablan de derechos). Haciendo entrar al mercado a todos se asegura la “universalidad de los derechos”.

A los empresarios renuentes con la ampliación del gasto social, les decían que no les afectaría sus ganancias porque hay “una manera distinta de hacerlo”: el Estado financia, pero proveen los privados. Y para confundir a los pensadores críticos, hablaron de la participación de la sociedad civil y la comunidad. Como al capital hay que incentivarlo a invertir se reducen sus impuestos, pero se aumentan los que pagan los asalariados y los consumidores pobres. El aumento del Impuesto al Valor Agregado (IVA), profundamente regresivo, es presentado como “progresivo” porque “financia la equidad”: los menos pobres financian a los más pobres.

El gasto social, así financiado, da ganancias al capital por acción del Estado. Si el neoliberalismo era mañosamente conceptualizado como inacción del Estado y desatención por lo social, esto es “superación del neoliberalismo”.

La estrategia de estabilización, que fortalece al capital y su concentración, alimenta y acelera las crisis y sus efectos sociales disruptivos. Pero cada una de ellas es utilizada como oportunidad demoledora para implementar nuevas acciones de reconfiguración capitalista, que son presentadas una tras otra como “alternativas”.

Tras la crisis de 1995 (con sus modalidades Tequila, Samba y Tango), la principal preocupación del “nuevo” Banco Mundial bajo la conducción de Stiglitz era el riesgo de “rebrotos nacionalistas y populistas” que pusieran en riesgo las aperturas y la globalización. Los posneoliberales dicen que las reformas aperturistas y liberalizadoras, que ellos mismos promovieron, son necesarias pero que se hicieron mal, que hay que corregirlas. Las adjudican al Consenso de Washington, que es un fantasma construido porque ha sido un Consenso de

América Latina. Insisten en que hay que cambiar las tácticas para legitimar las reformas estructurales.

La democracia gobernable, en profunda crisis de credibilidad, es ineficaz para controlar la conflictividad. La ineficacia del sistema político debe ser compensada con una intensificada acción gubernamental, con políticas públicas para neutralizar los rechazos y reconstruir el consenso.

Se impulsa un neocorporativismo liberal para reforzar el control sobre la sociedad. Por un lado, se promueven y financian ONG para legitimar la gestión privada de lo social con financiamiento público, y dando empleo a muchos profesionales de clase media. Por otro lado, a los sindicatos críticos que sobrevivían en el sector público los debilitaron con la llamada reforma del Estado, con descentralizaciones para precarizar el trabajo y con subrogaciones, con el fin de liquidar los contratos colectivos. El discurso contra una “burocracia sindical que defiende privilegios y cierra el camino para los que no tienen trabajo” fue efectivo entre muchos críticos del neoliberalismo.

Los posneoliberales echan la culpa de la crisis a la falta de regulación al capital financiero. Entonces apareció la palabra mágica: “regulación”. Si el neoliberalismo es “desregulación”, la regulación es posneoliberalismo del bueno. Y el llamado pensamiento crítico sucumbió, se tragó el cuento. Porque se regula a favor del capital, se regula incluso para la autorregulación. No es para limitar al capital financiero sino para darle estabilidad, para que extienda sus mercados, para que incremente sus ganancias. Se le abren mercados con los fondos privados de pensiones como ahorro forzoso; con la promoción del negocio tremendamente rentable de las microfinanzas para pobres; con políticas sociales de “seguros populares” para la educación y la salud. La muy liberal regulación para la competencia se presenta con un eufemismo: “regulación prudencial”. Como un padre que dice: te pongo reglas por tu bien, pero te dejo ser, no te coarto y además te apoyo.

Estalla la crisis de 1998, que se prolonga hasta 2003. La señal de alarma es que hay incluso levantamientos populares, como los de Bolivia y Argentina. Los posneoliberales dicen que las reformas “de segunda generación” –que ellos promovieron– resultaron en un “neoliberalismo plus”. Que hay que “reformular las reformas”. Pero ahora hacia un “nuevo desarrollo productivista” que “conecte al capital fi-

nanciero con la economía real”. Se presenta como el capital productivo “bueno” contra el capital especulativo “malo”, cuando siempre se potencian entre sí. El “desarrollo productivista” es una vía adicional para fortalecer al capital financiero en riesgo de desvalorización, para que se recicle como capital productivo en el circuito de acumulación: en infraestructura física, sistemas multimodales de transporte, telecomunicaciones, minería, agua y energía. Se monta el soporte institucional con la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Sudamericana (IIRSA) y el Plan Puebla Panamá.

Con el “nuevo desarrollo productivista”, basado en el control territorial para la explotación de todos los recursos naturales y con la infraestructura necesaria para extraerlos, el tiempo de rotación del capital es más lento, pero seguro. Porque su rentabilidad está garantizada por el Estado posneoliberal.

El mecanismo es la “posprivatización”, promovida por el Banco Mundial ante el desprestigio de las privatizaciones, que es el núcleo conceptual de las asociaciones público-privadas. Este es otro anzuelo para el llamado pensamiento crítico, porque en el caso de los bienes comunes que son formalmente propiedad de la nación el Estado no pierde la titularidad jurídica, pero la explotación la realizan privados. El Estado da seguridad jurídica con contratos muy largos en los que se garantiza que no habrá expropiaciones ni otro tipo de afectaciones como huelgas, así como garantiza la remisión de ganancias. Y además asume los riesgos garantizando precios y beneficios, y financia parte importante de la inversión, que asegura en las leyes de presupuesto, tanto de egresos como de ingresos. Aunque le cobre impuestos, para su inversión el Estado transfiere al gran capital recaudación fiscal y los fondos de pensiones de los trabajadores del Estado.

Para el “nuevo desarrollo productivista”, en su lógica neocorporativista de control social, los posneoliberales reconocen la utilidad de los sindicatos en el sector privado, a condición de que asuman como propios los objetivos del capital, que asuman a la empresa capitalista como “comunidad de trabajo”, que acepten que los salarios estén condicionados a la productividad; a estos sindicatos se les apoya, incluso, con negociaciones salariales tripartitas.

El activismo reclamado al Estado posneoliberal nos lleva al papel central del derecho en la reestructuración capitalista. La estrategia contempló, desde sus inicios, su papel fundamental en la construcción

del Orden del Capital. Como principio se rechaza el fetichismo sobre la propiedad privada, que no debe ser concebida solo como la clásica propiedad individual; admiten otras formas de propiedad, como las cooperativas, si son útiles para aumentar las ganancias de la gran empresa. Se convoca a la “flexibilidad del derecho”, que combine una constitución económica con un positivismo jurídico flexible, con leyes *ad hoc*. Las asociaciones público-privadas son una expresión de este derecho flexible.

Se busca que el Orden Global del Capital sea obligatorio para todos los países. Se multiplican los tratados y convenios internacionales, emanados tanto del derecho público internacional como del derecho privado transnacional, un pluralismo jurídico que se impone como Estado de derecho nacional, para que, más allá de las circunstancias políticas internas, sea más costoso para los países salirse de esos acuerdos, que permanecer en ellos. A esto los neoinstitucionalistas lo llamaron “amarres de salida”.

La construcción jurídica del orden del capital incluye también una intensa actividad legislativa y judicial para criminalizar las protestas. Para judicializar las relaciones políticas, despolitizándolas, para que no dependan de relaciones de fuerza cambiantes y los conflictos se diriman en tribunales, incluso los conflictos internos de los partidos.

Ese “nuevo desarrollo” fue presentado a comienzos de este siglo como la “alternativa progresista”. Su lema es la *inclusión*, una palabra cara al pensamiento crítico. Pero es la inclusión de todos al mercado.

Se impulsa la denominada “reforma agraria asistida por el mercado”: la titulación de tierras rurales y urbanas de los pobres para que “tengan activos con los cuales salir de la pobreza”. Claro que la “presión del mercado”, a veces acompañada de coerción paramilitar, los ha obligado a venderlas, a precios irrisorios, al capital que expande su control territorial; es un despojo legal.

La “inclusión” también está planteada para “reducir la desigualdad” (no hay léxico de la izquierda que no haya sido expropiado). ¿Cómo? Accediendo al consumo, aunque sea endeudándose y de por vida, engrosando así las ganancias del capital importador, comercial y financiero, que suelen ser uno solo. Es la “prosperidad al debe”, como dice Jairo Estrada. El consumo de celulares, que se ha convertido en la metáfora del “nuevo bienestar” aunque se carezca de agua potable, es uno de los indicadores que ha tomado el Banco Mundial para con-

cluir que América Latina pasó a ser un continente de “clase media emergente”. Según su estratificación, la clase media es la que tiene un ingreso de entre ¡4 y 50 dólares al día! Al menos ya duplicó la línea de pobreza de 2 dólares a 3.99...

La inyección de dinero fresco por el Estado con transferencias monetarias condicionadas y financiando las inversiones privadas, también con exenciones fiscales, así como la elevación especulativa de precios de exportación de los productos del extractivismo, alentó el crecimiento desde 2004. No alcanzaban las fanfarrias para celebrar el éxito del modelo posneoliberal del “nuevo desarrollo”. El endeudamiento de los pobres no importaba mientras siguieran pagando. Pero llegó la crisis de 2008. Además de la cesación de pagos en Estados Unidos, estallaron movimientos de “no pago” en varios países; el más importante por su volumen fue en la India, porque implicó el repudio y condonación de deuda de 40 millones de pequeños campesinos y comerciantes deudores en medio de suicidios masivos. Pero también en Nicaragua, inundado de capital extranjero en microfinanzas. Como los microcréditos ya no son seguros si los deudores se rebelan contra la usura, el capital financiero internacional lanza una nueva operación para asegurar ganancias: la llamada Inclusión Financiera.

La Inclusión consiste en la bancarización forzosa, y para ahorrarle costos a la banca (incluido personal) se usan las tecnologías de computación y celulares, en lo que están todas las transnacionales metidas, empezando por Bill Gates y las telefónicas. El principal actor es el Estado: que legisla para obligar a colocar en la banca todo el fondo de consumo de *los que viven de su trabajo* actual y pasado. Esta conceptualización de Ricardo Antunes (*los que viven de su trabajo*) permite abordar el complejo mundo del trabajo en la acumulación, más allá de si son formales o informales. La inclusión financiera los abarca a todos: el Estado hace que pasen por la banca las transferencias de las políticas sociales, las nóminas, las jubilaciones y pensiones, el pago de los servicios y de los impuestos. Y además el Estado paga comisiones a los bancos por el servicio de la bancarización. La tarjeta de crédito es desplazada por la tarjeta de débito, negocio sin riesgos. El asunto crucial es este: ¿qué significa, en términos de ganancias, disponer aunque sea por un día de todo el fondo de consumo de los que viven de su trabajo, de esos inmensos montos de dinero?

Sin que baste lo anterior, quedó establecido también que la inclusión financiera se mide por el consumo que hagan los titulares de las cuentas de otros servicios financieros que dan ganancias a la banca. Por ejemplo, el crédito de nómina, otorgado con el dinero del trabajador y por el cual paga intereses. Esto ha sido presentado como el *summum* de la inclusión progresista, porque todos acceden a activos. Ahora la condición de “ciudadano incluido” ya no se prueba con la cédula de identidad, sino con un plástico bancario. No faltará mucho para que traigan estampada una *selfie*.

Con ser tan grave, no es todo. La operación incluye la llamada *educación financiera*. En el colmo del cinismo, han dicho que la crisis del 2008 ha sido causada primordialmente por las malas prácticas financieras del público, sobre todo de los pobres, y no por la voracidad rentista del capital. Se necesita educarlos para dar estabilidad al sistema financiero. La llamada Educación Económica y Financiera debe ser incluida en el currículo escolar oficial, desde el preescolar hasta el final de la Secundaria.

Para enseñar desde chiquitos a pensar desde la lógica capitalista de la rentabilidad. Que hay que ahorrar para acceder a la educación, a la salud. Que solo con “mi amigo” el banco puedo llegar a “ser alguien”. Para pensar la vida toda desde el dinero. Es una operación hegemónica inédita del gran capital, total y a largo plazo. Como dicen sus promotores: “Para abarcar a una generación completa y en gran escala”.

Es diseñada por la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE), que da las directrices sobre sus contenidos y guías tácticas para eludir resistencias. Por ejemplo: que se presente adaptada a las condiciones nacionales y se implemente gradualmente; que se incruste en los currículos existentes en ciencias sociales, economía, matemáticas, educación cívica y literatura; debe ser evaluada formalmente, no solo por conocimientos sino por resultados prácticos en el mayor uso de servicios financieros por parte de los niños, jóvenes y profesores; las pruebas del Programa para la Evaluación Internacional de Alumnos (PISA) medirán esta “alfabetización financiera”. La conducción, incluso pedagógica, está a cargo de los bancos centrales porque, dicen, “son más confiables por su mayor independencia política”. Que deben firmar convenios con los ministerios de educación, para asegurar su función instrumental. Se conmina a que el sector privado también participe en el diseño local y en la capacitación de los

maestros. Debe articularse con los programas de entrega de computadoras a niños y jóvenes. Y reforzarse con instrumentos diversos como páginas electrónicas, videojuegos, obras de teatro, telenovelas, etc., y la celebración de la Semana del Dinero en la segunda semana de marzo de cada año. Es una operación total.

Pero la “inclusión progresista” no acaba ahí. Están los llamados Negocios Inclusivos de las transnacionales para encadenar a los pequeños agricultores a la producción de valor, para que produzcan lo que ellas les compren a los precios que quieran, y lo produzcan en el modo como ellas les exijan, sin tener que tomarse el trabajo de despojarlos de su tierra. Es una empresa de subsunción real en capital de todos los dominados, que cuenta también con apoyo gubernamental.

Haciendo sentir a todos como individuos incluidos en la modernización, las ideas dominantes arraigan en prácticas sociales que fortalecen materialmente al capital y el conservadurismo y la despolitización. Rostow, con su *Manifiesto No Comunista*, se moriría de envidia. No es la modernización que pensaba Germani de integración al anómalo capitalismo de los “30 años dorados”. Sino a este “capitalismo en serio” que nos hunde en la barbarie y pone al límite la existencia de la especie y el planeta.

Con el “posneoliberalismo” se han ido cumpliendo las metas de la contrarrevolución capitalista. El gran capital está ganando como nunca, y esto hasta se exhibe como logro en campañas electorales. Paso a paso se le ha ido legitimando con el discurso contra el neoliberalismo y hasta con el ingrediente épico del *progresismo* y la *inclusión*. Se ha fortalecido al capital material y simbólicamente. Se ha fortalecido a la derecha incluso sin que sus representantes políticos ocupen el gobierno.

Esto no puede captarse ni anticiparse si la mirada está anclada en los acontecimientos puntuales de la confrontación política o electoral. Se necesita pensar desde la reproducción capitalista, única manera de desenmascarar sus objetivos permanentes y sus tácticas cambiantes. Esto no se ve si no se tiene una concepción epistémica anticapitalista verdadera. No se trata de maximalismo o de ortodoxia marxista, es la única manera de tener claro, al menos, lo que *no se debe hacer*.

Espacialidad y temporalidad en la lucha por la emancipación de América Latina.

Desafíos y amenazas

Dr. Hugo Moldiz Mercado

Investigador y escritor boliviano

Nuestra América se encuentra viviendo, con inusitada fuerza y en un terreno lleno de peligros, su tercera ola emancipadora. La disputa entre la dominación del imperialismo y la emancipación de los pueblos se registra en un momento en que se hace cada vez más evidente a escala planetaria la explotación extrema de quienes solo cuentan con su fuerza de trabajo para sobrevivir, al grado tal que incluso la generación de riqueza puede prescindir de ella, pero también en un momento en que la irracional explotación de los recursos naturales y el incontrolable desarrollo de las fuerzas productivas está provocando cambios climáticos que ponen en juego el destino de todas las formas de vida.

El capitalismo recurre, en su desesperada búsqueda de reproducción, a todas las formas inimaginables de enajenación, ilusorias y reales, para tratar de escapar de una crisis multidimensional —energética, financiera, productiva, política y social— que no ha podido disminuir en intensidad a pesar del empleo de la guerra como método para salir de ella, tanto de las guerras desarrolladas a través de intervenciones directas en el Medio Oriente y el Golfo Pérsico, como las instrumentalizadas mediante la amenaza del uso de la fuerza contra Corea del Norte, Irán y Siria, o por la vía de la ampliación de sus bases militares en América Latina. De hecho, a pesar de que todavía no se pueden sacar conclusiones definitivas, es poco probable que la aplicación de ciertos

mecanismos propios de la acumulación originaria del capital, en las condiciones del siglo XXI, puedan dar el resultado que espera el capitalismo para asegurar su reproducción ampliada. Pero, al mismo tiempo, es seguro que las únicas víctimas serán las economías pobres del planeta y sus respectivas poblaciones.

En esa estrategia global de dominación, América Latina representa para el imperialismo un obstáculo a considerar pues, si bien con altibajos y bastantes contradicciones, en esta parte del mundo se están desarrollando variadas formas de rebeldía y, sobre todo, intentos de anteponer proyectos civilizatorios distintos a una modernidad que y estadounidense, ha condenado a una amplia mayoría de latinoamericanos a la exclusión en sus más variadas formas y ha decidido que, como dice Eduardo Galeano, su riqueza en términos de recursos naturales signifique la pobreza y miseria de sus habitantes.

En América Latina existe la posibilidad de encontrar una salida que aporte al proceso de emancipación de los hombres y mujeres en esta parte del continente y, por tanto, también la condición de posibilidad de aportar a la construcción de otros proyectos emancipadores, de otros pueblos del mundo, cada cual con su especificidad. Una de sus fuentes es la emergencia de los pueblos indígenas, cuya fuerza y manera de ver el mundo nos conducen a ensayar una reinterpretación de la historia del Abya Yala o de Nuestra América, que cuestiona, como es obvio, toda la historiografía oficial y también, en algunos aspectos, la escrita por un tipo de historiografía marxista que ha sido tan entusiastamente moderna —ignorando que Marx hizo una crítica radical a la modernidad—, que ha contribuido, quizá sin pretenderlo, a una invisibilización de los pueblos originarios o indios.

Consideraciones previas

Sin embargo, para tener una aproximación lo más objetiva posible a las características y a las diferentes fases de este tercer momento emancipador, quizá es importante tener en cuenta algunos elementos teóricos, resignificados a la luz del siglo XXI.

En primer lugar, los tiempos del capitalismo y los tiempos de la emancipación son distintos. Para el capitalismo su reproducción ampliada y originaria le demandan que el tiempo pase cada vez más rápido. El capitalismo requiere producir cada vez más plusvalía en menos canti-

dad de tiempo como manera de contrastar la caída de la tasa media de ganancia, y también necesita inexorablemente la extracción cada vez más intensa de las riquezas naturales del planeta al costo que sea. Para ambos fines —enajenación de la naturaleza y de la fuerza de trabajo, que a estas alturas es la humanidad— desarrolla incontrolablemente las fuerzas productivas a través de la revolución tecnológica.

En cambio, los tiempos de la emancipación son más largos. La estructuración de fuerzas e ideas emancipadoras no aparecen sobre la superficie todo el tiempo, lo cual no necesariamente implica que estén ausentes en los canales subterráneos de la historia. La lucha de los pueblos por su libertad e independencia plenas encuentran sus orígenes en toda la historia de la humanidad, y en el caso de América Latina desde el momento mismo de la invasión europea. Eso nos lleva además a señalar que una cosa son los tiempos del mundo de los pueblos indígenas y otros los tiempos de los trabajadores y pueblos producidos por la modernidad colonial.

Quizá nunca esté más vigente el concepto de Lenin empleado en 1910 al diferenciar la revolución en sentido restringido y la revolución en sentido pleno. Sostenía que en la primera hay olas que golpean al viejo régimen, pero no terminan con el mismo, ni agotan el terreno para otras revoluciones posteriores. En la segunda, se han golpeado todos los niveles del régimen o sistema que se combate. Este concepto, pocas veces empleado por el teórico de la primera revolución socialista en el siglo XX, coincide con la memoria larga de los pueblos indígenas, para quienes la transición empezó al día siguiente de la invasión europea.

En segundo lugar, la espacialidad del capitalismo no es la misma que la espacialidad de la emancipación. Al primero, el espacio le ha servido antes para construir economías periféricas funcionales, por la vía de la implementación de formas originarias de acumulación, a la reproducción ampliada del capitalismo central, pero también le sirve ahora para combinar ambas formas de acumulación —originaria y ampliada— de capital en un momento de crisis multidimensional del capitalismo. Esto quiere decir que la existencia de un capitalismo global por primera vez en su devenir responde a una realidad contradictoria: expandirse incesantemente en lo territorial y en profundidad, pero también como manera de resolver un aspecto de la manifestación de su crisis: la caída de la tasa media de ganancia. El capitalismo organiza la geografía uni-

versal —territorial, política, económica y social— y todos los espacios de la producción en función de obtener el máximo de ganancia.

En cambio, el espacio de la emancipación para los pueblos es distinto. En su memoria larga, los pueblos concebían el territorio más allá de los estrechos límites que han impuesto la modernidad y el capitalismo en América Latina: desde los virreinos hasta las repúblicas y sus divisiones internas. La geografía emancipadora demanda ver el espacio como un escenario de articulación de las distintas maneras de concebir las resistencias, las luchas y las emancipaciones. Unos desde su condición predominantemente indígena, pues *su mundo es posible*, y otros desde su condición de clases producidas por el capital pues *otro mundo es posible*.

En tercer lugar y por tanto, la ola emancipadora que atraviesa América Latina hoy demanda concebir la emancipación o revolución en sentido restringido, amplio y pleno, tanto desde los tiempos y la espacialidad en los niveles y la territorialidad. Hay que concebir que la lucha por la emancipación ha arrancado hace varios siglos y que en algunos momentos ha golpeado a uno de los niveles del sistema capitalista que nos oprime, pero no ha terminado por recorrer o golpear a todos los niveles que le dan una totalidad enajenante. Mucho menos, a pesar de las aspiraciones de los líderes indígenas que resistieron a la colonia, de los sueños de independentistas del siglo XIX y de revolucionarios del siglo XX, se ha logrado la unidad e integración latinoamericana, que no es otra cosa que organizar la geografía de modo emancipador. En las condiciones actuales, el aporte del Estado Plurinacional de las revoluciones de Bolivia y Ecuador es quizá el punto de partida para retomar esas aspiraciones y avanzar hacia la construcción del Estado Plurinacional Continental.

Las tres olas de la lucha por la emancipación

A partir de precisar los conceptos de enajenación y desalienación, desarrollados en la primera parte y dando por descontado que la historia no tiene un desarrollo lineal, sino que está llena de accidentes, avances y retrocesos, y empleando más la idea de proceso que de acto, se hace el esfuerzo por establecer esos momentos de articulación de la emancipación en su sentido amplio y la emancipación en su sentido estrecho. De hecho, en la historia emancipadora de los pueblos del Abya Yala o de

Nuestra América se pueden definir tres grandes olas importantes, que, cada una desde su especificidad, buscan aportar no solo al desplazamiento en el poder político del bloque de clases conservador y su sustitución por otro bloque revolucionario con sentido histórico, sino también a la estructuración de un horizonte de potencialidad emancipadora.

La nueva historiografía latinoamericana y los aportes de las ciencias sociales en general ofrecen valiosa información, la cual, apreciada a partir de los conceptos de emancipación en sentido estrecho y amplio, conduce a identificar momentos en que se logran conquistar espacios temporales de desalienación en el nivel político, luego reconstituidos como espacios de enajenación por no haberse dado un salto al nivel económico y el de la estructura social, entre otros. Pero también hay circunstancias históricas en las que la activación de prácticas emancipadoras en uno de los ámbitos de la realidad social se presenta, cuando se aprecia la historia larga, como parte de un proceso de emancipación plena. Entonces, volver a insistir en la necesidad de evitar reduccionismos infantiles que lejos de armar a los sujetos históricos para la compleja y dura lucha emancipadora, más bien se convierten en factores de desmovilización y desmoralización que construyen, también sin quererlo, el mito de la invencibilidad del enemigo, que en este caso es el mito de la *invencibilidad del capitalismo*.

La primera gran ola se libró por los pueblos indígenas en su intento de expulsar al invasor del Abya Yala, el nombre originario de este continente que reunía y unía al mismo tiempo al águila del norte y el cóndor del sur. En este primer momento de resistencia emancipadora, los pueblos indígenas del Abya Yala desarrollaron resistencias militares y simbólicas. Solo en el siglo XVIII se contabilizan más de 140 sublevaciones en la región andina, además de las producidas en el siglo XVI, para intentar derrotar al invasor europeo que era portador de una civilización moderna con su reproducción en la obtención del lucro. Y para eso desarrollaron todas las formas de control del trabajo —en la que la mita y la encomienda se presentan como dos instituciones fundamentales— y de saqueo de los recursos mineralógicos —oro y plata— y otros —azúcar, tabaco, algodón, por ejemplo—, entre los más importantes.

Una lectura de lo escrito por los cronistas muestra la dimensión de las grandes rebeliones indígenas por expulsar al invasor. De las más de 140 sublevaciones se conocen con mayor detalle la protagonizada en

1500 por los indios taínos —presuntamente la primera de magnitud—, en 1533 la liderada por Manko Inka que concluyó en el cerco a Cuzco en 1535, en 1534 la dirigida por el indio Guamá, la tenaz resistencia de Tupac Amaru en 1572, la organización de una suerte de grupo guerrillero en el oriente de Cuba por el indio Hatuey y los levantamientos indígenas de Tupac Amaru y Tupac Katari en 1781, cuya fuerza se extendió hasta Ecuador y Colombia. También son altamente conocidas las resistencias protagonizadas por los pueblos indígenas en Centroamérica.

Si bien se trataba de sociedades estamentarias, antes de la llegada de los invasores, según apuntan cronistas como Bartolomé de las Casas, la propiedad de la tierra y el trabajo tenían características comunitarias o colectivas, se registraba una integración plena del hombre con la naturaleza y la forma de gobierno tomaba en cuenta varias opiniones, así como no se conocía en el lenguaje cotidiano las palabras *lo tuyo* y *lo mío*. El tipo de comercio practicado entre los pueblos, guiado por la satisfacción de necesidades y no por la acumulación, utilizaba al trueque como su forma más importante. Es el valor de uso lo que guiaba la producción y la tierra; para el indígena, era la prolongación del cuerpo.

Está claro, por tanto, que las rebeliones indígenas frente a la invasión europea, detrás de cuyas espadas y biblias se encontraba un proceso de expansión originado en la búsqueda de riqueza para el llamado Viejo Mundo, estaban orientadas a preservar un determinado orden civilizatorio que no basaba su reproducción en la propiedad y la apropiación privada del territorio, de la tierra y de lo que se producía. De ahí que no sea extraño el carácter violento con el que los indios recibieron la práctica invasora de someterlos y de hacerlos trabajar por la fuerza en las minas y en el poco cuidado con el tratamiento de los alimentos, lo cual condujo a que millones de indígenas murieran en su condición de esclavos y por enfermedades traídas de Europa. Con la invasión española, no solo Europa ingresa a la modernidad, sino que la tierra deja de ser la prolongación del cuerpo indígena, se impulsa un proceso en que el productor es separado de sus medios de producción y se ponen en marcha distintas formas de control del trabajo y de apropiación del resultado de ese trabajo basadas en el criterio de la superioridad del blanco. El edificio social construido por los invasores se erigió sobre la base del color de la piel e incluso la mayor parte de la nobleza indígena fue sometida a las formas de explotación más inhumanas que demandaba el

capital. Las Leyes de Indias, aprobadas con el objetivo de disminuir en algo el grado de explotación salvaje a la que estaban sometidos los indígenas, no pudieron lograr su propósito.

Todo lo que se encontraba en esta parte del mundo fue saqueado con destino a Europa. Los minerales y los recursos naturales renovables solo sirvieron para facilitar el ciclo de reproducción del capital en su tránsito del mercantilismo al capitalismo como tal. Si hay un lugar en el mundo que puede aportar miles de ejemplos para poner en evidencia la naturaleza salvaje de la acumulación originaria del capital es América Latina, donde el capital, parafraseando a Marx, llegó chorreando sangre y lodo por todos lados. De esta parte del mundo tenían que llevarse los recursos naturales —minerales, tejidos, artesanía y alimentos— interrumpiendo los ciclos de producción establecidos a partir del tipo de relación de los indígenas con la naturaleza. Lo poco que quedaba era para las clases dominantes que representaban a la metrópoli y las clases subalternas —indígenas y esclavos— tenían que contentarse con las migajas, por lo que la economía de la abundancia en la cual vivieron los indígenas fue sustituida por la economía de la escasez.

Si bien el desarrollo de los pueblos indígenas del Abya Yala no era igual, existe coincidencia en los historiadores y otros estudiosos de las ciencias sociales al señalar que la forma de organización económica en las naciones o nacionalidades más avanzadas “aztecas y mayas en Mesoamérica e Incas en la región Andina” determinaba un alto nivel de productividad en la agricultura, elevados grados de consumo y formas de propiedad más desarrolladas respecto a otras regiones de esta parte del mundo. Las complejas relaciones sociales o comunitarias que se dieron en esa forma de organización de la economía de los pueblos indígenas tiene bastante relación con lo que Carlos Marx llamó el *modo de producción asiático* o lo que otros, atendiendo a sus especificidades, denominan *modo de producción americano*. Lo concreto es que se trataba de un régimen en la que formas arcaicas de organización comunitaria —el *ayllu* en los Incas y el *calpulli* en los aztecas— se combinaban con un Estado conducido por una teocracia sacerdotal.

Pero si en el plano de la economía se produjeron cambios que violentaron las relaciones comunitarias, dando paso a relaciones sociales de producción basadas en la jerarquización de la sociedad, donde los extre-

mos estaban formados por los que se apropiaron de la riqueza, de un lado, y los que estaban sometidos a formas de trabajo esclavista y de servidumbre, de otro, la forma de organización política también cambió. De formas de participación política más o menos horizontales, en las que se procuraba decisiones tomadas por consenso y sin incorporar el principio de la modernidad que coloca a los gobernantes “arriba” y a los gobernados “abajo”, el poder político se estructuró de tal manera que la exclusión de la mayoría indígena fue el complemento necesario del saqueo de los recursos naturales. Los que gobernaban en representación de la metrópoli lo hacían para beneficio principal de la misma, lo cual condujo a una estructuración desigual de la sociedad.

La invasión europea, desarrollada en tres tiempos, lo primero que hizo fue enajenar el territorio y organizarlo en función de los intereses de los colonizadores. En una primera etapa, se constituyeron los virreinos de Nueva España —con capital en México— y Nueva Castilla —con capital en Lima—, además de capitanías en Venezuela, Cuba, Chile y Guatemala. En una segunda etapa, en el siglo XVIII, se crearon Nueva Granada, con capital en Bogotá, y Buenos Aires, con capital en La Plata. Esta nueva forma de organización política, que implicaba, como está dicho, una nueva manera de concebir el orden territorial, se agravó en el siglo XIX por la fundación de las repúblicas y la creación de departamentos, provincias y municipios, con lo cual se apostaba a modificar sustancialmente la cosmovisión de los pueblos indígenas para facilitar, desde este nuevo concepto de espacio, la estructuración del orden colonial.

Sobre estas múltiples formas de enajenación, se concibió y ejecutó un proyecto de desarrollo que benefició principalmente a la metrópoli y a los criollos —aunque años después brindó ciertos privilegios a los mestizos— y perjudicó a los pueblos originarios de esta parte del mundo y a los negros traídos de África en condición de esclavos. Si bien los invasores vieron facilitado su control del Abya Yala por las divisiones internas en muchas naciones indígenas, particularmente en las que se pagaba una suerte de tributo al poder político, y por la superioridad de sus armas de combate, es completamente falso que los indígenas se rindieron rápidamente por una mezcla de temor y admiración. La hegemonía se estructuró sobre una política de exterminio.

Entonces, la primera ola emancipadora en América Latina se libró, para decirlo de manera concreta y aunque sus actores no tuvieran con-

ciencia de eso, contra la invasión europea que traía junto a esa modernidad, la acumulación originaria del capital en una expresión más salvaje de la que se conoció en el Viejo Mundo. Pero no solo eso. Para los pueblos indígenas el futuro no está adelante, como ocurre con la concepción del tiempo lineal de la modernidad occidental, sino en su pasado ancestral. De ahí que las rebeliones para expulsar al “cuerpo extraño” que representaba el invasor tenían como objetivo el restablecimiento del orden civilizatorio preexistente. Las resistencias indígenas —desde Norteamérica hasta Sudamérica— se propusieron esa suerte de retorno “sobre nuevas condiciones, diría Marx” a su manera de concebir la producción y la reproducción de la vida material y espiritual. Era la mirada hacia la emancipación plena y amplia, radicalmente opuesta a la enajenación plena y amplia impuesta por el intruso del capital.

La *segunda ola emancipadora* se dio entre 1790 y 1826, cuando un alto número de países en el continente se constituyeron como repúblicas y formalmente alcanzaron su independencia política y no pocos retrocesos se experimentaron en el camino recorrido por la lucha de los pueblos en su sed de plena y amplia emancipación.

Es suficiente el material bibliográfico para afirmar que en estos largos 36 años, en los que como toda revolución se registraron avances y retrocesos, se dieron dos grandes contradicciones: una contradicción interna que enfrentaba a la aristocracia criolla, a los comerciantes, a los mestizos y a la intelectualidad funcional a la Corona, por un lado, y a la intelectualidad y militares progresistas que bebían de la influencia de la Ilustración y a las clases subalternas conformadas por los indígenas y los esclavos, por otra; Más una segunda contradicción, externa, definida por el deseo de las clases dominantes de suprimir el tutelaje monárquico, reivindicando el libre comercio, pero preservando al mismo tiempo las relaciones de producción vigentes, así como manteniendo las formas de dominación política.

Desde la perspectiva de las clases subalternas, que muy pocas veces lograron articularse como bloque o sujeto colectivo, la lucha anticolonial estaba profundamente ligada a la lucha por la emancipación plena de las relaciones de dominación y explotación internas. Si bien sería atrevido hablar de un horizonte socialista en ese momento, es evidente que para los esclavos el objetivo era alcanzar su condición de trabajadores libres y para los pueblos indígenas el retorno a la sociedad en la que vivían antes de la invasión. A este horizonte de

visibilización de la emancipación hay que sumar a intelectuales que luego se pusieron a encabezar los ejércitos libertadores y a fracciones dominantes protoburguesas que hicieron suya las olas revolucionarias europeas.

Como se puede apreciar, los que aspiraban a liberarse de la colonia tenían al mismo tiempo intereses distintos y miradas muchas veces opuestas en el momento de pensar el tipo de sociedad a construir, lo que se hacía mucho más notorio con el proyecto emancipador indígena, cuya memoria larga lo conducía al restablecimiento del orden civilizatorio preexistente al momento de la invasión. El indígena apostaba a liberarse de la enajenación del trabajo, las formas de la cual giraban alrededor de la servidumbre y no menos cierto que también de las otras formas de enajenación territorial, cultural y religiosa.

Empero, no es ocioso destacar que hubo cuatro ejes favorables a la articulación de esas distintas miradas: primero, la conquista de la democracia ciudadana, sin las odiosas diferencias de otorgar la condición de ciudadanos a unos y continuar excluyendo a una amplia masa de la población —indígenas, negros y mujeres—; segundo, una modificación parcial de la forma de producir la riqueza a partir erradicar las relaciones de esclavitud y de servidumbre, lo cual iba a contracorriente de las aspiraciones de los sectores más conservadores; tercero, la devolución de tierras —no todas— a los indígenas y el establecimiento de nuevas relaciones comerciales entre las colonias independizadas y Europa y Estados Unidos. Cuarto, acompañar la independencia con la unidad latinoamericana —emancipación en el sentido amplio—. Para unos era el fin en sí mismo, para otros un paso necesario para acumular fuerza en un horizonte emancipador en sentido pleno.

Varias fueron las causas que determinaron los gritos independentistas en América Latina y el Caribe: la independencia de las colonias inglesas en Norteamérica, la Revolución Francesa y las Reformas Borbónicas, la constatación de los criollos y mestizos de la limitación que tenían sus privilegios por el monopolio del comercio ejercido desde la metrópoli, la revolución negra en Haití y la resistencia indígena. Como señala Galeano, “los españoles tenían la vaca, pero eran otros quienes bebían la leche”.¹ Sin embargo, es evidente que para la mayor parte de los descendientes directos e indirectos de la colonia, no fue el indio ni el negro sometido lo que estimuló su rebeldía ante la

metrópoli. Hechos posteriores demostrarían que incluso estaban más interesados en tener el control territorial como una nueva manera de establecer relaciones con el imperialismo —primero europeo y luego estadounidense— que en cerrarle el paso a cualquier tipo de imperialismo. Los que deseaban independizarse de la metrópoli sin cambiar las relaciones de dominación internas, en realidad solo representaban una traba para el interés europeo de completar su ingreso a la modernidad por la vía de la explotación de los pueblos indígenas y de los esclavos. De hecho no eran pocos los que admiraban la Revolución Francesa por la trilogía *libertad, igualdad y fraternidad*, que solo la querían para ellos, y rescataban las enseñanzas de la revolución estadounidense que independizaba a trece colonias de la metrópoli británica y mantenía, no sin antes exterminar a los indios, el esclavismo de los negros. Las clases dominantes apelaban a la Ilustración para demandar el libre comercio con Estados Unidos e Inglaterra, pero se aferraban a la Biblia para mantener las relaciones de poder y explotación en la colonia.

El debate dentro de las filas criollas y mestizas, del que los indígenas estaban excluidos, giraba principalmente en torno a un nuevo tipo de desarrollo comercial con Europa o la apuesta a un desarrollo económico de características más endógenas. El común denominador de ambas variables eliminar de desarrollo era la continuidad de la lógica extractivista, aunque la primera no alteraba el saqueo de los recursos renovables de esta parte del continente en función de los intereses extracontinentales. En cambio, la segunda, de mirada más endógena, apuntaba sobre todo a lo que podríamos llamar un capitalismo latinoamericano con niveles de autonomía importantes frente al imperio.

En América Latina tuvo que esperarse hasta la primera parte del siglo XX para pasar de la *democracia censitaria* y patrimonialista a la *democracia liberal* con la incorporación de los indios, los negros y las mujeres a sistemas políticos que, sin embargo, no dejaron de ser excluyentes y estrechos. Lo mismo sucedió con el tema de la tenencia de la tierra, encontrando en las revoluciones mexicana y boliviana sus máximas expresiones. Ambas revoluciones no terminaron emancipando al indio, sino más bien estableciendo nuevas formas de subsunción y enajenación.

¹ Eduardo Galeano en *Las venas abiertas de América Latina* (1971), “Fiebre del oro, fiebre de la plata” (“España tenía la vaca, pero otros tomaban la leche”).

Es preciso mencionar que no todos los países de América Latina y el Caribe alcanzaron su independencia, así sea formal, al concluir el ciclo revolucionario. Además de las pequeñas islas caribeñas, controladas por ingleses, franceses y holandeses, hay que subrayar que una temprana intervención de Estados Unidos bloqueó sistemáticamente los intentos independentistas de Cuba y Puerto Rico. El objetivo estadounidense estaba muy claro. Controlar a Cuba tenía alcances geopolíticos estratégicos e impedir su independencia era una tarea de primer orden. Cuba, a partir de la Revolución de 1868, encabezada por Carlos Manuel de Céspedes, continuada por la llamada Guerra Chiquita y más adelante por la Guerra del 95, organizada por José Martí, tuvo que luchar mucho para alcanzar su independencia, recién el 1.º de enero de 1959.

Ello obedeció a que el imperialismo norteamericano decidió entrar en guerra con España en 1898, cuando los patriotas cubanos ya la habían virtualmente derrotado. Le siguió la ocupación militar de Cuba por parte de los Estados Unidos, hasta que una falsa república fue proclamada en 1902, con la elección a la presidencia de Tomás Estrada Palma —viabilizada por el gobierno norteamericano para frenar la lucha revolucionaria—, quien firmó con el imperialismo estadounidense la Enmienda Platt, la cual establecía el “derecho” de esa nación a intervenir, incluso militarmente, en los asuntos internos de la Isla.

Volvamos a la segunda ola emancipatoria de América Latina. Los principales logros de la independencia comenzaron a revertirse desde 1826 y América Latina —como bien apunta el cubano Roberto Regalado— pasó de su condición de colonia a su condición de neocolonia, lo que constituye el *puntal de la metamorfosis del capitalismo de libre competencia en capitalismo monopolista y, por consiguiente, del nacimiento y desarrollo del imperialismo*.

A pesar del enorme interés y derroche de energías que muchos de los independentistas le pusieron a la necesidad de generar una conciencia sobre la importancia de la unidad latinoamericana, la reacción de Francia, Inglaterra y sobre todo, la temprana intervención de los Estados Unidos bloquearon cualquier perspectiva emancipadora en su sentido amplio: fracasó el Congreso Anfictiónico organizado por Bolívar en 1826 en Panamá; en 1830 fue derrotada la idea de la Gran Colombia —Venezuela, Nueva Granada y Ecuador—; la Confederación Peruano-Boliviana de 1839 no prosperó; entre 1839-1848, Fran-

cisco Morazán no pudo impedir la disolución de las Provincias Unidas en cinco países—Guatemala, Honduras, Nicaragua, El Salvador y Costa Rica—; y otros intentos similares sencillamente fueron ahogados a tiempo por el imperio y con la complicidad de las élites locales.

La segunda ola emancipadora, en la que se da la combinación de independencias formales —emancipación en sentido más estrecho— y la preservación de una memoria larga cuyo horizonte de visibilidad es la emancipación en sentido amplio y pleno, empieza a devenir en neocolonialismo debido a tres razones fundamentales: son los sectores señoriales y no los protoburgueses los que toman el poder político, en complicidad con la Iglesia; Estados Unidos se lanza sobre América Latina luego de 25 años dedicado a su expansión territorial y, finalmente, el nivel de compactación del sujeto nuestroamericano —cuya construcción hay que verlo como proceso— no corresponde todavía a los desafíos planteados por el nuevo cuadro de situación.

Esta concepción de la independencia y del desarrollo para las nuevas clases dominantes, implicó, como consecuencia lógica, una nueva forma de enajenación territorial. De los virreinos —que ya fueron una forma de enajenar el concepto de territorio de los pueblos indígenas—, con las independencias formales entre 1809 y 1826 se dio paso a la constitución de repúblicas que profundizaron la fragmentación en todos los sentidos. Octavio Paz afirma de la manera más punzante:

(...) las nuevas repúblicas fueron inventadas por necesidades políticas y militares del momento, no porque expresasen una real peculiaridad histórica. Los “rasgos nacionales” se fueron formando más tarde (...). Aún ahora, un siglo y medio después, nadie puede explicar satisfactoriamente en qué consisten las diferencias “nacionales” entre argentinos y uruguayos, peruanos y ecuatorianos, guatemaltecos y mexicanos.²

Pero eso no quiere decir que las guerras de la independencia no hubiesen servido para nada. La lucha contra el imperialismo español, francés y británico por no solo hablar de Hispanoamérica, logró aportar al surgimiento de una conciencia nacional latinoamericana, la que

² *El laberinto de la soledad* (1950), capítulo VI.

luego se amplió por el salvajismo temprano del imperialismo estadounidense. Y en términos sociales, los indígenas y los negros, así como clases medias mestizas con acceso al pensamiento universal, no renunciaron a la lucha por la abolición de la servidumbre y la esclavitud y a la construcción de una sociedad con igualdad. Luis Brito señala:

Las revoluciones pueden ser calamidades, pero nunca mayores que los abusos contra los cuales combaten. A pesar de las tareas que dejaron sin concluir, las guerras de la independencia consolidaron los sentimientos de nacionalidad, en líneas generales proscribieron el sistema monárquico para sustituirlo por el republicano y fortalecieron carismas caudillescos que operaron como puntos de referencia contra la disgregación absoluta.

Las luchas por la independencia de América Latina han sido importantes, pues si bien muy tempranamente ingresaron a un camino regresivo, al no poder pasar de la revolución política —emancipación estrecha— a la revolución social —emancipación en sentido pleno— y continental —emancipación en sentido amplio—, al mismo tiempo, aportaron a la memoria larga de los pueblos lecciones de lo que se debe o no hacer en ese recorrido por el camino de la emancipación, siempre lleno de peligros y traiciones, de avances y retrocesos.

Nuestra América enfrenta hoy una *tercera ola emancipadora* contra el capital. Varios son los factores concurrentes que abren la condición de posibilidad de avanzar hacia la emancipación plena y amplia.

En primer lugar, se está produciendo el retorno, sobre condiciones distintas, del horizonte emancipador y de la mano de un gigante dormido: el movimiento indígena. Desde el alzamiento zapatista en Chiapas hasta las rebeliones indígenas en Ecuador y Bolivia, es posible identificar que los pueblos originarios se han propuesto desplegar el ejercicio de su propio poder, radicalmente distinto al construido en años de neocolonialismo.

Esta emergencia de los pueblos indígenas, portadores de una visión civilizatoria diferente a la moderna, se da casi de forma simultánea al proceso de fragmentación y desestructuración de la tradicional clase obrera producto de cambios en el mundo del trabajo y en un contexto en que la globalización —dominación transnacionalizada del capital financiero— encuentra en crisis a los países del capitalismo central,

cuya pesada carga ellos buscan transferir a los países del capitalismo periférico.

Este retorno de lo indígena se debe analizar, además, no solo por su protagonismo en países como Bolivia y el Ecuador, sino por su aporte epistemológico —en cuanto a los términos del tiempo de la transición, por ejemplo— y por su simbolismo político en el diseño de proyectos de cambio que pretenden una ruptura radical con la modernidad, es decir con el capitalismo, como forma de organización de la vida social. De ahí que no sea una anécdota la universalización de los conceptos Vivir Bien o Buen Vivir en las reflexiones, acciones y propuestas de los gobiernos de izquierda y progresistas de la región que no cuentan con población indígena.

En segundo lugar, hay un regreso, también sobre nuevas condiciones, del ideario de los próceres de la independencia. Están presentes Bolívar, Morelos, Hidalgo, Miranda y Martí. Tanto desde los países con proyectos genéricamente conocidos como poscapitalistas —Venezuela, Bolivia, Ecuador y Nicaragua— hasta otros menos radicales pero interesantes por su deseo de lograr mayor independencia frente a Estados Unidos —Brasil, Argentina, Uruguay y El Salvador—, coinciden en la necesidad de construir relaciones con una mirada hacia el sur, lo cual implica un comercio intrarregional más fuerte, apoyado en la consolidación o ampliación de la institucionalidad existente (MERCOSUR, CAN, MCCA, SICA) y la creación de otros espacios de integración como UNASUR, el ALBA y otras iniciativas como Petrocaribe.

En tercer lugar, como pocas veces ha ocurrido de manera simultánea, América Latina es escenario, desde fines del siglo XX, de la emergencia de líderes políticos con profundo arraigo en sus países y muy prestigiosos en el continente y en el resto del mundo. Hugo Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador, Lula en Brasil, Daniel Ortega en Nicaragua y Néstor Kirchner y Cristina Fernández en Argentina, cada cual a su estilo, le han dado su impronta a la causa latinoamericanista. No cabe duda que la muerte del presidente Hugo Chávez es uno de los factores de cierta desaceleración de los procesos emancipadores que, observados de conjunto, nos llevan a una situación de *equilibrio estratégico*.

En cada uno de estos países, desde los pueblos hasta los gobiernos, se está desarrollando un nuevo oleaje revolucionario de distintos alcan-

ces. En unos se han registrado revoluciones políticas —emancipaciones en sentido estrecho— y en otros se han logrado mayores niveles de autonomía ante los Estados Unidos. No hay que olvidar, por ejemplo, el papel de Brasil y Argentina en el desgaste y derrota del proyecto anexionista del ALCA, como tampoco ignorar el impulso que para esas decisiones desempeñaron los presidentes Fidel Castro y Hugo Chávez y luego Evo Morales, un trío a los cuales se sumaron luego otros jefes de Estado.

La lista de esos nuevos liderazgos encuentra su punto de partida en la referencia política y moral que desempeña sobre ellos y los pueblos del continente el comandante en jefe y líder histórico de la Revolución Cubana, Fidel Castro, sin cuya consecuencia y capacidad de anticipación histórica, el imperialismo la hubiese tenido más fácil en su proyecto de dominación plena y amplia, hoy denominado *dominación de amplio espectro*. Del líder cubano se pueden decir muchas cosas, pues es un hombre que ha trascendido la historia, pero una cosa es inobjetable: desde el asalto al Cuartel Moncada, en 1953, que marca el inicio de la lucha insurreccional que desembocó en el triunfo de la Revolución Cubana, hasta los artículos de hoy, pasando por lo que hizo por América Latina y otros pueblos del mundo en su condición de jefe de Estado, Fidel ha sido activo constructor y ha encarnado al mismo tiempo los sueños de emancipación plena. En sus palabras han encontrado eco las esperanzas de los pueblos y la lucha de grandes hombres y mujeres como los indios Hatuey, Tupac Amaru I y II, Tupac Katari, Micaela Bastida, Bolívar, Hidalgo, Morelos, Sucre, Martí, el Che y otros cientos de mártires conocidos y anónimos de la causa independentista y, sobre todo, emancipadora.

Las perspectivas de la unidad latinoamericana no serían favorables sin el aporte que a la historia nuestroamericana le ha hecho el pueblo cubano, primero, en su lucha contra el imperialismo español y, luego, de inmediato, contra el imperialismo estadounidense. Sería una injusticia no reconocer que el triunfo de la Revolución Cubana, en 1959, y la declaratoria de su carácter socialista, en 1961, le dieron una impronta a la lucha de los pueblos de Nuestra América. De hecho, si bien se produjeron experiencias revolucionarias en Centroamérica en la década de 1930, lideradas por Augusto César Sandino en Nicaragua y Farabundo Martí en El Salvador, además del establecimiento de gobiernos nacionalistas como el de Jacobo Arbenz en Guatemala, la ter-

cera ola emancipatoria en América Latina y El Caribe encuentra su punto de partida en la independencia plena de la mayor de las Antillas, cuyo líder histórico, Fidel Castro, ha trascendido ya la historia. En Cuba se le ha dado al capitalismo un golpe muy duro, pero todavía no se ha culminado de transitar el terreno para acabar con las relaciones de dominación del imperialismo estadounidense en el continente.

Las características de esta tercera ola son: la resistencia a la dominación del capitalismo y a los Estados Unidos —su cerebro y corazón—, dada en medio del desarrollo contradictorio de renovadas tendencias nacionalistas de diverso grado y los intentos de poner en marcha nuevos paradigmas emancipatorios de cuyos perfiles y alcances todavía no se tiene una idea más o menos definida eliminar. Se habla del socialismo —del siglo XXI en Venezuela y Ecuador, Comunitario en Bolivia y Humanista y Cristiano en Nicaragua—, pero al mismo tiempo en Bolivia y Ecuador se plantea el Vivir Bien o el Buen Vivir.

Una segunda característica es que, a pesar de las contradicciones teóricas y prácticas que acompañan a este momento de América Latina, hay profundos cuestionamientos a los conceptos de democracia, desarrollo, integración y cultura que han prevalecido en la historia larga y corta.

En el siglo XXI se aprecia la tensión entre la apuesta por la ampliación de la democracia o el reconocimiento de otras formas de democracia —que implica la combinación del reconocimiento del ciudadano como individuo y la admisión del pueblo como actor colectivo— y mantener la limitada democracia representativa como única forma de Estado. Aunque denominados de manera distinta, los procesos constituyentes en varios países se han traducido en la incorporación a sus respectivas Constituciones de otros tipos de democracias: participativa, deliberativa y comunitaria, lo cual no solo implica la apertura de nuevos espacios para nuevas formas de participación política, sino un aporte a la teoría y práctica política en general.

Sin embargo, también habrá que decir que el reconocimiento de estas otras democracias no ha alterado el carácter predominante de la democracia representativa como espacio de disputa entre la hegemonía y la dominación, entre emancipación de los pueblos y la dominación del imperialismo. De hecho, los gobiernos progresistas y de esa nueva izquierda tienen su origen y fuente de mandato en las democracias representativas que, de instrumento de dominación política al

servicio del imperio y las clases dominantes en las postrimerías del derumbe del campo socialista y del nacimiento de la unipolaridad, se han convertido en un instrumento de lucha, acumulación e inéditas victorias político-electorales de los movimientos sociales y ciudadanos. Esto se abrió con la victoria de Chávez en Venezuela en 1998 y le siguieron Lula, Evo, Kirchner y otros.

En cuanto al concepto de desarrollo, el panorama es menos claro respecto de la democracia. Si bien existen algunas señales de crítica radical al desarrollismo de la modernidad y una convocatoria a pensar en una manera de articular la desestructurada relación entre fuerzas productivas y naturaleza —enajenadas a ritmos acelerados por el desarrollo del capitalismo—, al mismo tiempo los gobiernos más radicales del continente impulsan proyectos que generan tensión frente al paradigma de la Madre Tierra.

Un racional aprovechamiento de los recursos naturales, que les da dinero a los gobiernos para poner en marcha sus políticas sociales redistributivas, y la preservación de la naturaleza como condición de cuidar el planeta, es quizá el punto de encuentro. Es más, esta nueva manera de pensar el desarrollo o el modo de vida, es probable que sea la respuesta emancipadora a la coexistencia de la acumulación originaria o *acumulación por desposesión* —en la que el capital sigue chorreando sangre y lodo por todas partes— y la acumulación ampliada.

El paradigma que está siendo cuestionado es el capitalismo y, como es obvio, el concepto de desarrollo que encierra ese sistema en el que la centralidad del capital es lo fundamental. Y esa centralidad, en la que la búsqueda desenfrenada del lucro es el punto de partida y llegada, está hoy en la mira de los pueblos, no solo por la conciencia que implica esa progresiva desvalorización de la fuerza de trabajo en la producción de bienes materiales e inmateriales, sino por la amenaza que para la propia vida tiene hoy ese modo de producción, consustancial en América Latina con la colonialidad.

Frente a ese tipo de desarrollo o contra la *ilusión modernista*, desde Nuestra América se están construyendo una diversidad de respuestas que para mejor comprensión podemos clasificar en tres: el socialismo, el Vivir Bien o el Buen Vivir y la construcción de un capitalismo latinoamericano. De las tres, las dos primeras se presentan como alternativas paradigmáticas.

El paradigma del socialismo —como tronco común— ha sido reivindicado en diferentes grados por los gobiernos y los pueblos de Venezuela, Bolivia y Ecuador, aunque cada cual lo hizo atendiendo a las especificidades de su formación social históricamente determinada. Venezuela y Ecuador hacen referencia al socialismo del siglo XXI y Bolivia al socialismo comunitario. Obviamente Cuba, que en abril de 2011 ha dado paso a la actualización de su socialismo, es la referencia histórica y moral.

Ahora bien, aunque en medio de tensiones y contradicciones, en América Latina se está produciendo una convergencia, un diálogo, todavía insuficiente, entre los dos paradigmas alternativos al capitalismo y entre ambos con la respuesta que apunta al capitalismo latinoamericano. Y es quizá ese rasgo lo que explica la enorme sinergia con la cual se han movido los países miembros del ALBA, que se identifican con el socialismo como horizonte, y países con peso gravitante en la región como Brasil y Argentina, más inclinados a la ilusión del capitalismo autónomo frente al imperio. El diálogo entre los dos paradigmas civilizatorios alternativos al capitalismo se produce en medio de las tensiones entre una tendencia *neodesarrollista*, con fuerte peso industrialista, y un llamado, más discursivo que real, a superar la lógica extractivista. En los primeros se aprecia un reconocimiento, no oficial por cierto, de la necesidad de desarrollar las fuerzas productivas en áreas clásicas y de maneras también clásicas. En los segundos, se aprecia una mezcla bastante sui géneris de idealismo y realismo que ha dado lugar a la aparición del término *pachamamismo*.

En cuanto a la intervención del Estado habrá que hacer dos apuntes necesarios desde la perspectiva de la construcción de una alternativa al capitalismo: primero, luego de décadas de privatización de las empresas estatales y los recursos naturales, cualquier proyecto posliberal implica recuperar el papel protagónico del Estado. De eso no hay duda y pensar lo contrario es una manera ingenua de coincidir con el liberalismo. Segundo, el papel del Estado no asegura, empero, el tránsito al socialismo pues puede, quizá fácilmente, quedarse en un capitalismo de Estado que progresivamente vaya renovando el sistema con nuevos actores y renovada vestidura.

Uno de los desafíos de los pueblos y los gobiernos es impulsar diversas formas de propiedad social no estatal, con la misma fuerza que la participación estatal e interestatal en determinados ámbitos estratégi-

cos de la economía. Eso no implica la pequeña y mediana empresa, sino formas de propiedad colectiva y apropiación social directa del resultado del trabajo. Desde esa perspectiva, la propuesta del socialismo comunitario en Bolivia se presenta como una potencialidad en la medida en que no solo haga referencia a la reconstitución de las comunidades indígenas, sino también a su universalización como forma de organizar la vida social.

Siempre en el tema de la intervención del Estado, también es un desafío para los gobiernos que se han propuesto una perspectiva socialista el impulsar una gestión basada en términos radicalmente distintos a la desarrollada por el capitalismo, lo cual implica una modificación sustancial de las relaciones de producción. En Venezuela y Bolivia todavía se aprecia una gestión bastante conservadora de las empresas estatales, lo cual puede llevar, a pesar de la voluntad de sus gobiernos, a constituir burguesías burocráticas que vayan reproduciendo el sistema y elevados niveles de corrupción que vayan minando moral y políticamente la disposición colectiva al cambio.

No aporta mucho retornar al debate acerca del Estado entre los marxistas y los anarquistas sin la debida contextualización y resignificación que los conceptos están obligados a tener para no cosificarse. Desde la perspectiva de la construcción y desarrollo de un paradigma o proyecto civilizatorio alternativo al capitalismo un aporte teórico de gran valor en las condiciones del siglo XXI es el realizado por el político e intelectual Antonio Gramsci, quien retomando el sentido político y filosófico de Marx y al mismo tiempo resignificándolo introduce el concepto de *Estado ampliado*. Eso implica sentar las condiciones materiales para pasar de un *Estado restringido* —gobierno, policía, fuerzas armadas y burocracia— a un *Estado pleno* en la que el Estado se va diluyendo en la sociedad y avanzando a ese semi-Estado o comunidad sobre la que Marx y Engels reflexionan. Por consiguiente, la edificación de una sociedad de productores libres —como afirmaba Marx— es cambiar radicalmente la gestión en la perspectiva, que nunca hay que perder, del comunismo. Es decir, si la ecuación del neoliberalismo es *cada vez menos Estado y cada vez más mercado* —como el espacio idealizado que encubre las relaciones sociales antagónicas producidas por el capital— la ecuación emancipadora será más bien *cada vez menos Estado, cada vez más comunidad*.

Es poco probable que existan condiciones favorables para reintentar un capitalismo latinoamericano autónomo y muchos menos tener como sujeto de ese proyecto a una burguesía latinoamericana. La realidad concreta se encarga de dar mayores elementos que las que pueden aportar las buenas intenciones. Lo que quizá es inevitable es que el *bloque nuestroamericano-indígena-popular* se vea obligado a transitar, bajo su dirección, por formas de organización capitalista hacia el horizonte socialista, más aún en una transición anunciada como mucho más larga a la imaginada por los clásicos.

En los últimos diez años (2004-2014) varias iniciativas han sido tomadas a partir de un nuevo concepto de integración y unidad. Hay en construcción un paradigma que está orientado a superar al paradigma predominante construido en el imaginario colectivo en siglos. Estados Unidos ya no es el centro articulador de los sueños, las esperanzas y las perspectivas de los pueblos y los Estados de América Latina y el Caribe. Para alcanzar esa meta, que se presenta más como una necesidad histórica que una mera idealización, los Estados y pueblos de América Latina y el Caribe están obligados a acelerar procesos de integración y unidad política desde la perspectiva Sur-Sur. Hay mucho de donde partir.

El primer paso se dio en diciembre de 2004 en La Habana, donde el comandante Fidel Castro —el líder histórico de la soberanía, dignidad y revolución nuestroamericana— y el comandante Hugo Chávez, pusieron en marcha el ALBA, a la que luego se sumó Bolivia con Evo Morales, el primer presidente indígena de todo el continente. Posteriormente se sumaron Nicaragua, Ecuador y otros países del Caribe.

A diferencia de otros acuerdos o proyectos de integración, el ALBA no tiene un enfoque unidimensional en torno a lo económico-comercial, sino que más bien, como afirma el estudioso Luis Suárez, posee un carácter multidimensional. Es por eso que se pueden encontrar acuerdos que involucran a la educación, la salud, la cultura y la ciencia. Por lo demás, acuerdos de intercambio comercial, asistencia técnica y financiera se han desarrollado a pesar de la precaria institucionalidad, aunque hay que admitir que con escasa gravitación, lo cual es el talón de Aquiles y el gran desafío a remontar ahora que nos acercamos a los 10 años de vida.

Un segundo paso se ha dado cuatro años después. Altamente significativa ha sido la constitución de la UNASUR, el 23 de mayo de 2008, y

luego, como parte de ese esfuerzo, del Consejo Sudamericano de Defensa. Todavía hay mucho por recorrer, pero las perspectivas son alentadoras. De hecho, el papel de UNASUR en septiembre de 2008 fue de gran valor pues ayudó al pueblo boliviano a conjurar un golpe cívico-prefectural que tenía el propósito de dividir al país en dos y de incluso asesinar al presidente Morales. También ha jugado un rol de gran importancia al reaccionar rápidamente cuando un golpe de Estado, bajo la forma de motín policial, se desarrolló contra el presidente ecuatoriano Rafael Correa en octubre de 2010. Por lo demás, hasta que no termine de cuajar un foro político regional que dispute con la OEA sentidos de la historia, lo que aparece como potencial con la CELAC, ciertamente UNASUR se presenta como el foro subregional más importante para la resolución pacífica de controversias en Sudamérica y que puede ponerle ciertos “candados” a la militarización que Estados Unidos impulsa a través de Colombia en esta parte de Nuestra América. La decisión de UNASUR de declarar al territorio sudamericano como zona de paz ha representado un paso importante, aunque al mismo tiempo no desconoció el convenio bilateral que Colombia y Estados Unidos hicieron para instalar bases militares en el país sudamericano.

El tercer paso se dio con el nacimiento de la CELAC. Sus orígenes más próximos están en febrero de 2010, cuando en México se realizó la Cumbre de Unidad de los Estados de América Latina y el Caribe, que culminó con la decisión de avanzar hacia la construcción de una organización regional sin la participación de Estados Unidos y Canadá. El proceso de conformación de la CELAC, sin Estados Unidos y Canadá, pero también sin España y Portugal, no ha tenido hasta ahora grandes dificultades y ha sido en diciembre de 2011 cuando este sueño latinoamericanista se ha concretado. El lugar, Caracas.

Lo que ocurrió allí no hubiera sido posible, sin embargo, sin la confluencia de varios factores objetivos y subjetivos, cuya forma de articulación política es el resultado del reconocimiento de pensar-vivir-sentir Nuestra América a partir del origen común de sus miembros, de los problemas comunes que la sacuden, de las amenazas comunes que la acechan y de la pluralidad intergubernativa que expresa cada uno de los países de esta parte del continente.

La Cumbre de la CELAC en Cuba, en enero de 2014, ha sido fundamental por las resoluciones que se tomaron en términos de América Latina y El Caribe como territorios de paz y la articulación de iniciativas

para erradicar la extrema pobreza y coadyuvar al diseño de una nueva arquitectura financiera.

En síntesis, un vigoroso resurgimiento del latinoamericanismo —que recupera las rebeliones indígenas, las luchas por la independencia y el heroico ejemplo del triunfo y la resistencia cubana, además que da cuenta de renovados liderazgos en Bolivia, Venezuela, Brasil, Nicaragua, Ecuador, Argentina y Brasil— da paso a la fundación de la CELAC y a los sueños de alcanzar la plena emancipación. El nacimiento de la CELAC ha sido un parto histórico. Su proyección —en medio del imperialismo más grande que haya padecido la humanidad— será una hazaña histórica.

De la iniciativa estratégica al equilibrio estratégico

A pesar de que la mayor parte de los países de América Latina y el Caribe tienen gobiernos de izquierda y progresistas, la fuerza de la ola revolucionaria de la última década y media da señales de cierto agotamiento, por lo que se hace necesario sentar condiciones favorables para arrancar una nueva oleada que defienda lo conquistado y profundice el camino hacia un horizonte emancipador de los pueblos y la naturaleza.

El desafío no es nada fácil. Ya poco antes del fallecimiento del presidente Hugo Chávez se percibía una relativa desaceleración de la tendencia hacia la izquierda en la región. Es más, aún incluso sin que la izquierda haya perdido el gobierno donde lo ganó, hay varios hechos que demuestran que se ha pasado de la *iniciativa estratégica* al *equilibrio estratégico*. En la primera fase se lograron grandes conquistas; en la segunda, la defensa de lo conquistado se presenta como lo fundamental.

Tres parecen ser los factores que explican la desaceleración y que están dialécticamente relacionados:

En primer lugar, hay un retroceso en el nivel de desarrollo de conciencia de los sujetos sociales y políticos, que después de un gran momento de protagonismo en su condición de sujetos históricos, devienen en actores interesados más en sus intereses particulares que en su visión universal. Hay una pasividad o confusión frente a la envergadura de las tareas históricas, aun en los países donde hay procesos revolucionarios. Los foros sociales han perdido su capacidad de generar mejores y mayores ideas para luchar contra las clases dominantes en aquellos países donde

la izquierda no ha accedido al gobierno o no ha conquistado el poder. A eso hay que agregar las grandes dificultades que enfrentan los pueblos y la izquierda que no está en el gobierno para construir unidad y revertir el poder de la derecha, que es más dominación que dirección. Mucho menos existe un sujeto nuestroamericano capaz de presionar y trabajar para que los Estados-Nación —configuraciones restringidas— pasen a su condición de Estado Plurinacional Continental —configuración amplia—.

Segundo, sobre la base de la disminución de la densidad de la movilización y el protagonismo social, pero también desde cierta fetichización del poder, los gobiernos de izquierda avanzan y obtienen conquistas a partir de la sola intervención desde el Estado. A veces son parte de la solución pero también del problema. Los gobiernos son los grandes autores y actores de muchas conquistas de los últimos cinco años, pero también tienen algo de responsabilidad de la pasividad social. Así, la conquista y ampliación de la hegemonía se produce solo por fuerza de la iniciativa desde el Estado o el menos con poco protagonismo desde los organismos privados de la sociedad civil, siempre en disputa.

La combinación de ambos factores se traduce en un menor grado de articulación de los mecanismos alternativos de integración y foros de concertación política como el ALBA, la UNASUR y la CELAC. Hay una suerte de pausa entre lo que se dice y lo que se hace, aunque lo acumulado en década y media todavía da un margen bastante importante de ventaja a favor de las fuerzas sociales y políticas revolucionarias.

El desarrollo contradictorio de los dos anteriores datos de la realidad se registra al mismo tiempo, como tercer factor, en medio de una contraofensiva imperial que combina las acciones más o menos conocidas de la última década —subversión ideológica, como es el caso del ZunZuneo contra Cuba y otras acciones similares contra Bolivia y Ecuador— con otras de nuevo tipo que, por razones de espacio, se pueden agrupar en dos: a) la activación de la Alianza Pacífico, un proyecto —como afirma la investigadora Lourdes Regueiro— al que se lo puede calificar como el “ALCA plus”, y b) un nivel de agresión contra la Revolución Bolivariana que condensa los métodos empleados contra Cuba, Chile y Nicaragua, con el dato adicional de una sistemática agresión mediática.

Un necesario apunte por su importancia en las futuras luchas en la región. De todos los procesos revolucionarios y progresistas que se desarrollan en la región, el boliviano se presenta como el más fortalecido en la actualidad. La revolución liderada por Evo Morales conquistó en octubre pasado un holgado triunfo electoral, aunque, sin embargo, la consolidación de su irradiación hegemónica estará en dependencia de un nuevo grado de aceleración de los movimientos sociales que, salvo pocos momentos, también dan señales de cierto retorno a sus particularismos.

Los desafíos

Pero la profundización de esta tendencia emancipadora desde los gobiernos está en dependencia de que la contradicción *¿alternativa o reciclaje?* sea resuelta satisfactoriamente a favor de la primera. Todo dependerá de la capacidad que la izquierda, dentro y fuera de los gobiernos, tenga para ir superando la lógica del capital, de construir una relación de fuerzas favorable, de edificar un nuevo tipo de poder y de avanzar hacia una organización de la vida social radicalmente distinta a la capitalista.

Estados Unidos se esforzará para revertir la correlación de fuerzas en la región que hoy, a pesar de todo, le es desfavorable. También duplicará sus esfuerzos para acabar, como lo ha querido hacer con esfuerzos como el ALBA y UNASUR, con la CELAC. Para eso está tomando varias iniciativas.

Una es la llamada Alianza del Pacífico, en la que bajo el argumento de la integración, se pretende retomar las aspiraciones del fracasado ALCA. De hecho, los países que le dieron nacimiento oficial —Chile, Perú, Colombia y México, con la participación en calidad de observadores de Costa Rica y Panamá— son los que desde hace más de una década tienen Tratados de Libre Comercio con Estados Unidos, por lo que si bien es todavía prematuro pensar que vayan a tener mejores resultados de los obtenidos hasta ahora, no hay que dejar de tomarle el apunte y seguimiento a la intencionalidad política estadounidense que hay en marcha, para darle energía a la ola de reprivatización neoliberal cuestionada por varios países, retomar su presencia política ahora debilitada y reforzar su accionar militar en permanente expansión.

En ese cuadro actual de relaciones de fuerza en la región, todo lo que vaya a pasar en adelante adquiere un carácter estratégico. Pero el avance hacia el horizonte emancipador requiere de algunas premisas:

Primero, de la defensa articulada de los gobiernos revolucionarios y progresistas ante las diversas formas de agresión de los Estados Unidos y del capital. Los casos de Venezuela y Argentina se presentan como los más ilustrativos de lo que la restauración conservadora está dispuesta a hacer. La patria de Bolívar y Chávez es un actor geoestratégico en la región y Argentina es un pivote también.

Segundo, de la profundización de los procesos revolucionarios de Bolivia y Ecuador, cuyo aporte a la causa de los pueblos subalternos de la región y el mundo es de importancia histórica y estratégica. El aporte de Bolivia a las luchas en América Latina es fundamental pues hasta ahora es un espacio de articulación de los horizontes emancipadores de los pueblos indígenas sintetizados en el Vivir Bien y del proyecto y la tradición socialista de los trabajadores.

Tercero, del reimpulso y profundización de los mecanismos alternativos de integración y foros de concertación política (UNASUR, ALBA y CELAC) y de otros ya existentes que, como el MERCOSUR, se tornan estratégicos para la integración intra y extrarregional. Hay que pasar de la integración política, que no es poco, a la integración efectiva en lo económico y comercial. Todos esos mecanismos deben servir para construir las bases materiales de la revolución latinoamericana y el Estado Plurinacional Continental.

Cuarto, del respaldo a los Diálogos de Paz para la salida política al largo conflicto armado en Colombia. La emergencia política y social en ese país se proyecta estratégica para la región y puede insuflar una nueva energía a las luchas latinoamericanistas.

Quinto, de la consolidación de la actualización del modelo económico cubano. Cuba seguirá siendo referente político e ideológico de la revolución. Cuba ha sido y seguirá siendo factor fundamental en la integración y unidad latinoamericana.

Una cosa es clara. Las dos olas emancipatorias anteriores —rebeliones indígenas contra el invasor europeo entre los siglos XV y XVII, y la lucha de los próceres de la independencia a fines de los siglos XVIII y en la primera cuarta parte del siglo XVIII—, no prosperaron por las divisiones internas, por la falta de cohesión política y la sumisión al imperio de turno. No hay posibilidades de romper la ecuación domi-

nación/subordinación mientras el capitalismo continúe y, sobre todo, mientras el imperialismo siga pretendiendo regular y controlar la vida de nuestros pueblos. Por lo tanto, en la teoría y práctica emancipadora estamos obligados a ampliar nuestros conceptos y uno de ellos es pasar del concepto reduccionista de desarrollo —que solo hace referencia a cambio para el ser humano— al concepto amplio de vida —que es pensar en la especie humana y la naturaleza. Pero sobre todo no hay posibilidades de triunfo si los procesos progresistas y revolucionarios de Nuestra América no se radicalizan.

La radicalización de los procesos revolucionarios y progresistas de Nuestra América dependen, sin embargo, de pensar-sentir-vivir desde la historia larga, de enriquecer la teoría y práctica emancipadoras recogiendo los aportes de las rebeliones indígenas desde hace más de cinco siglos, de incorporar las valiosas lecciones dejadas por las luchas independendistas del siglo XVIII y XIX, de estudiar los aportes de la Revolución Cubana, de asimilar los elementos positivos del movimiento guerrillero de la década de 1960 y de sistematizar las grandes contribuciones de las resistencias al neoliberalismo. Pero esto implica, a la vez, dos requisitos indispensables y un número igual de escenarios. Por un lado, enriquecer la teoría de la revolución social de fundamento marxista como nos dice el politólogo cubano Roberto Regalado y, por tanto, avanzar hacia la elaboración de una teoría de la transición en las condiciones del siglo XXI que tome en cuenta a las tres que la preceden —dos en Europa, de los siglos XIX y XX con Marx y Lenin respectivamente, y una en América Latina concebida y desarrollada a partir de la Revolución Cubana—. Se trata de encontrar una relación de correspondencia entre lo que dice y se hace, entre la teoría y la práctica. Regalado lo plantea de la siguiente manera: No se trata de recuperar el marxismo y leninismo para construir una “nueva URSS”, una “nueva China”, una “nueva Corea”, un “nuevo Vietnam” o una “nueva Cuba”, sino una nueva América Latina. La filosofía de la praxis aplicada en la América Latina del siglo XXI tiene, necesariamente, que producir resultados novedosos.

Esto a su vez tiene dos escenarios: desde la sociedad civil con perspectiva emancipadora, llámese movimientos sociales, sindicatos y otros, pero también desde los gobiernos y estados que han sido “copados” de distinta manera por los pueblos en los últimos años. En aquellos países en los que las clases subalternas se han elevado en cierto sentido a su condición de clases dominantes, sería un crimen desaprovechar esa

posición para profundizar las luchas emancipadoras contra la dominación. La lucha es por lo tanto “desde abajo” y “desde arriba”. Y, finalmente, “desde adentro” y “desde afuera” en términos de que la emancipación será construida en cada formación social específica pero también en el continente. De otra manera no es posible.

Las posibilidades de salir victoriosos de esta tercera ola emancipatoria son altas. Todo dependerá de la capacidad de unidad en la diversidad que Nuestra América tenga en el presente y que los procesos de avanzada recorran con éxito los complejos caminos de la transición, cuyo período anticipa ser mucho más largo de lo pensando por los clásicos. Las teorías y experiencias de transición en el siglo XIX en Europa —con Marx— y las desarrolladas en el siglo XX en la desaparecida URSS —con Lenin— y en Cuba —ahora en proceso de actualización de su socialismo— son referencias importantes pero altamente insuficientes para encarar los grandes desafíos del siglo XXI por distintas razones: cada cierto tiempo tienen que legitimarse en pesados actos electorales, enfrentan un bombardeo sistemático del aparato mediático, existe una visión cortoplacista de las autoridades y la gente para atender los problemas estructurales de la pobreza y la injusticia, entre otros. Sin embargo, tan válidas son las palabras del Che, quien en el siglo XX sentenció: “en una revolución, si es verdadera, o se triunfa o se muere”.

¿En torno a qué agenda lograr una nueva aceleración?

En realidad, se trata de organizar la Agenda de la Patria Grande desde dos perspectivas articuladas:

Primera: la agenda inconclusa del siglo XX, que pasa por la salida soberana de Bolivia al Pacífico, el cese del bloqueo contra Cuba, la devolución de las Islas Malvinas a la Argentina, la superación colonial de Puerto Rico y la solución del conflicto armado colombiano. Solo así América Latina y el Caribe será escenario de paz.

Segunda: la agenda del siglo XXI, que implica: la erradicación de la extrema pobreza y la pobreza moderada a través de acceso universal a los servicios básicos, salud y educación gratuitas y seguridad alimentaria con soberanía; el impulso de una nueva arquitectura financiera que conquiste la desdolarización de la economía latinoamericana; un aprovechamiento de los recursos naturales bajo control estatal en armonía con la Madre Tierra y la convergencia con estados y pueblos de otras partes del planeta para construir un nuevo orden mundial para Vivir Bien.

América Latina, el Caribe y Estados Unidos: grietas en la hegemonía y reconfiguración del mapa político regional

Dr. Darío Salinas Figueredo

Sociólogo, profesor-investigador emérito
del Programa de Posgrado en Ciencias Sociales,
Universidad Iberoamericana, México D. F.

Marco analítico de referencia

El contenido de este estudio se organiza a partir de un eje de preocupación que tiene que ver centralmente con los procesos de cambio político en la región y el sentido de las dinámicas internas y externas que acarrea un modelo de *sociedad de mercado* bajo señales de crisis. Más que un desarrollo exhaustivo de los referentes empíricos específicos, se busca una presentación general, sugiriendo algunos principios analíticos que pueden ser relevantes para la comprensión del escenario hemisférico e interamericano, a la luz de sus problemas, tensiones y perspectivas. Observando algunas manifestaciones de tendencias que se desarrollan en la historia política reciente, emergen interrogantes importantes que buscan reinterpretar el carácter de las transformaciones en curso en América Latina y el Caribe, cuyo alcance parece cuestionar, no siempre con suficiente organicidad, el sistema de dominación en sus fundamentos internos y externos.¹

¹ El contenido de este artículo recoge insumos de la investigación que se realiza en el marco del Grupo de Trabajo sobre Estados Unidos del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Incorpora también algunas preocupaciones que fueron presentadas en la XII Conferencia de Estudios Americanos y añade, en coherencia con el tiempo político en que se redacta la última versión, un acápite de reflexión preliminar sobre el inicio de las conversaciones diplomáticas entre Cuba y Estados Unidos. El autor agradece la colaboración académica en el desarrollo de este estudio al Mtro. Sergio Tapia.

Al colocarnos en la perspectiva de la historia actual, y también en la de la larga duración, la política y lo político puede ser leído como un proceso más amplio de lucha por la igualdad y la autodeterminación. El grado de consistencia de las decisiones que atañen a la política tiene su correlato con lo que acontece en lo regional y lo hemisférico. En lo que tiene de plausible este punto de vista, el proceso político latinoamericano encierra, a su vez, una dimensión de alcances geopolíticos.² De aquí se deriva una línea reflexiva que trata de volver a observar cómo los actuales procesos políticos de la región no pueden entenderse sin los ingredientes vinculados al entramado de las relaciones hemisféricas, entre cuyas expresiones aparece comprometida de manera central la problemática que hace a la hegemonía norteamericana en el sistema global.

Rasgos de la etapa actual

El ciclo histórico que se inició después de la Segunda Guerra Mundial ha concluido con el desmoronamiento del orden bipolar. Si nos volviéramos a colocar en el escenario que inmediatamente sucede a la conclusión de la confrontación entre el socialismo y el capitalismo, en aquel denso contexto de la última década del siglo pasado, la idea que pareció más razonable apuntaba —en teoría, al menos— a revalorar positivamente las condiciones necesarias para fortalecer la capacidad de decisión de América Latina, en la medida en que los conflictos sociales y las legítimas demandas de autodeterminación ya no aparecerían agudamente acotadas por el esquema de la confrontación bipolar. No se puede echar al olvido el peso ideológico de aquella confrontación, toda vez que ha sido una recurrente razón esgrimida por la política del Norte, en los hechos durante casi medio siglo, para justificar diferentes modalidades de presión, injerencia o intervención en los asuntos internos de los países de América Latina y el Caribe.

Sin embargo, en la medida en que la relación de confrontación Norte-Sur continuó, proliferando conflictos en diversas zonas del mundo, en los cuales los intereses de la política estadounidense siguieron constituyendo un factor de importancia decisiva, correlativamente se ha venido produciendo un complejo realineamiento en el cam-

² Desde una perspectiva latinoamericana esta dimensión se encuentra bien abordada en: Luis Tapia: *Pensando la democracia geopolíticamente*, CLACSO/CIDE/UMSA, La Paz, 2009.

po del poder mundial, donde el uso de la fuerza o la amenaza de usarla, la falta de concertación en la política predominante y la fragilidad del sistema internacional vienen definiendo las principales características del inestable escenario global.

A contrapelo de la prudencia y los razonables principios que alimentan el multilateralismo, los acuerdos de equilibrar las fuerzas de disuasión o contención que previamente existieron son, en el contexto de post-Guerra Fría, asumidas como una suerte de prohibiciones para la actual política exterior y de seguridad estadounidenses. Algunas conductas dibujan bien la índole de ese reposicionamiento. En efecto, en el escenario internacional ha prevalecido, por ejemplo, una negativa recurrente en la política norteamericana sobre hacer sentir su peso sobre Israel en el conflicto con los palestinos. Su obstinada oposición al Protocolo de Kioto para ratificar consecuentemente acuerdos ambientales sobre calentamiento global, es otro indicador, junto al anuncio de terminar unilateralmente con el tratado de misiles antibalísticos y el haberse sustraído de los esfuerzos encaminados a controlar las armas biológicas y a limitar la proliferación nuclear. En la dirección de tales expresiones, que estructuran una forma de conducta, puede inscribirse también su negativa a ratificar el Estatuto de Roma para la creación de la Corte Penal Internacional (CPI), destinado a enjuiciar crímenes de lesa humanidad, crímenes de guerra y genocidio,³ considerados como graves violaciones al derecho internacional público, a los derechos humanos y al derecho internacional humanitario. La lista, meramente indicativa, de expresiones similares que se desatan desde un mismo núcleo conceptual puede extenderse a muchas otras esferas de relación en el orden interna internacional.

Lo que prevalece de manera contundente sobre los escombros de aquel orden bipolar es el afán hegemónico norteamericano y la supremacía militar que le sirve de soporte. Desde la teoría del poder, esto remite a la clásica representación de los elementos que articulan la posibilidad del consenso y los del *poder duro*, que ejercen la coerción y la violencia. La recuperación de este ángulo, de raíces gramscianas, ayuda a ordenar la comprensión de cómo se ejerce el

³ Al entrar en vigor, el Estatuto de Roma le otorgaba competencia a la CPI para juzgar estos crímenes. Sin embargo, desde su creación previó la posibilidad de juzgar el crimen de agresión, definido en la Conferencia de Revisión del Estatuto de Roma realizada en Kampala en 2010 como el uso de la fuerza armada por un Estado contra la soberanía, la integridad territorial o la independencia política de otro Estado, o en cualquier forma incompatible con la Carta de las Naciones Unidas.

poder en la actual mundialización. Aunque abunden señales que ponen en entredicho el recurso de la persuasión, la credibilidad y la legitimidad de su accionar político, sobresale desde la dominación estadounidense como algo indiscutible su robusto poderío militar y el engrosamiento ascendente de sus alianzas o miembros subordinados al diseño hegemónico. Un índice de todo ello se advierte en la organización militar de la OTAN, que no ha dejado de fortalecerse en su composición y poderío bélico después de la dislocación del Pacto de Varsovia. Con el beneficio del tiempo ya transcurrido, para los grandes intereses del sistema capitalista en la base de aquel diseño de poder, no era cosa de simplemente dar por cumplida la misión de la OTAN con la desaparición de su otrora amenaza. Todo sugiere que su diagnóstico estratégico se realizó desde posiciones de fuerza y propósitos de dominio global. El crecimiento de cualquier fuerza intra o extrasistema acarrea el riesgo de convertirse en competidora y eventualmente enemiga de Estados Unidos. Por lo tanto, el nuevo escenario para Estados Unidos era crucial e inherente a la naturaleza del capitalismo. Es exactamente aquí el núcleo en que se sitúa la referencia que abona la conceptualización del enfoque unipolar. Se alude a esa característica de estructuración del poder a partir del campo político-militar, que coincidió en sus inicios con el desplome del socialismo en Europa y la desintegración de la Unión Soviética, acaecidos entre 1989 y 1991, y que se reconceptualiza operacionalmente luego de los atentados terroristas del martes 11 de septiembre de 2001.

Aristas de la crisis

Contradictoriamente para ese poderío, prácticamente sin contrapesos, su posición dominante en el terreno económico global no se ha venido fortaleciendo en la misma proporción. El proceso de creación de un portentoso mercado capitalista, con centros comerciales y financieros interconectados ha tenido una gran incidencia en el proceso de reordenamiento del sistema global. Una tendencia importante de todo ello apunta al fortalecimiento de referentes económicos y comerciales que propende hacia una estructura policéntrica o multipolar.

Cada segmento de esta globalidad capitalista, en efecto, ha ido mostrando distinta capacidad y consistencia en los diferentes ámbitos de

las relaciones internacionales, comerciales y de seguridad. Sin embargo, la expansión de las transnacionales en sus interconexiones, fusiones y mecanismos de adquisición, el ocaso del proteccionismo y la liberación de las trabas para el movimiento de capital y de todas las mercancías rentables, fueron articulando mercados en complejos procesos de integración y competencia, impulsando a su turno interdependencias y eslabonamientos productivos globales. Un lado vulnerable de este formidable proceso se ha venido expresando en el sistema financiero mundial. Aquí sobresale un movimiento de fuerte crecimiento, rápida acumulación y recurrentes contracciones de crisis, cada vez más agudas como las actuales que remesen no solo al diseño financiero hegemónico sino a todo el sistema capitalista.

La tesis del multipolarismo y el declive relativo de la hegemonía norteamericana remiten a una problemática crucial de la agenda internacional cuya densidad analítica aconseja manejarse con prudencia.⁴ Puede ser cierto que la economía estadounidense, aunque siga creciendo, ya no tenga el peso que logró mantener a la cabeza del sistema capitalista. Sin embargo, el capitalismo actual no tiene globalmente ningún contrapeso sistémico, tampoco una alternativa orgánica sustancialmente diferente. Es aquí donde hay que valorar —sin absolutizar— la importancia específica de la supremacía militar y de la contribución que a su vez aporta al sistema, a la renta imperial y, consecuentemente, al sistema como totalidad el complejo industrial-financiero-militar.⁵ En los agudos períodos de crisis, como el actual, que se desató en el 2008 y que sigue su curso, ningún criterio extrasistémico, más allá de los benéficos contrapesos, ha desarrollado la capacidad para imponer una modificación sustantiva a la agenda de los poderes del capitalismo. A pesar de la profundidad de la crisis, las propuestas para encararla son enteramente coherentes con las necesidades de la reproducción del sistema capitalista. Por nuestra parte, y desde una lectura latinoamericana, tendremos que subrayar la importancia de preguntarnos acerca de la solidez de los referentes sobre los cuales descansa la capacidad hegemónica estadounidense en un contexto de crisis, incluyendo su poderío mediático, la

⁴ Marco A. Gandásegui (hijo) y Dídimo Castillo Fernández (coord): Estados Unidos, la crisis y las nuevas condiciones de legitimación, CLACSO/Siglo XXI Editores, México, 2010.

⁵ Esteban Morales Domínguez: “Imperialismo y economía en los Estados Unidos: el llamado complejo militar industrial”, en: Jorge Hernández Martínez (coord.): *Los Estados Unidos a la Luz del Siglo XXI*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2008, pp. 173-239.

eficacia de sus ajustes políticos y peso de las tendencias contrahegemónicas y alternativas.

En el marco de estas gruesas consideraciones reflexivas, propias de un debate en curso, lo que queda fuera de toda duda es la supremacía militar de EE.UU. Si el problema en la balanza de fuerzas a nivel global fuera solamente de carácter militar, tendría completamente el sartén por el mango. Sin embargo, como está visto, esa superioridad no le reditúa necesariamente victorias políticas; es más, lo que consigue configurar en términos de escenarios no le resulta globalmente favorable.

En efecto, los referentes disponibles proyectan la idea de que todo lo que ha venido realizando, por ejemplo, en el Medio Oriente, no logra traducirse en un verdadero control sobre la situación política. No obstante su presencia militar en la zona, el escenario que logra conformarle resulta adverso y profundamente amenazante. Allí donde el fundamentalismo de raigambre islámica, coadyuvado antes por recursos del poder estadounidenses, como la CIA, para enfrentar a la otrora Unión Soviética que ocupó Afganistán, actualmente amenaza a los grandes intereses de las estructuras monárquicas petroleras pro norteamericanas de la zona. La guerra en Irak no ha logrado instalar siquiera una cuota de estabilidad política para ese país. Tampoco un acceso a la extracción del recurso petrolero en favor de EE.UU. El más reciente documento sobre Seguridad Nacional emitido por el Departamento de Estado en febrero de 2015, es un buen ejemplo, cuando coloca justamente la obtención de petróleo en un lugar central de la seguridad norteamericana. Importante diagnóstico, si se considera que después de tantas invasiones a zonas ricas en hidrocarburos no logra disponer de saldos que no sean proyecciones deficitarias y mayores amenazas.

A contrapelo de las resoluciones de las Naciones Unidas, sus agresivas políticas no han hecho más que profundizar los conflictos en los que se ha involucrado. El ejemplo palestino-israelí puede considerarse una verdadera amenaza nuclear, de desenlaces impredecibles, si se tiene en cuenta la ofensiva desatada en contra de Irán por parte de la política de Washington. No está demás volver a registrar que Estados Unidos en la historia reciente hace solo lo que sabe hacer mejor: agredir e invadir, lo que no significa triunfar políticamente. A confesión de partes relevo de prueba: Washington en el mandato de Obama decidió bajo modalidades muy específicas retirar sus tropas sin poder

registrar ninguna victoria, contribuyendo a profundizar la desestabilización en toda la región donde provocó la guerra o la invasión. Donde ingresó sus tropas solo ha logrado sembrar fuertes sentimientos anti-norteamericanos, cuyos alcances también se expanden actualmente hacia Pakistán, dotado de un arsenal nuclear alentado justamente por Estados Unidos con el propósito de contrapesar el programa que en ese rubro posee la India.

Con todo, no obstante su poderío militar, la geopolítica no se perfila por ningún lado a su favor.⁶ En el mismo sentido no ha podido cultivar una política eficaz ante lo que le significa el desafío de Corea del Norte. Al lado, el poderío de la República Popular China, la cual en poco tiempo y con inusitada rapidez se ha convertido en el referente principal de la economía y el comercio mundial. En otro registro, conviene destacar también el peso de Rusia en la balanza del poder global.

Piezas de la hegemonía

Después del cuadro descrito arriba, conviene preguntarse sobre el sentido exacto que le atribuye la política estadounidense en la actual coyuntura mundial a América Latina y el Caribe. Aparentemente ofrece la impresión que la región no es prioridad para sus intereses. Incluso desde instancias muy elevadas del Departamento de Estado se escuchan voces que afirman que en la región no hay problemas graves, como las guerras en el Medio Oriente o la amenaza del terrorismo o el hambre en África.⁷ Si observamos el peso de las variables comerciales y financieras entre Estados Unidos y América Latina, comparándolo con el peso relativo que ellas tienen respecto a otras regiones del mundo, podremos concluir que por esa línea argumental tampoco encontramos razones para que le atribuyan importancia de primer orden. Ciertamente su liderazgo mundial no se define en nuestra región. Sin embargo, el debilitamiento de su influencia en América

⁶ Darío Salinas Figueredo: "América Latina y el Caribe en el diseño estratégico", en: Marco Gandásegui y otros: *Soberanía, hegemonía e integración. De las democracias en revolución en América Latina*, Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), Quito, 2015, pp. 51-70.

⁷ Idea externada por Roberta Jacobson y recogida en similar sentido a la reflexión nuestra en un valioso análisis sobre política exterior de Estados Unidos realizado por Soraya Castro Mariño: "Tendencias de la política exterior y de seguridad de los EE.UU. en el segundo mandato de la administración de Barak Obama: ¿Cambio o continuidad en la política hacia la República de Cuba?", *Cuadernos de Nuestra América*, vol. XXIV, no. 46, enero-julio de 2013, pp. 37-69.

Latina y el Caribe es una amenaza a los requerimientos de su hegemonía global.

No es muy complicado apreciar el ropaje discursivo de la “lucha contra el terrorismo”, ocupante del sitio que durante la Guerra Fría tuviera el llamado “comunismo internacional” y la “lucha contra la subversión”. No hay que olvidar que históricamente la orientación de esa política ha construido la conformación de un enemigo como amenaza y a la vez como soporte en sus necesidades de cohesión social y legitimidad estatal. Para los estudiosos de la tradición política del país del norte, en su expresión dominante, no constituye mayor novedad la noción de “fortaleza sitiada” que requiere ser protegida, sin ningún tipo de carencia presupuestal ante las antiguas y nuevas amenazas que se perciben sobre su seguridad. “Eje del mal”, “gobiernos populistas”, “países cómplices del terrorismo”, “gobiernos no democráticos” son, entre otras cosas, referentes que se invocan ideológicamente ante la población norteamericana en la justificación de una política. Puede resumirse que, habiendo desaparecido el comunismo como amenaza, actualmente para el *establishment* hegemónico el enemigo está domiciliado en todos los pueblos no occidentales, primordialmente aquellos que cuestionan el orden unipolar del mundo. Subyace en esta percepción de la amenaza toda una forma de entender la seguridad.

La excesiva elasticidad en la conceptualización que compromete la política enunciada en términos de la “lucha contra el terrorismo”, hace que su accionar práctico colinde con las que desde una lectura conservadora pudieran justificar medidas policíacas en contra de la demanda social. La política en América Latina y el Caribe se enfrenta a una ofensiva estratégica en favor de la cooperación para la lucha contra el narcotráfico y el crimen organizado. La fragilidad del Estado y la falta de una política propia en materia de seguridad hace cada vez más tenue la frontera entre cooperación e intromisión. Tributario del neoliberalismo, hay un sustrato socioeconómico que entrelaza requisitos y consecuencias de la vigencia de un modelo y que potencializa los gérmenes de la conflictividad social y política. Esto implica la necesidad de poner más atención en las características del modelo de expansión económica prevaleciente. Respecto a la caracterización conservadora de la “desestabilización” vinculable a la “amenaza del terrorismo”, a la que la delincuencia le brinda su cuota de aporte sustancial, puede haber solo una frontera muy exigua. En este sentido,

un riesgo que potencialmente amenaza el ejercicio de la política de seguridad pública en América Latina y el Caribe es que esa lógica de seguridad nacional, bajo el ropaje de la concepción hegemónica asociada a los intereses de la política norteamericana, tienda a imponer un concepto de “seguridad regional”, en virtud del cual el control militar se haga cargo del conflicto social. Un alcance extremo de esta tendencia, nada irreal en los procesos concretos, supone un paso decisivo hacia la criminalización de la protesta social. El sentido de clase en la aplicación de la política de seguridad constituye un importante desafío en la tarea de entender el desarrollo de los procesos políticos actuales. Se requiere conocer mejor los criterios y conceptos subyacentes en aquellas legislaciones que moldean jurídicamente las disposiciones antiterroristas. Es la experiencia reciente de Chile. Por ejemplo: la ley antiterrorista 18.314 ha servido para judicializar las demandas sociales o como escudo para los intereses que practican el saqueo de recursos de pueblos originarios.

En cuanto a los criterios que están operando en la estrategia de “seguridad hemisférica”, además de la realización de ejercicios militares conjuntos, cabe mencionar el Plan Colombia, la “Iniciativa Regional Andina”, el Plan Mérida, el accionar del Comando Sur, entre otros referentes fundamentales. A todo ello hay que añadir el desarrollo de las prácticas políticas para influir en los procesos de certificación unilateral sobre la conducta de nuestros países en materia de democracia, derechos humanos y cooperación en la lucha contra el narcotráfico o el terrorismo. Certificados políticos, a manera de diagnósticos en materia de “buena conducta”, que se constituyen como piezas de la hegemonía estadounidense para el juego de la *guerra no convencional*, especialmente en su dimensión mediática, acciones encubiertas y, desde luego, para su operación en el sistema financiero como carta de chantaje frente a las diversas necesidades de las economías dependientes. Analizar estas piezas desde un diagnóstico latinoamericano constituye un punto de crucial importancia en el proceso de construcción de una política contrahegemónica.

Objetivos en pugna: tendencias y contratendencias

Se encuentra en curso en el escenario actual un proceso de rediseño estratégico con impactos globales y hemisféricos. Ante ello conviene

preguntarse sobre el potencial defensivo de América Latina y el Caribe. Lo primero que se puede reconocer es que junto con las señales de crisis del neoliberalismo y su sistema de dominación se ha desatado en la región una nueva dinámica política, una de cuyas tendencias apunta hacia un rumbo político distinto.

Las nuevas configuraciones de fuerzas contienen los ingredientes para preguntarse por qué no han podido avanzar más las políticas de “libre mercado” y sus tratados comerciales. En la densidad de ese juego de tendencias y contra-tendencias, un momento político primordial es aquel en el que la concertada política regional le ha puesto en diciembre de 2005, en Mar del Plata, un freno a las pretensiones hegemónicas de llevar a todo el continente el proyecto de “Acuerdo de Libre Comercio para las Américas”.⁸ Paradigmática coyuntura porque se pudo dimensionar el cuestionamiento a las concepciones conservadoras de integración, seguridad y cooperación hemisféricas. Frente a los valores impulsados por el mercantilismo neoliberal, la “competitividad” y las oportunidades del “libre comercio” (entre desiguales, por supuesto) y la cultura del consumismo, se han venido instalando referentes distintos como el principio del “comercio justo” o el del “intercambio solidario”, así como la necesidad de un diseño bancario y financiero, pensada desde la matriz económica y productiva de la región. Las coincidencias se encuentran plasmadas en el impulso de propuestas diferentes de integración y cooperación, como la Alternativa Bolivariana para Nuestra América (ALBA), la Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR), el Proyecto del Banco del Sur y el Consejo Sudamericano de Defensa junto con otros proyectos de gran envergadura como PETROCARIBE. Son todas respuestas políticas en la configuración de nuevos esquemas de integración, de concertación política, alimentados por criterios multilaterales y de defensa de la soberanía para el tratamiento de los desafíos comerciales, políticos y diplomáticos comunes.⁹

⁸ Alejandro Nadal: “Adiós al ALCA. ¿Se perdieron los beneficios?”, *La Jornada*, México D. F., 30 de noviembre de 2005, p. 30.

⁹ Cristóbal Katz: *El rediseño de América Latina. Alca, Mercosur y ALBA*, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2006; y José Luis Calva (coord.): “Crisis mundial y futuro de la globalización”, *Análisis estratégico para el desarrollo*, vol. 1, Juan Pablos Editor, Consejo Nacional Universitario, México D. F., 2012.

Estos procesos sugieren que hay un nuevo consenso regional en marcha, que desde la política se han forjado proyectos para articular las coincidencias. En ese marco se entiende que la reactivación de la Cuarta Flota por parte de Estados Unidos no haya logrado contar con la anuencia de los gobiernos latinoamericanos como fácilmente hubiera podido ocurrir en períodos previos. Tampoco resulta extraña dentro de ese contexto la clausura del puesto militar norteamericano en la Base de Manta por el gobierno ecuatoriano en 2009. Heredera del Grupo de Río, que consolidó su fisonomía con la incorporación de Guyana, Haití y un poco más tarde Cuba, la denominada Cumbre de la Unidad, celebrada en la Riviera Maya en 2010, culminó con el consenso de todos los países de la región para la constitución de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC). La Declaración de Cancún, suscrita por los países de la región, se ha ratificado en la Cumbre de Caracas.¹⁰ Los acuerdos igualmente ratificados por unanimidad en la reunión de Chile, luego en Cuba y Costa Rica, hablan de una nueva correlación de fuerzas en la región, porque incluso gobiernos como los de Colombia, Perú, Panamá o Trinidad y Tobago asumen las declaraciones y posicionamientos regionales de la Comunidad. Todo este proceso, que modifica el mapa político regional, sirve a la vez para plantear que la hegemonía, aunque vigente, ya no es la misma.

Por su naturaleza y composición, cabe considerar un punto de quiebre de la trayectoria de la zona con el monroísmo en cualquiera de sus expresiones. Sus propósitos apuntan hacia la integración política, económica, social y cultural, y entre ellos figura la defensa del multilateralismo como medio para incidir en el manejo de los grandes temas de la región y los acontecimientos de la agenda global. En el apartado dedicado a la crisis económica, se inscribe un punto a favor de la creación de una nueva arquitectura financiera regional, incluyendo la posibilidad de realizar en el futuro pagos en monedas nacionales, así como la cooperación entre bancos nacionales y regionales de fomento. Otros aspectos suscritos son los rubros dedicados a *energía* y a la *integración física en infraestructura*. Sin perder de vista que se trata de un proceso, no es menos significativo que haya aparecido con especial fuerza el desafío energético, la expansión y diversificación de fuentes de energía, la socialización de experiencias y la transferencia de

¹⁰ I Cumbre de la CELAC: *Declaración de Caracas*, Caracas, diciembre de 2011.

tecnología sobre programas nacionales de biocombustibles y la producción de etanol.¹¹

Sin embargo, pese a este formidable proceso de reconfiguración política del área, al margen del liderazgo hegemónico hemisférico, su potencial fuerza transformadora parece mermada cuando se focalizan los enormes desafíos internos y externos que deberán afrontarse. En el Salvador, Nicaragua, Bolivia, Venezuela, Ecuador y en prácticamente todos los gobiernos de la UNASUR y desde luego en los que integran el ALBA, resulta crucial consolidar los avances, articulando más fuerza social y política, ganando mejor las elecciones y proyectar convincentemente la cualidad de *buen gobierno* que recomponga el tejido social desmembrado por el neoliberalismo. Estos procesos, ya lo estamos didácticamente percibiendo en Venezuela, conforme avanza en la implementación de su programa se van enfrentando de manera inevitable con el sistema de dominación en sus poderosos referentes endógenos y externos. Se debe avanzar democratizando la democracia, profundizando las conquistas y a la vez transformar el poder. Sabemos que esto no es asunto de buena voluntad ni simples retóricas, sino un colosal desafío vigente en la política latinoamericana, abierto al debate y a mejores articulaciones en las distintas formas de lucha.

El reconocer en este juego de tendencias y contratendencias la parte benéfica que se viene configurando en el escenario político regional, en favor de la democracia, la soberanía y la posibilidad de articular intereses populares en la acción gubernamental y estatal, no es desde luego para sacar cuentas alegres. La heterogénea oposición al neoliberalismo, como modelo de desarrollo, no implica en todos los casos un cuestionamiento al sistema de dominación con sus soportes internos y externos. Este es un debate que concierne a la problemática de las alternativas. Los golpes de Estado, como en Venezuela (2002) y Honduras (2009), y el “golpe parlamentario” que culmina con la destitución del presidente Fernando Lugo en Paraguay (2012), las agudas políticas de desestabilización o intentos de golpes, como en Bolivia (2008) y Ecuador (2010), son páginas recientes de agresión y resis-

¹¹ Francisco Rojas Aravena: *Escenarios globales inciertos. Los desafíos de la CELAC*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, San José de Costa Rica, 2012. Alicia Puyana: “La integración económica regional de América Latina. Un poco de historia y algunas reflexiones futuras”, en: Martín Puchet Anyul y otros: *América latina en los albores del siglo XXI. 1. Aspectos Económicos*, FLACSO-México, México D. F., 2012, pp. 117-144.

cia. Las guerras actuales, diseñadas desde el Pentágono, tienen en el escenario venezolano su campo de experimentación. Sus instrumentos multiformes, convencionales y no convencionales, convergen en la aplicación de una renovada ofensiva contra el gobierno de Caracas que busca el derrocamiento de su presidente, como parte de la estrategia de retrotraer todos los avances que se registran en la proyección de gobiernos que se instalan sin la anuencia del Departamento de Estado norteamericano.

Tampoco, de otro lado, parece conveniente alimentar expectativas desmedidas en relación con los recambios gubernamentales en el sistema político norteamericano. Aquella idea de “buscar a los terroristas en cada rincón del planeta” no ha sido reemplazada por la administración demócrata. La expansión de las bases, misiones militares y sus sistemas de espionaje por todo el mundo son rasgos de una persistente voluntad atestiguadas por la comunidad internacional. Sus criterios estratégicos y sus variantes políticas hacia América Latina, empezando por la permanencia del bloque contra Cuba, no cambian de rumbo. Conviene desde todo punto de vista tener en un lugar prioritario de la discusión el hecho de que en la actual correlación de fuerzas, la política de Washington, más allá de su cuota de desprestigio internacional y su crisis económica, conserva la supremacía militar, los instrumentos de coacción económica y financiera internacionales, y una gran capacidad de incidir en las conciencias a través del poderío mediático de que dispone.

En la medida exacta en que estos procesos tienden a modificar aquella tradicional relación entre EE.UU. y América Latina dentro de la cual se concebía la normalidad basada en la subordinación de la región, no hay que desmerecer ninguna estrategia de respuesta. Precisamente en ese marco hay que entender la activación de una iniciativa concertada que parece moverse en el campo de la relación comercial y que compromete precisamente a los gobiernos actualmente aliados de la política norteamericana. La Alianza del Pacífico (AP), que reúne a Chile, Perú, Colombia y México, se expresa como proyecto de integración desde 2011. Abierta al libre comercio, posee todos los perfiles de una plataforma estratégica para la recuperación de espacios regionales ante las nuevas tendencias integracionistas y los acuerdos de cooperación que han venido proyectándose en una franja importante de la región sin la presencia de Estados Unidos.

La convergencia de países con lineamientos políticos y comerciales cercanos y la afinidad estatal de sus posicionamientos con la política norteamericana son datos importantes. Los criterios que alimentan el sentido de sus actuales políticas establecen puentes de coherencia con los tratados de libre comercio, de seguridad y defensa firmados entre estos países y con Estados Unidos, a todo lo cual habrá que añadir la cooperación en materia de lucha contra el narcotráfico. Como en toda propuesta de orientación estratégica que requiere de una relación básica, sus aliados al sur del Río Bravo articulan las coincidencias para lo que se ha dado en llamar proyecto de “integración profunda”. Esta expresión de voluntad política, atada a la hegemonía estadounidense, se propone “contribuir a la consolidación del Arco del Pacífico Latinoamericano como un espacio de concertación y convergencia, así como un mecanismo de diálogo político y proyección con la región Asia Pacífico” para “avanzar hacia un espacio más amplio que resulte más atractivo para las inversiones y el comercio de bienes y servicios, de manera que proyecte a nuestros países con mayor competitividad (...)”.¹²

Es la localización geográfica de los principales flujos de comercio internacional como los potenciales registros del crecimiento económico lo que, en primera instancia, aparece justificando la índole de estos proyectos. Pero más allá de ello, se encuentra la reproyección de la política norteamericana y sus grandes intereses globales que pasa, desde luego, también por la región latinoamericana. Sin ser necesariamente explícitos, todos los documentos de seguridad y las entrelíneas del discurso oficial norteamericano entregan elementos para plantear, de manera plausible, que se busca subordinar a los intereses económicos y geopolíticos estadounidenses a los gobiernos de los Estados del hemisferio occidental localizados en la franja del Pacífico, desde Canadá, pasando por México, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Colombia, Ecuador, Perú y Chile. Esa pretensión, de carácter geoestratégico, está relacionada con la necesidad de contrarrestar la amenaza que le significa el declinante proceso por el que transita su poder global frente a la cada vez más fortalecida proyección de la República Popular China y las políticas instrumentadas por el gobierno de la Federación Rusa orientadas, según la versión oficial estadounidense, a limitar el control en todas las áreas que for-

¹² Declaración Presidencial para la Alianza del Pacífico, Lima, Perú, 28 de abril de 2011. Consultado en: alianzapacifico.net/documentos/AP_Declaracion_Lima_I_Cumbre.pdf.

man parte de su esfera de influencia.¹³ No es ajena a la evaluación estratégica norteamericana las cercanías entre China y Rusia, que además de impulsar la iniciativa de la Organización de Cooperación de Shanghai, ejerce su cuota de gravitación en la conformación del Grupo BRICS (Brasil, Rusia, la India, la RPCH y Sudáfrica). Todas estas nuevas tramas de vínculos se están forjando al margen del designio norteamericano, así como también el desarrollo de las estrategias bloques en materia de cooperación con América Latina y el Caribe, incluyendo las de Irán.

Es en el marco de estos planteamientos donde encuentran su lógica y articulación como proceso deliberado la mencionada AP, la Asociación Transatlántica de Libre Comercio (TTIP, por sus siglas originales), así como el Acuerdo de Asociación Transpacífico (TPP, también por sus siglas de origen) y el Acuerdo sobre Comercio de Servicios (TISA), con áreas de incidencia específicas, directamente vinculadas con una mayor desregulación, privatización y un renovado control de ganancias en favor de las economías nacionales y mundiales. Las transnacionales sin territorio propio, de la Unión Europea y de Estados Unidos, con el concurso de los principales organismos multilaterales, articulados al diseño de los grandes intereses comerciales y financieros, se insertan en la recomposición de estas nuevas fórmulas de integración. Aunque estamos apenas ante un proceso, no resulta descabellado plantear que estos tratados apuntan desde esferas específicas a ser complementarias entre sí para la expansión y acumulación capitalistas, y tornar irreversibles los “derechos” otorgados a sus intereses globales. En la medida que logren proyectar estos objetivos es de suponer que, correlativamente, acarrearán cambios institucionales antidemocráticos, por la posible afectación de derechos sociales y a la soberanía de nuestros países. Su implicancia geopolítica resulta evidente. Es la intencionalidad del poder hegemónico hemisférico, que busca neutralizar el desarrollo de bloques fuera de su control. Estos procesos de recomposición en marcha no han cursado el filtro de la deliberación como un tema de acceso dentro de las instituciones involucradas.¹⁴ Tampoco hacia la opinión pública y menos hacia el discernimiento ciudadano. Mientras

¹³ Pierre Charasse: “La guerra fría aún no se acaba”, *La Jornada*, México D. F., 7 de marzo de 2014, p. 28.

¹⁴ Miriam Posada García, Tania Molina Ramírez y Roberto González Amador: “Busca EU limitar acceso a Internet en el Pacífico”, *La Jornada*, México D. F., 13 de noviembre de 2013. Consultado en goo.gl/f8hjwT.

tanto, podemos razonablemente plantear que no están muy claros los aspectos sustantivos que los gobiernos de la región, involucrados en tales proyectos, están negociando con Estados Unidos y las instancias impulsoras de tales acuerdos.

Llegado a este punto es preciso reconocer que si bien la superpotencia se enfrenta a una disminución relativa de su capacidad de dominación sobre el sistema internacional, así como de su gravitación económica global, no es menos cierto que esta tendencia no se traslada mecánicamente a América Latina y el Caribe. Ante un debilitamiento relativo de su liderazgo en el escenario global y las fisuras advertibles en su tradicional hegemonía, Estados Unidos propenderá a aferrarse con más fuerza a su antiguo “patio trasero”. Es indudable que el predominio de la política estadounidense tenía antes en la región hoy, ciertamente, no es el mismo si consideramos la existencia de importantes contrapesos o tendencias fuera de su control. Sin embargo, sería un gravísimo error considerar que su declive no pueda ser remontado. Los intereses hegemónicos no están en posibilidad de admitir el desarrollo de proyectos fuera de su control y ámbito de influencia.

En ese contexto, la disputa por la dirección de los procesos políticos se encuentra abierta en América Latina y el Caribe. Los avances alcanzados por los gobiernos progresistas o reformadores se enfrentan a las amenazas de posibles reversiones. Los objetivos políticos en juego no dejan exento ningún plano de la vida social, incluyendo las bases epistemológicas comprometidas en las formas de entender y diagnosticar la realidad.¹⁵ Esa disputa en el desarrollo de los procesos políticos pasa por la disyuntiva que supone la profundización de las transformaciones democráticas y antineoliberales, con sentido de autodeterminación, como en Venezuela, Ecuador, Bolivia, Brasil (de modo principal aunque no únicamente) y el redoblado desencadenamiento de la “recomposición conservadora”, con apoyo norteamericano, abierto y encubierto, en la instrumentación de sus objetivos estratégicos de infringir derrotas políticas al campo popular y progresista, y sus expresiones más avanzadas. El proceso de confrontación tiende a agudizarse en todos los terrenos incluyendo lo electoral. El neoliberalismo y su sistema de dominación están en crisis, pero lejos se encuentran de haber sido

¹⁵ Jorge Hernández: “Los Estados Unidos: una perspectiva latinoamericana desde las ciencias sociales en Cuba”, en: Jorge Hernández Martínez (coord.): ob. cit., pp. 3-30.

superados. Los proyectos gubernamentales de reforma, de profundización democrática y cambios en la institucionalidad vigente, en las franjas regionales en que están ocurriendo, lograron introducir correcciones importantes al sistema. Sin embargo, con cada avance democrático aparecen las antidemocracias. En este marco se desatan la guerra económica, mediática y los planes de desestabilización que apuntan hacia la reversión oligárquico-conservadora-imperialista bajo diferentes ropajes.

El 17 de diciembre: antes, durante y después

El anuncio simultáneo de Cuba y Estados Unidos de iniciar los pasos conducentes a la reanudación de relaciones constituye, a no dudarlo, un momento de inflexión histórica, con implicaciones significativas no solo para los dos países involucrados, sino también para las relaciones políticas internacionales, sobre todo para el entramado geopolítico interamericano y las nuevas tendencias hemisféricas. Estados Unidos fundamentó su decisión de modificar la conducta oficial hacia Cuba, sin que ello haya implicado una reconsideración abierta de sus intereses permanentes y estratégicos. Por otro lado, se produjo la mesurada intervención que al respecto formuló el gobierno cubano, que constituye un valioso movimiento diplomático. Completamente sorprendente para muchos, el anuncio hecho público de manera simultánea puede anticipar algo que de algún modo se encontraba desde hace tiempo anidado en una recíproca necesidad acorde con la Carta de las Naciones Unidas y los principios del derecho internacional. De allí que, siendo en sí mismo el paso diplomático importante, el objetivo de la normalización de las relaciones se advierta muy distante. Lejos del unilateralismo y de los esquemas de imposición, la decisión diplomática anticipa la posibilidad de manejar las diferencias de otra manera, aunque se trate de sistemas políticos contrapuestos e históricamente enfrentados.

Las expectativas que al respecto surgen en lo inmediato no son uniformes. Difícilmente podrían serlo y resulta absolutamente entendible concebir el período que se inaugura bajo la envoltura de numerosas interrogantes. Una de estas tiene que ver con aquello que ha hecho que la política estadounidense haya llegado a la conclusión de que tenía que modificar su conducta hacia Cuba. El diagnóstico acerca de

la inoperancia de una política seguida por décadas sin lograr el objetivo deseado es la parte más evidente que se vincula a la decisión. En cierta medida diversas voces ya se venían expresando en similar sentido. Señales, aparentemente aisladas, que fueron emergiendo y amalgamando una importante corriente de opinión. Un indicador de esto puede considerarse, por ejemplo, las encuestas que son favorables a la *normalización de relaciones*.¹⁶

Más allá de todo este arco de referencias hay otras dimensiones menos evidentes. Desde 1959 hasta ahora la clase dominante norteamericana nunca disoció a Cuba de su preocupación hemisférica. La política hacia la Isla, como respuesta a un desafío o amenaza, resulta ininteligible sin el referente ideológico que se asocia a las raíces del “destino manifiesto”, potente invocación justificadora de las profundas creencias expansionistas, correlato de la Doctrina Monroe, que se expresaría más tarde bajo el sistema panamericano en su relación de hegemonía con respecto a los países vecinos del Sur. El peso de esta historia, inscrita en la trayectoria de la larga duración, no puede minimizarse. Si esto es así, se hace indispensable mirar el acontecimiento que se desata públicamente el 17 de diciembre de 2014 bajo el prisma de los estratégicos intereses hegemónicos norteamericanos y, por lo tanto, en su dimensión geopolítica.

No es muy complicado avizorar que un factor propicio a este cambio en la diplomacia norteamericana fue la presión política que, especialmente en el reciente período, provenía de América Latina y que en los hechos aislaba a Estados Unidos de la región debilitando el sistema interamericano. En tal sentido, la apuesta es relativamente clara, toda vez que se trata de distender la “cuestión cubana”, restaurar la credibilidad enjuiciada y el liderazgo norteamericano en el hemisferio. En la inmediatez de la política endógena, seguramente no escapa al diagnóstico de Washington que Cuba hace rato dejó de depender del veredicto estadounidense en lo que respecta a su integración en el contexto latinoamericano, más allá de la OEA y el Sistema Interamericano. Sin necesidad de ninguna auscultación mayor, que implicara recargar el trabajo de sus embajadas y de sus aparatos de inteligencia, Estados Unidos ya sabía qué se pensaba de Cuba en la región. Es más,

¹⁶ La divulgada por el *New York Times* el 10 de febrero de 2014 es una buena muestra. Véase: www.nytimes.com/2014/02/11/world/americas/majority-of-americans-favor-ties-with-cuba-poll-finds.html.

sabía que la política exterior y la diplomacia cubanas, lejos de restringirse, pueden actualmente exhibir una mayor connotación internacional.

Dentro de las diversas referencias posibles de recuperar, hay dos que no se pueden omitir. Una divulgada antes y otra con posterioridad al anuncio simultáneo de ambos gobiernos de iniciar el proceso de acercamiento oficial. Ambas complementarias en la visualización estratégica de la decisión norteamericana.

Conocedora de los patios interiores del poder y sus intereses fundamentales, en un texto reciente de quien desde su responsabilidad a cargo del Departamento de Estado impulsara la diplomacia contra Cuba, encontramos la siguiente observación:

Hacia el final de mi mandato, recomendé al Presidente Obama que él vuelva a revisar nuestro embargo, que no estaba logrando sus objetivos y que estaba frenando nuestra agenda más amplia en toda América Latina. Después de veinte años de observar y abordar la relación entre Estados Unidos y Cuba, pensé que deberíamos trasladar la responsabilidad a los Castro para explicar por qué se mantuvieron antidemocráticos y abusivos.¹⁷

Es un agudo señalamiento que pone de manifiesto, de nueva cuenta, que Cuba es importante, pero dentro de una *agenda de preocupación más amplia*. Por otro lado, el propósito de volver a sembrar un germen de la antidemocracia, desde su concepción liberal restringida, exactamente en el terreno político que corresponde como “responsabilidad” a la dirigencia de la revolución cubana. Intento ciertamente tardío e inverosímil de trasladar —según esta última idea— el tema del diferendo al ámbito de la política cubana.

La otra referencia, divulgada después, es un documento que contiene la explicitación de los elementos de seguridad proyectados para este período: la Estrategia de Seguridad Nacional divulgada por el Departamento de Estado en febrero de 2015. Más allá de sus variantes, ella muestra la regularidad en el mantenimiento de algunos eslabones conceptuales con respecto a la del 2010. Se reafirma explícitamente la profundización del principio de asociación estratégica con Colombia, a la que se atribuye un papel primordial para la paz y la seguridad

¹⁷ Hillary Clinton: *Hard Choices*, Simon and Schuster, Estados Unidos, 2014, p. 178.

internacionales. Por otro lado, la estrategia contempla el resguardo del ejercicio pleno de la democracia, que en circunstancias como la de Venezuela considera que se encuentra en riesgo por lo que se autoatribuye la responsabilidad de brindar apoyo y protección a los ciudadanos de aquel país, concepción que no alcanza ni siquiera a disimular su impronta injerencista. En el caso de Cuba, explícitamente señala que la apertura hacia el país caribeño busca promover con mayor eficacia la capacidad del pueblo para determinar su futuro. Otra expresión que reformula su antiguo intervencionismo, más grave todavía cuando en su diplomacia está la búsqueda manifiesta de un entendimiento hacia la normalización de las relaciones.

Hay un aspecto ligado a las anteriores referencias que conviene mencionar y que se encuentra inscrito en el mencionado documento: el reforzamiento explícito de los principios enunciados en la Carta Democrática Interamericana. He aquí todo un eje articulador de su política global encaminada a “promover la democracia” en todo el hemisferio de acuerdo con su unilateral forma de concebirla. Esa llamada “promoción de la democracia” históricamente ha transcurrido por diversos registros, abiertos y encubiertos. El objetivo estadounidense, lejos de ser un compartimento estanco en su estrategia de seguridad, cuenta con los nexos interamericanos vinculantes a los diversos tratados, acuerdos y planes aprobados por las Cumbres de las Américas, por las Cumbres de sus Ministros de Defensa y por las Reuniones de Ministros de Justicia, al igual que por los principales órganos político-militares y político-jurídicos del Sistema Interamericano, es decir, la Organización de Estados Americanos (OEA) y sus diversos componentes institucionales como la Corte Interamericana de Derechos Humanos y la Junta Interamericana de Defensa (JID). Todo este entramado existente permite plantear de manera plausible que su concepción de seguridad va de la mano con la construcción de una estrategia de seguridad interamericana. Su potencial destructivo consiste en la capacidad, según la correlación que le resulte favorable, de operar como verdaderos diques de contención frente a los objetivos multilaterales de concertación política, de cooperación e integración como la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, o la propia Unión Sudamericana de Naciones. En última instancia, se trata de propiciar la desintegración de América Latina y el Caribe.

Para la revolución cubana se abre un período probablemente excepcional, en cuya forja la capacidad de su Estado retiene, sin duda, lo podemos razonablemente suponer, alguna parte central de los reconocimientos políticos, tanto que las referencias positivas llegan incluso hasta el propio jefe del Estado Vaticano. En el eje de este accionar se pueden recuperar las diversas formas de obligada resistencia y labor política, desplegadas en su dimensión estratégica durante las últimas cinco décadas. La conducta se explica frente al multiforme y sistemático hostigamiento de la política norteamericana, que tuvo y sigue teniendo en el bloqueo económico, comercial y financiero su línea de mayor agresividad, y que actualmente se enfrenta después de los primeros acercamientos oficiales a un escenario que puede ser tan diferente como problemático.¹⁸

En ese mismo escenario, sin embargo, y ante la decisión de la política norteamericana de establecer un “nuevo trato”, se avizoran al mismo tiempo nuevos obstáculos, siendo uno de los más importantes el vinculado a la potencial profundización de la esfera mercantil ante la avalancha de ofertas y capitales que podrían ingresar a la isla. Aquí hay que tener en cuenta la dinámica previa ya desatada con el proceso de las reformas económicas. La posibilidad de regular los instrumentos de mercado que ya están en marcha se podría enfrentar a un desafío, igualmente abierto, en el sentido de que tales instrumentos pueden producir a partir de su propia dinámica otros desafíos no sabemos de qué envergadura para el desarrollo del modelo cubano.

Por otra parte, tampoco pueden desconocerse las dificultades que presupone involucrarse en un proceso de negociación tendientes a normalizar las relaciones con Estados Unidos, mientras la voluntad de Washington no parece estar dispuesta a realizar cambios que pudieran modificar sustantivamente su enfoque estratégico, habida cuenta de las decisiones que le son inherentes, entre ellas, su invariable política migratoria y el rechazo a abandonar su ilegítima presencia en Guantánamo. A ello se agrega ese pesado agravio que ha significado para Cuba el certificado de “buena conducta” que elabora el Departamento de Estado norteamericano y que se refiere, unilateralmente, a

¹⁸ Para un análisis histórico de la política estadounidense hacia Cuba y la forjada por esta, especialmente la actuación de la Revolución ante los diversos desafíos que se proyectan hasta nuestros días, resulta esclarecedor el trabajo de Ramón Sánchez-Parodi *Cuba-USA. Diez tiempos de una relación*, Ocean Sur Editores, México, 2011.

los llamados Estados “patrocinadores del terrorismo” o “violadores de los derechos humanos y las libertades fundamentales”.¹⁹ Aparecer en esa lista, en la que nunca debió estar, o mantener relaciones con aquellos gobiernos allí calificados como tales, solo ha servido a la política estadounidense para tratar de justificar sanciones y agresiones contra los gobiernos a los que considera adversarios o enemigos en diferentes partes del mundo.

No cabe duda de que la búsqueda de un entendimiento por medios diplomáticos, fundado en el respeto y la legalidad internacional, resulta siempre más benéfica para todos que una relación de confrontación y de hostilidad. Sin embargo, cabe la pregunta acerca de cuál será o puede ser el contenido de la normalización si los instrumentos de la agresión y sus concepciones de base no han desaparecido. Tampoco resulta fácil un cambio en la argumentación política y diplomática que de manera genuina garantice por parte de Estados Unidos el compromiso de asumir con respeto las diferencias que han existido y que son consustanciales al desarrollo de ambos sistemas. Incluso está por verse la disposición estadounidense a resarcir los daños provocados a Cuba o las pérdidas por acciones terroristas contra intereses del país isleño y que incluye numerosas vidas humanas. Mientras tanto, hay un dato duro que resulta difícil de omitir. Tanto en la comunidad latinoamericana como en la trayectoria de la Asamblea General de las Naciones Unidas, nunca en toda la historia de la diplomacia internacional se ha visto tanta coincidencia y condena al bloqueo impuesto por Estados Unidos contra Cuba.²⁰

Epílogo

En un esfuerzo reflexivo desde América Latina, se hace inaplazable una mejor comprensión de los alcances que pueden derivarse de los giros políticos y señales provenientes de la estrategia norteamerica-

¹⁹ Durante un poco más de tres décadas el Estado cubano formó parte de esa lista elaborada anualmente por Estados Unidos. Al respecto, una página oficial norteamericana resulta elocuente: www.state.gov/j/ct/list/c14151.htm.

²⁰ Se encuentra en el registro de antecedentes argumentados por la Asamblea General de las Naciones Unidas, que durante los años que lleva la vigencia de las sanciones económicas impuestas a Cuba, más del setenta por ciento de los cubanos nacieron bajo este “Estado de sitio económico”. Salim Lamrani: “Estados Unidos-Cuba. El bloqueo más largo de la historia”, *Le Monde diplomatique*, año XV, no. 159, enero-febrero, 2015, p. 15.

na. ¿Cómo está reconstruyendo sus recursos de poder ante la crisis económica que permea el sistema, el gran problema del petróleo y el gas que forman parte de su seguridad, el descrédito que ha cosechado con sus guerras de agresión, la inocultable práctica de las torturas a prisioneros, el asesinato de civiles por drones o por sus grupos de operaciones especiales en cada vez más países, la práctica del espionaje a escala global incluso en las comunicaciones de sus aliados, el costo económico y humano de sus agresiones bélicas que alarma a su propia ciudadanía?

Ante este abigarrado cuadro de interrogantes cruciales, y estableciendo un ángulo de visualización hacia la región, resulta inequívoco su objetivo, que apunta de manera muy notoria hacia el proceso venezolano. Pero su extensión despliega hacia todo el hemisferio donde se desarrollan proyectos gubernamentales y políticos que no están dispuestos al sometimiento, que buscan alternativas a la dominación del modelo neoliberal y estructuran plataformas de entendimiento hacia una integración regional sin subordinación. Es importante considerar que si los estrategas estadounidenses reordenan los ingredientes de su política, con el propósito de rearticular bajo su jurisdicción los procesos de América Latina y el Caribe, es porque sus objetivos en tal sentido hacen parte de su plataforma geoestratégica, que requiere, antes que nada, fortalecer su menguado liderazgo para imponerse al resto del mundo.

Un asunto de fondo dentro de estas consideraciones políticas reconoce que el liderazgo norteamericano se encuentra en entredicho. Esto propicia el desarrollo de una disputa por la hegemonía mundial, cuya dinámica tiene, a su turno, un impacto en la reconfiguración de las tendencias hemisféricas. El escenario regional latinoamericano necesita revalorar la importancia de sus logros y proyectos impulsados al margen de la política estadounidense. La diplomacia de Washington no cejará en su empeño por retrotraer la situación regional, tanto en el campo popular como en la dimensión institucional que compromete a los gobiernos más avanzados de la región. Sin dejar de valorar el acontecimiento del 17 de diciembre de 2014, todo indica que su objetivo de reinstaurar el capitalismo y propiciar el apetito por una democracia liberal, al margen incluso de la opinión de la ciudadanía cubana, permanece incólume.

No resulta descabellado, por tanto, pensar que el debilitamiento de los nexos y los entendimientos entre gobiernos progresistas y fuerzas políticas avanzadas que dibujan el mapa político regional constituye, a no dudarlo, uno de los propósitos centrales para la recomposición de su deteriorada hegemonía. La política que desde el 2005 se viene desplegando en América Latina y el Caribe necesita tomar en toda su amplitud este propósito. Porque la inteligencia del poder estadounidense sabe que su política ha estado perdiendo el control inmediato sobre la región o, al menos, que los instrumentos que para ello existen no están pudiendo garantizar como antes su tarea. La Doctrina Monroe, la política del *gran garrote* y todas las formas de panamericanismo, incluyendo el sistema interamericano en su versión hasta ahora conocida, no logran desempeñar el papel estratégico esperado. La capacidad de articular política y diplomacia y su ratificación en propuestas y procesos concretos, como UNASUR, Petrocaribe, ALBA y CELAC, además de mostrar una nueva tendencia en la política regional, son el mejor índice de las dificultades que envuelven a la política hegemónica. La creciente influencia de la República Popular China en la región, especialmente en la franja sudamericana, es un referente geopolítico que está gravitando más de lo que se alcanza a percibir. Entonces, después del 17 de diciembre del 2014 va quedando más claro que todo el empeño desplegado por EE.UU. al tratar de aislar y destruir a la revolución cubana parece haberse revertido. La pregunta sobre cuáles son los intereses que está cosechando la política de aislamiento permea los patios interiores del poder estadounidense. La decisión de entablar relaciones diplomáticas buscando la normalización de las relaciones con Cuba tiene entre sus principales objetivos mantener o reparar los nexos agrietados con la región y/o construir otros nuevos para reprojectar sus objetivos estratégicos, que en lo fundamental no parecen haberse modificado.

Empoderamiento mediático y juventud: los nuevos retos del sujeto latinoamericano

MSc. Sunamis Fabelo Concepción

Investigadora del CIPI

MSc. Angel Rodríguez Soler

Profesor e Investigador de la Universidad
de las Ciencias Informáticas (UCI)

Introducción

(...) lo posmoderno nunca podría darse entre nosotros en “estado puro”, no puede incorporarse sin modulaciones, porque no nos tocan las situaciones sociales que lo han originado. No estamos en el paraíso fatuo del consumo inútil, no hemos llegado a hartarnos de los excesos de la productividad y el industrialismo, no se nos ha perdido la naturaleza ni la automatización ha encerrado todas nuestras rutinas.

ROBERTO FOLLARI¹

La posmodernidad alcanzó con el colapso del socialismo europeo y la crisis de los grandes paradigmas del siglo XX el clímax de sus manifestaciones. El cuestionamiento de las grandes construcciones teóricas de la racionalidad moderna se convirtió en la razón posmoderna ¿Cómo trascendió esto en América Latina?

Por un lado, la crisis en que quedó sumido el marxismo tras el fracaso del *socialismo real*, dejó un vacío teórico en los intelectuales que devino en una *crisis de credibilidad*. Por otro, la racionalidad ba-

¹ Citado por Paul Ravelo Cabrera en “La posmodernidad en la intelectualidad cubana de los noventa”. Consultado en www.javeriana.edu.co/pensar/Rev31.html. El fragmento proviene del libro de Roberto Follari *Modernidad y posmodernidad: una óptica desde América Latina*, publicado en 1990, en Argentina.

sada en el progreso, que seguía siendo un fin, para entonces se convirtió en una etapa quemada que no podía alcanzar los encantos de la nueva sensibilidad y, pese a ello, había comenzado a heredar sus desilusiones.

A nivel mundial tuvo lugar un proceso de revisión y replanteamiento de la arquitectura política dentro del imponente sistema capitalista y de su modo de producción y reproducción cultural. Se reacomodarían dentro del sistema la *sociedad civil*, la *izquierda* y los *movimientos sociales*. Estos últimos comenzaron a desempeñar un papel fundamental y dentro de ellos las juventudes, grupo desde donde se articula un verdadero sujeto contrahegemónico que responda a las exigencias del tiempo real.

De manera que en el presente trabajo se analizan los desafíos fundamentales en torno a la construcción en América Latina del sujeto contrahegemónico. Para ello se toman en cuenta tres ejes fundamentales: 1. la crisis de la cultura política que ha caracterizado a las generaciones a partir de los años 1990 (*nativos tecnológicos* o *nativos digitales*); 2. la influencia hegemónica que ejerce el sistema de nuevas tecnologías de la informática y las comunicaciones sobre la reproducción cultural del universo juvenil latinoamericano; y 3. el empoderamiento mediático de las juventudes latinoamericanas como parte de la repolitización de la sociedad.

El nuevo sujeto latinoamericano y la tradición histórico emancipatoria de cara a la encrucijada posmoderna

Hablamos del sujeto como una realidad, como una esencia. Sin embargo, el sujeto no es, sino que se construye. Este ha sido uno de los tópicos fundamentales hacia donde ha mirado la posmodernidad: la crítica a la racionalidad moderna. De ahí que el contexto político actual haya creado condiciones para que el sujeto popular comience a construirse de una manera diferente.

La sociedad contemporánea está funcionando con nuevos mecanismos de una complejidad tal que provocan el reordenamiento de los patrones tradicionales y la cultura. Las Nuevas Tecnologías de la Informática y las Comunicaciones (TICs) influyen mucho en ese nuevo escenario, constituyendo un elemento de peso dentro del sistema de relaciones sociales actual.

Los medios constituyen hoy una pieza necesaria del *proceso representativo*, central en las democracias contemporáneas. Ellos son los instrumentos principales que permiten a los individuos tener acceso a la esfera de lo político *mediante* la representación de la política que estos ofrecen. Simultáneamente son los instrumentos que permiten a la esfera política ponerse en escena y, de esta modo, entrar en contacto con los individuos. El modelo político de democracia representativa *necesita* el ámbito mediático para poder ejercerse. Sin él, la política y, más allá de ella, lo político, tal como está estructurado hoy en día, no pueden funcionar.² Aquí es donde en la actualidad se está construyendo la política y es en este campo de batalla donde están ocurriendo relaciones políticas fundamentales. Se trata de la construcción de espacios públicos donde los ciudadanos pasan a formar parte de un espectáculo político. Los medios hacen posible una participación imaginaria, pasando de la construcción de un pueblo de ciudadanos a miembros de un público concebido para la pasividad.

Sin embargo, si reconocemos el papel fundamental que lo mediático juega en las fábricas de individuos de las sociedades contemporáneas, también reconocemos que es posible reapropiarse de este espacio. La globalidad y temporalidad de su despliegue lo convierten en un instrumento cuyo potencial, tanto para la reproducción de los mecanismos de dominación como para la movilización social antisistémica, es incalculable e imprescindible.

No se trata solo de la cooperación en las redes informáticas, sino de un conjunto de formas de vida, relaciones sociales, lenguajes, información, códigos, tendencias culturales, saberes, circuitos formativos más o menos formales, servicios, prestaciones, etc.; que están conformando los nuevos espacios de la cotidianidad.

En esta nueva arquitectura posmoderna de lo político, los jóvenes tienen un papel esencial puesto que, además de representar históricamente esa fuerza motriz que necesita la nación para preservar, revitalizar y echar a andar el legado emancipatorio de sus padres o proyectar un proceso verdaderamente revolucionario, esta vez, solo en

² Ximena González Broquen: "Hacia una categorización del poder mediático: poder representativo, meta-poder y anti-poder", *Mediaciones Sociales*, no. 8, Universidad Complutense de Madrid, primer semestre de 2011. Consultado en revistas.ucm.es/index.php/MESO/article/download/36719/35556, p. 50.

sus manos está dominar las nuevas formas de lo político como nativos tecnológicos.

Están habituados como consumidores y usuarios a la utilización extensiva e intensiva de los últimos adelantos tecnológicos, no por obligación, sino por puro convencimiento y por una necesidad vital absoluta. Podría decirse que ni siquiera perciben estas herramientas digitales como tecnologías en sentido estricto, sino como una forma natural de socialización, comunicación y aprendizaje. En definitiva, es la *forma de vida* de su generación.

Quizás lo más relevante ahora es que los nativos tecnológicos forman parte de la primera generación de estudiantes universitarios con esta característica innata, lo cual les confiere, *a priori*, una posición social de preeminencia en el escenario general. Frente a esos “nativos”, la mayor parte de las veces se encuentra un profesorado o una “dirección” en general “inmigrante digital”, caracterizado por un uso adquirido de las TICs, casi siempre por razones de supervivencia o de adaptación a un nuevo entorno.

Sin embargo, estos mismos jóvenes del siglo XXI, son los niños del colapso del socialismo, los hijos de una época de crisis de los grandes paradigmas sociales del siglo XX. En medio de ella crecieron. Hoy las juventudes tienen como huella de nacimiento el neoliberalismo. No se pueden explicar, por tanto, sin las reformas sociales y económicas iniciadas en la década de 1980, responsables de que gran parte de la población total de la región viva en pobreza económica, sin acceso a los bienes sociales básicos. Tampoco pueden explicarse sin tener en cuenta la hegemonía ejercida sobre ellos a través de la *guerra cultural*, que se concreta mediante el uso de todos los medios comunicativos (dentro de los que se encuentran las redes digitales), con el objetivo de impedir la formación de voluntades, identidades y pensamientos opuestos a la dominación neoliberal.

De esta forma, una parte significativa de las juventudes es destinataria principal de los efectos de las nuevas tecnologías, mientras la otra vive al margen de estos procesos, sumida en la pobreza y la marginación socioeconómica. En ambos casos, las juventudes son el resultado de una producción cultural del gran capital diseñada con fines hegemónicos, a través de la producción y reproducción de una profunda apatía basada en la crisis de la cultura política que ha caracteri-

zando a estas generaciones y la pérdida de credibilidad en las obsoletas instituciones que las representan.

En este escenario, los proyectos sociales, que desde hace unos años y en lo adelante se echan a andar en América Latina, deben articularse con este importante universo juvenil y empoderarlo política y culturalmente para construir un sujeto contrahegemónico y mediante ello dotar a estos procesos de durabilidad, fortaleza y legitimidad.

La necesidad de organizar ideológicamente a la sociedad es una tarea de los gobiernos progresista de América Latina y ellos deben hacerlo desde los jóvenes de hoy, que son la sostenibilidad política del proceso-sistema que se desee construir.

En ese sentido, existe toda una tendencia contemporánea a concebir o articular desde las redes sociales los sitios web, los movimientos sociales y las identidades colectivas. Esta perspectiva se combina con aquella que para el caso de los jóvenes o nativos tecnológicos habla de una Generación X marcada por la apatía, el sin sentido y la carencia de utopías. Sin embargo, en sus manos está el dominio y de hecho el desarrollo de los nuevos espacios de lo político que se están desplegando en el ciberespacio, esa segunda realidad que trasciende a la realidad física de la cual son los jóvenes el sujeto fundamental.

Si los movimientos estudiantiles fueron durante décadas la expresión privilegiada de la participación juvenil, con demandas sobre las condiciones de la educación y de la democratización de los órganos de gobierno, girando posteriormente a la participación barrial en organizaciones urbano-populares, en consejos juveniles y en una variedad de colectivos que demandaban espacios culturales, hoy desde las redes, sin una conciencia de clase o de participación política, miles de usuarios activos están coexistiendo y construyendo el escenario político.

Rossana Reguillo señala como característico de las culturas juveniles actuales, que el barrio ha dejado de ser el epicentro del mundo, adquiriendo una conciencia planetaria y una vocación internacionalista, a pesar de lo cual estos jóvenes “priorizan los pequeños espacios de la vida cotidiana como trincheras para impulsar la transformación global”.³

³ Rossana Reguillo: *Emergencia de culturas juveniles: estrategias del desencanto*, Bogotá, Grupo Editorial Norma, 2007, p. 142. Consultado en [www.iberopuebla.mx/micrositios/catedraTouraine/articulos/Rossana Reguillo EMERGENCIA DE CULTURAS JUVENILES estrategias del desencanto.pdf](http://www.iberopuebla.mx/micrositios/catedraTouraine/articulos/Rossana_Reguillo_EMERGENCIA_DE_CULTURAS_JUVENILES_estrategias_del_desencanto.pdf).

Los jóvenes quieren cambios aquí y ahora. Sus proyectos de futuro tienen que ver más que con sistemas claramente estructurados, con imaginarios de una sociedad anhelada. Se piensa en el planeta, en la sociedad global, en la utopía, pero se actúa en el espacio inmediato frente a interlocutores inmediatos, conectados en red desde cualquier parte del planeta, adscritos a sitios web comunes que representan la bandera de sus demandas.

En la red se libran las grandes batallas de la humanidad hoy. La toma de las calles ha sido sustituida por la toma de las redes y son los más jóvenes los protagonistas de los nuevos espacios de lo político aunque no tengan conciencia de ellos, lo cual es parte del juego de quienes organizan el poder.

Las grandes organizaciones juveniles en que el individuo quedaba prácticamente anulado en pro de lo colectivo masificado han dejado de ser de interés para las nuevas generaciones. Desde luego, las federaciones estudiantiles, los consejos populares y las agrupaciones parapartidarias siguen existiendo gracias a sus aparatos burocráticos de mayor o menor medida.

Las viejas discusiones sobre la representatividad vertical, propia del modelo piramidal de organización, son sustituidas por otras preocupaciones propias de las redes horizontales. Las redes que los jóvenes crean buscan fungir como facilitadoras y no como centralizadoras, por lo que definen su identidad como espacios democráticos de vinculación; en cuanto a su autonomía les interesa no ser hegemónicas por grupos particulares, por lo que rechazan los comités ejecutivos, direcciones, etc., y en su lugar crean pequeñas coordinaciones que se relevan y que no pueden asumir la representación de todos.

Al hablar de políticas que favorecen la participación directa de jóvenes, rara vez se hace alusión a *formar para la participación*, lo que implica concienciar para querer participar, aprender para saber participar y finalmente superar la obsolescencia de las instituciones heredadas de la modernidad con el fin de organizarse para poder participar.

Plantear como primer objetivo la construcción de la ciudadanía es pretender que el joven se integre para participar sin saber cómo participar y, lo que es peor, sin preguntarle si quiere. La participación juvenil deviene en ciudadanía si realmente como refiere la profesora Dina

Krauskopf, se facilita la inserción social de adolescentes y jóvenes como verdaderos actores estratégicos del desarrollo y no se los considera solamente receptores de nuestros proyectos.

Es evidente que los jóvenes no se sienten fuertemente atraídos por estas estructuras verticales. No les interesa ser un militante o afiliado más que pierde su individualidad en la masa. Por ello, la participación juvenil se expresa hoy en pequeños colectivos y grupos y, muy claramente, en acciones diversas en las que se participa de manera individual, donde se establecen mecanismos de participación poco o nada institucionalizados, en los que se permite una gran flexibilidad de actuación en campañas específicas, en redes de información y en acciones concretas.

El Informe Mundial de Naciones Unidas sobre la Juventud 2005 reconoce que

Un factor que parece contrarrestar el declive en la participación tradicional y cívica de los jóvenes son las actividades basadas en la Internet relacionadas con causas cívicas y políticas a favor de los jóvenes (...) las tecnologías de la información y las comunicaciones están creando nuevas formas de “ciberparticipación” que abren a los jóvenes cauces de participación creativos, abiertos y no jerárquicos (...). Internet es un nuevo espacio de ejercicio de la ciudadanía.⁴

Jóvenes y adolescentes están creando un mundo en el que todos pueden entrar, sin privilegios o prejuicios debidos a la raza, el poder económico, la fuerza militar, o el lugar de nacimiento, un mundo donde puedan expresar sus creencias, sin importar lo singulares que sean, sin miedo a ser coaccionados, al silencio o el conformismo.⁵

En ese sentido, el ciberactivismo ha devenido en una práctica muy oportuna. Se trata de la utilización de un conjunto de técnicas y tecnologías de la comunicación como teléfonos móviles, blogs, correo

⁴ Asamblea General de las Naciones Unidas. Sexagésimo período de sesiones. Consejo Económico y Social: *Informe sobre la juventud mundial 2005*. Consultado en www.cinu.mx/minisitio/UNjuventud/docs/A_60_61.pdf, p. 16.

⁵ John Perry Barlow: *Declaración de independencia del ciberespacio*, Davos, Suiza, 8 de febrero de 1996. Consultado en: “Manifiesto de John Perry Barlow (español)”, nomadasyrebeldes.files.wordpress.com/2012/05/manifiesto_de_john_perry_barlow-1.pdf, p. 1.

electrónico o redes sociales organizando, movilizándolo y sirviendo de inspiración a comunidades *online* cuyo objetivo es poner en marcha procesos de acción y toma de posición social.

Si el poder se ejerce mediante la programación y la conexión de redes, entonces el contrapoder, según señala Manuel Castells, el intento deliberado de cambiar las relaciones de poder, se activa mediante la reprogramación de redes en torno a intereses y valores alternativos o mediante la interrupción de las conexiones dominantes y la conexión de redes de resistencia y cambio social.

(...) En los últimos años el cambio fundamental en el mundo de las comunicaciones ha sido el nacimiento de lo que he llamado autocomunicación de masas: el uso de Internet y de las redes inalámbricas como plataformas de comunicación digital. Es comunicación de masas porque procesa mensajes de muchos para muchos y potencialmente puede llegar a numerosos receptores y conectarse a incontables redes que transmiten información digitalizada en un barrio o por todo el mundo. Es autocomunicación porque el emisor decide el mensaje de forma autónoma, designa a los posibles receptores y selecciona los mensajes de las redes de comunicación que quiere recuperar. La autocomunicación de masas se basa en redes horizontales de comunicación interactiva que, en gran medida, los gobiernos y las empresas tienen dificultad para controlar. Por otra parte, la comunicación digital es multimodal y permite una referencia constante a un hipertexto global de información cuyos elementos el comunicador puede mezclar según los proyectos concretos de comunicación. La autocomunicación de masas proporciona la plataforma tecnológica para la construcción de la autonomía del actor social, ya sea individual o colectivo, frente a las instituciones de la sociedad. Por eso los gobiernos tienen miedo de Internet y las empresas mantienen una relación de amor-odio con la red e intentan obtener beneficios al tiempo que limitan su potencial de libertad (por ejemplo, controlando el intercambio libre de archivos o las redes de código abierto).⁶

⁶ Manuel Castells: *Redes de Indignación y Esperanza*, Alianza Editorial. S.A., Madrid, 2012, p. 24.

Desde este punto de vista, experiencias de contrahegemonía mediática o autocomunicación de masas como las que se dieron durante la Primavera Árabe, el 15M o Movimiento de los Indignados y el Movimiento Ocupa Wall Street, constituyen puntos de partida fundamentales para estudiar o problematizar el empoderamiento mediático, ya sea como voluntad, necesidad o como posibilidad para América Latina.

La complementación de actividad sociopolítica que se dio en estas experiencias es sumamente interesante. El espacio público de los movimientos sociales se construyó en dos dimensiones o como híbrido entre las redes sociales de Internet y el espacio urbano ocupado en una interacción constante y, como señala Castell, constituyendo tecnológica y culturalmente comunidades instantáneas de prácticas transformadoras.

Sin embargo, en el caso de las juventudes latinoamericanas el empoderamiento está orientado a crear y fortalecer la capacidad para articular un sujeto político contrahegemónico. Para ello es imprescindible superar los obstáculos que se oponen a la inserción social de las juventudes como verdaderos actores estratégicos del desarrollo. En ese sentido es fundamental abrir dos frentes: el acceso al conocimiento, a las TICs en general, que son las armas de este momento histórico y el espíritu crítico, que es el arte de manejar estas nuevas armas.

El avance de la llamada alfabetización básica (la cual, dicho sea de paso, debe potenciarse, descolonizarse) a la denominada alfabetización informativa, digital o mediática, es el primer escollo.

En segundo lugar, a la capacidad de usar el ordenador y el móvil y algunos de sus programas (lo que implica estar actualizando constantemente estas herramientas y aplicaciones), se suma la capacidad de seleccionar adecuadamente la información, y disponer de la autonomía mental para procesarla.

De manera que cuando nos preguntamos por el vínculo entre la capacidad de acceso a la información y el empoderamiento o participación ciudadana, con cierta facilidad podemos decir que los medios de comunicación siempre están “mirando” a las audiencias y su capacidad crítica.

Sabemos ya que una sociedad mejor informada tiene herramientas para movilizarse en la defensa y promoción de sus derechos, lograr mayores niveles de inclusión en la toma de decisiones sobre la vida del

país y fortalecer la institucionalidad democrática. El desafío siempre es cómo lograrlo.

El escritor Fernando Martínez Heredia define los principales retos que enfrenta hoy la juventud latinoamericana partiendo de la realidad a que una gran parte de los jóvenes de nuestro continente se enfrentan todos los días: el desafío de sobrevivir y encontrar un lugar en el mundo. En ese sentido, plantea la necesidad de ir a ellos, conocerlos realmente en vez de creer que los representamos, acompañarlos en sus vidas y sus afanes, con el fin de ayudarlos a ser rebeldes y pelear por ideales.

La invisibilidad de la sociedad civil es real. Por lo tanto, son poco conocidas sus heterogéneas miradas. Salvo las organizaciones sociales que tienen equipos de comunicación y hacen *lobby* o grandes campañas de comunicaciones, el resto pasa desapercibida. Como consecuencia, la construcción social que visibilizan los medios sigue centrada en los mismos de siempre. Uno de los caminos posibles para mejorar este vínculo, es que la sociedad civil tenga un rol más protagónico y que desde los medios demos cuenta de ese proceso. La inclusión de estas nuevas formas de ciberactivismo desde los movimientos sociales cada vez es más creciente.

La repolitización y democratización de las sociedades en el universo de las TICs debe necesariamente lograr que los jóvenes actúen y piensen “en política”, en lugar de “desde la política”, como se ha pretendido infructuosamente hasta ahora. La juventud quiere vivir en democracia, lo que no se limita solamente a votar cada cuatro años, sino que significa también una participación directa, más allá de la ciudadanía electoral, en los cambios o reformas de su realidad concreta, o sea, de lo global desde lo local.

Esto significa, empoderar a las juventudes desde el tiempo real y sus códigos. O sea, que la apropiación del sistema simbólico a través del cual se ejerce la hegemonía, construya, arme y sirva al sujeto para ejercer la contrahegemonía dentro del mismo sistema.

De manera que el empoderamiento juvenil está muy relacionado con una puerta de entrada a la equidad intergeneracional, la participación cívica y la construcción de la democracia. O sea, se trata de una vía de sostenibilidad u oxigenación de la política o, mejor dicho, de lo político, que es en nuestros días la expresión más adecuada para referirse a esa práctica mediante la cual la polis se representa en la escena

pública, en este caso a través de las TICs, desde donde también ha de vertebrarse el sujeto.

Conclusiones

El sujeto latinoamericano que necesita construirse en el siglo XXI está condicionado por la lógica postmoderna. En el nuevo contexto los jóvenes tienen un papel central en su construcción, no solo desde los movimientos sociales sino también y sobre todo desde los nuevos espacios de confrontación política, o sea en el ciberespacio, a través de las TICs. De estos “nativos tecnológicos” depende en buena medida la sostenibilidad política de los procesos más progresista que se están llevando a cabo en América Latina, donde, a diferencia de Europa o Estados Unidos, las sociedades son destinatarias directas de modelos hegemónicos de reproducción cultural, siendo los más jóvenes el grupo más vulnerable.

Sin embargo, en manos de esos jóvenes también están las herramientas más poderosas para construir el sujeto contrahegemónico: las TICs, de las cuales son hijos y que aún no explotan de una manera activa. De ahí la importancia del empoderamiento juvenil latinoamericano, a partir de la integración en la nueva escena política que significa el ciberespacio, en el ámbito del nuevo constitucionalismo democrático y plurinacional. El principal desafío sigue siendo ese empoderamiento que vertebre el sujeto espontáneo y haga evidente la crisis institucional de la racionalidad moderna sin ser metabolizado por esta.

El papel central de las TICs en los nuevos tiempos ha condicionado un cambio en las estructuras tradicionales de participación, redefiniendo la democracia. La participación de lo político a partir de la hibridación de dos escenarios, el físico y el ciberespacio, concretándose el acto de la participación en este último, es una de las tendencias más generalizadas de manera informal en los últimos tiempos.

Consecuentemente, el uso de las TICs constituye un elemento esencial en la repolitización de la sociedad, o el fomento de una nueva cultura política. No obstante, continúa siendo un problema determinante el acceso a las mismas, así como las grandes transnacionales de la información que las dominan.

Lo más importante es que la herencia de los movimientos sociales en la era de Internet la constituye el cambio cultural que han producido mediante su acción. Su legado es la experiencia que América Latina debe incorporar como parte del empoderamiento o latinoamericanización del sujeto del cambio, de tal suerte que convierta la toma de los medios en una experiencia válida para entrar en la historia de la toma de las calles y la construcción de la democracia.

Brasil bajo ataque: guerra mediática y poder inteligente

Lic. Renio Díaz Triana

Investigador del CIPI

En nada se exagera cuando se afirma que el gigante sudamericano está bajo ataque. Lo evidencia la complicada situación política que tiene lugar en Brasil, la cual no se limita solo a la crisis que, desde principios del 2015, se ha venido acentuando, sino que incluye el panorama que irrumpiera con fuerza, a partir de las sorpresivas y multitudinarias manifestaciones de junio de 2013.

Tratar de presentar elementos de juicio que permitan sustentar la convicción de que la situación que vive el país, en la que se ve seriamente amenazada la continuidad del gobierno de coalición encabezado por el PT, es, en buena medida, resultado de la guerra mediática y de la aplicación del *poder inteligente* contra ese país, constituye el objetivo que persigue este artículo.¹

En el mismo, se abordan aspectos relacionados con la utilización por parte de los enemigos de los pueblos del poder inteligente, el *golpe suave* y la guerra mediática, se ofrece un panorama de la situación

¹ Se ha conocido que el gobierno de Estados Unidos financia secretamente órganos de prensa y periodistas de más de 70 países, para poder utilizarlos en sus campañas mediáticas. Este financiamiento se realiza por medio del Departamento de Estado, el Departamento de Defensa, la Agencia Central de Inteligencia (CIA), la Agencia de EE.UU. para el Desarrollo Internacional (USAID), el Fondo Nacional para la Democracia (NED), el Consejo Superior de Radiodifusión (BBG) y el Instituto de EE.UU. para la Paz (USIP), entre otros. Esto fue divulgado por la revista *In This Times*, la que planteó que dicho financiamiento asciende a más de cuatrocientos millones de dólares anuales. Ver: Néstor García Iturbide, “La guerra mediática”, *La pupila insomne*, 23 de septiembre de 2011, lapupilainsomne.wordpress.com/2011/09/23/la-guerra-mediatica/.

actual de los medios de comunicación en Brasil, así como también se ejemplifica, con hechos concretos, el accionar de los grandes medios y se devela como estamos en presencia de la ejecución de un plan dirigido no solo contra el gobierno de coalición encabezado por el PT, sino también contra los procesos progresistas que se desarrollan en nuestra región y en definitiva contra todos nuestros pueblos.

Del poder inteligente, el golpe suave y la guerra mediática

La llamada guerra mediática como medio para garantizar la dominación imperial, puede considerarse un componente esencial de la *guerra de cuarta generación* (Fourth Generation Warfare [4GW])² y de la aplicación del “poder inteligente”, una de cuyas expresiones son los “golpes suaves” en sus diversas variantes.

El desarrollo tecnológico e informático de la era de las comunicaciones, la globalización del mensaje y las capacidades para influir en la opinión pública mundial, han propiciado que las operaciones de acción psicológica mediática devinieran en el arma estratégica dominante de la 4GW. No debe pasarse por alto que utilizando técnicas y estrategias de la Guerra Psicológica, los laboratorios estratégicos de comunicación publicitaria comenzaron a modelar al Alineado Programado (AP) a partir del surgimiento de la sociedad de consumo capitalista en los años 50.³ “Un AP está *programado para consumir*: desde productos, espectáculos, modas, hasta presidentes (gerentes de enclave de las trasnacionales capitalistas) vendidos por medio de técnicas de marketing y de campañas electorales manipuladas por operaciones psicológicas”.⁴

La guerra de cuarta generación favorece el uso de los medios de comunicación y las Tecnologías de la Información y la Comunicación

² Es el término usado por los analistas y estrategias militares para describir la última fase de la guerra en la era de la tecnología informática y de las comunicaciones globalizadas. En 1989 comenzó la formulación de la teoría de 4GW, cuando William Lind y cuatro oficiales del Ejército y del Cuerpo de Infantería de Marina de EE.UU., titularon un documento: “El rostro cambiante de la guerra: hacia la cuarta generación”. Ese año, el documento se publicó simultáneamente en la edición de octubre de la *Military Review* y la *Marine Corps Gazette*. La 4GW está relacionada con las denominadas *guerras asimétricas* y la *guerra antiterrorista*. Véase: Manuel Freytas: “Guerra de Cuarta Generación”, *Aporrea*, 21 de abril de 2014, www.aporrea.org/actualidad/a20540.

³ Manuel Freytas: “Microchip cerebral: Miro la televisión y luego existo”, 14 de mayo de 2013, iarnoticias.com/2013/secciones/contrainformacion/0023_microchip_cerebral_14may2013.html.

⁴ Ídem.

(TICs) para conseguir sus objetivos e incluye la ofensiva mediática internacional contra el gobierno objeto de la desestabilización⁵.

Por otra parte, se ha venido entronizando cada vez más la utilización de la estrategia de acción no violenta concebida por el politólogo y filósofo estadounidense Gene Sharp⁶. La misma contempla, entre otras, las siguientes acciones: campañas de miedo y desinformación, denuncias de casos de corrupción, condenas a la supuesta violación de la libertad de expresión, la estigmatización ideológica, las que se combinan con las protestas callejeras, grandes manifestaciones y todo tipo de manipulación mediática. Concebido como un manual de autoayuda para la desestabilización de gobiernos, los consejos de Sharp implican la puesta en marcha de varias fases, desarrolladas incluso simultáneamente, que van desde el ablandamiento, deslegitimización, calentamiento de la calle, hasta la fractura institucional.

La importancia que concede Sharp a los medios de comunicación se evidencia en el hecho que de las 198 modalidades de acciones a realizar que se recomiendan, las primeras 13 que se enuncian están relacionadas con la comunicación y la información. Estas son: I. discursos públicos; 2. cartas de oposición o apoyo; 3. declaraciones de instituciones y organizaciones; 4. declaraciones públicas firmadas; 5. declaraciones de acusación e intención; 6. peticiones de grupo o masivas; 7. lemas, caricaturas y símbolos (escritos, pintados, impresos, hablados, mímicos); 8. pancartas, afiches y comunicaciones desplegadas; 9. volantes, panfletos, libros; 10. periódicos y revistas; 11. grabaciones, radio, televisión y video; 12. escribir en el cielo o en la tierra.⁷

La estrategia del “golpe suave” puede ejecutarse a través de cinco etapas jerarquizadas o realizadas de manera simultánea:

- I. Ablandamiento, empleando la 4GW: desarrollo de matrices de opinión centradas en déficit reales o potenciales, instigación de conflic-

⁵ Noam Chomsky: “Ecco 10 modi per capire tutte le bugie che ci raccontano”, *Latinoamerica e tutti i sud del mondo*, no. 128/130, GME Produzioni, Roma, 2014-2015, pp. 145-147.

⁶ Autor, entre otros, de los libros: *La Política de la Acción no violenta* y *De la Dictadura a la democracia* (su trabajo con mayores ediciones y traducido a más de 30 idiomas, que fuera escrito para el movimiento birmano en 1993). Su primera obra describe 198 tipos de acciones que pueden utilizarse para lograr la desestabilización de un gobierno. Traducida a más de 30 idiomas. Existe una edición miamense a cargo del grupo contrarrevolucionario Hermanos al rescate.

⁷ Gene Sharp: *Cómo librar la Lucha no violenta: Práctica del Siglo XX y potencial del Siglo XXI*. Con la colaboración de Joshua Paulson y la asistencia de Christopher A. Miller y Hardy Merriman. Copyright 2005 por Hardy Merriman. Extending Horizons Books, 2005, Boston, www.aeinstein.org/wp-content/uploads/2014/09/Como-librar-la-lucha-noviola-revisado.pdf, p. 48.

tos y promoción de descontento, promoción de factores de malestar, entre los que se destacan: desabastecimiento, criminalidad, manipulación del dólar, cierres patronales y otros, denuncias de corrupción, promoción de intrigas y fracturas de la unidad.

2. Deslegitimación: manipulación de los prejuicios anticomunistas, impulso de campañas publicitarias en defensa de la libertad de prensa, derechos humanos y libertades públicas, acusaciones de totalitarismo y pensamiento único, fractura ético-política.
3. Calentamiento de la calle: auspicio de los conflictos y fomento de la movilización de calle, elaboración de una plataforma de lucha que globalice las demandas políticas y sociales, generalización de todo tipo de protestas, exponiendo fallas y errores gubernamentales, organización de manifestaciones y tomas de instituciones públicas que radicalicen la confrontación.
4. Combinación de diversas formas de lucha: organización de marchas y tomas de instituciones emblemáticas, con el objeto de coparlas y convertirlas en plataforma publicitaria, desarrollo de operaciones de guerra psicológica y acciones de grupos opositores armados para justificar medidas represivas y crear un clima de ingobernabilidad, impulso de campañas de rumores entre fuerzas militares y tratar de desmoralizar a los organismos de seguridad.
5. Forzar la renuncia del Presidente de turno, mediante revueltas callejeras para controlar las instituciones, mientras se mantiene la presión en la calle. Paralelamente, se prepara el terreno para lograr el aislamiento internacional del país, provocar una guerra civil y una intervención militar extranjera. En esta quinta etapa, también se contempla la posibilidad de “impeachment” del presidente, por parte del Parlamento, acudiendo a cualquier argucia jurídica o a la deslegitimación del mandatario.⁸

Las armas del “golpe suave” son muchas, pero las psicológicas y económicas son determinantes para debilitar a un gobierno hasta acabarlo. Se busca desgastar y destruir los pilares del estado: su fuerza laboral, su institucionalidad y credibilidad. Esta estrategia se adapta a las circunstancias y características culturales de cada nación.⁹

⁸ La agencia Russia Today ha sintetizado estas etapas y también el internacionalista Walter Goobar (telesur.net/articulos/2014/02/20/el-golpe-suave-en-Venezuela-en-cinco-pasos-7713.html).

⁹ Orlando Pérez: “Eva Golinger: El 30S fue el comienzo de un golpe suave”, 25 de junio de 2014. Entrevista a Eva Golinger, www.patriagrande.com.ve/temas/internacionales/eva-golinger-%E2%80%99Cel-30s-fue-el-comienzo-de-un-golpe-suave%E2%80%99D/24-6-2014.

Esta modalidad de golpe trae aparejada una gran confusión política en la población, incluidos importantes sectores de izquierda. Es usual la participación en los diferentes tipos de acciones (proclamadas por lo general como de carácter pacífico) de grupos violentos que buscan provocar a las fuerzas del orden para, después, acusar a los gobiernos de represores. En cualquiera de los países que se han producido estos eventos hay una constante: la existencia de recursos estratégicos. También es común: el que los promotores sean pro-capitalistas, el enrolamiento de jóvenes, la utilización de las redes sociales, y el uso de elementos de marketing, como logotipos, banderas, etc.¹⁰

Al evaluar los resultados de la aplicación de su metodología, Gene Sharp ha señalado que: “Al comienzo del siglo XXI hemos alcanzado un nuevo nivel en el desarrollo de la lucha no violenta. Ahora resulta posible refinar esta técnica, para hacerla más efectiva, para incrementar las oportunidades de de éxito, al mismo tiempo, que reducir las bajas, y adaptarla para su uso en confrontar los tipos de conflictos agudos que hemos identificado”.¹¹

Como han denunciado importantes personalidades, en todos estos movimientos ha estado involucrado EE.UU., especialmente a través de la USAID, Fundación Nacional para la Democracia (NED). Freedom House, el Instituto Republicano internacional (IRI), Instituto Demócrata Nacional (NDI), Fundación Albert Einstein.¹²

Todo ello tiene lugar en el contexto de la institucionalización de la estrategia del “poder inteligente” o lo que es igual, la combinación de “poder duro y poder blando”, en las relaciones internacionales propugnadas por Joseph. S. Nye.¹³

¹⁰ Carlos Larriera: “No es fraude, es el camino del golpe blando”, *Rebelión*, 9 de septiembre de 2015, www.rebellion.org.

¹¹ Gene Sharp: ob. cit., p. 422.

¹² Eva Golinger: “Una agresión permanente. El golpe suave en América Latina (Parte I)”, Agencia Nueva Colombia, 17 de noviembre de 2014, anncol.eu.

¹³ Subsecretario de Defensa para asuntos de Seguridad Internacional de Bill Clinton, Nye presidió en el 2007 junto a Richard Armitage, ex subsecretario de Estado de la administración Bush, una llamada Comisión del Poder Inteligente, convocada por el Centro de Estudios Estratégicos Internacionales de Washington y conformada por congresistas demócratas y republicanos, exembajadores, oficiales militares retirados y directores de organizaciones sin fines de lucro. La principal conclusión de esta comisión fue que “la imagen e influencia de EE.UU. había decaído en los últimos años, y que EE.UU. debe pasar de exportar miedo a inspirar optimismo y esperanza”.

En América Latina la estrategia del “golpe suave” se ha registrado a través de cinco modalidades. Ha triunfado en Honduras (2009) y Paraguay (2012), pero ha fracasado en Venezuela (2002), Bolivia (2008 y 2012) y Ecuador (2010).

En el marco de la doctrina de guerra no convencional estadounidense, la oligarquía global continúa en su intento de armar escenarios de “cambios de régimen” a través del modelo de *revoluciones de colores* y la aplicación de diferentes tácticas no convencionales para inmovilizar los procesos latinoamericanos y retrotraer sus fundamentos.¹⁴

Los medios de comunicación juegan un rol muy importante en la ejecución del golpe suave.¹⁵ Este no puede llevarse a cabo sin los mismos. Los medios dan forma al escenario, reiteran la información manipulada que distorsionan y denigra, particularmente, la imagen del líder contra el que se dirige el golpe. Se difunde una imagen cotizada del país, en que la gobernabilidad está en crisis y se exageran las dificultades existentes, al tiempo que se propicia una plataforma mediática en la que las minorías devienen mayoría. Se presenta ante el mundo la imagen de un Estado represor y violador de los derechos humanos y a los golpistas como víctimas.¹⁶

Brasil está atravesando la aplicación de un “golpe suave” orquestado por fundaciones de extrema derecha de EE.UU., según Joaquín Palhares, periodista brasileño y director de la revista *Carta Maior*, quien señala que “son visibles tres pasos concretos: Inviabilizar al gobierno de Rousseff en el Congreso para propiciar el ‘impeachment’, descalificar al Partido de los Trabajadores y dejar a sus líderes fuera del juego, y desmontar todos los avances sociales, económicos y políticos alcanzados”.¹⁷

En Brasil, la maquinaria se puso a toda marcha con las sorpresivas y multitudinarias manifestaciones de protestas de junio de 2013, que, en su inicio, se pronunciaron contra el alza de las tarifas de transporte y contra la corrupción, pasando después a demandar la suspensión del

¹⁴ En este tipo de acción la presencia norteamericana no se ve directamente si no que se disimula en el accionar de acólitos ya sean ONG, periodistas, políticos, empresarios, estudiantes, entre otros, a los cuales se les brinda financiamiento y asesoría.

¹⁵ El Departamento de Estado financia el desarrollo de los medios a través de de sus oficinas, incluyendo el Buró de Asuntos Educativos y Culturales (BECA), el Buró de Inteligencia y de Investigación (INR), el Buró de Democracia, Derechos Humanos y Trabajo (DRL) y la Oficina de Diplomacia Pública y de Asuntos Públicos (OPDPA).

¹⁶ Orlando Pérez: ob. cit.

¹⁷ Gabriel Gil Pinto: “¿Existe un manual para desactivar el golpe suave?”, *Russia Today*, 30 de agosto de 2015.

Mundial de Fútbol y llegar hasta a exigir la salida de la Presidenta Dilma Rousseff, quien fuera sometida, a partir de esta coyuntura y especialmente, durante la campaña electoral de 2014, a cruentos ataques mediáticos, que lejos de cesar tras haber salido victoriosa en las elecciones se han venido recrudeciendo, hasta alcanzar niveles extremos, en su segundo mandato.

Mapa de los medios de comunicación brasileños

Es una pena que la prensa brasileña venga tratando a bandidos como héroes, cuando tales personas se prestan a acusar sin pruebas a casos escogidos por la oposición, cuando se pretende difamar a los liderazgos que la oposición no consiguió derrotar en las urnas y que teme enfrentar en el futuro.¹⁸

Según la Asociación Brasileña de las Telecomunicaciones (Telebrasil), el sector responde por 4,2% del PIB, que de acuerdo a las proyecciones oficiales, se contrajo en 2015 casi en un 1,5%, después de crecer solo un 1% en 2014: año en que, de acuerdo con la misma fuente, las inversiones en telecomunicaciones fueron de 30 900 millones de reales (unos 917 millones de dólares).

El panorama mediático brasileño se caracteriza por la gran concentración de propiedad, catalogada como una de las mayores del mundo. Diez grandes grupos económicos,¹⁹ correspondientes a nueve familias y un grupo religioso, comparten entre sí el mercado de la comunicación de masas: O Globo (Marinho), Folha (Frias), Abril (Civita), RBS (Sirotsky), Estado (Mesquita), Bandeira de Melo (Associados), *Jornal do Brasil* (Nacimiento Brito), Bandeirantes (Saad), Gazeta (Levy) y Record (Iglesia Universal) ejercen en la práctica el control. A ello se une que la red O Globo tiene bajo su égida al Instituto Brasileño de Opinión Pública y Estadística (Ibope) y Folha tiene la potente encuestadora Datafolha.

El mayor peso lo detentan las familias Marinho, Frias, Civita y Mesquita. Se estima que solo la familia Marinho controla más del 60% de las audiencias y de la publicidad, además de poseer la hegemonía en los campos

¹⁸ Asesoría de prensa de Luiz Inácio Lula da Silva, 13 de mayo de 2015 (www.elcaribe.com.do/2015/06/27/que-pasa-brasil).

¹⁹ Ello sucede a pesar de que la Constitución (artículos 5, 54, 220, 221, 223) proscribe la existencia de monopolios y oligopolios en el sector de la comunicación.

de la televisión, los diarios, la radio, la música y el cine. Por otra parte, esta familia, junto a Civita, acapara el 60% del mercado de las revistas.

Anualmente el grupo O Globo factura cerca de 14 mil millones de reales, el Grupo Abril (revista *Veja*) cerca de 4,5 mil millones, el grupo Folha 2,7 mil millones, Record 2,2 mil millones, Grupo RBS mil millones, Grupo Bandeirantes 1,5 mil millones y el grupo Associados medio millón.

Un mismo grupo empresarial puede ser propietario de canales de televisión abierta, de estaciones de radio, periódicos, canales de televisión paga, sitios web, y demás vehículos de comunicación. Esta concentración se caracteriza por ser vertical y cruzada. Además existe una concentración horizontal relacionada con el poder económico, por ejemplo, la televisión abierta, presente en el 98% de los hogares recibe más del 60% de la publicidad.²⁰

La industria televisiva está repartida fundamentalmente entre las familias Marinho, que posee el 38,7% de cuota de mercado, Edir Macedo (Rede Record) (16,2%) y Silvio Santos (SBT) (13,4%). Como se conoce, Brasil adoptó para la TV digital la norma japonesa ISDB, en cuya decisión, se plantea, jugaron un importante papel las presiones ejercidas por O Globo.²¹

Los grupos con un mayor control de los medios: Grupo Abril (74), Globo (69), RBS (57), Bandeirantes (47) y el Gobierno Federal (46).²²

La presencia de políticos en calidad de dueños de medios ha venido incrementándose. Según el Proyecto “Dueños de los Medios”²³ en el caso de las emisoras de radio y televisión tiene una participación directa el 4,24% de los alcaldes y el 20,3% de los diputados estaduais, el 17,7% de los diputados federales, el 7,38% de los senadores y el 0,37% de los gobernadores.

En general, se plantea que hay 271 dirigentes políticos en puestos de relevancia de 324 medios de comunicación. Entre los diez principales empresarios-políticos, se encuentran el líder del conservador partido

²⁰ Braulio Santos Rabelo de Araujo: “La concentración de los medios de comunicación en Brasil y la actuación de los movimientos sociales”, *Pueblos-Revista de Información y Debate*, 16 de agosto de 2014, www.revistapueblos.org/?p=17558.

²¹ “TV digital polémica”, *Adital*, 4 de julio de 2006, www.adital.com.br/site/noticia2.asp?lang=ES&cod=23332.

²² Datos extraídos del Proyecto “Dueños de los Medios” (pragmatismo.com, 15 de septiembre de 2015).

²³ El Proyecto nació en los años 1980 a partir de un trabajo elaborado por el periodista Danil Herz y profundizado en 1994 por Celia Stadnik.

DEM. El expresidente Fernando Color y el ex líder del PMDB en el senado Wellington Salgado.

Los diez partidos cuyos miembros detentan mayor control de medios son: Demócratas (DEM): 58; Partido del Movimiento Democrático Brasileños (PMDB): 48; Partido de la Socialdemocracia Brasileña (PSDB): 43; Partido Popular (PP): 23; Partido Brasileño de los Trabajadores (PTB): 16; Partido Socialista Brasileño (PSB): 16; Partido Popular Socialista (PPS): 14; Partido Democrático de los Trabajadores (PTD): 13; Partido Liberal (PL): 12; y el Partido de los Trabajadores (PT): 10.

La estructura de los medios masivos privados es muy amplia, federalizada, diferenciada y sustentada en un gran mercado.

En Brasil, se editan más de 500 periódicos, la mayoría de alcance regional, dado que no existe prácticamente prensa de cobertura nacional (tres periódicos de carácter nacional dictan las pautas). La centralidad de los medios en los grandes centros urbanos (São Paulo, Rio de Janeiro, Salvador) también se repite en caso de la radio y la televisión. Resulta casi inexistente la producción de contenidos regionales o locales.²⁴

Un elemento a señalar es que la mayoría de los medios son opositores al gobierno.²⁵

Debe señalarse que existe una creciente compra, con carácter informal, de empresas mediáticas por parte de los políticos, así como la adquisición de emisoras de radios y TV por parte de agrupaciones religiosas, en especial evangélicas.

Hábitos de información de la población²⁶

La TV sigue siendo el medio de comunicación predominante. Los brasileños pasan 4,30 horas frente al televisor. Un 54 % confía en este

²⁴ Roberto Amaral: "A imprensa como o principal partido da oposição", *Carta Capital*, 5 de noviembre de 2014, www.cartacapital.com.br/politica/a-imprensa-como-o-principal-partido-da-oposicao-5013.html; Samuel Possebon: "Globo lucra R\$ 2,36 bilhões em 2014", *Observatório da Imprensa*, Brasil, 31 de marzo de 2015, observatoriodaimprensa.com.br/feitos-desfeitos/_ed844_grupo_globo_lucra_r_236_bilhoes_em_2014/.

²⁵ En la práctica una sola revista, *Carta Capital*, de poca tirada y editada en São Paulo, apoya al gobierno. Véase: "Globo de Brasil entre los 30 principales grupos mediáticos del mundo", Observatorio Latinoamericano de Regulación, Medios y Convergencia, Brasil, 12 de mayo de 2014, observacom.org/observacom.org/globo-de-brasil-entre-los-30-principales-grupos-mediaticos-del-mundo/.

²⁶ Los datos son tomados de la investigación brasileña de medios 2015, realizada entre 5 y el 22 de noviembre de 2014, que abarcó un universo de 18 312 personas mayores de 16 años en 848

medio, mientras que un 79% la considera la mejor vía para informarse. Como entretenimiento un 67% lo prefiere. El 72% utiliza la TV abierta.

La radio ocupa el segundo lugar. Un 30% plantea oírla todos los días.

El 48% utiliza Internet. Como promedio permanece conectado cinco horas al día. El 65 % de los jóvenes entre 16 y 25 años se conectan diariamente. Las redes más utilizadas son Facebook (83%), Watsapp (58%), Youtube (17%). Un 51% no la utiliza. 76% acceden todos los días. El 71% lo hace a través de la computadora, mientras que el 66% lo realiza por el celular.

Los periódicos se siguen considerando como los medios más confiables (58%). No obstante, solo un 7% plantea leerlos diariamente. Un 10% utilizan la versión digital. Un 13 % lee revistas durante la semana, siendo las versiones impresas las más utilizadas.

Regulación de los medios

A diferencia de los gobiernos de Venezuela, Argentina y Ecuador que han aprobado nuevos marcos normativos para la regulación de los medios de comunicación, los gobiernos de Lula y Dilma no lo han logrado en Brasil.

La ausencia de un marco legal regulatorio favorece la concentración que se presenta, por lo que los oligopolios hacen fuerte resistencia, invocando la libertad de expresión, a cualquier medida que trate de superar este problema.

El PT se ha pronunciado por la democratización de los medios desde su fundación en los años 80. Ha tratado de aprobar una ley al respecto desde 2002, pero han sido derrotados todos los intentos a los que se han opuesto, incluso, elementos de la base aliada.

Uno de los factores que se considera dificulta la implementación de una medida de este tipo, reside en el hecho, de que en su momento, el gobierno de José Sarney distribuyó licencias de radiodifusión para élites políticas regionales como parte de acuerdos con las diferentes dirigencias a este nivel.²⁷

municipios y tuvo un cuestionario de 85 preguntas. Realizada por Ibope a solicitud de la Secretaría de Comunicación Social de la Presidencia de la República (SECOM). Véase: *Pesquisa brasileira de mídia 2014: hábitos de consumo de mídia pe la população brasileira*, SECOM, Brasília, 2014.

²⁷ Durante su gestión (1985-1990) Sarney distribuyó 1028 concesiones de radio y TV.

Al final de su mandato el presidente Lula adelantó un proyecto de ley. En este se proponían medidas de regulación dirigidas a disminuir la concentración de la propiedad, que incluían, además, algunas medidas de contenido, como la prohibición de la apología del racismo y la discriminación sexual. La oposición que recibiera conllevó a que, en enero de 2011, el proyecto fuera cancelado.

En su primer mandato, Dilma no acometió acciones al respecto, no obstante a comienzos del segundo planteó trabajar por adelantar la discusión acerca de la “regulación económica de los medios”, centrada en la regionalización de los contenidos y la prohibición de monopolios y oligopolios en comunicación. En opinión del experto brasileño en comunicación Denis Moraes, ni Lula, ni Dilma “hicieron nada para enfrentar el poder monopólico”.²⁸

Lo que sí resulta indiscutible es que no se promovió la creación de medios masivos alternativos capaces de contrarrestar la labor de los medios que imponen las visiones dominantes.

Principal actor mediático del país: red O Globo²⁹

El grupo Globo ocupa el vigésimo lugar entre los medios de comunicación más grandes del mundo.³⁰ Es dueño de alrededor del 70% del sistema de medios, especialmente en el área de TV y radio.

²⁸ Javier Borelli: “Los grandes medios no quieren poner en discusión sus privilegios”, *Rebelión*, 19 de junio de 2014, www.rebelion.org. A principios de 2015 también el ministro de Comunicaciones, Berzoni, anunció que se promovería el debate de una “nueva ley de regulación económica de los medios de comunicación para impedir la existencia de oligopolios”. Ante la inacción gubernamental en 2012, el Fórum Nacional para la Democratización de la Comunicación (FNDC), en colaboración con entidades de los movimientos sociales brasileños, promovió un Proyecto de Ley de Iniciativa Popular dirigido a regular el sector de las comunicaciones.

²⁹ Se utiliza información de: Modesto Emilio Guerrero: “Viaje a la «fábrica de sueños» de Globo, el Hollywood de la TV de Brasil”, *El Universal*, Caracas, 9 de diciembre de 2013, www.eluniversal.com/arte-y-entretenimiento/131209/viaje-a-la-fabrica-de-suenos-de-globo-el-hollywood-de-la-tv-de-brasil-imp; “Gobierno de Brasil aprende tarde la lección del poder mediático”, *Aporrea*, 8 de abril de 2015, aporrea.org; Genaro Villamil: “América latina y las Corporaciones Globales: Entre telenovelas y Mickey Mouse, la Concentración Mediática”, 21 de abril de 2010, wordpress.com; “¿Cómo son por dentro los tres pulpos mediáticos Latinoamericanos?”, 9 de junio de 2015, www.polodemocratico.net/noticias/internacional/8501-como-son-por-dentro-los-tres-pulpos-mediaticos-latinoamericanos; “Globo de Brasil entre los 30 principales grupos mediáticos del mundo”, ob cit.

³⁰ En 2012 por su capacidad de capital y renta ocupa el vigésimo quinto lugar mundial con 4 426 mil millones de euros, siete posiciones por encima de Televisa.

En América Latina es la mayor red de televisión, vista a veces por más de 185 millones de personas en un solo día, cobertura solo comparable a la del canal norteamericano ABC. Cubre el 98.6% del territorio del país y llega a más del 99% de la población.

El consorcio posee 107 emisoras televisivas, y es propietario del periódico *O Globo*, con una tirada promedio de 350 mil ejemplares diarios y posee la red radiofónica más grande con 20 emisoras afiliadas.

A través del cable operador NET junto con Embratel, y de Telmex, le brinda televisión e internet a más de un millón de brasileños.

En televisión satelital comparte, con Rupert Murdoch y Televisa, Sky Brasil, plataforma que cuenta con más de 700 mil clientes. Para cubrir el espectro de soportes utiliza sus productoras de contenidos: Central de Producciones (mayor centro de producción televisivo de América Latina (Proja) y Globo Filmes.

Con más de cinco mil millones de dólares de facturación en 2014, la escala de operaciones la ubica entre las empresas más grandes del país. Recibe más del 50 % de los presupuesto de publicidad oficiales.³¹

Sus programas llegan a 170 países. En 2014, se otorgaron licencias de títulos por primera vez a Pakistán, Indonesia y Filipinas. También hay presencia en Australia y Mongolia. En África, además de ser fuerte en los países de habla portuguesa como Angola, Mozambique y Cabo Verde, está incrementando audiencia en países de habla inglesa y francesa, como Madagascar, Costa de Marfil, Senegal, Camerún y el Congo. Así como continúan desarrollándose los vínculos con países de Europa del este. Las telenovelas siguen teniendo gran aceptación. En América Latina son fuertes los vínculos con Teledoce (Uruguay), ATV (Perú), Ecuavisa (Ecuador), Telefe (Argentina), Azteca (México) y RCN (Colombia).³²

Produce anualmente 2500 horas de programas de entretenimiento y cerca de 3000 de noticias.

En 2012, Globo comercializó 59 productos, el equivalente de 25 000 horas de contenido en 33 idiomas (mandarín, ruso, croata, húngaro y

³¹ Un informe elaborado por una comisión legislativa en 2013, reveló que la televisión captó en 2012 el 65 % de los ingresos publicitarios, mientras los diarios el 12%, las revistas el 6%, Internet el 5% y la radio el 4%. Solo en canal, O Globo, de enorme influencia en la población con sus novelas y programas de variedades, se quedó con el 70% de la facturación en el sector televisivo, y el restante 30% se distribuyó mayoritariamente entre Record, SBT y Band.

³² Raphael Correa Netto.: "Fortaleciendo vínculos en la región", 12 de enero de 2014, www.newslinereport.com/tv/nota/globo-fortaleciendo-vnculos-en-la-regin. Netto es el Director Ejecutivo de Negocios Internacionales de TV Globo.

coreano, entre otros) para 92 países. En el primer semestre de 2013, se comercializaron 42 títulos para 123 países.³³ Alcanza la suma de 12 millones de dólares en venta de programas al exterior.

Desde el punto de vista político, la Red ha desarrollado una sistemática confrontación con los gobiernos encabezados por Lula y Dilma a través de la manipulación, las mentiras y el desconocimiento de los avances obtenidos por estos. Especial atención han dedicado a la campaña alrededor del tema de la corrupción y de la presunta implicación en estos hechos de altas figuras del PT, incluidos la Presidenta y el propio Lula.

El 31 de agosto de 2013, la dirección de O Globo reconoció a través de un editorial el apoyo que prestara al golpe de Estado de 1954, que derrocara al presidente Jao Goulart y estableciera la dictadura militar.³⁴

En las elecciones presidenciales del 2014, el periódico *O Globo* apoyó a Aécio Neves candidato del PSDB y fue uno de los puntales en el lanzamiento y manipulación de la candidatura de Marina Silva para la primera vuelta electoral. Durante el segundo mandato de Dilma ha jugado un papel central en alentar a los partidarios de la salida de la Presidenta ya sea a través del “impeachment” o la renuncia de la misma.

Según Igor Fuser es imposible medir el inmenso daño causado por la Red O Globo que opera como “el principal agente de la imbecilización de la sociedad brasileña”. A partir de las novelas, seguidos de los *reality shows*, programas de participación, el papel es siempre anestesiar las conciencias, bloquear cualquier tipo de reflexión crítica.³⁵

Acciones de la guerra mediática

Entre las acciones más evidentes desarrolladas en el marco de la guerra mediática se encuentran las siguientes:

En fecha tan lejana como el 2005, en una de las portadas de la revista *Veja* (Editorial Abril), se afirmaba contar con pruebas acerca

³³ AFP. Brasil: “Globo es el Hollywood de las telenovelas”, 20 de enero de 2014. Los derechos de difusión de la telenovela *Avenida Brasil*, donde se refleja el fenómeno de la llamada nueva clase media, fueron adquiridos por 124 países y ha sido doblada a 17 idiomas.

³⁴ El editorial salió a la luz cerca de dos meses después de las violentas manifestaciones ocurridas ese año en Brasil.

³⁵ Igor Fuser: “Red Globo de Televisión es el agente principal de imbecilización de la sociedad brasileña”, 22 de julio de 2015, pragmatismo.com.

del financiamiento de las FARC colombiana a la campaña del PT y de los nexos de este con el narcotráfico.

La misma revista *Veja* en 2014, cuatro días antes de las elecciones presidenciales, de segundo turno, cuando era evidente la ventaja de Dilma sobre su contrincante y con el propósito de boicotear el que se consideraba seguro triunfo de la candidata del PT, sacó una edición en la que se acusaba al expresidente Lula y a la propia Presidenta de estar involucrados en el escándalo de corrupción alrededor de Petrobras. “Ellos lo sabían todo” rezaba la portada de la revista donde aparecían los rostros de ambos mandatarios. Acusación que por la fecha en que se hacía no daba margen a que ambos líderes del PT tuvieran oportunidad de contrarrestar dichos cargos. El hecho representó una sangría de votos para el PT. Por regla general, las noticias sobre hechos de corrupción se presentan de forma amañada y sin la presentación de evidencias. Dilma ha proseguido siendo bombardeada, tanto por parte de *O Globo*, como por *Folha de São Paulo* y por la inmensa mayoría de los medios durante todo lo que va de su segundo mandato. Los reclamos de *impeachment* o de renuncia han adquirido muy altos niveles.

Especialmente la red *O Globo*³⁶ ha mantenido ante los gobiernos del PT una actitud crítica, que desconoce los elementos susceptibles de brindar una visión objetiva de la labor gubernamental.

Al mismo tiempo, en Brasil se ha ido incrementando la campaña mediática contra la estatal Petrobras (operación Lava Jato), dirigida a lograr su privatización, así como contra otras importantes empresas, muchos de cuyos altos directivos, junto a dirigentes del PT y de otros partidos aliados, como el PMDB, han sido acusados o han recibido condenas. En el centro de las campañas los medios atacan preferiblemente a los miembros del PT, cuando en realidad, entre las más de sesenta vinculados con el escándalo por la Justicia, solo uno es del PT, el ex tesorero de la organización; el resto son personas que pertenecen a otras agrupaciones políticas.

Los grandes medios han sido fuertes promotores de multitudinarias marchas y manifestaciones, especialmente las que han tenido lugar

³⁶ No deja de llamar la atención el hecho de que a principios de agosto de 2015 (el día 7), *O Globo*, a través de un editorial, diera un giro en sus posiciones, al criticar la política de sectores del PSDB que apoya el *impeachment*. Ver: “Manipulação do Congresso ultrapassa limites”, *O Globo*, 7 de agosto de 2015, oglobo.globo.com/opinia/manipulacao-do-congresso-ultrapassa-limites-17109534.

durante 2015 (marzo, abril, agosto), en las que las consignas enarboladas, además de la petición de *impeachment* contra la Presidenta o de su renuncia, se hicieron presentes llamados, por parte de algunos sectores, a la intervención de los militares, incluso de los norteamericanos. Amplia y complaciente cobertura informativa han venido recibiendo movimientos promotores de las acciones de protesta, como el Movimiento Brasil Libre, Ven a la calle,³⁷ Estudiantes por la libertad³⁸ y otros grupos provocadores.

Según datos aportados por el “Manchetómetro”³⁹ durante la campaña presidencial del 2014, los tres periódicos impresos más importantes (*Folha de São Paulo*, *O Estado de São Paulo* y *O Globo*) presentaron cuatro primeras páginas positivas a Dilma, mientras que Aécio Neves tuvo 32. Las negativas fueron 176 para la Presidenta y para el candidato opositor 31. En el Noticiero Nacional de Televisión de Globo, las noticias favorables a Dilma tuvieron una duración de 4 minutos y 14 segundos, mientras que las dedicadas al candidato pesedebista llegaron a 9 minutos y 2 segundos. Noticias desfavorables a Dilma contaron con 53 minutos, mientras que el tiempo dedicado a Neves fue de 7 minutos y seis segundos.

Datos de la misma fuente indicaron que entre el 13 y el 19 de septiembre de 2015, los periódicos impresos brasileños publicaron 24 contenidos contrarios a la Presidenta, 14 neutros y ninguno favorable. En el mismo período, fueron publicados siete editoriales contrarios y ninguno neutro o positivo!⁴⁰

Objeto de ataques crecientes ha venido siendo el expresidente Lula, a quien se ha querido incriminar tanto en el caso de corrupción en Petrobras, como por supuestos favoritismos a la empresa Odebrecht o adquisición indebida de bienes por él o por algunos de sus familiares, según indican las acusaciones que se han lanzado contra su hijo. No debe pasarse por alto el atentado de que fuera objeto la Fundación Lula.

³⁷ Movimiento vinculado con Rogério Chequer, quien es dueño de una empresa de inversiones en EE.UU. y colaborador de la empresa Stratfor, denunciada por Wikileaks por sus actividades contra gobiernos progresistas.

³⁸ Financiado por los hermanos Koch, empresarios norteamericanos del sector petrolero y colaboradores del Tea Party.

³⁹ Herramienta creada para analizar la cobertura mediática por los Laboratorios de Estudios de Medios y Esfera Pública de la Universidad Estatal de Río de Janeiro (UERJ).

⁴⁰ Agência PT, Brasil, 1º de octubre de 2015.

La sostenida y brutal guerra mediática desarrollada por buena parte de los grandes medios, tanto nacionales como internacionales, junto a los propios errores cometidos por los gobiernos de Lula y Dilma, han contribuido a socavar grandemente el capital simbólico del que gozaba el PT.

Lo que viene sucediendo en Brasil, cuyo desenlace resulta incierto; gracias a la ejecución del plan desestabilizador que se está aplicando, y sus características, como denota lo expuesto, evidencia las múltiples y sofisticadas formas de que se valen los enemigos de los pueblos en la pretensión de impedir que estos forjen un mundo mejor.

Políticas externas y la relación Brasil-Cuba en el nuevo siglo: balance y perspectivas

Dr. Marcos Antonio da Silva

Miembro del Laboratorio Interdisciplinar
de Estudios sobre la América Latina
(LIAL, Universidad Federal de Grande Dourados)

Introducción

A lo largo del siglo pasado, las relaciones entre Brasil y Cuba estuvieron en el marco de la oscilación pues se fomentaron muchas perspectivas y hubo pocas realizaciones. En gran medida, eso ocurrió debido a los contextos interno y externo que marcaran la trayectoria de los dos países. Para el primero, la consolidación de su política externa independiente empezó solo en la década de 1950 y se consolidó, tras un intervalo en los años 60, durante el régimen militar bajo el principio de la universalización de las relaciones brasileñas, fundamentales al proceso de desarrollo económico desplegado en aquel momento. En el caso cubano, tras los años de la tutela norteamericana y, obviamente, la priorización de las relaciones con la potencia del norte, el ascenso de un régimen revolucionario de carácter socialista hizo que sus relaciones con la superpotencia socialista y sus aliados se intensificasen. Estos parámetros fueron también determinados por el contexto internacional de la Guerra Fría que, entre los años 40 y 90, dificultaron el desarrollo de una relación normal, quizá intensa, por el modelo político y económico adoptado en cada país. De este modo, pese a la relativa proximidad geográfica y cultural, el alejamiento, más que el acercamiento, fue la lógica de la relación entre ambos.

Desde el fin del siglo pasado, una nueva oportunidad parece surgir a la consolidación de las relaciones entre Brasil y Cuba debido al nuevo contexto internacional, marcado por la globalización y sin la fuerte distinción ideológica, y los desafíos, en el caso cubano, o pretensiones, en el caso brasileño, parecen viabilizar un nuevo horizonte de oportunidades para ambos, aunque las tensiones continúen existiendo.

Por lo tanto, el trabajo busca analizar las relaciones entre Brasil y Cuba en este nuevo siglo enfatizando, cuando posible, diversas dimensiones. Siendo así, busca comprender la intensidad de la relación en el contexto actual y su embasamiento con los principios y elementos generales de la política externa desarrollados por cada nación para insertarse en un mundo globalizado.

El artículo se estructura de la siguiente manera. En el primer ítem, discutimos los principios generales de la política externa de cada país en las dos últimas décadas. Seguidamente, analizaremos la relación atendiendo a los objetivos de la política externa desarrollada por cada país en este nuevo siglo, considerando la naturaleza, la intensidad y los desafíos o tensiones que la marcaran, apuntando posibles desdoblamientos.

Política Externa, Interés Nacional y desarrollo: las políticas externas de Brasil y Cuba en el comienzo del siglo XXI

La política externa consiste en un área compleja, pues, en gran medida, sus características son definidas por la difícil interacción entre la política interna y el contexto internacional. Siendo así, es posible percibir que el fenómeno puede notarse en la tensa relación entre ruptura y continuidad presente en las políticas externas de Brasil y Cuba. Haciendo una mirada a la trayectoria de la política externa de cada país, a lo largo del siglo XX, se puede señalar que los hechos, interno y externo, de los años 80 y 90, serán determinantes para la reconfiguración de sus relaciones. En el caso cubano, como destacaremos más adelante, el colapso del bloque soviético llevó a una grave crisis interna y a la necesidad de reconfiguración de sus alianzas internacionales; en el caso brasileño, la crisis del modelo desarrollista y los cambios en el sistema internacional viabilizaron importantes alteraciones en su política externa.

Debido al colapso del bloque soviético dos estrategias predominaron en la política cubana de los años 90: la supervivencia y la reinserción

internacional. Esas estrategias orientaron la política interna y externa y generaron, por una parte, un proceso de reestructuración económica y política en el ámbito interno que alteró de manera relativa la estructura social, y por otra, y sobre todo, determinaron la redefinición de la inserción internacional del país, buscando nuevas alianzas para abastecer las necesidades de la Isla y nuevos mercados para la venta de productos cubanos. Ese proceso, aunque sea complejo, ambiguo y, seguramente, marcado por avances y reflujos, fue parcialmente eficaz.

Al término del intercambio seguro con los países socialistas, Cuba tuvo que reorientar su sector externo de un nuevo modo, considerando que la prioridad fundamental era la supervivencia. Como había que garantizar los recursos para que esto se pudiese viabilizar, los desafíos establecidos estaban relacionados con la necesidad de acceso a capitales y mercados, en función de dinamizar su economía e insertar sus productos, logrando los bienes suficientes a su recuperación e integrándose al mercado global.

La política exterior de Cuba, desde su afirmación en la Revolución Cubana, impulsó la proyección externa del país.¹ Desde entonces, en consonancia con los ideales revolucionarios, algunos trazos la caracterizaron. En primer lugar, una mirada globalista que implicaba la presencia activa en el ámbito internacional con vistas a “exportar la revolución”, marcada por el enfrentamiento ante el poder hegemónico y el bloqueo americano. En segundo lugar, la formulación y ejecución de esa política eran desarrolladas por un actor racional unificado que, debido al sistema político centralizado, poseía su comando en el Ministerio de Relaciones Exteriores (MINREX). En tercero, esa política viabilizó el desarrollo, con alto nivel de profesionalismo, del capital acumulado por la experiencia diplomática cubana. Lo anterior permite a Serbin destacar:

Los tres elementos contribuyen para que, a partir de las dificultades impuestas por la desaparición de la Unión Soviética y por el “período especial” consiguiente, Cuba persistiera en la actual etapa, pese a

¹ Miguel Estéfano Pisani: *Política exterior de la revolución cubana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002; Luis Suárez Salazar: *El siglo XXI: posibilidades y desafíos para la revolución cubana*, Ciencias Sociales, La Habana, 2000; Carlos Alzugaray Treto: “La política exterior de Cuba en la década del 90: intereses, objetivos y resultados”, *Política Internacional*, vol. 1, no. 1, La Habana, enero-julio de 2003, pp. 14-32; Luis Fernando Ayerbe: *A Revolução Cubana*, Editora UNESP, São Paulo, 2004.

las presiones de los Estados Unidos, en el hábil y pragmático manejo de un espectro muy amplio de vínculos y relaciones internacionales, tanto en ámbitos multilaterales como a nivel bilateral, recomponiendo progresivamente un entramado de vínculos y de alianzas que permitiera la supervivencia de su sistema político sin el apoyo que previamente prestaban su relación con el bloque soviético y su pertenencia al CAME.²

Para que fuese logrado todo esto, ocurrió, conforme demuestra bajo otra perspectiva Alzugaray Treto, una redefinición del interés nacional cubano.³ Ese interés nacional había sido orientado hasta entonces hacia la manutención de la seguridad y el desarrollo del país, por esto la importancia fundamental de la alianza con la URSS. Esa política, aunque haya promovido el rompimiento del aislamiento diplomático y contribuido al establecimiento de lazos en todos los continentes, incluso con países políticamente cercanos a los Estados Unidos, y garantizar un rol activo en las luchas del Tercer Mundo, mantuvo el país vulnerable y dependiente, lo que se mostró extremadamente problemático tras el término del orden en que fue producido. De esa manera, el interés nacional, definido en el contexto de la Guerra Fría, ya no era posible ni eficaz.

Considerando los fundamentos políticos e ideológicos que, de acuerdo con Alzugaray Treto, viabilizaron la construcción de un proceso radical, progresista y emancipador en Cuba, cuya figura mayor fue José Martí, que fue apuntado como el mentor de la Revolución Cubana y su liderazgo, el autor define el interés nacional a lo largo de la década de 1990 de la siguiente manera:

Mantener la independencia, soberanía, autodeterminación y seguridad de la nación cubana, su capacidad de darse un gobierno popular, democrático y participativo propio basado en sus tradiciones, con un sistema económico-social próspero y justo, y que, a su vez, le permita proteger su identidad cultural y sus valores socio-políticos

² A. Serbin: "Círculos concéntricos: la política exterior de Cuba en un mundo multipolar y el proceso de «actualización»", en: Luis Fernando Ayerbe (coord.): *Cuba, Estados Unidos y América Latina frente a los desafíos hemisféricos*, Barcelona, Icaria, 2011, p. 234.

³ Carlos Alzugaray Treto: "Reflexões sobre o presente e o futuro político de Cuba nos albores do século XXI —uma abordagem a partir da ilha", *Relações Internacionais*, no. 13, Instituto Português de Relações Internacionais (IPRI), Lisboa, março, 2007, pp. 89-104.

y proyectarlos en la arena mundial con un nivel de protagonismo acorde a sus posibilidades reales como miembro efectivo de la sociedad internacional.⁴

Mientras el concepto de interés nacional sea controvertido e históricamente definido, podemos destacar que la propuesta del autor es interesante, pues nos permite identificar de manera más aclarada y en convergencia con el pensamiento del liderazgo cubano, su importancia para la política externa del país a lo largo de esta década. Es posible identificar claramente sus objetivos, apuntando que el elemento determinante del interés nacional definido fue “neutralizar y revertir la tradicional política norteamericana de reimplantar su hegemonía sobre la isla, sin hacer concesiones de principio en torno a la soberanía, la autodeterminación, el modelo socialista cubano y su política exterior”.⁵

O sea, se trataba de afirmar los mecanismos internos de construcción y consolidación del régimen, así como de desarrollar una política externa que contribuya a ese objetivo, buscando superar los problemas impuestos por el conflicto con los Estados Unidos y el cuestionamiento de su modelo político. Siendo así las cosas, tal cual apunta Serbin:

En función de estos lineamientos y objetivos de la política exterior cubana para la época fue necesario aprovechar la nueva coyuntura de la post-guerra fría, bajo el impacto de la desaparición del bloque soviético, para buscar fortalecer y profundizar espacios de participación en el ámbito internacional y para impulsar el estrechamiento de vínculos con diversos organismos regionales y multilaterales, con el propósito de lograr una inserción más efectiva de Cuba en la dinámica mundial y para romper su eventual aislamiento, a la par promover y renovar, en el ámbito bilateral, el desarrollo de relaciones con nuevos aliados y socios estratégicos. En este marco, desde principios de la década del noventa, Cuba enfrentó el reto de romper con el aislamiento regional y de reinsertarse pragmáticamente en la economía internacional de un modo tal que sus nuevos socios e interlocutores no pusieran en cuestión la defensa y preservación

⁴ Carlos Alzugaray Treto: “La política exterior de Cuba en la década de 90: intereses, objetivos y resultados”. En: ob. cit., p. 17.

⁵ Ibídem, p. 21.

de un modelo distintivo, conformado a lo largo de las décadas precedentes.⁶

Por lo tanto, ocurrió un proceso de redefinición de sus lazos externos que, como apunta la CEPAL,⁷ puede ser comprendido bajo el análisis de las siguientes variables: acceso a capitales, a través de la renegociación de sus deudas, de la apertura a los créditos y el incremento del turismo; el desarrollo del comercio internacional, mediante las importaciones y exportaciones del país; y, finalmente, la integración a través de acuerdos bi y multilaterales conectando la economía del país a otras naciones y bloques comerciales. En estos marcos, se puede comprender la intensificación de los lazos entre Cuba y Brasil.

En el caso brasileño, considerando la persistencia de las líneas de continuidad entre un gobierno y otro, la política externa ha sido comprendida, desde los años 1950, como un instrumento para la promoción del desarrollo nacional y por poseer una formulación que puede ser considerada relativamente autónoma, posibilitando al Itamaraty un amplio control y manutención de objetivos y acciones, muchas veces, a merced del gobierno o, por el contrario, a través del convencimiento y apoyo de este a las acciones establecidas por el órgano, sobre todo aquellas referentes a los principios y a la acción diplomática cotidiana. Se puede constatar entonces que la PEB (Política Externa Brasileña) mantiene a lo largo del proceso un fuerte trazo de continuidad lo que, obviamente, puede ser un indicador de que en esta área los cambios se procesan de forma perezosa y gradual, y las distinciones entre los gobiernos deben ser comprendidas a través del énfasis con que, en mayor o menor medida, promuevan ciertas diferencias entre los mismos. De esta forma, conforme apuntan Vigevani y Cepaluni: “En nuestra interpretación, al mismo tiempo en que no hubo ruptura significativa con los paradigmas históricos de la política externa de Brasil, siendo algunas de las directrices resultados y refuerzos de las acciones ya en marcha en la administración Fernando Henrique Cardoso, hubo un cambio significativo en la énfasis a ciertas opciones abiertas anteriormente por la política exterior brasileña”.⁸

⁶ A. Serbin: ob. cit, p. 231.

⁷ CEPAL: *La economía cubana*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 2000, p. 53.

⁸ T. Cepaluni y G. Vigevani: “A Política Externa de Lula da Silva: a estratégia da autonomia pela diversificação”, *Contexto Internacional*, vol. 29, no. 2, Rio de Janeiro, julio-diezembre, 2007, p. 275.

Mientras tanto, se puede considerar que, a ejemplo del apuntado por Cervo, el paradigma de la PEI que había orientado la inserción internacional del Brasil entra en crisis al final de los años 1980, producto de la decadencia más amplia del Estado Desarrollista y de los cambios en el escenario internacional, surgiendo tres modelos distintos en disputa: 1-) el Estado Desarrollista: de características tradicionales, incrementa el aspecto nacional y autónomo de la política exterior; se trata de un Estado empresario que arrastra la sociedad hacia el camino del desarrollo nacional mediante la autonomía de seguridad y la superación de las dependencias económicas estructurales; 2-) el Estado Normal, invención latinoamericana de los años 1990 que abarca tres parámetros de conducta: como Estado débil, se somete a las coerciones del centro hegemónico del capitalismo; como el Estado destructivo, disuelve y aliena el núcleo central robusto de la economía nacional y transfiere rentas al exterior; como Estado regresivo, reserva a la nación las funciones de infancia social; 3-) el Estado logístico, que fortalece el núcleo nacional, transfiriendo a la sociedad responsabilidades emprendedoras y ayudándola a operar en el exterior, con vista a equilibrar los beneficios de la interdependencia a través de un tipo de inserción madura en el mundo globalizado.⁹ La manera en cada paradigma fue apropiado por los gobiernos brasileños puede ayudarnos a comprender la inserción internacional del Brasil y, particularmente, el formato de las relaciones Brasil-Cuba.

En consecuencia, la política externa de Henrique Cardoso podría ser definida por la noción de *autonomía por la participación*. En esta, la inserción internacional del país estaría relacionada con el potencial (relativo) que el mismo poseía y el acercamiento al centro hegemónico, haciéndolo adaptarse al sistema mundial, a través de la incorporación de nuevos temas en la agenda del país (como los derechos humanos, el medio ambiente, la transición democrática, las reformas, etcétera), expresando los nuevos valores, compromisos y prácticas internacionales. En este sentido, Cervo hace una fuerte crítica a la política externa del gobierno de Cardoso, considerando que ella fue orientada por los principios de la democracia, la estabilidad monetaria y la apertura económica, demostrando el predominio de un Estado normal.¹⁰

⁹ Amado Cervo: "Política Exterior e relações internacionais do Brasil: enfoque paradigmático", *Revista Brasileira de Política Externa*, Brasília, Instituto Português de Relações Internacionais, (IPRI), vol. 2, no. 47, 2003, pp. 6-7.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 9.

El gobierno de Lula tendría promovido un gradual cambio estratégico con el propósito de buscar la Autonomía por la Diversificación, de acuerdo con Vigevani y Cepaluni. Siguiendo esa línea, lo que estaría ocurriendo serían ajustes en la formulación de la decisión burocrática y potenciales cambios en las proposiciones. O sea, “existe un cambio de ideas y aun de estrategias para lidiar con los problemas y objetivos que están colocados por la historia, por la posición o por el destino, mas no esencialmente diferentes de los existentes hace mucho para el Brasil”.¹¹

Comparando todavía las semejanzas y distinciones entre los dos gobiernos, sería posible identificar una convergencia en lo que se refiere a muchos asuntos en la agenda de política externa brasileña (ALCA, Consejo de Seguridad, Cooperación Sur-Sur, EE.UU., Integración, OMC, etcétera.). Sin embargo, es posible esta observación:

Consideramos ambos gobiernos (FHC e Lula da Silva) como representantes de distintas tradiciones diplomáticas brasileñas, presentando diferencias en las acciones, preferencias y creencias, buscando resultados muy diferentes en la política exterior, pero tratando de no alejarse de uno objetivo siempre buscado en la misma: desarrollar económicamente el país, preservando al mismo tiempo, cierto grado de autonomía.¹²

En líneas generales, para los autores no fue desarrollado un nuevo paradigma en la política externa brasileña, sino un cambio parcial de rumbos que no caracteriza una ruptura ante lo que hasta entonces fue el camino de la diplomacia brasileña.

A partir de esto podemos afirmar que la política externa desarrollada en el gobierno de Lula significó una corrección del modelo anteriormente destacado, con al menos tres innovaciones importantes, tal cual apuntan Villa e Vianna (2007). Primero: ocurrió el establecimiento de un grupo neodesarrollista en el Itamaraty por el cual se destacan Celso Amorim y Samuel P. Guimarães. Segundo: hubo una innovación metodológica y institucional con la creación del asesor para asuntos externos de la presidencia de la República (el Consejero Presidencial), ocupado por una figura histórica del PT, Marco Aurélio

¹¹ T. Cepaluni y G. Vigevani: “A Política Externa de Lula da Silva: a estratégia da autonomia pela diversificação. Contexto Internacional”. En: ob. cit., p. 322.

¹² Ibídem, p. 275.

García, que actuó ante crisis políticas en la región (Venezuela, Bolivia y Ecuador), y con un mayor aprovechamiento del presidente como símbolo, debido a su trayectoria y a una comunicación más intensa de las acciones en este ámbito. Finalmente, hubo una relectura de la noción de “poco margen de maniobra del sistema internacional” que llevó a una mayor autonomía y activismo ante los países centrales y de los órganos internacionales y el reconocimiento de las diferencias, aunque sin rompimiento, con los Estados Unidos.¹³

Sin embargo, la gran novedad, o al menos el énfasis, en la política externa brasileña, ha sido la intensificación de las relaciones con América Latina, buscando posicionarse como un actor emergente en el escenario internacional. Esta intensificación puede ser observada en al menos tres acciones de la diplomacia brasileña. En primer lugar, el país sugirió o impulsó mecanismos de integración regional al contribuir a la revitalización del MERCOSUR y a la creación de la UNASUR y, más recientemente, de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC); además, a través del BNDES, fomentó proyectos de infraestructura en la región. En segundo lugar, durante el mandato de Lula, el ejercicio de la diplomacia presidencial estuvo focalizado hacia la América Latina que, hasta 2007, había concentrado más de 60% de los viajes presidenciales.¹⁴ Finalmente, tal cual apunta Dantas (2013), la América Latina, por diversas razones, se tornó uno de los principales polos del comercio exterior de Brasil, emergiendo como el destino de entre 20% y 25% de las exportaciones y como proveedora aproximadamente del 20% de las importaciones brasileñas en este siglo. En algunos momentos su importancia se equilibró, incluso, para luego superarla, con la de los principales socios comerciales como China, EE.UU., y Unión Europea. En este sentido, concordamos con el autor al apuntar que:

La América Latina y el Caribe son, explícitamente, objetivos de la política exterior brasileña, sobre todo como una extensión de los lazos creados y reforzados por el Mercosur; en ese contexto, la inclusión de Cuba ocupa también una posición de destaque. Por lo tanto, no solo las declaraciones oficiales del Ministerio Exterior Bra-

¹³ R. Villa y M. Vianna: “Política Externa do governo Lula: autonomia pela integração ou em busca de um novo paradigma”, en: J. A. Albuquerque: *A Política Externa do Governo Lula (2003-2005)*, Editora Marcos, São Paulo, 2007, pp. 50-53.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 49.

sileño, pero los propios números que marcan la evolución comercial entre los países, refuerzan la evaluación de la región como uno de los objetivos fundamentales de las relaciones exteriores de Brasil.¹⁵

En este contexto, pueden ser comprendidas las relaciones entre Brasil y Cuba determinando una nueva dinámica en sus relaciones, aunque permanezcan las tensiones coyunturales.

Las relaciones entre Brasil y Cuba: ¿la superación de la equidistancia?

El restablecimiento de relaciones diplomáticas con Cuba solo ocurrió en el primer gobierno civil, el gobierno de Sarney, en 1986. El restablecimiento puede ser considerado una obra de los civiles, sobre todo de la acción presidencial y del Ministerio de Relaciones Exteriores, en el caso brasileño y del liderazgo cubano. Eso fue viabilizado porque, pese la resistencia de algunos círculos militares brasileños que todavía consideraban a Cuba bajo la lógica de la Guerra Fría, predominó la percepción de que la actuación cubana ya no sería más una amenaza, al menos en la región, y que la seguridad nacional, por ende, no estaría comprometida.¹⁶ En el caso cubano, se trataba de proporcionar continuidad al proceso de reinserción regional, adaptándose al nuevo contexto de democratización, y reatar los lazos con un país que desarrollara un parque tecnológico complejo, que actuaba con más autonomía en el escenario internacional y con el cual todavía compartían intereses comunes, como en el caso del azúcar, que era el principal producto de exportación de la Isla.¹⁷ Siendo así, combinando con el nuevo escenario político doméstico e internacional, el restablecimiento de relaciones parecía confirmar la convergencia, aunque no total, de intereses.

¹⁵ Alexis Torfbio Dantas: “Comércio Exterior do Brasil: o papel da América Latina”, *Revista Mural Internacional*, vol. 4, no. 2, jul-dez., 2013, p. 36.

¹⁶ Así se ha señalado, en lo que se refiere al restablecimiento de relaciones bajo la perspectiva brasileña, en: Luiz L. Vasconcelos: “Um repasse sobre as relações Brasil-Cuba”, *Contexto Internacional*, Rio de Janeiro, vol. 13, no. 2, julho a dezembro de 1991, pp. 187-203; Gustavo H. Marques Berra: *Da Revolução ao Reatamento: a política externa brasileira e a questão cubana (1959-1986)*, FUNAG, Brasília, 2012, p. 327.

¹⁷ Tal cual apunta Vasconcelos (ob. cit., p. 189), “una breve historia del acercamiento de los gobiernos nos lleva hasta principios de 1977, cuando ocurre la visita discreta de un asesor de Fidel Castro, el sociólogo Sergio Cervantes. Este viaje fue seguido por otros del mismo asesor, con normas de

El restablecimiento parece indicar un patrón para profundizar las relaciones en el marco de dos dimensiones. En primer lugar, la cuestión comercial se torna un elemento primordial, lo que motivó la firma de un acuerdo, en 1989, disminuyendo las restricciones y ampliando la gama de oportunidades.¹⁸ Además, un acuerdo de carácter científico-tecnológico, firmado en mayo de 1990, ya en el gobierno de Collor, considerando el intercambio de expertos, de informaciones científicas y de tecnología, determinaron la dinámica de las relaciones posteriores en la que estas cuestiones surgen en primer rango.¹⁹

Sin embargo, todavía en los años 1980, quedaron más claro las dificultades para profundizar en las relaciones, pues, tal cual señala Vasconcelos “Entre los aspectos más relevantes del contraste entre el Brasil y Cuba están, por supuesto, la naturaleza de los regímenes políticos vigorizantes, con diferentes aliados y socios clave de cada uno de ellos. Además, también las dimensiones del producto bruto y la orientación del consumo”.²⁰

Además, pese a las expectativas, otros problemas emergieron (algunos de ellos quedan hasta hoy en día), dificultando la profundización de las relaciones, como la limitación de los créditos, el embargo de los Estados Unidos a la Isla, la poca aceptación de los productos cubanos y los obstáculos burocráticos de ambas partes. Finalmente, se debe desta-

seguridad (cambio de identidad, objetivos ficticios), pero ni por eso menos efectivas en los contactos informales con las autoridades y representantes de la sociedad brasileña, especialmente, en el ámbito comercial, interesados en obtener concordancia del Consejo Nacional de Seguridad para la revisión de las fuertes restricciones a Cuba entonces vigentes. Finalmente, en 1985, Cervantes recibió el visado para permanecer un año para desarrollar negociaciones. Un paso significativo y concreto, en el entendimiento que apuntaba al acercamiento fue la visita a São Paulo, en 1981, de una misión comercial cubana invitada por los fabricantes de equipos para la destilación de alcohol. (...) Esta situación culminó en una reunión de alto nivel, celebrada en París en 1986, en la que se acordó la plena reanudación de las relaciones diplomáticas, que se produciría el 25 de junio de ese año”.

¹⁸ Como destaca Ferreira: “En los plazos establecidos, Brasil designa el diplomático Italo Zappa como embajador en Cuba (antes era el representante de Brasil en Beijing, China). Cuba nombra al viceministro de Comercio Exterior, Jorge Bolaños, embajador en Brasil. El nombramiento de Zappa y Bolaños se vio como una convergencia de los países en el aspecto económico de las relaciones, ya que ambos diplomáticos tenían una trayectoria predominantemente comercial”. Véase: Marcos Alan Shaikhzadeh V. Ferreira: “La política exterior de Brasil hacia Cuba: un análisis histórico desde el gobierno de José Sarney hasta los días actuales”, en: Luis Fernando Ayerbe (coord.): *Cuba, Estados Unidos y América Latina frente a los desafíos hemisféricos*, ob. cit., pp. 203-204.

¹⁹ Luiz L. Vasconcelos: ob. cit., p. 187.

²⁰ *Ibíd.*, p. 188.

car, a ejemplo de lo que ha dicho Hoffman,²¹ que en 1986 ambos enfrentaban una larga crisis económica que perduró hasta el comienzo de los años 90 en Brasil y que se empeoró bruscamente en el caso cubano, logrando desdoblamientos dramáticos en el período siguiente.

Durante el gobierno de Collor, algunos incidentes provocaron malestar en la relación entre los dos países²² (aunque ellos fueron rápidamente superados) demostrando que, pese al visible interés cubano en profundizar las relaciones bilaterales, el Estado brasileño se orientó bajo los desafíos internos y por la tentativa de apertura comercial, lo que colocaba en segundo plano las relaciones con Cuba.

En el período de Itamar las relaciones se impulsaron, pues el régimen perdonó una deuda de alrededor de 40 millones de dólares, votó por la condenación del embargo norteamericano ante la ONU e hizo un discurso contra el mismo en la Cumbre Iberoamericana en Cartagena, en 1994. Además, desplegó un diálogo constructivo, posteriormente retomado, tratando incluso la cuestión de los derechos humanos, y realizó acuerdos complementares en las áreas de minería, geología, biotecnología y nuevos materiales. Siendo así esto, se construyeron nuevos canales con el propósito de ampliar las perspectivas de cooperación, que se materializaron, bajo distintos niveles de intensidad, en los gobiernos posteriores, y que nos permitieron comprender hasta qué punto la cuestión cubana había logrado relevancia ante la diplomacia brasileña.²³

Durante el gobierno de Fernando Henrique Cardoso (1995-2002), las relaciones entre los dos países mantuvieron la lógica del acercamiento, con la persistencia de esporádicas divergencias. De este modo, Brasil continuó su oposición al embargo norteamericano y realizó conversaciones para visar el retorno de Cuba al seno de la comunidad interamericana; el comercio exterior fue incrementado tímidamente, en vista de los desafíos económicos enfrentados en la misma década por ambos; nuevos acuerdos científicos y tecnológicos fueron firmados, en los sectores del arancel, tributarios y de servicios aéreos, y una línea de crédito de 15 millones de dólares fue aprobada por el gobier-

²¹ Bert Hoffmann: "Continuidad y cambio en la nueva política exterior de Brasil: El caso de Cuba". *Síntesis*, no. 31-32, Madrid, 1999, p. 60.

²² Uno de estos incidentes provocó el abortamiento de la visita del entonces ministro de las relaciones exteriores brasileño, Francisco Rezek, a La Habana en 1991 (Marcos Alan Shaikhzadeh V. Ferreira, ob. cit., p. 211).

²³ *Ibíd.*, p. 207.

no brasileño. Con todo, en 1998, debido a la Cumbre Iberoamericana, la diplomacia brasileña empieza a destacar la necesidad de cambios políticos en el país, en lo que se refiere a la democracia y a los presos políticos. En el mismo año, el canciller brasileño, Luis Felipe Lampréia, bajo la nueva perspectiva, al visitar La Habana se reunió con un líder disidente, Elizardo Sánchez, y también con funcionarios norteamericanos y miembros cubano-americanos, lo que incrementó las tensiones.²⁴

En cierto sentido, tras 1999, las relaciones retornaron al relativo grado de normalidad, con la visita del ministro de la salud brasileño, José Serra, y con el discurso de Henrique Cardoso en una ceremonia en España, en la que enfatizó: “Cuba es un país con el que Brasil tiene lazos de confianza y diálogo (...) y mi esperanza es que podemos lograr la plena normalización de las relaciones de Cuba en el sistema interamericano, con un levantamiento total del embargo y la reafirmación de los derechos humanos, el bienestar y la prosperidad del pueblo cubano”.²⁵

El presidente brasileño reiteró los lazos y el apoyo a algunas demandas cubanas, contribuyendo a la normalización de los lazos. Para los cubanos, el apoyo al embajador brasileño en la Organización por la Prohibición de Armas Químicas (APAQ), incrementadas por las visitas y declaraciones de su liderazgo, también confirmaron el acercamiento.

En el gobierno de Lula, dentro del contexto anteriormente señalado, la relación se intensificó y se fundamentó, por primera vez, en una perspectiva denominada *doctrina del compromiso constructivo*, que en las palabras del entonces canciller Celso Amorim significaba:

Veo la necesidad de continuar trabajando con un país hermano, que sufrió un gran aislamiento, a pesar de tener algunos procedimientos con los cuales no estamos de acuerdo. Esta línea de compromiso constructivo es más positivo y puede traer más resultados que sólo una línea de aislamiento que refuerza un aspecto de la psicología de cerco, que con razón o sin ella, es la que prevalece hoy

²⁴ Bert Hoffmann: ob. cit., p. 62.

²⁵ “Discurso do senhor presidente da República, Fernando Henrique Cardoso, ao receber o prêmio Príncipe de Astúrias de Cooperação Internacional, Oviedo, 27 de outubro de 2000”. Consultado en www.mre.gov.br/portugues/politica_exterior/discursos (10 de abril de 2014).

en Cuba, lo que lleva el país a adoptar ciertas actitudes que contribuyen a adoptar actitudes que condenan.²⁶

Es posible considerar el referido posicionamiento tanto una continuidad de las acciones del gobierno anterior, sobre todo en su período final, como una ruptura que implica mayor apoyo para el caso cubano. Además, busca demostrar que el aislamiento internacional dificulta, al contrario de propiciar, los cambios en el país. Finalmente, se debe considerar que el acercamiento es resultado de los lazos históricos establecidos por el partido de los últimos dos presidentes y del deseo de afirmación regional del lado brasileño, pero también de las iniciativas y prioridades del gobierno cubano ante la necesidad de recuperación económica y reconstrucción de los lazos y alianzas externas. También hay que reconocer que esas tensiones todavía no han sido superadas definitivamente.²⁷

En ese sentido, tanto las visitas del presidente Lula (tres a lo largo de su administración) como de la actual mandataria brasileña y de Raúl Castro, han intensificado las relaciones apoyadas en el incremento de las relaciones político-diplomáticas, en el intercambio comercial, en el intercambio y desarrollo de proyectos científicos y tecnológicos, y en el fomento brasileño a proyectos de infraestructura cubana. En lo que se refiere al primer aspecto, la posición brasileña se ha mantenido constante en las votaciones de condenación al embargo y de no condenación de Cuba en el caso de los derechos humanos en la ONU y, sobre todo, hizo las articulaciones necesarias a la incorporación de Cuba como miembro fundador de la CELAC.

Ya en el gobierno de Dilma Rousseff (2011-2014), pese a la inexistencia de un análisis global, parece ocurrir un retraimiento de la política externa brasileña. El nuevo gobierno promovió una redefinición en los rumbos y, mientras mantuvo una gran continuidad en relación al anterior, se puede afirmar que esa política no se desarrolló con la misma intensidad y dinamismo, logrando un pragmatismo de delineamientos más nítidos. Pese a todo eso, en lo que se refiere a

²⁶ “Audiência Pública do senhor ministro de Estado das Relações Exteriores, Embaixador Celso Amorim, na Comissão de Relações Exteriores e Defesa Nacional da Câmara dos Deputados. Brasília, 23 de abril de 2003”. Consultado en www.mre.gov.br/portugues/politica_exterior/discursos (10 de marzo de 2014).

²⁷ Tal cual apunta Ferreira (ob cit.), entre otros, diversos gobiernos y, en días más actuales, la Unión Europea, han buscado adoptar esa postura en sus relaciones con Cuba.

América Latina, es posible afirmar que ese gobierno no abandonó las pretensiones de ejercicio de liderazgo regional y de inserción económica en la región, tal cual demostraremos.

El dinamismo económico y comercial de la relación se ha mostrado evidente, incidiendo en el cuadro de las relaciones con América Latina. En el cuadro abajo, podemos observar, nítidamente, el incremento de las relaciones comerciales que saltaron, considerando las importaciones y exportaciones, de un volumen de poco más de 110 millones de dólares en 2000 para, alrededor de 630 millones de dólares en 2013. El desempeño en el período fue:

Tabla 1. Comercio exterior. Brasil-Cuba (USD)

<i>Año</i>	<i>Exportación</i>	<i>Importación</i>	<i>Saldo</i>
2014 (hasta marzo)	113.439.480	5.984.420	107.455.060
2013	528.172.441	96.619.009	431.553.432
2012	568.126.174	95.662.079	472.464.095
2011	550.169.353	91.778.158	458.391.195
2010	414.871.651	73.417.244	341.454.407
2009	277.230.116	53.386.714	223.843.402
2008	526.848.434	45.364.051	481.484.383
2007	323.850.748	88.790.438	235.060.310
2006	343.824.663	31.595.636	312.229.027
2005	245.726.571	38.876.528	206.850.043
2004	132.061.869	45.308.841	86.753.028
2003	69.607.616	22.384.614	47.223.002
2002	73.980.371	14.117.059	59.863.312
2001	112.025.635	10.602.864	101.422.771
2000	94.596.367	20.740.658	73.855.709

Fuente: Ministerio de Desarrollo, Industria y Comercio Exterior (MDIC). Elaboración del autor.

La totalidad del comercio entre los dos países se incrementó en más de 500%, entre 2000 y 2013, pese la caída en 2009 en razón de los efectos de la crisis mundial, haciendo que, tal cual apunta Rezende: “Actualmente, Brasil es el octavo mayor proveedor de productos a Cuba, especialmente de alimentos, y las exportaciones brasileñas hacia el país caribeño han crecido a pasos agigantados desde la década de

2000, aumentando más de 60% de 2007 a 2008. El sector de la carne, la soja y chocolate ocupan un lugar destacado en las exportaciones brasileñas al país”.²⁸

Aún en 2003, los gobiernos firmaron 12 instrumentos de cooperación en distintos ámbitos, totalizando 200 millones de dólares. Con el fomento parcial del BNDES y con otros recursos del sector privado brasileño se firmó un acuerdo a la construcción de cuatro *resorts* en Cuba.²⁹ Esto permitió un gradual incremento, así como en otras regiones de América Latina y África, de empresas multinacional brasileñas como la Odebrecht, Vale y Marcopolo. En 2008 fue firmado un acuerdo ente la Petrobras y la Cupet (estatal petrolera cubana). Finalmente, en 2010, el gobierno brasileño firmó un acuerdo en el sector de infraestructura con valor aproximado de mil millones de dólares, aplicados sobre todo en la reforma del Puerto de Mariel que se puede tornar el puerto más importante de Cuba.³⁰

En el marco de los acuerdos técnico-científicos firmados a lo largo de los años 1980 y 1990, la cooperación Brasil-Cuba también fue impulsada en este período en distintos ámbitos que abarcan la agricultura, la geología, la salud, la estructura bancaria, la vigilancia sanitaria, la administración pública, la meteorología, etcétera. De acuerdo con la Agencia Brasileña de Cooperación (ABC), en el mismo fueron desarrollados alrededor de 60 proyectos y actividades de cooperación técnica entre Brasil y Cuba, contando con la participación de órganos como EMBRAPA, Ministerio de la Salud y Banco Central, siendo un hecho que de todos ellos al menos 13 tuvieron largo alcance.³¹ Esa cooperación también se desarrolla en el ámbito educacional, con el fomento de inúmeros proyectos por la CAPES en conjunto con el Ministerio de la Educación de Cuba. Recientemente, la relación logró nuevo impulso con la institución del Programa Más Médicos del gobierno brasileño, que pretende recibir una cifra notable de médicos

²⁸ Bruno Pereira Rezende: “As relações Brasil-Cuba: liberalização, integração e desenvolvimento”, *Mundorama*, 19 de septiembre de 2010. Consultado en mundorama.net/2010/09/19/as-relacoes-brasil-cuba-liberalizacao-integracao-e-desenvolvimento-por-bruno-pereira-rezende/ (21 de marzo de 2014).

²⁹ Luiz Alberto Moniz Bandeira: *As relações perigosas: Brasil-Estados Unidos (de Collor a Lula, 1990-2004)*, Civilização Brasileira, Rio de Janeiro, 1994.

³⁰ Marcos Alan Shaikhzadeh V. Ferreira: ob. cit., pp. 216-219.

³¹ Para evaluar mejor los proyectos, consultar www.abc.gov.br/Projetos/CooperacaoSulSul/Cuba.

cubanos para trabajar en los sitios de complicado acceso o en las periferias brasileñas.

Siendo así, las relaciones Brasil y Cuba lograron un nivel sin precedentes, demostrando una convergencia de objetivos. En el caso brasileño, las relaciones, más allá de las simpatías ideológicas de los dos últimos gobiernos, son percibidas como una demostración de autonomía en la actuación internacional, de reafirmación del principio de autodeterminación y, sobre todo, como afirmación de una potencia emergente, tanto en términos globales como regionales, a ejemplo de lo que demostramos anteriormente. Además, el principio del compromiso constructivo es percibido tanto en términos políticos como económicos, como una garantía de la presencia brasileña en este momento particular de la historia cubana.

Bajo el punto de vista del liderazgo cubano, las relaciones con Brasil se hallan en los marcos de la recuperación económica y de la reinserción regional e internacional, orientada a lograr una relevancia política y económica, pues:

Para la política exterior de Cuba, sin embargo, las relaciones con estos tres referentes regionales importantes: Venezuela, Brasil y México, son cruciales en el marco de su estrategia de reinserción regional. Mientras que en el caso de Venezuela, la relación está signada por una alianza caracterizada por los estrechos vínculos económicos como por la similitud de objetivos políticos e ideológicos, en el caso de Brasil constituye una importante relación comercial y de inversiones, y un componente simbólico importante, como un vínculo fundamental en la relación con América del Sur, dado el carácter de liderazgo regional que asume este país.³²

Esa relación, sin embargo, no está libre de críticas, sobre todo bajo el punto de vista brasileño. Han habido cuestionamientos en relación al conjunto de la política externa brasileña, apuntada por ciertos sectores como ideológica y desproporcional para nuestras capacidades y, en lo que se refiere a Cuba, las críticas, más allá del carácter ideológico, se refieren a la necesidad de una posición más crítica ante el sistema político cubano y las cuestiones de los derechos humanos, así como el cuestionamiento de los beneficios económicos. Además, se debe consi-

³² A. Serbin: ob. cit., p. 244.

derar la fricción con la diplomacia estadounidense que esta relación puede provocar. De cierta manera, la profundización de esta alianza parece depender tanto de la dinámica de la política interna como de las estrategias internacionales de Brasil y Cuba en el nuevo siglo.

Comentarios finales

Las relaciones entre Brasil y Cuba no lograron relevancia hasta la emergencia de la Revolución Cubana (1959). Sin embargo, paradójicamente, pese a que hubieran asumido una importancia en la política interna de cada nación, hasta los años 1980 predominó la desconfianza y el alejamiento, representados por la iniciativa brasileña de romper relaciones, haciéndose valer la doctrina de la seguridad nacional que los gobiernos militares asumieron frente al modelo comunista adoptado en la Isla.

Solamente en 1986 las relaciones fueron restablecidas y normalizadas; sin embargo, desde entonces jamás fueron lineares, siendo permeadas por crisis económicas y políticas que afectaron a ambas naciones durante las últimas dos décadas del siglo pasado. Con todo, se puede señalar que el retorno de las relaciones determinó un patrón que se mantiene hasta los días de hoy, marcado por el intercambio comercial y tecnológico-científico.

Siendo así, como demostramos a lo largo del trabajo, las dos últimas décadas, pese algunos contratiempos, debido a la convergencia de intereses provocada por razones distintas, es que la relación entre estos países ha logrado relativa normalidad y dinamismo, aunque incipientemente.

Las relaciones parecen haberse fundamentado en el incremento de las relaciones comerciales y el fortalecimiento de lazos políticos, convergiendo con los objetivos de la política interna de cada nación; en el caso cubano, las reformas desplegadas por Raúl Castro y en el caso brasileño, la consolidación de la doctrina del compromiso constructivo. De las aspiraciones internacionales de cada país, con la afirmación —o no— de la importancia de la alianza, y de la percepción, de ambas partes, de los beneficios logrados, dependerá la profundización de las relaciones.

Cuba en la integración latinoamericana y caribeña: oportunidades y desafíos

Dra. Oneida Álvarez Figueroa

Centro de Investigaciones de la Economía Internacional
(CIEI), Universidad de La Habana

Introducción

La economía cubana aborda actualmente complejas transformaciones para enrumbar un proceso de desarrollo dinámico y sostenible, que se caracterice por la equidad en la distribución de la riqueza y la justicia social. Múltiples son los desafíos de carácter interno que debe enfrentar, y a ello se adiciona el adverso contexto internacional, signado por la incertidumbre, la inestabilidad y el lento crecimiento de la economía mundial.

La elevada dependencia de la economía cubana respecto al sector externo acrecienta su vulnerabilidad e impone la urgencia de diseñar y aplicar estrategias acertadas y renovadas políticas para perfeccionar su inserción internacional. En esa dirección, una exitosa estrategia demanda, entre otros requisitos, un diseño sistémico de políticas sectoriales, comercial, financiero-monetaria, de cooperación internacional y de integración regional. Este trabajo se centra en el último componente, debido a que resulta conveniente explicitar las oportunidades que ofrecen los vínculos del país con el subcontexto regional, a favor del beneficio recíproco.

Los Lineamientos de la Política Económica y Social del Partido y la Revolución, aprobados en el VI Congreso del PCC, mencionan, entre los imperativos actuales para mejorar la inserción externa de la eco-

nomía cubana, la elevación de la eficiencia de la actividad de comercio exterior y el desarrollo eficaz de los procesos de sustitución de importaciones. Asimismo, se hace referencia a la necesidad de estimular los flujos de inversión extranjera directa, abordar de manera eficaz y gradual el saneamiento de las finanzas externas, recuperar la credibilidad del país y disminuir las tasas de riesgo crediticio que lo penalizan en la actualidad. Alcanzar estos objetivos se facilita si se logran reducir las debilidades internas, remover algunos obstáculos externos, potenciar los resultados de la cooperación internacional y elevar la eficacia de la participación del país en los diferentes procesos integracionistas regionales.

Diversos informes de investigaciones, realizados recientemente por especialistas cubanos, han identificado los desafíos a que se enfrenta el país, y evidenciado la necesidad de transformaciones para mejorar la inserción externa. También se han elaborado propuestas concretas para elevar la calidad de esta, en la esfera comercial y financiero-monetaria.

Nos ocuparemos en el próximo epígrafe de la participación de Cuba en los procesos integracionistas de Latinoamérica y el Caribe. Ello se justifica por la importancia geoestratégica que tienen para el país estas relaciones, la conveniencia de que se diversifiquen al máximo y se refuerce la interdependencia económica con dicha área, sin negar el valor de los vínculos con otras naciones emergentes que ocupan cada vez mayor peso en el escenario internacional, ni desconocer que para algunos requerimientos de expansión comercial y captación de financiamiento externo adquieren particular prioridad espacios de dimensión global.

Cada vez resulta más evidente que las esferas productiva, comercial y financiera de los países se proyectan hacia espacios de integración como una de las vías para garantizar: economías de escala, a partir de la ampliación de los mercados; superiores niveles de especialización y encadenamientos que conduzcan a una más alta productividad y mejor calidad de los bienes y servicios; mayor facilidad para el desarrollo de infraestructuras complementarias; conjunción de esfuerzos para lograr resultados científico-técnicos innovadores; y otros múltiples beneficios derivados de los procesos integracionistas.

En los últimos años las grandes potencias han intensificado sus acciones en dicha dirección y se constatan avances en las negociaciones

entre Estados Unidos y la Unión Europea en torno al proyecto de Acuerdo Transatlántico. Muy recientemente se ha firmado el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP), donde participan 12 países, que representan el 40% de la economía mundial. Ante la evidencia de adelantos en la conformación de esas megasociaciones, resulta imprescindible que los países de menor desarrollo relativo prioricen el diseño, la ejecución y la constante evaluación de políticas integracionistas efectivas para avanzar en el progreso económico y social. En el caso de Cuba, perfeccionar esa trayectoria implica esclarecer las complejidades que caracterizan los procesos integracionistas en nuestra región y estimular el curso de los mismos hacia los escenarios más favorables.

La inserción de Cuba en los procesos integracionistas regionales

El análisis de este tema precisa partir de una breve referencia al contexto regional en la actual coyuntura, donde no se pueden obviar las fortalezas y riquezas naturales del área, derivadas de su diversidad biológica, considerada la mayor del planeta, así como sus extensos bosques, su amplia disponibilidad de agua dulce y su mayor potencialidad mundial en la producción de alimentos. Ella acoge también variados e importantes recursos minerales no renovables y reservas de combustibles. Unido, este bloque constituye la tercera economía a nivel mundial, con un PIB estimado en más de 6 billones de dólares y una población de unos 600 millones de habitantes.

Justo es reconocer que las políticas aplicadas en la última década por algunos gobiernos del área han ayudado a contrarrestar durante algunos años los impactos de la crisis internacional iniciada a finales del 2007, al tiempo que han mantenido un discreto crecimiento económico, y se han registrado avances sociales, de especial significado en determinados países sudamericanos.

No obstante, para el 2015 CEPAL pronosticó una contracción del crecimiento de la región (-0,3%) e insuficiente recuperación durante 2016. Entre otros factores que influyen en este negativo escenario se encuentran: la situación previamente descrita por la que atraviesa la economía mundial, la disminución de los precios de los bienes primarios, los menores flujos de IED recibidos y la fragilidad de la demanda interna.

Esta realidad corrobora que en la región persisten como temas pendientes de solución las transformaciones de su estructura económica, así como la vulnerabilidad y dependencia externa. A ello se añade la necesidad de reducir significativamente la pobreza y lograr un sostenible dinamismo en el crecimiento, acompañado de mayor equidad. Precisamente, estas cuestiones podrían considerarse entre los *principales desafíos* de la agenda integracionista regional, incorporando los principios de soberanía y paz a las deliberaciones y negociaciones que conduzcan a definir y alcanzar objetivos de desarrollo socioeconómico, en función de los intereses de las mayorías.

Resulta necesario evaluar sistemáticamente el contexto internacional y regional en que transcurren los mecanismos integracionistas, dado que los cambios de gobiernos, de coyunturas económicas, correlaciones de fuerzas, incidencia de factores externos, u otros, demandan una constante actualización de las proyecciones cubanas en esta esfera. La capacidad de reaccionar bien y con premura ante los cambios del entorno es imprescindible en las actuales circunstancias.

En perspectiva, es necesario considerar la multiplicidad de *factores clave* que pueden influir en la trayectoria futura de cada uno de los esquemas regionales de cooperación, integración y de concertación para realizar una evaluación objetiva de su estabilidad y posibles avances. Entre ellos merecen señalarse: la gobernabilidad de los procesos políticos en el poder, la percepción externa sobre legitimidad de los gobiernos, el nivel de interdependencia económica alcanzado, las prioridades de intereses de los gobiernos respecto a socios comerciales y aliados estratégicos externos, la correlación de fuerzas en la región, la evolución de los conflictos bilaterales históricos o nuevos, la estrategia de seguridad subregional y regional, así como el nivel de injerencia de actores extrarregionales en el área.

La combinación de los factores precitados puede conducir a muy *diversos escenarios*. Poseer respuestas alternativas y proactivas ante posibles cambios de contextos es un componente obligatorio de una política efectiva de inserción en esta esfera de las relaciones económicas internacionales.

Actualmente, desempeñan un papel favorable al curso de los procesos más progresistas, entre otros, los siguientes elementos: el fortalecimiento del papel del Estado en los países miembros, el compromiso de los militares con la preservación de la gobernabilidad democrática

y la reiterada voluntad política de los gobiernos a favor de la unidad regional, que es una añeja aspiración de los pueblos. Pero también resulta decisivo mantener la cohesión interna en cada país y consolidarla a nivel de las subregiones.

Cuba opta por impulsar los *factores clave* en dirección positiva al fortalecimiento de la concertación, la convergencia y la integración regional, como escenario más favorable al proceso de reestructuración socioeconómica que acomete en medio de serias amenazas. Pero se precisa continuar esclareciendo los objetivos transformadores que se desean alcanzar en el área, valorar realistamente hasta dónde es factible llegar con la correlación de fuerzas reinante, propiciar los consensos para emprender los cambios posibles y continuar concretando las políticas cubanas que puedan favorecer dicha trayectoria.

Más allá de la evolución futura de los procesos integracionistas, su estado actual en esta región se caracteriza por su complejidad, cuyas manifestaciones deben ser tenidas en cuenta al evaluar la participación de Cuba en los mismos. Lamentablemente, la amplitud y fortaleza de los vínculos recíprocos a lo interno del mercado latinoamericano y caribeño todavía no es una realidad, y son los países extrarregionales los principales socios comerciales y financieros de esta región. A ello se suman los escasos nexos en la esfera productiva y de carácter científico-técnico, todo lo cual evidencia la limitada interdependencia que han logrado estos mecanismos integracionistas durante sus numerosos años de vida.

No obstante esa desafiante realidad, *actualmente persiste y se refuerza la voluntad política a favor de la unidad latinoamericana y caribeña*, y esta es reconocida cada vez más como una condición favorable para hacer frente a las amenazas de la globalización y aprovechar en mejores condiciones sus potenciales oportunidades.

La globalización imperante dificulta en los países menos avanzados emprender procesos dinámicos de crecimiento, indispensables para alcanzar el desarrollo, sin férreos vínculos económicos externos. La interdependencia construida a lo interno de procesos regionales ha demostrado sus positivos resultados en aquellos casos que la han concebido como parte de su estrategia productiva, comercial, financiera y tecnológica, persiguiendo la máxima armonía entre las relaciones externas económicas y las políticas, en función de los intereses nacionales y de la región.

Ello podría ser más efectivo en Latinoamérica y el Caribe, cuando los esquemas y mecanismos constituidos respondan plenamente a *expectativas de integración legítima*. En nuestra concepción, ello equivale a visionar esos procesos dentro de un pacto de voluntades políticas, liderado por los Estados, con activa participación ciudadana y que rebase metas cortoplacistas, no enfocado únicamente a elevar los vínculos comerciales o las coordinaciones macroeconómicas, sino con objetivos de carácter multidimensional. Implica una noción renovada y solidaria de la colaboración, que posibilite el acercamiento gradual entre proyectos de desarrollo compatibles, que tome en cuenta la posible diversidad de los mismos y cimiente una sólida interdependencia productiva, comercial y financiera entre sus miembros. Los ejes prioritarios de estas asociaciones deben incluir la modernización de la estructura económica, basada en progresos científico-técnicos, sólidos lazos culturales, ascensos sucesivos en el nivel de vida de la población, la preservación del medioambiente, la paulatina eliminación de la dependencia respecto a potencias hegemónicas y la reducción de las asimetrías a lo interno de la región y de cada nación.

No se trata de una aspiración fácil de lograr; tampoco lo es consolidar la independencia y la soberanía de las naciones y la región, pero difícilmente se puedan lograr estos últimos propósitos sin la unidad, concertación y cooperación mutua entre los miembros de la comunidad latinoamericana y caribeña. Esto contribuiría a dinamizar una inserción internacional de la región, que posibilite acortar la brecha que la separa de los países desarrollados. El apoyo de Cuba al fortalecimiento de opciones con esas características, y su activa inclusión en las mismas, contribuirían también a perfeccionar su propio modelo de desarrollo y de proyección internacional.

Hoy es ya una realidad la participación en diferentes modalidades de procesos integracionistas regionales y subregionales de todos los gobiernos, muchas empresas, instituciones y de diversos sectores sociales de América Latina y el Caribe, convencidos de que ello constituye un factor decisivo que puede potenciar los esfuerzos internos de cada país para hacer sostenible sus planes de progreso socioeconómico.

En los últimos años se está produciendo un proceso de reconfiguración de los esquemas tradicionales. Se pretende ampliar su dimensión espacial y profundizar en los temas objeto de cooperación-colaboración, haciendo mayor énfasis en la esfera productiva,

social, de infraestructura, en el ámbito financiero, la certidumbre alimentaria y energética, la seguridad regional y la gobernabilidad democrática, entre otros. Pero los avances en la práctica son aún muy limitados en esas direcciones.

Adicionalmente, los marcos institucionales, regulatorios y negociadores son más flexibles que en las etapas iniciales de los procesos de más larga data, pero al mismo tiempo los convierte en más frágiles ante coyunturas adversas, y se observan retrocesos recurrentes.

También se trasciende el criterio de continuidad de fronteras terrestres, como en el caso de la Asociación de Estados del Caribe, donde la membresía está determinada por el mar que les une. Algunos nuevos esquemas se conciben más como vías para mejorar la concertación política y elevar la capacidad negociadora del grupo (CELAC, por ejemplo); otros ponen énfasis en transformaciones socioeconómicas para el progreso de sus miembros, como el ALBA-TCP. Estas nuevas proyecciones ameritan una intervención cada vez más vigorosa y multidimensional de Cuba en dichos esquemas. Constituye un motivo de alerta la participación cubana simultáneamente en varios esquemas institucionales,¹ (ALBA-TCP, PETROCARIBE, ALADI, CARICOM, AEC, CELAC). Ello puede exigir atención paralela a negociaciones sobre temas específicos en distintos escenarios. Se requieren precisas definiciones de prioridades a nivel de país y fuertes coordinaciones entre organismos cubanos respecto a las posiciones que se mantengan en los espacios subregionales, regional, y los compromisos extrarregionales. Resulta necesario un análisis sistemático de la compatibilidad entre ellos con las responsabilidades multilaterales, así como del beneficio alcanzable en cada marco negociador, por sectores y a nivel nacional.

La situación actual evidencia un alto interés de Cuba por los procesos de más reciente creación, entre ellos, el ALBA-TCP, esquema donde prevalece la cooperación. Es más fluida la concertación política entre sus miembros, y se privilegian los principios de solidaridad y ayuda mutua, aunque se requiere continuar prestando atención a sus limitaciones como mecanismo económico integrador y en su institucionalidad.

¹ Esta característica no es exclusiva de Cuba. Bolivia y Ecuador son miembros de la Comunidad Andina, del ALBA-TCP, la ALADI, la UNASUR y la CELAC. También han sido miembros asociados al MERCOSUR y se valora su posible incorporación al bloque.

En el caso de CELAC, el protagonismo del país ha sido elevado, y los resultados, hasta el momento, se pueden considerar muy positivos para la región y para Cuba. En el resto de los mecanismos latinoamericanos y caribeños, la incidencia del país es discreta y se encuentra por debajo de sus propias potencialidades.

En este sentido, resulta conveniente no subestimar las diferencias entre mecanismos de cooperación-colaboración, integración y concertación. Este espectro de posibilidades brinda oportunidades, en el corto plazo, para el diseño de formas diversificadas de inserción de Cuba, en función de los objetivos sectoriales o nacionales que persiga, la capacidad de influencia posible en el curso de cada proceso específico, así como las características actuales y reales potencialidades de los mismos.

No siempre las motivaciones y objetivos de participación de Cuba en procesos regionales de diferente naturaleza han respondido principalmente a intereses de carácter económico. Hoy es preciso que los móviles para ello tomen más en consideración los requerimientos estratégicos priorizados por el VI Congreso del PCC, lo que demanda ampliar la proyección económica, al perfeccionar la dimensión integracionista de la inserción externa. La colaboración, la integración y la concertación regional no deben ser elementos colaterales a la estrategia de desarrollo a largo plazo y a los planes inmediatos, sino parte consustancial de ambos, conciliando los objetivos de naturaleza política con la revalorización de las expectativas en las esferas económica y social.

La necesidad de perfeccionar dicha participación en los procesos asociativos regionales, además de los móviles generales que impulsan la tendencia integracionista a nivel internacional, debe tomar en consideración el carácter abierto de nuestra economía, que exige un aseguramiento efectivo de la alta proporción de su producto dependiente de su sector externo, unido a la importancia que reviste la región en todos los ángulos para el proyecto de desarrollo cubano.

Este país pequeño, bloqueado durante más de cinco décadas, y de escasos recursos naturales, ha logrado una conceptualización propia y consensuada con la mayoría de su población, sobre el diagnóstico actual y la visión futura de las relaciones internacionales y regionales. La misma ha encontrado aceptación, respeto y respaldo en múltiples escenarios y actores en distintas latitudes. Cuba está comprometida a

defender esos principios y contribuir a que se cumplan en la práctica, pero ello implica continuar los esfuerzos por la reestructuración del proceso globalizador imperante, especialmente por la igualdad soberana entre países y por la reconfiguración de la arquitectura institucional internacional. Sin ello tampoco resultará sencilla la viabilidad del desarrollo en Latinoamérica y el Caribe. Ese enfrentamiento a intereses poderosos y hegemónicos a nivel global impone la concertación regional para incrementar la capacidad negociadora e ir moviendo las correlaciones de fuerzas a favor del progreso.

Las asociaciones con diversas naciones del área son importantes para quebrantar el orden internacional prevaleciente en los organismos e instituciones internacionales, así como en otros mecanismos de negociación que surgen *ad hoc*. Por ende, resulta oportuno que Cuba continúe participando activamente en la búsqueda de estrategias y políticas concertadas regionalmente, y que contribuyan a fortalecer las posiciones negociadoras en los escenarios multilaterales, cuyas deliberaciones y acuerdos repercuten sobre esta región y sobre nuestro país.

La unidad regional en defensa de la forma más racional de explotación y utilización de los recursos naturales (incluida el agua), así como de las condiciones de comercialización de las exportaciones tradicionales, a favor del incremento del valor agregado de las mismas, y para conciliar posiciones en las negociaciones vinculadas al cambio climático y al logro de las metas de la Agenda de Desarrollo Post 2015, son solo algunos de los temas que justifican mayores concertaciones y vínculos de cooperación concretos con Latinoamérica y el Caribe, dada la prevalencia de intereses comunes al respecto.

Finalmente, debe comprenderse que la seguridad ambiental, alimentaria y energética de Cuba y la región, únicamente se puede afrontar con diseños y medidas prácticas conjuntas, por parte de los actores más progresistas de esta área, en medio de las acciones proteccionistas, dilapidadoras y especulativas de los gobiernos y otros agentes externos. Algo semejante ocurre con las necesidades de modernización de la infraestructura vial, férrea, portuaria, aérea, de telecomunicaciones, informática u otras, de elevados requerimientos financieros y tecnológicos, pero cuyos resultados pueden beneficiar a varios países.

También para Cuba la inserción en cadenas regionales productivas y de servicios es una necesidad urgente, como vía para garantizar espe-

cializaciones que tengan aseguradas mayores escalas de mercados y oportunidad de ganar experiencias en esta forma de operar.

Adicionalmente, algunos países más avanzados del área pueden convertirse en socios en el marco de empresas conjuntas, participar como emisores de inversiones extranjeras directas y copatrocinadores de proyectos, en particular, los que propicien aprovechar con mayor efectividad las potencialidades de conocimientos científico-técnicos, como uno de los recursos con grandes posibilidades para desarrollar las fuerzas productivas internas.

En otro plano, adquiere importancia en la coyuntura actual la posición de Cuba para contribuir a superar el fraccionamiento que implican los esquemas subregionales en las relaciones comerciales, porque se precisa avanzar hacia el multilateralismo a lo interno de Latinoamérica y el Caribe, para revalorizar las potencialidades del tamaño del mercado regional, que también para el sector externo cubano resulta apreciable.

Al trascender los móviles económico-sociales que aconsejan la más activa participación de Cuba en los procesos integracionistas regionales y la mayor influencia que el país pueda proyectar desde esa plataforma hacia el escenario internacional, resulta destacable que su inclusión en dicho contexto y el respeto solidario recibido de parte del resto de los países del área, contribuyen a legitimar externamente el proyecto socialista cubano, que equivale a fortalecer el blindaje de su soberanía.

Después de explicitar las limitaciones para una mayor inserción cubana en el movimiento integracionista regional, y las ventajas potenciales que de ello se derivarían, resulta conveniente apuntar que en los últimos años aumenta la inclusión de los actores sociales y de los agentes no gubernamentales en los procesos de cooperación, concertación e integración.

Ejemplo de ello son las acciones encaminadas a dinamizar la participación del empresariado en el MERCOSUR, y de diferentes sectores sociales en el ALBA. En ambos casos se trata de un proceso gradual que se encuentra en su fase primaria. Para Cuba constituye una necesidad estudiar y decidir la participación de los agentes empresariales, actores sociales y otros no gubernamentales en los procesos regionales. Esta circunstancia puede tenerse en consideración en la reestructuración del modelo cubano.

Otro aspecto a considerar en este análisis es que algunos de esos mecanismos regionales conciben en sus diseños de funcionamiento un conjunto de requisitos normativos, administrativos, financieros, y de otra naturaleza, que no se corresponden con la realidad cubana actual, aunque algunos de esos requerimientos están contemplados en las expectativas de transformaciones en curso.

Las posibilidades de acercamiento de los mecanismos operativos comerciales, aduaneros, bancarios, así como de normas de calidad y metrología, constituyen también un factor a estudiar. Algo similar ocurre con las homologaciones de carreras universitarias, títulos de posgrados u otras aristas del trabajo profesional, que contribuyen a facilitar las interconexiones en diferentes sectores, y sobre lo cual se ha comenzado a trabajar.

En las presentes condiciones, todas las oportunidades de cooperación-colaboración regional e internacional que puedan contribuir a elevar la eficacia y eficiencia del proyecto socioeconómico cubano deben ser evaluadas en función de sus impactos a corto y largo plazo, y se deben subordinar los costos de las acciones a las posibilidades reales de asumirlos, sin renunciar a los principios consustanciales de nuestro sistema político.

Algunas premisas para lograr más alto impacto de la participación de Cuba en los procesos de cooperación, integración y concertación regionales, se exponen a continuación:

- Perseguir, como un objetivo fundamental de la participación cubana en los diferentes esquemas regionales, la contribución de los mismos en la reestructuración económico-social de nuestro modelo, sin descuidar la incidencia política sobre ellos.
- Tomar en consideración, para la elaboración de estrategias y políticas en este ámbito, las disímiles exigencias y oportunidades que se derivan de la diferente naturaleza de los procesos, según prevalezcan en las mismas características de integración, cooperación, concertación, o combinaciones de ellas.
- Estudiar las mejores vías para incorporar en los procesos de integración-cooperación a los diferentes agentes y actores socioeconómicos presentes en la sociedad cubana actual.
- Evaluar e implementar, en correspondencia con los objetivos económicos y políticos del país, los requerimientos de cambios internos

de diferente naturaleza (en los mecanismos de regulación, legislativos, de políticas comerciales, monetario-financieros, aduanales, científico-tecnológicos y otros) para elevar la armonización paulatina entre las realidades nacionales y las del entorno regional.

- Favorecer la creación de condiciones objetivas y subjetivas para avanzar paulatinamente hacia mayor interdependencia económica con la región, reduciendo la concentración geográfica por países.

Consideraciones finales

Los procesos asociativos regionales y birregionales constituyen una pujante y creciente tendencia en las relaciones económicas internacionales contemporáneas, a la cual no se puede resistir ningún país que se proponga dinamizar su desarrollo. Para Cuba constituye un imperativo diversificar y perfeccionar su inserción en el contexto latinoamericano y caribeño, especialmente, a partir de una participación más activa de su esfera económica en los esquemas de cooperación, integración y concertación, teniendo en cuenta las especificidades de estas diferentes perspectivas.

El proceso integracionista en Latinoamérica y el Caribe reviste una alta complejidad, por diversos factores: la multiplicidad de esquemas vigentes, limitaciones institucionales de los mismos e insuficientes coordinaciones entre ellos, heterogeneidad de objetivos y actores promotores, superposición de espacios de actuación y diferente prioridad otorgada al mercado regional o al extrarregional en la aplicación de mecanismos comerciales, financieros y de colaboración. A ello se adicionan los permanentes esfuerzos desintegradores de intereses foráneos.

Se precisa profundo y actualizado conocimiento de esa realidad y una estrategia diferenciada de relacionamiento para cada proceso, que tome en consideración los beneficios y costos de las acciones previsibles en cada momento concreto. El diseño de escenarios prospectivos sobre esta esfera es decisivo para garantizar políticas acertadas y proactivas.

Entre los beneficios potenciales para Cuba de una certera estrategia de inserción en los procesos integracionistas regionales, se destaca: lograr mayor correspondencia entre la interdependencia económica y la importancia geoestratégica que reviste América Latina y el Caribe

para el país; incremento de la capacidad negociadora externa sobre los temas de su interés que puedan ser avalados por otros países del área; más amplias posibilidades de participar en cadenas regionales de valor en sectores productivos y de servicios; aprovechamiento del aumento del tamaño del mercado para exportaciones nacionales o derivadas de empresas conjuntas; generación de oportunidades adicionales para atraer inversiones extranjeras directas e integrar redes científico-técnicas; mejoramiento de condiciones para defender el racional aprovechamiento de los recursos naturales, el aumento de su valor agregado y las condiciones de comercialización de las exportaciones tradicionales o nuevas.

El abordaje de la seguridad alimentaria y energética, así como la modernización de la estructura económica y complementariedad infraestructural, unida a la sostenibilidad y diversificación del turismo u otros servicios profesionales del país, resultan objetivos menos complejos para Cuba en los marcos de procesos integracionistas.

Por último, y no de menos trascendencia, el mayor respeto de la región hacia el modelo socialista cubano, que se materializa en su reconocimiento a Cuba como un actor positivo y activo dentro de esta comunidad, contribuye a legitimar externamente nuestro proyecto de desarrollo y sistema sociopolítico, que equivale a fortalecer el blindaje de la soberanía nacional.

En relación con los esquemas asociativos regionales, el actual proceso de perfeccionamiento del modelo cubano debe tomar en consideración la necesidad de evaluar la conveniencia de incorporar a todos los agentes y actores socioeconómicos presentes en el país, e identificar los cambios internos requeridos, de diferente naturaleza, para compatibilizar los intereses nacionales y del entorno regional. Ello amerita una investigación complementaria y multidisciplinaria.

El diseño estratégico del perfeccionamiento de la inserción de Cuba en los diferentes procesos integracionistas regionales precisa una investigación específica, con enfoque sistémico, porque incumbe a esferas productivas, de servicios y del desarrollo infraestructural, así como a las dimensiones de política comercial, financiero-monetaria, cultural, científico-técnica y de innovación. Las mismas deben estar en sintonía con los objetivos de la política interna y de política exterior. Las acciones a implementar y el control de su ejecución imponen una gran coordinación entre diversos organismos e instituciones del ambi-

to interno y del sector externo. Resulta aconsejable evaluar la conveniencia de crear grupos multisectoriales para estos propósitos.

Las reflexiones precedentes apuntan a considerar, de una parte, la complejidad del proceso integracionista regional, y de otra, su importancia y la conveniencia de que Cuba aproveche sus potenciales beneficios. Por ende, se demanda enfoques holísticos por parte de los diseñadores de estrategias y ejecutores de políticas, para identificar coincidencias y contradicciones; seleccionar y jerarquizar los marcos institucionales adecuados en cada momento, las esferas de cooperación a priorizar y los temas de concertación de máximo interés para el país. Aun cuando no se trata de una tarea sencilla, resulta ineludible afrontarla.

Los acontecimientos acaecidos en los años recientes corroboran que se ha producido un cambio en Latinoamérica y el Caribe; que persiste la voluntad política de la mayoría de los gobiernos por mantener un espacio de coordinación, cooperación, y concertación, capaz de potenciar acciones en pos de avances en las numerosas aspiraciones comunes, identificables en una agenda propia, donde la defensa de la soberanía y la preservación de la paz constituyen ejes centrales. Se ha logrado mayor reconocimiento mutuo y respeto recíproco, aceptando las diferencias entre las concepciones políticas, proyectos socioeconómicos y otras especificidades, a partir de sobreponer todas las motivaciones para la unión por encima de las divergencias.

La VII Cumbre de las Américas, celebrada en Panamá, es una destacada muestra de ello, y de las ventajas de la unión y concertación regional. Han resultado evidentes las potencialidades cohesionadoras del movimiento integracionista entre Latinoamérica y el Caribe, su pertinencia y los avances alcanzados frente al hegemon continental. Hoy, más que nunca, se renueva la expectativa de que una región mejor es posible y que es factible fortalecer las relaciones Sur-Sur, para que esta área continúe contribuyendo a la formación de un mundo multipolar. Es obvio el interés de Cuba en esa dirección.

Economía Política de la Integración Regional Internacional: las nuevas formas de cooperación e integración. Apuntes para una síntesis

Dr. Eugenio Espinosa Martínez

FLACSO, Universidad de La Habana

Deslindes y diferenciaciones

Las nuevas realidades y nuevas prácticas demandan nuevas teorías, pero las formulaciones que inician nuevos caminos en la ciencia se construyen sobre los pilares de las anteriores teorías. Un primer paso resulta entonces necesario y es el de efectuar una revisión de las anteriores formulaciones teóricas sobre los procesos de integración regional internacional, tarea que el autor ha comenzado a emprender en otro texto.¹

Las formulaciones teóricas se pueden construir a partir de las necesidades de la propia teoría o de las que surgen del ejercicio de la práctica integracionista. En este caso el autor ha optado por la segunda opción, sobre la base de la existencia de nuevas experiencias de integración regional en la América Latina y el Caribe. ¿Son realmente nuevas estas prácticas? Al menos puede afirmarse que desde el inicio del siglo XXI en el área latinoamericana y caribeña se implementan prácticas de cooperación e integración regional que, si bien dan conti-

¹ Eugenio Espinosa Martínez: “ALBA: Teoría y práctica de la integración regional. Una visión desde el Sur”, en: Consuelo Silva y Carlos Eduardo Martins (coord.): *Nuevos escenarios para la integración en América Latina*, ARCIS/CLACSO, Colección Grupos de Trabajo, Buenos Aires, 2013. Disponible en www.clacso.org. La revisión dista de ser completa, sobre todo porque, a fuerza de ser sincero, falta aún el balance de los aportes teóricos desde la perspectiva de los marxistas contemporáneos al debate.

nidad a anteriores intentos, presentan nuevos rasgos y características que ameritan esfuerzos de sistematización y de teorización.

Los caminos de cooperación e integración regional emprendidos durante los siglos XIX y XX no dieron los resultados esperados y los nuevos caminos han logrado avanzar en algunos objetivos que tienen larga data. Las nuevas realidades requieren de una sistematización que trascienda el limitarse al estudio de experiencias concretas de cooperación e integración.

Los paradigmas a tener en cuenta, en este caso, parten en principio de aquellos con los cuales se torna factible y fructífero el diálogo interparadigmático entre el neoestructuralismo y las corrientes heterodoxas entre las que se encuentran la institucional, la escuela de la regulación, el paradigma del marxismo y de la *radical economy*, y los poskeynesianos evitando el “diálogo de sordos” que tuvo lugar con la corriente dominante ortodoxa neoliberal.²

Las nuevas formas de cooperación e integración regional surgidas en la América Latina y el Caribe en los últimos 20 años pueden desempeñar y, de hecho, ya están desempeñando un importante papel en la búsqueda de emprendimientos de desarrollo alternativos a la economía y la política dominantes, por los cambios estructurales que impulsan, con modelos de crecimiento socialmente inclusivos, ambientalmente sostenibles, basados en una nueva ética del desarrollo por la equidad e igualdad, sobre la base de la soberanía política e independencia económica.

Estas nuevas formas de cooperación e integración regional internacional a considerar en el artículo son el ALBA-TCP, UNASUR, CELAC y MERCOSUR. ¿Tienen elementos comunes estas nuevas formas de cooperación e integración regional internacional? ¿Hasta qué punto son realmente nuevas estas formas de cooperación e integración regional internacional? ¿Registran tendencias que favorezcan el desarrollo inclusivo —económico, político, social, tecnológico y cultural— y ambientalmente responsable? ¿Cuáles han sido sus logros fundamentales? ¿Cuáles son principales las limitaciones? ¿Cuáles son sus perspectivas?

Sin pretender ofrecer respuestas exhaustivas a estas preguntas, al menos se ofrecerán algunas líneas de reflexión y apuntes que favorezcan el debate constructivo a continuar abriendo veredas al largo y

² Alicia Bárcena y Antonio Prado (eds.): *Neoestructuralismo y corrientes heterodoxas en la América Latina y el Caribe a inicios del Siglo XXI*, CEPAL/IRDC/CRDI, Santiago de Chile, 2015, p. 18.

zigzagante camino latinoamericano y caribeño hacia el desarrollo inclusivo y el bienestar, hacia el buen vivir, hacia la salida del subdesarrollo y la disminución o ruptura de los lazos de la secular dependencia.

Pinceladas históricas: la integración regional internacional pospuesta

Los bloques regionales surgen a partir de 1957, siendo el primero de ellos la Comunidad Económica Europea con el Tratado de Roma (CEE)³ y cuyo antecedente inmediato fue la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) y el inmediato siguiente fue la Asociación Europea de Libre Comercio (AELC).

Si bien las alianzas interestatales e internacionales tienen una larga historia que se remonta hasta la antigüedad, lo cierto es que la formación de bloques regionales es un fenómeno propio de la segunda mitad del siglo XX. Por *Bloque Regional* se entenderá aquí la cooperación entre varios Estados nacionales, que se refrenda mediante acuerdos (no solo Tratados), cuyos propósitos tienen un carácter de mediano o largo plazo (cinco años o más) y cuyas acciones se concretan mediante acciones conjuntas concertadas entre los Estados nacionales miembros del Acuerdo Regional.

Las alianzas entre Estados o naciones, o países, o monarquías, o ciudades-Estado anteriores a la segunda mitad del siglo XX tuvieron siempre un carácter temporal y con propósitos específicos, generalmente vinculados a situaciones potenciales de conflictos derivados de la posibilidad de guerras de conquista o de colonización. El caso histórico más significativo para la América Latina y el Caribe fue el Congreso Anfictiónico en Panamá en 1826, un Congreso organizado para lograr la “Unión, Liga y Confederación perpetua”; sin embargo, sus Tratado y Convenios no fueron ratificados por los respectivos Parlamentos, y no hubo acciones conjuntas concertadas con posterioridad.⁴

De entonces acá los procesos de cooperación e integración regional internacional en la América Latina y el Caribe han tenido una evolu-

³ Dell reconoce “la influencia de Gunnar Myrdal y Raúl Prebisch, cuyos trabajos han provocado un cambio considerable en el pensamiento contemporáneo”. Ver: Sidney Samuel Dell: *Bloques de Comercio y Mercados Comunes*, Fondo de Cultura Económica, México D. E., 1965, p. 9.

⁴ Francisco Pividal: *Bolívar: pensamiento precursor del antiimperialismo*, Fondo Cultural del ALBA, La Habana, 2006; Pedro Ortega Díaz: *El Congreso de Panamá y la Unidad Latinoamericana*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1998; Horacio Alberto López: *Anfictionía en América*, CLACSO/CEA, La Habana, 2009.

ción azarosa a lo largo de la historia, a pesar de lo cual se han mantenido como un objetivo inconcluso y con pronunciadas asimetrías en sus dimensiones económica, política, social, cultural, tecnológica y de defensa.

Han sido numerosos los obstáculos que han enfrentado esos procesos de cooperación e integración regional, siendo el primero de ellos la presencia de potencias extranjeras que imponen relaciones predominantes con las metrópolis o centros mundiales, entorpeciendo y desarrollando acciones a fin de impedir la profundización de las relaciones intralatinoamericanas e intracaribeñas, a las que se opone el patrón conocido como *eje y rayos*.

Otro de los obstáculos han sido los conflictos entre países latinoamericanos y caribeños. Conflictos fronterizos y de intereses económicos y políticos que surgen con fuerza desde la formación de los Estados nacionales. Las élites oligárquicas latinoamericanas y caribeñas optaron por privilegiar sus relaciones con sus metrópolis en lugar de con sus vecinos latinoamericanos y caribeños, implementando políticas que condujeron a la formación de estructuras económicas y políticas dependientes de las grandes potencias del siglo XIX.⁵

La tragedia de los llamados padres fundadores de la independencia fue precisamente enfrentar a esas élites oligárquicas que lograron impedir la formación de una Latinoamérica y un Caribe unidos. Los propósitos de integración regional no carecieron de proyectos que, una y otra vez, quedaron pospuestos al no lograr superar los obstáculos que enfrentaban.

Las economías latinoamericanas y caribeñas quedaron vinculadas a los mercados mundiales, a la economía internacional y a las viejas y nuevas metrópolis, y sus Estados nacionales supeditados a las políticas dictadas por las grandes potencias.

Las deformaciones estructurales de ese “capitalismo anómalo”,⁶ que se acumularon a lo largo de la historia junto a las políticas de enrique-

⁵ Eugenio Espinosa Martínez: “Conflictos interamericanos en el siglo XIX”, en: Jorge Núñez Sánchez: *Integración y política exterior*, Colección Nuestra Patria es América, Secretaría Nacional de Comunicación Social, Editora Nacional, Quito, 1992; Pablo González Casanova: *Imperialismo y Liberación en América Latina*, Siglo XXI, México, 1978.

⁶ Calificado así por Karl Marx. En rigor, anómalo era en comparación con el de Europa y el de los EE.UU., pero para la América Latina, el Caribe, África, y Asia, excepto Japón, no tenía nada de anómalo, ya que era la forma que el desarrollo del capitalismo asumió en los países del Sur, del llamado Tercer Mundo subdesarrollado, capitalismo dependiente, capitalismo periférico.

cimiento de las élites oligárquicas, condujeron al empobrecimiento de la población, a significativas desigualdades, marginaciones y exclusiones sociales y al relativo atraso tecnológico que los sucesivos períodos de crecimiento, seguidos de etapas de crisis y estancamientos, no lograron superar.

La estructura de metrópoli-colonia se reprodujo en la de centro-periferia después de la independencia y la industrialización posterior se limitó a restringidos mercados internos y reducidos mercados regionales conformando una estructura dual de modernización-atraso, en la que ambos polos de esa ecuación binaria se producían y reproducían mutuamente. El proceso de acumulación y reproducción del capital transitaba por las variadas relaciones de producción existente, produciendo y reproduciendo ambas, modernización y atraso de manera “natural”.⁷

La clase media que se forma con la industrialización y la migración rural-urbana apenas se limitó a pequeñas parcelas, mayores o menores de acuerdo al país, de una población mayormente empobrecida, marginalizada y excluida.

La estructuración de un Estado y una economía dependientes, con diversos grados de dependencia en cada país latinoamericano y caribeño, se reprodujo y se reproduce en los variados ciclos de crecimiento, estancamientos y de crisis.

Al período liberal luego de la independencia, que podría periodizarse desde 1825 hasta la crisis de los años 30 del siglo XX, le sigue un ciclo keynesiano, desarrollista, estructuralista con un Estado de bienestar, “salpicado de períodos de dictaduras militares seguidos de gobiernos civiles desarrollistas”, ciclo que comienza a ser remplazado por la larga etapa neoliberal a partir de 1973 con su correspondiente *Estado de malestar*.⁸

En algunos países se entronizan dictaduras militares represivas y dependientes, en otros permanecen gobiernos civiles, pero todos caracterizados por políticas fuertemente represivas frente a la población empobrecida y de reforzamiento de las relaciones de dependencia con dóciles subordinaciones a los EE.UU., a los organismos financieros in-

⁷ Antonio García: *La Estructura del Atraso en América Latina. Hacia una teoría latinoamericana del desarrollo*, Librería Editorial El Ateneo, Buenos Aires, 1978.

⁸ Expresión felizmente utilizada por John Kenneth Galbraith en su libro de crítica a las corrientes neoconservadoras en lo político, neoliberales en la economía y discriminatorias en la cultura de los EE.UU.

ternacionales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, y a la gran banca acreedora.

Las necesidades sociales resultan continuamente postergadas y se reproducen perennemente el relativo atraso tecnológico junto a una endémica pobreza, una persistente desigualdad y una crónica marginación y exclusión social que, en ocasiones, deriva en un cuasi “apartheid social”.

Las élites cada vez más enriquecidas asumen los patrones culturales propios de las grandes potencias extranjeras, y la población empobrecida, junto a una clase media disminuida, produce y reproduce esos patrones culturales desde sus condiciones de pobreza.⁹

En tales condiciones, la integración regional resulta continuamente pospuesta y permanentemente retomada de manera restringida.

No faltaron las rebeliones más o menos organizadas, procesos de cambios coartados o cooptados y revoluciones pospuestas aletargadas por reformas insuficientes o ahogadas en sangre por dictaduras y golpes de Estado recurrentes, acompañados de constantes intervenciones imperiales más o menos encubiertas.

La pugna por una Latinoamérica y Caribe integrada y desarrollada siempre estuvo presente a lo largo de esa historia, pero también siempre resultó parcial o totalmente derrotada a partir de una conjunción de factores e intereses internos y externos.

Un nuevo ciclo de cambios estructurales y de búsqueda del bienestar mayoritario se inicia con el nuevo milenio a partir de 1999.

Algo de teoría de la integración

La primera cuestión metodológica es que la integración regional internacional es un proceso complejo ya que involucra multiplicidad de actores y dimensiones de la dinámica social. El problema no radica en que no haya definiciones sobre qué es la integración, sino que hay muchas definiciones y conceptos que tienen que ver con el carácter complejo y multidimensional de los procesos de unidad, concertación, cooperación e integración regional internacional, y con las diversas disciplinas que acercan una mirada desde sus tradiciones académicas y

⁹ Gerardo Caetano y Gustavo de Armas: “Pobreza y desigualdad en América Latina (1980-2014)”, *Contrapuntos*, en blogs.elpais.com/contrapuntos/ Pablo Gentili, CLACSO, 30 marzo de 2015.

científicas. Estos son los casos de la economía, la sociología, el derecho, las ciencias políticas, la comunicación y las ciencias ambientales.

Además, en cada una de estas ciencias hay diversas tradiciones y escuelas que han ofrecido sus correspondientes conceptos. En el caso de la economía pueden incluirse el marxismo, la escuela keynesiana, la neoclásica, la escuela de la regulación y la cepalina, solo por mencionar algunas. En el de la sociología nos encontramos con las tradiciones y conceptos que vienen de la sociología de Carlos Marx, la escuela funcionalista, la tradición durkhemniana y de la escuela weberiana. Pasando a las Ciencias Políticas, nuevamente se encuentra Marx, la escuela realista, los intergubernamentalistas, la teoría de la dependencia y la teoría del sistema mundo. Cada una de estas tradiciones científicas ha propuesto sus respectivos conceptos de cooperación, concertación e integración regional internacional.

Ello no es de extrañar ni tampoco de lamentar, ya que en asuntos de las ciencias sociales de carácter complejo y multidimensional, cada escuela y cada ciencia ofrece su mirada específica fertilizando la visión de realidades, sujetos y actores sociales, que son múltiples y diversos.

El espacio de estas líneas no permite desarrollar lo que este autor ha realizado en otros textos, pero quede aquí uno de los desafíos al cual nos enfrentamos, mucho más complejo cuando se recuerda que en los países del norte se produce teoría de acuerdo con sus intereses y culturas científicas respectivas, y pareciera que los países del sur no tuvieran nada que decir sobre sus propias realidades: ni de los conceptos y teorías, ni de la economía, ni de las políticas y economías internacionales. Esto sugiere que al *mainstream* hegemónico habría que oponer el *mainstream* contrahegemónico, parafraseando dos conceptos del sociólogo italiano Antonio Gramsci.

Lo nuevo que introduce el ALBA-TCP en la teoría y la práctica de la integración regional internacional es su vocación contrahegemónica, su énfasis en el desarrollo social combinado con el cambio en la matriz productiva de sus países miembros, la recuperación de los recursos naturales, la combinación de políticas aplicadas en otros procesos de integración regional como el comercio compensado, la creación de una nueva moneda de cuenta y de la cámara de créditos recíprocos junto a la introducción de nuevos conceptos como el de las ventajas cooperativas que supone una nueva forma de intercambio y de cooperación.

Momentos fundamentales

Formalmente, el ALBA-TCP se inicia en el 2001, pero habría que decir que la idea de su creación estaba desde mucho antes. En su periodización se distinguen varios momentos:

- **2001-2004:** de su primera formulación a su constitución con la firma de sus primeros Acuerdos.
- **2004-2006:** primera ampliación con la incorporación de Bolivia y primera profundización con la propuesta del Tratado de Comercio de los Pueblos (TCP) el 29 de abril del 2006 y el nacimiento de TeleSur en el 2005. Constitución de Petrocaribe en 2005.
- **2007:** segunda ampliación con la incorporación de Nicaragua y segunda profundización con la decisión de crear el Banco del ALBA, la instalación de las primeras comisiones técnicas y la firma del Tratado Energético.
- **2008-2009:** tercera ampliación con las incorporaciones de Ecuador, Antigua y Barbuda, San Vicente y las Granadinas, Dominica y Honduras, y tercera profundización con su tránsito a Alianza, la decisión de crear el Consejo de Movimientos Sociales, la propuesta de crear una zona de complementación económica, la primera formulación y conceptualización de Proyecto y Empresa Grannacional, la constitución del Banco del ALBA-TCP, definición de los 23 principios del Tratado de Comercio de los Pueblos y su primer plan de acción, lanzamiento de la idea del SUCRE (Sistema Unificado de Compensación Regional de Pagos), definición de la institucionalidad del ALBA-TCP; Acuerdos sobre Seguridad y Soberanía Alimentaria.
- **2010-2012:** cuarta cuasi ampliación con la adhesión de Haití, Surinam y Santa Lucía como invitados especiales en la XI Cumbre de febrero de 2012 y cuarta profundización con la decisión de crear el Consejo de Defensa del ALBA, creación de la Escuela de Defensa y Soberanía del ALBA en Bolivia el 31 de mayo de 2011, Acuerdo para la Constitución del Espacio Económico del ALBA y firma del Tratado Energético.
- **2013-2014:** quinta y sexta ampliación con la incorporación de Santa Lucía en abril 2013 en el Consejo Económico, y de San Cristóbal y Nieves y Granada como miembros plenos en la XIII Cumbre de diciembre de 2014; quinta y sexta profundización con los Acuerdos

en la Cumbre Extraordinaria sobre el Ébola del 20 de octubre de 2014, y con los de la XIII Cumbre Ordinaria en Diciembre 2014 relativos a la “Zona Económica Complementaria ALBA-TCP/PETROCARIBE/CARICOM/MERCOSUR como espacio de complementariedad económico-productiva”, entre otros.

Logros principales

En su corta evolución el ALBA-TCP (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos) exhibe logros fundamentales, principalmente en:

- la dimensión social del proceso integracionista;
- su institucionalidad;
- la construcción de alianzas internacionales;
- la configuración de una identidad internacional como organización;
- el inicio de algunos de sus proyectos productivos;
- el avance de la soberanía política, monetario-financiera (Banco del ALBA y el SUCRE), de comunicación (satélite y cable submarino, TeleSur) y tecnológica;
- enlazar Sudamérica, Centroamérica y el Caribe;
- combinar de manera novedosa y creativa algunas prácticas de cooperación internacional en cuanto a intercambio de bienes y servicios (intercambios compensados);
- proponer nuevos conceptos, nuevas ideas y nuevas formas de abordar las relaciones internacionales: *ventajas cooperativas, ventajas compartidas, competitividad legítima*;
- la construcción de valores compartidos e identidades socializadoras;
- formar una interculturalidad transformadora en el ALBA-TCP;
- la construcción de alianzas bilaterales y multilaterales en América Latina y el Caribe y a nivel mundial procurando el surgimiento de un mundo pluripolar o multipolar;
- la capacidad de arrastre internacional para impedir o dificultar golpes de Estado, secuestros e intentos de asesinatos de Presidentes, golpes parlamentarios, conjuntamente con UNASUR;
- la institucionalidad consolidada entre los países miembros: celebración de 12 cumbres presidenciales, 7 cumbres extraordinarias y 2 cumbres extraordinarias ALBA-Petrocaribe.

Limitaciones y desafíos

El diseño de proyectos grannacionales, la creación de empresas mixtas (híbridas) grannacionales, del mecanismo de compensación SUCRE y de instituciones financieras para el financiamiento de las acciones, permiten afirmar que el ALBA-TCP entra en una nueva etapa en la que el avance en la dimensión económica de la integración debe tener un importante papel, manteniendo la continuidad de la dimensión social y profundizando en su dimensión política.

Ciertamente el índice de complementación económica entre los países del ALBA-TCP es bajo y su elevación requiere de la construcción de cadenas productivas mediante procesos que incorporen valor agregado a las cadenas de valor como manera de aumentar la densidad del tejido productivo en el espacio económico del ALBA-TCP y de cada uno de los países miembros.

Incrementar el índice de complementación económica supone la realización de proyectos de inversión y la construcción de empresas conjuntas con criterios de eficiencia económica, pero también social y ambiental. Tarea no fácil.

Hay que tener en cuenta que las empresas del ALBA-TCP, una vez creadas deben tener la capacidad de ¿competir? ¿cooperar? ¿competir-cooperar? con las empresas transnacionales y con las empresas nacionales de los países respectivos, al interior de las economías nacionales de los países miembros y en los mercados internacionales.

Entre los fundamentales desafíos que enfrenta el ALBA-TCP, se encuentran los impactos de la crisis económica mundial con la baja del precio del petróleo, principal sostén económico de las políticas de integración, y los conflictos internos derivados de las políticas de la derecha al interior de los países, apoyadas por las políticas de intervención desde los EE.UU. y dirigidas principalmente contra Venezuela y Ecuador.

Asociación Estratégica Estados Unidos de América-Unión Europea: estado actual y sus impactos para América Latina en el ámbito de la Seguridad

Dr. Nelson Roque Suástegui

Investigador del CIPI

La relación trasatlántica

La relación trasatlántica es una de las más fuertes y estables entre las *asociaciones estratégicas* a nivel global. Sus convergencias indican importantes niveles de consenso en sus respectivas políticas y concepciones sobre la seguridad nacional, regional y mundial, ejemplificadas con diversas acciones para el logro de un entorno político y de seguridad favorables a la internacionalización de sus inversiones y actividades económicas.

Con este trabajo nos proponemos identificar las convergencias entre los aliados trasatlánticos desde el punto de vista de la seguridad y su postura con respecto a América Latina.

Después de terminada la Segunda Guerra Mundial, varios países europeos (Francia, Bélgica, Reino Unido, Luxemburgo y Países Bajos) se propusieron crear una coalición defensiva que les permitiera fortalecerse militarmente, a medida que se recuperaban de la destrucción provocada por la guerra, con el objetivo de «defenderse» de la supuesta amenaza soviética. Estados Unidos (EEUU), por su parte, destinaba millones de fondos de ayuda económica a Europa para su recuperación, a través del Plan Marshall y la introducción de sus capitales en los países del Viejo Mundo.

La creación de una coalición defensiva por parte de los países europeos no era del agrado estadounidense, pues a la larga podría conver-

tirse en una fuerza de tal magnitud que pudiera competir con su poderío, que en esa época no alcanzaba las magnitudes actuales.

Aprovechando la debilidad europea y su fortaleza militar, EE.UU. logró convencer a diez países (Bélgica, Dinamarca, Francia, Islandia, Italia, Luxemburgo, Noruega, Holanda, Portugal y Reino Unido) de unirse en torno suyo y de Canadá para crear una poderosa Alianza que sirviera de contención a la entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, denominada Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

La creación de la OTAN fue, comparándola con un juego de ajedrez, la movida más trascendental a largo plazo que le permitiría a EE.UU., conjuntamente con la penetración política y económica, ejercer una influencia decisiva desde el punto de vista militar y social sobre una Europa que antes de la guerra se mostraba arrogante, impenetrable e independiente, y donde existían varias potencias mundiales hasta el comienzo de la guerra, condición que esta la alianza impidió se repitiera jamás.

En general, la relación trasatlántica se ha mantenido y profundizado por la existencia de la OTAN y los lazos económicos de carácter transnacional que han primado entre las dos partes del Atlántico. Dicha profundización ha implicado que Europa funcione con códigos similares a los estadounidenses desde el punto de vista político, social y militar.

Ejemplos de ello son las concepciones acerca de los derechos humanos, perfectamente coincidentes: el gobierno que nacionalice sus recursos naturales en detrimento de las transnacionales (que se apropiaron de los mismos desde la época colonial o durante el mandato de dictaduras y gobiernos entreguistas); se habla del gobierno que trabaja en interés de su pueblo, renuncia a aplicar el neoliberalismo, construye viviendas para los desposeídos, crea puestos de trabajo y afecta en general los intereses del gran capital, en beneficio de su pueblo.

También los gobiernos europeos practican la injerencia diplomática en los países del llamado “Tercer Mundo”, en particular en América Latina y el Caribe, fundamentalmente, donde tienen o aspiran a alcanzar intereses económicos, asumiendo, para justificarse de alguna manera, que su seguridad pudiera peligrar.

Las relaciones de seguridad entre la UE y EEUU pasan inevitablemente por la OTAN; después de varios períodos de crisis donde la

Unión se vio disminuida por EEUU y la OTAN en la rama militar, hace algún tiempo la Alianza Atlántica y la UE reconocen compartir sus intereses estratégicos y cooperan en asuntos de interés común, es decir, que el poder militar y el económico se complementan: ambas actúan conjuntamente en el manejo de las crisis, en el desarrollo de sus capacidades y realizan consultas políticas sistemáticas. El Secretario General de la OTAN participa en las reuniones de los órganos de la UE donde se tratan asuntos de Seguridad y Defensa. Ambas organizaciones comparten la mayoría de sus miembros (ver Anexo 1) y estos, en ambas organizaciones, defienden valores comunes.

No obstante lo anterior, la rivalidad entre la línea angloestadounidense (atlantista) y la franco alemana (europeísta) se mantiene, silenciada esta última debido a las circunstancias vigentes, pues París y Berlín siempre han tratado de que la unidad europea se mantenga a salvo de una total subordinación a los aliados anglo estadounidenses,¹ objetivo que no parece tener muchas perspectivas en el mediano plazo.

Las relaciones institucionales entre la OTAN y la UE datan de 2001. Fueron construidas a partir de los pasos dados durante la década de 1990 para promover una mayor responsabilidad de la Unión en materia de defensa, a través de la cooperación entre la OTAN y la Unión Europea Occidental (UEO).² Los principios políticos de esta relación se plasmaron en la Política Europea de Seguridad y Defensa (PESD), que reafirmó el acceso a las capacidades de planificación de la OTAN para las operaciones militares de la UE.

Posteriormente, los convenios denominados Berlín Plus sentaron las bases para garantizar el apoyo de la Alianza a las operaciones comandadas por la UE, en las cuales la OTAN no estaba interesada (ver anexo 2).

Las respectivas ampliaciones de la OTAN a partir de 1999 (con el objetivo de cercar lo más posible a Rusia) y de la UE, más tarde, han propiciado que la mayoría de los miembros de la Alianza (22 de 28) lo sean también de la UE. Con ello, los intereses que defienden ambas organizaciones se han acercado paulatinamente.

¹ Mahdi Darius Nazemroaya: "The Globalization of NATO: Military Doctrine of Global Warfare" (abstract), April 21, 2015, www.globalresearch.ca/the-globalization-of-nato-2/5307198.

² Por entonces la UEO se ocupaba de la seguridad y la defensa en la UE (tratado de Maastricht, 1992). Esta responsabilidad pasó a la UE en 1999, aunque la UEO continuó existiendo hasta la puesta en vigor del Tratado de Lisboa a finales de 2009.

En la Cumbre de Lisboa (noviembre de 2010) los países aliados determinaron profundizar la asociación estratégica OTAN-UE, mediante la aprobación de un nuevo Concepto Estratégico que compromete a la primera a prevenir las crisis, manejar los conflictos y estabilizar las situaciones de posconflicto, así como actuar más de cerca con la UE, los asociados internacionales de la OTAN y en especial con la ONU.

La actuación entre la OTAN y la UE supone hacerlo por ambas partes con transparencia, complementariedad y respeto a la autonomía de ambas organizaciones; perfeccionar la cooperación práctica mediante una planificación coordinada y el apoyo mutuo en el terreno; realizar consultas amplias en las cuestiones de interés común para intercambiar valoraciones y perspectivas; y cooperar mucho más en el desarrollo de capacidades para minimizar las duplicidades y maximizar la efectividad.

Tanto la OTAN como la UE consideran que la cooperación estrecha entre ambos les permitirá desarrollar un enfoque integral para el manejo de crisis y las operaciones que requieren la aplicación efectiva de los medios civiles y militares. La Cumbre de Gales (septiembre de 2014) reiteró estas consideraciones, precedida por el Consejo Europeo de diciembre de 2013.³

La cooperación directa en el terreno entre la UE y la OTAN comenzó a materializarse en marzo de 2003,⁴ posterior a la terminación de la operación “Allied Harmony” de la Organización, cuando la UE asumió la operación “Concordia”, en la Antigua República Yugoslava de Macedonia (ARYM), la cual finalizó en diciembre del mismo año. En diciembre de 2004 concluyó la operación “Stabilization Force” (SF) de la OTAN y comenzó la Operación militar de seguridad “Althea” de la UE, que se mantiene todavía, dirigida por el segundo jefe del Comando Supremo Aliado Europeo (SACEUR en inglés). La UE contribuye desde hace muchos años a la operación “KFOR” de la OTAN en Kosovo, instaurada en 1999 y se mantiene con la tercera parte de los efectivos de entonces; además, mantiene allí la misión “EULEX”, desde diciembre de 2008, como apoyo a la legalidad; EULEX coopera además con KFOR en el terreno.

³ Conclusiones del Consejo Europeo de 19 y 20 de diciembre de 2013. Conclusión No. 2. www.consilium.europa.eu/uedocs/cms_data/docs/.../es/ec/140220.pdf.

⁴ “CONCORDIA/FYROM”, www.eeas.europa.eu/archives/csdp/missions-and-operations/concordia/index_en.htm.

La UE tiene desplegada desde 2007 la misión de asesoría policial “EUPOL AFGANISTÁN” y lleva a cabo un amplio programa de reformas judiciales en los equipos de reconstrucción provincial de la OTAN en ese país asiático.

En cuanto al desarrollo de las capacidades, desde mayo de 2003, se creó el Grupo de Desarrollo de Capacidades OTAN-UE (GDC), buscando la coherencia mutua en este complicado tema. En julio de 2004 la UE creó la Agencia de Defensa Europea (EDA en inglés) para coordinar, dentro de la Unión, el desarrollo de las capacidades defensivas y la cooperación en cuanto a la fabricación de armamentos: la Agencia contribuye con el GDC.

En reiteradas ocasiones, antes de realizarse la Cumbre de la OTAN de Chicago en 2012, el entonces Secretario General de la OTAN, Anders Fogh Rasmussen, expresaba que la experiencia de las operaciones conjuntas dentro de la OTAN había demostrado que las capacidades militares, operacionales, de vigilancia, reconocimiento, servicios médicos y otras denotaba gran brecha entre las fuerzas armadas estadounidenses y las del resto de los aliados, lo cual conspiraba contra la efectividad de la realización de las acciones combativas, por lo que era necesario impulsar la concepción de la Defensa Inteligente.⁵

En los últimos años, las consultas entre la OTAN y la UE se han ampliado significativamente, fundamentalmente sobre asuntos de seguridad al interior de la UE y en relación con los vecinos. Desde que surgió la crisis ucraniana (que EE.UU. forzó, incluso ignorando a la UE en sus primeros momentos), se han producido frecuentes reuniones de consulta entre el Secretario General de la OTAN, la Comisión y el Consejo Europeos, y los líderes estadounidenses y de países miembros para intercambiar puntos de vista sobre las posibles decisiones a tomar con respecto a Ucrania, Georgia y Rusia. En la Cumbre de Gales estos temas fueron tratados exhaustivamente.

En la Declaración «Sobre las Capacidades Defensivas: Fuerzas de la OTAN 2020», publicada durante la Cumbre de Chicago 2012, se expresaba que la OTAN trabajaría estrechamente con la UE para asegurar que la Defensa Inteligente y la iniciativa *Pooling and Sharing*⁶ de la

⁵ “Towards NATO’s Chicago Summit”, Speech by NATO Secretary General Anders Fogh Rasmussen at the European Policy Centre, Brussels, 30 Sep. 2011, www.nato.int/cps/en/natohq/opinions_78600.htm.

⁶ *Pooling and sharing* (P&S) significa concentrar o acumular experiencias y compartirlas (traducción del redactor). Es una iniciativa sueco-alemana para incentivar la cooperación militar entre los

UE se complementarían mutuamente.⁷ Esta decisión fue refrendada finalmente por la Declaración de la Cumbre de Chicago.⁸

En la Cumbre de Gales se decidió tomar todas las medidas necesarias durante los últimos meses de 2014 y todo el año 2015, con el objetivo garantizar las condiciones que permitan invitar a Montenegro a integrar la OTAN, a finales de ese año. Además, se decidió apoyar a Georgia en la creación de condiciones favorables para integrar la Alianza, cuando ello sea posible. En el curso del último año, aprovechando la crisis ucraniana y la campaña mediática que presenta a Rusia como pretendido enemigo agresor en el área, EE.UU. y la UE se han volcado a fortalecer a Georgia desde el punto de vista militar y económico, respectivamente; líderes principales de los países aliados, incluido el Secretario de Defensa estadounidense, el Comandante Aliado Supremo en Europa y Jefe militar de la OTAN, han visitado o recibido a los principales jefes militares georgianos para ratificarle su apoyo y prometerle una próxima entrada a la OTAN.⁹

En cuanto a Ucrania, se incrementará la interoperatividad entre las fuerzas ucranianas y de la OTAN, incluyendo la participación permanente de Kiev en los ejercicios de la Alianza, lo cual constituye una provocación flagrante contra Rusia.

La Cumbre de Gales expresó también su interés porque la región de los Balcanes Occidentales tenga paz, estabilidad y legalidad, a la vez

Estados de la UE. Consiste en acopiar iniciativas y proyectos e intercambiar las experiencias obtenidas entre los países miembros. En noviembre de 2011, la Agencia de Defensa Europea propuso a la UE una lista inicial de prioridades aprobada por los ministros de defensa; entre ellas están los siguientes proyectos: la recarga de aviones en vuelo, un programa de entrenamiento para pilotear helicópteros, la vigilancia marítima, y el Celular para la Comunicación Satelital (European Defense Agency, www.eda.europa.eu/what-we-do/eda-priorities/pooling-and-sharing).

⁷ “Summit Declaration on Defence Capabilities: Toward NATO Forces 2020”, 20 May. 2012, www.nato.int/cps/en/natolive/official_texts_87594.htm?selectedLocale=en.

⁸ “Chicago Summit Declaration”. Issued by the Heads of State and Government participating in the meeting of the North Atlantic Council in Chicago on 20 May 2012, 20 May. 2012, www.nato.int/cps/en/natolive/official_texts_87593.htm?selectedLocale=en.

⁹ “El Pentágono promete suministrar armas y ayudar en la adhesión a la OTAN a Georgia”, *Sputnik*, 8 de septiembre de 2014, sp.ria.ru/international/20140908/161703059.html; Richard Rozoff: “Breedlove in Tbilisi: NATO Prepares Georgia for Integration, New Wars”, October 24, 2014, rickrozoff.wordpress.com/2014/10/24/breedlove-in-tbilisi-nato-prepares-georgia-for-integration-new-wars/; Georgian, French Defense Ministers Meet in Paris”, *Civil Georgia*, 28 Oct.'14, www.civil.ge/eng/article.php?id=27750; Georgian PM, NATO Chief Discuss Implementation of «Substantive Package», *Civil Georgia*, 17 Nov.'14., www.civil.ge/eng/article.php?id=27830.

que se congratulaba por el fortalecimiento de la asociación de Serbia con la OTAN y el deseo de que continuara por este camino. La UE había reconocido desde antes la actitud “constructiva” asumida por Serbia en cuanto al reconocimiento de Kosovo.¹⁰

En fin, la OTAN está trabajando fuertemente para continuar su ampliación y fortalecer así el cerco a Rusia, sobre todo con Georgia y Ucrania por el sur y con Finlandia en su frontera norte; tiene también especial interés en insertar a los países de la antigua Yugoslavia dentro de la Alianza, al igual que hace la UE desde el punto de vista comunitario.

Por su parte, el secretario general saliente, Anders Fogh Rasmussen, en su último discurso en el salón Carnegie Europa,¹¹ expresó la esperanza de que se materialice rápidamente el Tratado Transatlántico entre la UE y EE.UU., porque según su criterio una asociación económica más fuerte elevará la posibilidad de proteger y promover el sistema económico representado por esta relación. Expresó además que la OTAN y la UE no solamente comparten la visión de una Europa en paz, sino también vecindades difíciles, refiriéndose a Rusia.

La recién estrenada alta representante de relaciones exteriores y política de seguridad de la UE, Federica Mogherini, declaró, después de sostener un encuentro con el secretario general de la OTAN, que independientemente de tener diferentes mandatos, 22 de los Estados miembros de la UE lo son también de la OTAN, con los mismos retos en cuanto a seguridad. Agregó que la cooperación entre los dos actores debe ampliarse, pues es la única manera de tener capacidades militares efectivas.¹² Por su parte, el nuevo secretario general de la OTAN, en su primera reunión con los ministros de defensa de la UE, el 18 de noviembre de 2014, expresó que la UE es una excelente compañera de la OTAN, comparten los mismos valores, mu-

¹⁰ Bahri Cani: “Pro y contra de acuerdo entre Serbia y Kosovo”, *Deutsche Welle*, 21.04.2013., www.dw.de/pro-y-contra-de-acuerdo-entre-serbia-y-kosovo/a-16761025; “Ashton, satisfecha por el consenso con Serbia para la resolución sobre Kosovo”, 8-09-2010, www.abc.es/agencias/noticia.asp?noticia=510201.

¹¹ “A Force for Freedom”. Speech by NATO Secretary General Anders Fogh Rasmussen at Carnegie Europe, 15 Sep. 2014, www.nato.int/cps/en/natohq/opinions_113063.htm?selectedLocale=en.

¹² “Remarks by High Representative Federica Mogherini following her meeting with NATO Secretary General Jens Stoltenberg”, 05/11/2014, eeas.europa.eu/statements-eeas/2014/141105_03_en.htm.

chos de sus miembros y los mismos retos hacia el Este y hacia el Sur.¹³

El Consejo Europeo del 18 de noviembre de 2014, dedicado a la seguridad común y política de defensa, ratificó las conclusiones del Consejo de diciembre de 2013¹⁴ y enfatizó la importancia de trabajar con organizaciones como la ONU, la OTAN y otros países, respetando la autonomía de decisión de la UE y que la prioridad debe estar dirigida a la cooperación con aquellos que comparten valores comunes con la Unión Europea y principios y están dispuestos a apoyarla en sus esfuerzos en el manejo de las crisis.¹⁵ Independientemente de lo que se escribe en los documentos, Europa (fundamentalmente la UE) ha perdido gran parte de su personalidad política internacional, prácticamente subordinada a EE.UU. y la OTAN. En el territorio europeo hay más de 300 bases militares estadounidenses, de ellas, 174 en Alemania.¹⁶

Estados Unidos, la UE y la OTAN tienen coincidencias casi absolutas en la apreciación de las amenazas a su seguridad, reflejadas en las correspondientes Estrategias de Seguridad, en el caso de los dos primeros, y de la OTAN en su Concepto Estratégico. Ellas son: el terrorismo Internacional; la proliferación de armas de destrucción masiva; los ataques cibernéticos; la inestabilidad en países fuera de frontera (crisis); las pandemias, epidemias y enfermedades infecciosas; los conflictos regionales; el debilitamiento de los Estados; las situaciones excepcionales (contempla la interrupción del suministro eléctrico); el déficit de recursos energéticos, agua y alimentos y las afectaciones del cambio climático (implica catástrofes naturales y las provocadas por el hombre); las corrientes migratorias no controladas (solo EE.UU. y la UE).¹⁷

¹³ "NATO Secretary General calls for closer cooperation with the EU", 18 Nov. 2014, www.nato.int/cps/en/natohq/news_114860.htm.

¹⁴ En las conclusiones del Consejo Europeo de diciembre de 2013 se expresa que la "Política Común de Seguridad y Defensa (PCSD) seguirá desarrollándose de forma plenamente complementaria con la OTAN, dentro del marco acordado de la asociación estratégica entre la UE y la Alianza Atlántica y cumpliendo con la autonomía y los procedimientos de decisión respectivos". También se hace hincapié "en la necesidad de mejorar las capacidades de respuesta rápida de la UE, mediante Grupos de Combate más flexibles y desplegables, si los Estados miembros así lo deciden." La mayor importancia se da a la complementariedad con la OTAN. Ver: www.consilium.europa.eu/uedocs/cms_data/docs/pressdata/es/ec/140220.pdf.

¹⁵ Consejo Europeo. Conclusiones del Consejo Europeo del 18 de noviembre de 2014. http://www.consilium.europa.eu/uedocs/cms_data/docs/pressdata/EN/foraff/145824.pdf

¹⁶ US Department of Defense. Base Structure Report. FY 2014.

¹⁷ The White House. National Security Strategy. Washington, May, 2010, www.whitehouse.gov/sites/default/files/rss_viewer/national_security_strategy.pdf; The White House. National Security

Independientemente de que existe una gran proliferación del terrorismo transnacional, reconocido así por la comunidad mundial, los gobiernos y los medios masivos de comunicación occidentales califican de terroristas a los movimientos de liberación nacionales, descalificando sus razones para la lucha; incluso, se acusa a gobiernos legalmente elegidos si no convienen a sus intereses, como ha sido hasta ahora el caso de Cuba, Venezuela, recientemente declarada como amenaza a la seguridad nacional estadounidense y Argentina, declarada también como amenaza su seguridad interna por el Reino Unido.

La inestabilidad fuera de las fronteras es un peligro porque pone en riesgo las propiedades de las grandes transnacionales en los países donde se produce o porque puede tener lugar cerca de las fronteras de los Estados supuestamente amenazados; igualmente sucede con los conflictos ya en marcha, aunque en ocasiones, ellos mismos los provocan para poder introducirse con el pretexto de proteger o ayudar a uno o varios de los involucrados y acusar de todas las formas posibles al supuesto villano, como es el caso del conflicto de Ucrania, desatado por EE.UU. y secundado por la UE y la OTAN abiertamente contra Rusia.

El debilitamiento de los Estados es un recipiente donde caben muchos pretextos: los Estados incómodos para el poder occidental pueden estar sometidos a la guerra híbrida, que implica la desestabilización de dicho gobierno internamente, mediante la promoción a través de supuestos disidentes, generalmente pagados por las agencias que supuestamente cooperan en el país, azuzados por las embajadas occidentales y desprestigiados por la propaganda gubernamental y los medios masivos de comunicación que son, también, extensiones de las transnacionales. La propaganda generalmente se dirige a la violación de los derechos humanos por las víctimas de esa propaganda, hasta que la situación llega a un punto en el que se justifica la famosa “Responsabilidad de Proteger” y se produce un “cambio de régimen” o la “Intervención Humanitaria”, como se pretende hacer en Venezuela y

Strategy. Washington, February, 2015, www.whitehouse.gov/sites/default/files/docs/2015_national_security_strategy.pdf; Consejo Europeo. Estrategia Europea de Seguridad: “Una Europa Segura en un Mundo Mejor”. Bruselas, diciembre de 2003, consilium.europa.eu/uedocs/cmsUpload/031208ESSHES.pdf; NATO. “Strategic Concept For the Defense and Security of The Members of the North Atlantic Treaty Organization”. Brussels, June, 2010, www.nato.int/cps/en/natolive/official_texts_68580.htm.

se ha hecho durante muchos años en otros países latinoamericanos y de otras latitudes.

Las situaciones excepcionales también pueden ser pretexto para la intervención armada. Haití, que no necesita intervención militar sino ayuda humanitaria, es un ejemplo reciente.

Estas son nuestras consideraciones acerca de varias de las amenazas a los intereses comunes de Washington y Bruselas.

La Unión Europea y su relación con América Latina y el Caribe

El mayor protagonismo de los países emergentes en el capitalismo global ha conducido a la profundización de la alianza trasatlántica y a un aumento de la cooperación con vista al logro de sus objetivos estratégicos. Al propio tiempo, los cambios en la correlación de fuerzas a escala global también constituyen un factor esencial que ha agudizado las divergencias y la lucha por el acceso y control de las fuentes de materias primas y de mercados, caracterizándose la dinámica internacional por un alto nivel de inestabilidad, conflictividad y acentuación de las incertidumbres.

En este contexto, América Latina continúa representando el epicentro de una posible alternativa a los esquemas de desarrollo promovidos por las potencias occidentales. De ahí que EE.UU. pretenda incrementar su influencia sobre las dinámicas políticas, económicas y, particularmente, de seguridad en esta región, considerada área de interés estratégico. Sus aliados trasatlánticos secundan nuevos instrumentos de injerencia, que más que provocar vuelcos políticos —lo cual no queda excluido—, propician la adecuación de estas naciones a los fines del proceso de globalización neoliberal.

La Unión Europea, como segundo socio comercial en América Latina y el Caribe, desde hace varios años ha puesto un mayor énfasis en las relaciones de todo tipo con el área, pues avizora que su posición económica peligra allí, debido al ímpetu desplegado por China.

Según la CEPAL, entre 2000 y 2013, China pasó de socio menor al papel de actor central en América Latina y el Caribe: el comercio de bienes entre ambas partes se multiplicó por 22 (de 12 mil millones de dólares se elevó a casi 275 mil). El comportamiento de las exportaciones de la región a China ha sido especialmente dinámico, multiplicán-

dose por 27 en el mismo período, mientras las importaciones se multiplicaron por 20.¹⁸

Desde 1999 la UE viene realizando Cumbres bianuales con América Latina y el Caribe. En enero de 2013, en Santiago de Chile, se realizó la primera Cumbre UE-CELAC, tras la creación de esta última organización, que tiene la misión específica de coordinar las labores políticas de los 33 países de la zona latinoamericana y caribeña.

Como resultado de esta Cumbre, la UE aprobó un Programa Multianual¹⁹ que abarca desde 2014 hasta 2020, sobre el que la Alta Representante de Relaciones Exteriores y Política de Seguridad (Vicepresidenta de la Comisión Europea), Federica Mogherini, expresó que se trataba de un instrumento esencial para fortalecer la asociación estratégica entre la UE y América Latina durante los próximos años.

El Programa Multianual tiene dos componentes: 1. Actividades continentales con América Latina; 2. La cooperación subregional con América Central.

Los países elegidos para el componente número uno fueron: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela (805 millones de euros entre 2014 y 2020).

Los elegidos para el componente número dos fueron: Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Panamá (120 millones de euros), más 163 millones de euros para los Estados del CARIFORUM (Antigua y Barbuda, Bahamas, Barbados, Belice, Cuba, Dominica, R. Dominicana, Granada, Guyana, Haití, Jamaica, Surinam, Santa Lucía, San Cristóbal y Nevis, San Vicente y las Granadinas y Trinidad-Tobago).

El Programa Continental está dirigido a superar los aspectos más frágiles, como *la desigualdad*, que requiere *promover un crecimiento más sustentable y equitativo en la región* y abogar por mayores esfuerzos para *asegurar niveles más elevados de cohesión social; disminuir los altos índices de criminalidad, que implica asesorar a los Estados en la aplicación de la ley y la lucha contra el crimen organizado*, —incluye el comer-

¹⁸ “China se convierte en un socio comercial clave para América Latina”, 9 de enero de 2015, inversorlatam.com/china-se-convierte-en-un-socio-comercial-clave-para-america-latina/.

¹⁹ Ver: ec.europa.eu/europeaid/development-cooperation-instrument-dci-2014-2020-multi-annual-indicative-regional-programme-latin_en.

cio ilícito de drogas y otras formas de tráfico ilícito— y *compactar la porosidad de las fronteras*.

El crecimiento económico ha dependido en la región de la demanda externa de recursos naturales y servicios. Las debilidades estructurales impiden un mayor crecimiento económico en el futuro. Ellas son, en lo fundamental: *la falta de diversificación, el uso no sustentable de los recursos naturales; la no aplicación de la innovación; la limitada creación de puestos de trabajo; la falta de capacitación de los trabajadores; la informalidad de las empresas; las diferencias entre las áreas rurales y las urbanas y otras*.

La región es altamente vulnerable ante el cambio climático y a los desastres naturales debido a su geografía y a la distribución de las poblaciones (las áreas más afectadas son las rurales).

La cooperación regional de la UE se dirige a las siguientes áreas priorizadas:

- El nexo entre la seguridad y el desarrollo.
- La buena gobernanza, la responsabilidad y la equidad social.
- La inclusión y el crecimiento sustentable para el desarrollo humano.
- La sustentabilidad ambiental y el cambio climático.

En cuanto a la seguridad y su nexo con el desarrollo, el objetivo general es reforzar la capacidad de los Estados para asegurar con efectividad las condiciones que le permitan alcanzarlo. Los objetivos específicos consisten en apoyar la capacidad de los Estados y comunidades para garantizar servicios de seguridad y servicios de justicia de calidad a sus ciudadanos, fortaleciendo la legalidad, incluyendo el apoyo a reformas en el sector de la seguridad y la justicia, y a las políticas de prevención contra el crimen; desarrollar políticas sobre la droga; promover el manejo adecuado de las migraciones, garantizar el control de la migración irregular y promover positivas interrelaciones entre la migración y el desarrollo.

Como puede apreciarse, las medidas que se prevén desde el punto de vista de la seguridad son de asesoramiento en un conjunto de frentes vitales donde puede desarrollarse, conjuntamente con los aspectos técnicos, la influencia política sobre los países proclives a aceptarla. Este asesoramiento se coordina también con el que realiza EE.UU. a

través de sus agencias radicadas en la gran mayoría de los países de la región.

Desde el punto de vista militar no existe asesoramiento a la región por parte de la UE, ya que EE.UU. acapara este aspecto. No obstante, varios países europeos tienen tropas en sus territorios de ultramar. Ellos son: Reino Unido (Islas Caimán, Ascensión y en los archipiélagos de las Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur), Francia (Guadalupe, Martinica y la Guayana Francesa) y Holanda (en Aruba y Curazao).

Aunque EE.UU. controla casi absolutamente el área desde el punto de vista militar, al ser aliados en la OTAN, estos países están en condiciones de establecer la cooperación para la realización de determinadas acciones combativas.

Estados Unidos y su relación con América Latina y el Caribe

Hasta el momento, EE.UU. sigue siendo el primer socio comercial de América Latina y el Caribe y asesora a muchos de los países del área desde los puntos de vista comercial, jurídico y de seguridad.

Washington, al igual que sus aliados europeos y la OTAN, consideran que su seguridad depende no solamente de la que pueda alcanzarse dentro de sus fronteras, sino también de la que pueda lograrse fuera de estas. Es lógico, pues tienen grandes intereses económicos de carácter transnacional en el resto del mundo. Todo lo que suceda al sur del Río Bravo le interesa a la Casa Blanca y el Pentágono.

De acuerdo con las concepciones estadounidenses, América Latina y el Caribe constituyen su patio trasero, y aunque sus líderes aseguren públicamente que ya la Doctrina Monroe no se aplica, su espíritu sigue vigente a la hora de elaborar políticas y de tomar decisiones. Se mantiene el análisis general realizado al finalizar el acápite anterior sobre las amenazas a la seguridad, en este caso para EE.UU.

Washington se propone mantener su dominación del mundo a lo cual llama, eufemísticamente, liderazgo, a través de tres vías fundamentales, conocidas como *Tres D*, componente principal del llamado *smart power*.

La ex secretaria de Estado estadounidense, Hillary Clinton, interpretó el *poder inteligente* como: “utilizar el rango completo de herramientas a nuestra disposición —diplomáticas, económicas, militares,

políticas, legales y culturales— y escoger la herramienta correcta, o la combinación de ellas para cada situación”.²⁰

Las Tres D son:

1. *la vía Diplomática*, que se utiliza para influir en los gobiernos e introducir sus concepciones acerca de los valores que Washington promueve, entre ellos, el respeto de los derechos humanos, que generalmente se aplica a los gobiernos que no están dispuestos a subordinarse a su política; una muestra de ello es que durante todo el período que se extendió la dictadura de Augusto Pinochet en Chile, nunca se hicieron declaraciones condenatorias por los asesinatos que tenían lugar a diario en ese país. Esa dictadura fue producto del golpe de Estado contra el presidente electo, Salvador Allende, con el asesoramiento directo y el financiamiento del gobierno estadounidense, igual que las dictaduras militares en Argentina, Paraguay, Brasil, entre otros, incluidas en el Plan Cóndor, organizado y planificado en Washington y Langley. EE.UU. apoyó siempre a todas las dictaduras latinoamericanas y ayudó a derrocar muchos gobiernos progresistas en el área. A los que no ha podido derrocar intenta desestabilizarlos, sancionarlos y crearles problemas internos como sucede en Venezuela, Bolivia y Ecuador por citar algunos ejemplos; a Cuba le implantó un férreo y genocida bloqueo económico, financiero y comercial, que ha durado por más de 50 años, desarrolló innumerables planes terroristas, incluyendo el intento de asesinato de los principales líderes y continúa tratando de desestabilizarla internamente —hasta ahora no ha podido, bajo el régimen de bloqueo, ausencia de relaciones diplomáticas y sanciones económicas. A partir del 17 de diciembre de 2014 pretende conseguirlo con relaciones diplomáticas aparentemente normales, pero con el mismo objetivo de “cambio de régimen”.
2. *la ayuda al desarrollo*: Es conocido que EE.UU. tiene innumerables agencias, aparentemente solo dedicadas a la ayuda al desarrollo de otros países, entre ellas, y principalmente, la USAID, que en combinación con las embajadas estadounidenses en cada lugar, no solo presta ayuda financiera al desarrollo, sino que conjuntamente con el resto de las agencias, incluida la CIA, trabajan en la creación de

²⁰ Citada en: American «Smart Power»: Diplomacy and Development Are the Vanguard”, U.S. Department of State, Bureau of Public Affairs, May 4, 2009, www.state.gov/t/pa/scp/fs/2009/122579.htm.

agentes en países amigos y también de opositores en los países que buscan tener una postura independiente y soberana. Tanto es así, que los gobiernos de Bolivia y Ecuador expulsaron de sus respectivos territorios a la tristemente célebre USAID.

3. *la defensa entendida desde el punto de vista militar*, que ha sido, históricamente, la más utilizada por Washington para garantizar su seguridad de manera rápida y expedita. En lo que respecta a América Latina y el Caribe esa tarea corresponde al Comando Sur, excepto México, del cual se ocupa el Comando Norte, por tener una larga frontera común con EE.UU.

El Comando Sur, la Tercera D del *smart power* en América Latina y el Caribe

La misión del Comando Sur consiste en planificar y establecer la cooperación en las operaciones de contingencia y en las medidas de seguridad en el área de responsabilidad (ver Anexo 3: Mapa del Área de Responsabilidad del Comando Sur) que incluye América Central, América del Sur y el Caribe, *excepto las mancomunidades, las posesiones europeas y los territorios de EE.UU.* Responde también por proteger los recursos militares estadounidenses en el área y por la defensa del Canal de Panamá.

Composición

El Comando Sur se compone de:

- El Ejército del Sur, en Houston, Texas.
- La 12 Fuerza Aérea SUR, en la Base Aérea Davis Monthan, Arizona.
- La cuarta Flota, ubicada en Mayport, Jacksonville, Florida.
- El Comando Especial de Operaciones SUR en Homestead, Florida.
- El Cuerpo de Infantería de Marina SUR, en Miami, Florida.
- La Fuerza de Tarea Interagencias SUR, en Key West, Florida.
- La Fuerza de Tarea de Guantánamo en Cuba.
- La Fuerza de Tarea “Bravo” en Honduras.
- El Centro de Estudios Hemisféricos de la Defensa “W. J. Perry”, Washington D.C.

En la región existe, además, un conjunto de bases militares estadounidenses y de otras potencias europeas (48), que sumadas a las del

Comando Sur, hacen un total de 56. Se incluyeron dos bases cercanas a la frontera mexicana con Guatemala y Belice, aunque México no está en el área del Comando Sur (ver Anexo 3).

Las bases están ubicadas de forma tal que rodean a los países más progresistas del área. Colombia tiene una gran concentración de estas instalaciones desde donde se puede acceder a las principales fronteras de Suramérica. Centroamérica y el Caribe también están saturados de presencia militar. Una buena parte de las fronteras de Brasil están cubiertas. En las aguas territoriales argentinas y en las islas que le fueron usurpadas por el imperio inglés, hay una fuerte presencia militar que amenaza a la tierra del Plata.

Se han tenido en cuenta las bases militares de los países europeos en la región, pues sus fuerzas participan como parte de los ejercicios que planifica el Comando Sur; son aliados de EE.UU. en la OTAN y desde el punto de vista histórico se puede señalar que Guadalupe y Martinica se utilizaron como escala durante la Guerra de las Malvinas y la invasión a Granada; además, Francia y EE.UU. organizan regularmente maniobras militares conjuntas en la región. Por lo tanto, cualquier asentamiento europeo en el Caribe puede ser utilizado, previo acuerdo conjunto, en determinadas acciones militares estadounidenses si la posición geográfica de alguna de ellas favorece a EE.UU. para la realización de una acción combativa específica.

El Jefe del Comando Sur, General John Kelly, considera que América Latina y el Caribe no han sido debidamente priorizados financieramente por el gobierno estadounidense, teniendo en cuenta la amenaza que representa el crimen transnacional organizado y dentro de este, el tráfico de drogas, armas y personas, el lavado de dinero y otras; plantea que dar por garantizada la seguridad del hemisferio occidental, en las condiciones actuales, es un error.

Prioridades

Según el informe anual del Jefe del Comando Sur, las prioridades de su Comando son, en el orden establecido por él, las siguientes:

1. La Operación de Detenidos (Base Naval de Guantánamo).
2. La lucha contra el crimen internacional organizado (incluye al terrorismo, el tráfico ilícito de estupefacientes, de personas y órganos, el lavado de dinero y otros).

3. La capacitación técnica y operativa a las fuerzas de los países asociados.
4. La respuesta a las contingencias (incluye la previsión de los desastres naturales y la mitigación de sus consecuencias, los eventos de migraciones masivas, la evacuación de ciudadanos estadounidenses en peligro y un eventual ataque al canal de Panamá).

La Operación de Detenidos en la ilegal base naval de Guantánamo: El Jefe del Comando Sur otorga a esta actividad el número uno entre sus prioridades. Triste tarea para unas fuerzas armadas que se consideran a sí mismas ejemplo para el mundo, que violan en esa cárcel los derechos humanos más elementales y los del Derecho Internacional Humanitario, como son: la integridad corporal de los seres humanos, en particular con torturas, suplicios, tratos crueles y degradantes; la dignidad de las personas, mediante la discriminación racial, nacional y religiosa; los derechos jurídicos que incluyen las sentencias dictadas y las ejecuciones sin el juicio previo por un tribunal legítimamente instruido; el trato debido a los prisioneros de guerra y su protección; condiciones de vida adecuadas; la garantía de recibir correspondencia y paquetes; el derecho a reclamar a las autoridades militares sobre su cautiverio; la información a los familiares; el derecho a tener un abogado calificado, a testigos y a las mismas condiciones que los miembros de las fuerzas armadas de la Potencia detenedora.

La base ilegal de Guantánamo, concertada con otra finalidad hace más de un siglo, fue transformada en un campo de concentración, sin que la comunidad internacional hallara una solución pronta y digna, en flagrante violación de la soberanía cubana y del Derecho Internacional.

Lucha contra el crimen organizado: En ella participan todas las unidades del Comando, en cooperación con las tropas y fuerzas de los países del área, incluidos los países europeos con posesiones en la región.

Todos aportan medios aéreos y navales (servicios de guardacostas y otros) a través de las diferentes iniciativas de seguridad como: Iniciativa de Seguridad para Centroamérica (CARSI); Iniciativa de Seguridad para el Caribe (CBSI),²¹ Iniciativa Mérida (Plan Mérida o Plan México)

²¹ Siglas en inglés.

y La Iniciativa de Desarrollo Estratégico de Colombia (CSDI) o Plan Colombia.

No obstante, el patrullaje permanente, marítimo, aéreo y por otros medios, corre a cuenta del Comando Sur. En virtud de los convenios firmados entre EE.UU. y los gobiernos del área para las diferentes iniciativas de seguridad, las tropas estadounidenses pueden circular por las aguas territoriales de esos países, sobre su espacio aéreo y en tierra mientras cumplen misiones de persecución.

Durante los últimos cuatro años se ha realizado una operación conjunta denominada “Martillo”, dirigida a la intercepción del tráfico ilícito, fundamentalmente de estupefacientes. Según el Jefe del Comando Sur, la operación ha sido exitosa.

Sin embargo, independientemente de la cantidad de personal militar, bases y el patrullaje constante de la región por parte del Comando Sur, su Jefe declara que cada año se incrementa la entrada de drogas al territorio estadounidense y atribuye esta situación a los recortes financieros que han sufrido las fuerzas armadas en los últimos años. No solamente entran al territorio estadounidense las drogas, también se produce el tráfico de personas y en sentido inverso también, el de armamento. Se capturan solamente aquellos traslados que la Agencia Central de Inteligencia (CIA), la Administración para el Control de Drogas (DEA), el Buró Federal de Investigaciones (FBI), la Agencia Estadounidense para el Desarrollo (USAID),²² otras agencias federales y determinados mandos militares están interesados en no dejar pasar.

Otro aspecto es la vigilancia permanente que se mantiene en el área ante cualquier movimiento supuestamente revolucionario o guerrillero. A finales de 2014 el jefe del Comando Sur visitó Paraguay y se interesó por la existencia del grupo armado denominado Ejército del Pueblo Paraguayo (EPP), con el fin de cooperar con el gobierno de ese país para enfrentar la situación.²³ Los medios de prensa han rumorado la posible instalación de una base militar estadounidense en la zona del Chaco; hasta el momento, tanto el presidente paraguayo como el Jefe del Comando Sur han desmentido tales rumores.

²² *Ibíd.*

²³ “El Comando Sur de EEUU está preocupado por avance del EPP”, *Contrainjerencia*, 31 de julio de 2014, www.contrainjerencia.com/?p=91147.

La capacitación técnica y operativa a las fuerzas de los países asociados y la respuesta a las contingencias: Se realiza, fundamentalmente a través de ejercicios y maniobras anuales conjuntas y actividades de carácter permanente. Los ejercicios se realizan para mejorar la interoperabilidad. Participan también Francia y Reino Unido, fundamentalmente.

Estos ejercicios militares y maniobras son ensayos de invasión. El aparato militar de EE.UU. se propone dominar militarmente, hacer trabajo de inteligencia y tener el suficiente entrenamiento como para intervenir cuando las circunstancias lo aconsejen en cualquier país del área. Este es el verdadero objetivo de todas y cada una de las maniobras y ejercicios militares que hacen, con la complicidad abierta de algunos países y encubierta de otros.

Los ejercicios anuales que se llevan a cabo son:

1. *UNITAS*: Ejercicio naval anual combinado de EE.UU. con las fuerzas marítimas de la región. Se realizan en el marco del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR): se realizó por primera vez en 1959, como parte de las acciones previstas en el contexto de la Guerra Fría. Con el tiempo sus objetivos han variado, pero su esencia injerencista se mantiene. Uruguay no participa desde 2006. (En el ejercicio de 2014 participaron: la fuerza de infantería de marina Sur de los EEUU y las de Brasil, Chile, Colombia, México, Paraguay, Perú y el ejército canadiense).
2. *Trade Winds*: Se realiza en el marco de la Iniciativa de Seguridad para el Caribe: operaciones marítimas y terrestres de interdicción para combatir el crimen organizado transnacional con gran apoyo aéreo. Incluye la asistencia a desastres (participaron en 2014: Antigua y Barbuda, Bahamas, Belice, Canadá, Antillas Neerlandesas, Granada, Trinidad y Tobago, Guyana, Haití, Surinam, EE.UU., Jamaica y República Dominicana, como país anfitrión).
3. *PANAMAX*: Fundamentalmente marítimo, se desarrolla en el área centroamericana y Panamá. Está considerado uno de los ejercicios militares más grandes del mundo. En el de 2014 participaron 17 países (Brasil, Belice, Chile, Colombia, Costa Rica, República Dominicana, El Salvador, Francia, Guatemala, Honduras, Jamaica, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú y EE.UU., además de la cooperación de Naciones Unidas y de la Conferencia de Ejércitos Centroamericanos).

4. *Beyond the Horizons*: Ejercicio del Comando Sur con el objetivo de entrenar a médicos y odontólogos militares con un trasfondo de carácter humanitario, ya que para entrenar al personal médico se necesitan pacientes. En 2014 participaron los servicios médicos del Comando Sur, República Dominicana, Canadá, Chile, Brasil y Perú: se realizó en Barahona, República Dominicana, Guatemala y Belice.
5. *Integrated Advance*: Ejercicio de contingencia del Comando Sur, con el objetivo de impedir las migraciones masivas, un ataque al canal de Panamá, garantizar la evacuación de ciudadanos de EE.UU. y mitigar las consecuencias de los desastres naturales. Se convoca a los aliados para situaciones específicas. En este ejercicio participan unidades del Comando Sur y de las agencias federales destacadas en la región.

Actividades del Centro de Estudios Hemisféricos de la Defensa

Instruye permanentemente a líderes civiles decisores, especialistas en asuntos militares y de la defensa de los países de América interesados y afines, incluyendo a EE.UU. y Canadá, a razón de unos 1 500 cursantes anuales. Este centro tiene una gran importancia, ya que en el mismo estudian los futuros legisladores, senadores, líderes de organizaciones relacionadas con el tema militar, jefes militares en ejercicio y los futuros. Aunque no se declara públicamente, una buena parte de la capacitación se dedica al empleo de los métodos subversivos, de guerra encubierta, cómo neutralizar los movimientos nacionalistas, revolucionarios, así como a los dirigentes revolucionarios.

Operaciones de seguridad cibernética e información

El Comando Sur trabaja para garantizar la seguridad permanente de las redes del Departamento de Defensa y la infraestructura de comunicaciones. Prevé fortalecer la defensa cibernética regional en interés del Comando Sur y las capacidades en lo relativo a las operaciones de información.

En 2013, el Comando, junto al Centro William Perry concentró a los estrategas y los políticos de la región para intercambiar información acerca de las actuales amenazas cibernéticas.

La Operación, denominada *Voz del Sur* por el Comando, capacitó en 2013 a especialistas de 11 países del hemisferio y para el próximo año

prevé crear, conjuntamente con Colombia, capacidades de información (léase *inteligencia*) en Guatemala y Panamá. En México la lleva a cabo el Comando Norte.

Amenazas a la Seguridad que aprecia el Comando Sur en su área de responsabilidad

Según el Jefe del Comando Sur (JCS), América Latina es la región más desigual, insegura y violenta del mundo. Entre todas las amenazas a la seguridad de EE.UU. en el área, la principal es la entrada ilícita de estupefacientes a su territorio. Entre las principales amenazas se valoran las siguientes:

- I. El crimen transnacional organizado. Aquí se incluyen las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, Ejército del Pueblo, denominado por el gobierno estadounidense como narcoterrorista; comerciantes libaneses ilegales, simpatizantes del grupo Hezbollah —que le ha ocasionado grandes dificultades y pérdidas de guerra al gobierno genocida israelí, aliado estadounidense; está considerado como terrorista por EE.UU., la UE y otros aliados estadounidenses—, ubicados cerca de la triple frontera de Brasil, Paraguay y Argentina y en la zona franca de Colón en Panamá, cuyas ganancias, supuestamente, se destinan a Hezbollah. Esta afirmación pretende poner en evidencia a los gobiernos de los países antes mencionados y justificar la necesidad de tener presencia física en esos lugares.

A pesar de todas las medidas e iniciativas de seguridad existentes, la entrada de drogas a EE.UU. crece cada año. Se considera que el 95% de la cocaína que entra a EE.UU. procede de Colombia, pero también que allí se lucha contra la producción y traslado de la droga. ¿Cómo es posible, con tanta presencia militar en ese país? ¿Se combate realmente este flagelo?

Bolivia es considerada por el Comando Sur un país que no coopera en la lucha contra la producción de coca. El gobierno expulsó a la DEA, a la USAID y al embajador estadounidense. Por tanto, se le considera un adversario, violador del orden que debe existir en el Continente; se estima, además, que sus fronteras son proclives al paso de los narcotraficantes, en este caso hacia el Sur.

Se aprecia que las organizaciones dedicadas al contrabando de personas han incrementado su actividad con migrantes procedentes de Haití, con flujos masivos, y de Cuba, en menor medida, consecuencia de la Ley de ajuste cubano, causa que no se expresa en los documentos del Comando Sur.

2. El JCS reconoce al menos que la corrupción, relacionada fundamentalmente con el narcotráfico, es una de las principales amenazas (entiéndase la corrupción que existe en los componentes de su Comando, aunque no se especifica dónde).
3. También se tiene en cuenta la supuesta influencia iraní y de las organizaciones extremistas islámicas —en los últimos 15 años Irán ha tratado de fortalecer sus lazos con gobiernos de la región como Cuba, Ecuador y Nicaragua y ha establecido muchos centros culturales en el área—.

Irán es considerado terrorista por Washington y sus aliados y por lo tanto una amenaza para la seguridad nacional; la presencia china en América Latina y el Caribe, como en otras regiones del planeta tiene una creciente influencia: el jefe del Comando considera que, de la misma manera que EE.UU. ha girado hacia el Pacífico, China lo ha hecho para esta área. Le preocupa el continuo incremento de la cooperación china con organizaciones regionales como CELAC y CARICOM; la relación militar crece, especialmente con Cuba y Venezuela, sin considerarse por el momento una amenaza, aunque no se deja de observar su desarrollo.

4. La creciente presencia rusa también es motivo de preocupación para el Comando Sur porque Rusia ha vendido armas y equipos militares, y ha firmado convenios para la lucha contra la droga y comerciales en el área. Considera que Rusia utiliza tácticas de Guerra Fría y utiliza su poderío para erosionar el liderazgo y la influencia estadounidenses en el hemisferio occidental; agrega que en los últimos dos años un buque de inteligencia ruso ha fondeado en el puerto de La Habana varias veces, que lo planteado hasta el momento no es una amenaza, pero sí preocupante.

En lo referente a Rusia hay varios países que tienen relaciones importantes; destacan entre ellos Brasil, Ecuador, Colombia, Bolivia, Nicaragua, Venezuela y Cuba. En estos momentos se incrementan los vínculos debido a las sanciones estadounidenses y europeas a

Moscú y la búsqueda por el Kremlin de nuevos mercados para la exportación e importación de bienes y servicios.

5. Existe preocupación en el Comando Sur en cuanto a determinadas organizaciones regionales, como la CELAC, que ha excluido deliberadamente a EE.UU. para limitar su rol en el hemisferio; no sucede lo mismo con el Sistema de Integración Centroamericano (SICA); los países del ALBA como Venezuela, Ecuador y Bolivia restringen los lazos defensivos con EE.UU. y en varios casos han eliminado la presencia militar estadounidense de sus países: en 2014 el gobierno de Ecuador indicó a la embajada estadounidense cerrar su oficina para la cooperación en seguridad en el país. No obstante, el Jefe del Comando plantea estar en la mejor disposición de cooperar con todas las fuerzas armadas del área en asuntos como: respeto de los derechos humanos, respuestas a desastres y el tráfico ilícito.
6. Se hace un aparte para tratar la situación de Venezuela, planteando que desde 2003 el gobierno venezolano ha reducido sus lazos militares y defensivos con EE.UU. y que en los últimos diez años las instituciones democráticas han declinado dramáticamente. Expresa que Venezuela en estos momentos enfrenta una significativa inestabilidad económica, política y social; que se violan los derechos humanos por las fuerzas de seguridad y que además la disminución de los precios del petróleo y el deterioro de las condiciones económicas conducirán a Venezuela a realizar cortes en la asistencia social y al petróleo subsidiado de Petrocaribe. Todo esto, el jefe del Comando Sur supone debe provocar protestas que serán reprimidas violentamente, así como, migraciones adicionales, procedentes del Caribe.

Como puede verse, los países que tienen una postura independiente y soberana son objeto de asedio, desestabilización, sanciones y propaganda desfavorable con el objetivo de lograr el cambio de régimen.

Relaciones del Comando Sur con países del área

Colombia: El JCS lo considera el país militarmente más fuerte en la región; la valora como un exportador de seguridad y le brinda asesoría en el fortalecimiento y la modernización de las fuerzas. Propiciará que Bogotá atienda América Central como asesor en la rama militar y

en la capacitación de personal militar del área en sus academias militares.

Perú: Muy cooperativo en todas las misiones; es asesorado directamente en la lucha contra el movimiento “Sendero Luminoso”.

Chile: Se prevé que coopere en la capacitación de personal militar centroamericano.

Brasil: Las relaciones en materia de defensa son inferiores a lo deseado por EE.UU. El Comando se propone elevar los niveles de cooperación y asociación con este país, tan importante en la región y más allá.

Paraguay: Tiene fuertes lazos de cooperación técnica y militar con EE.UU., siempre renovando acuerdos que garantizan la injerencia estadounidense. Alberga una clase política de ultraderecha y conservadora que perpetró el Golpe de Estado al entonces presidente Fernando Lugo; esa misma clase política, conformada por los partidos tradicionales dependientes del capital extranjero y nacional, está dispuesta a asegurar una mayor y abierta presencia militar estadounidense. El año 2014, el Comando Sur realizó un ejercicio conjunto con el ejército paraguayo en el Chaco.

América Central: El Comando Sur le ha dedicado grandes esfuerzos a la erradicación de siembras de mariguana, principalmente en Guatemala y Belice, fronterizos con México. Para ello se ha utilizado ampliamente la fuerza de Tarea “Bravo”, radicada en Honduras.

Panamá: Es considerado un socio seguro. El CS incrementa la construcción de instalaciones marítimas en la costa del Pacífico.

El Caribe: Mejora de las bases existentes y construcción de nuevas, operativas para guardacostas, entrenamiento de fuerzas; apoyo a la MINUSTAH en Haití (con Brasil, al frente de una fuerza multinacional que incluye personal de Uruguay, Chile y Guatemala).

Derechos humanos

El Comando Sur cumplimenta una *Iniciativa para los Derechos Humanos* en la región, programa iniciado desde 1997 con el propósito de unir a los representantes militares, de las fuerzas de seguridad, de los gobiernos y de las sociedades civiles del área con vistas a desarrollar un “programa modelo de derechos humanos” para las fuerzas armadas, enfocado en cuatro áreas: la doctrina, la educación y el entrenamien-

to, los sistemas de control interno y la cooperación con las autoridades civiles. Tiene una Oficina de Derechos Humanos y una Organización Regional: la Conferencia de las Fuerzas Armadas de América Central.

El objetivo real es poder estar dentro de cada país del hemisferio observando la situación, para detectar rápidamente cualquier movimiento social contrario a los intereses de Washington. En la actualidad se le presta mayor atención a Guatemala y Honduras.

Refiriéndonos a esta última, lugar en el que se han violado los derechos humanos siempre, debe señalarse que el hermano país tiene enclavada de forma vitalicia una base militar estadounidense, sede de la Fuerza de Tarea “Bravo”, desde donde salen a cumplir las misiones de choque y represión contra los movimientos indígenas y revolucionarios del área centroamericana, bajo el pretexto de luchar contra el crimen organizado.

No se puede olvidar el apoyo que esta Fuerza brindó al Golpe de Estado contra el entonces presidente constitucional de Honduras, Manuel Zelaya, en 2009.

¿Quién debiera cumplir con la Iniciativa de Derechos Humanos del Comando Sur?

En el Centro de Estudios Hemisféricos de la Defensa, además del programa establecido, se promueven los valores estadounidenses y la democracia” con el tema de los derechos humanos incluido.

Según el Jefe del Comando Sur: “La mayoría de las naciones de esta parte del mundo desea nuestra cooperación, nuestra amistad y nuestro apoyo. Quieren trabajar con nosotros porque reconocen que compartimos los mismos valores, intereses, amenazas y preocupaciones”

Conclusiones

Estados Unidos y la Unión Europea son aliados entre los que predominan más las convergencias que las divergencias. Los valores sobre la base de los cuales sustentan su política exterior y de seguridad son afines y representan los intereses de las transnacionales comunes a ambos.

La relación trasatlántica se ha forjado alrededor de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN); la manera de apreciar las amenazas a la seguridad son muy comunes entre estos tres actores; la seguridad depende en gran medida de la que existe más allá de las fronteras, donde se encuentran sus principales intereses transnacionales.

América Latina y el Caribe revisten gran importancia para las dos partes del Atlántico actualmente; ambas se esfuerzan para no ser suplantadas comercialmente por China y otros miembros del BRICS, que año tras año han incrementado su presencia en el área.

La UE desarrolla planes de cooperación con la región y aplica, bajo concepciones propias, métodos de influencia económica y política que le permitan controlar las situaciones como protección a sus intereses.

La influencia militar europea en el área es menor que la estadounidense, pero es importante en aquellos países que fueron colonias europeas y que conservan un estatus de posesión ultramarina. El mayor conflicto actual se produce con Argentina, que reclama su derecho soberano sobre las Islas Malvinas, usurpadas por el Reino Unido desde el siglo XIX.

La representación militar europea en América Latina y el Caribe y el Comando Sur estadounidense cooperan entre sí, realizan ejercicios y maniobran juntos para garantizar la seguridad de ambos en el territorio, con el consecuente detrimento de la seguridad de latinoamericanos y caribeños.

La seguridad del área, desde el punto de vista militar, EE.UU. la garantiza a través del Comando Sur, cuya prioridad consiste en mantener el control de toda la región desde el punto de vista militar, preparar a los ejércitos de los países aliados para que alivien en cierta medida la tarea de controlar un área tan extensa, capacitar a los decisores latinoamericanos y caribeños para que respondan a la ideología e intereses de los EE.UU., presten su territorio para asentar las tropas del Comando y además, obtener la información necesaria que les permita contener cualquier movimiento social no deseado.

El Comando Sur, como los demás Comandos Unificados estadounidenses, existe para garantizar, desde su área de responsabilidad, el dominio imperial de la región.

La lucha contra el crimen organizado, el tráfico ilícito de estupefacientes y otros delitos conexos, tiene un carácter secundario y promueve el control y la represión de los movimientos sociales y políticos en la región. Con el volumen de fuerzas desplegadas en el área es muy difícil trasladar cualquier cargamento sin ser detectado. Solo se capturan aquellos que ponen en juego seriamente la seguridad nacional de los EE.UU. El resto del tráfico enriquece a los consorcios y mandos militares, con destino al elevado consumo estadounidense.

El incumplimiento de los derechos humanos solo se aplica, con falsos argumentos, a los gobiernos que pretenden satisfacer las necesidades de las grandes masas, por tantos siglos explotadas, a los países que pretenden unirse y fortalecerse, resultando incompatibles con los intereses del imperio.

Anexo I

Tabla I. Estados miembros de la UE y de la OTAN

<i>Países</i>	<i>Ingreso a la UE</i>	<i>Ingreso a la OTAN</i>
Albania ²⁴	—	2009
Alemania	1952	1955 y 1990
Austria	1995	—
Bélgica	1952	1949
Bulgaria	2007	2004
Canadá	—	1949
Chipre	2004	—
Croacia	2013	2009
Dinamarca	1973	1949
Eslovaquia	2004	2004
Eslovenia	2004	2004
España	1986	1982
EE.UU.	—	1949
Estonia	2004	2004
Finlandia ²⁵	1995	—
Francia	1952	1949
Grecia	1981	1952
Holanda	1952	1949
Hungría	2004	1999
Irlanda	1973	—
Islandia	—	1949
Italia	1952	1949
Letonia	2004	2004
Lituania	2004	2004
Luxemburgo	1952	1949

²⁴ Albania tiene, desde junio de 2014 el estatus de candidato a la UE (Página Web de la UE. “Relaciones de la UE con Albania y Turquía”; eeas.europa.eu/albania/index_en.htm; eeas.europa.eu/turkey/index_en.htm).

²⁵ En los últimos tiempos, Finlandia y Suecia están participando intensamente en las actividades de carácter militar de la OTAN, en especial después de comenzar la crisis EE.UU.-Ucrania-Rusia-OTAN. Ambos han participado en la mayoría de los ejercicios intimidatorios y provocativos realizados por la OTAN alrededor de las fronteras con Rusia. Los líderes de estos países han hecho declaraciones que dejan entrever una posible incorporación a la Alianza Atlántica.

Malta	2004	—
Noruega	—	1949
Polonia	2004	1999
Portugal	1986	1949
Reino Unido	1973	1949
República Checa	2004	1999
Rumanía	2007	2004
Suecia	1995	—
Turquía ²⁶	—	1952

Fuente: Página Web de la UE: “La historia de la Unión Europea”, europa.eu/about-eu/eu-history/index_es.htm; NATO Homepage, “What is NATO?”, www.nato.int/nato-welcome/index.html.

Anexo 2

Los principios políticos de la asociación estratégica OTAN-UE son: el fortalecimiento mutuo; practicar la concertación, el diálogo, la cooperación y la transparencia; el respeto a la igualdad, a la autonomía de decisión, a los intereses de las dos organizaciones y de los Estados de la UE; el respeto a los principios de la Carta de la ONU; el desarrollo de las capacidades militares comunes de forma transparente, coherente y mutuamente ventajosa. Se definieron, además, tres objetivos. Para la UE, trabajar por asociar a la PESD a los miembros europeos de la OTAN no miembros de la UE; para la OTAN, prestar su apoyo a la PESD y garantizar a la UE el acceso a sus capacidades de planificación; para ambos, garantizar el desarrollo de sus capacidades militares comunes.

Los acuerdos Berlín Plus, adoptados el 17 de marzo de 2003, sientan la base de la cooperación OTAN-UE en el ámbito de la gestión de crisis: permiten a la Alianza apoyar operaciones dirigidas por la UE en las que no participa la OTAN en su conjunto.

Los aspectos principales de estos acuerdos son: la garantía para la UE de acceder a la planificación operativa de la OTAN, con el obje-

²⁶ Turquía es candidata a miembro de la Unión desde 1999. Las negociaciones para el ingreso comenzaron en 2005. Según la UE, Turquía es un socio clave para ella y se le reconoce como país muy activo en la política exterior regional, con una ubicación estratégica incluso para la seguridad energética de la UE (Página Web de la UE. “Relaciones de la UE con Albania y Turquía”; eeas.europa.eu/albania/index_en.htm; eeas.europa.eu/turkey/index_en.htm).

tivo de hacer una utilización efectiva de la misma en la planificación militar de las operaciones de gestión de crisis dirigidas por la UE; disponibilidad de las capacidades y activos de la OTAN (unidades de comunicación, cuarteles generales y otros) para operaciones de gestión de crisis dirigidas por la UE; intercambio de información clasificada en virtud de normas de protección recíproca; procedimientos que deben seguirse para la gestión de activos y capacidades de la OTAN; modalidades de consultas OTAN-UE en el contexto de una operación de gestión de crisis dirigida por la UE que utilice activos y capacidades de la OTAN; integración en el sistema de elaboración de los planes de defensa de la OTAN que contemple las necesidades y capacidades militares necesarias para realizar las operaciones militares dirigidas por la UE y así, poder garantizar la disponibilidad de fuerzas bien equipadas y entrenadas para las operaciones de la OTAN o de la UE.

Anexo 3: Relación de las bases militares en el área de responsabilidad del Comando Sur²⁷

Localización de las bases controladas por Estados Unidos:

- Aruba (base aérea Reina Beatriz)
- Colombia (Apiay, Malambo, Palanquero, Tolemaida, Bahía de Málaga, Cartagena; sumar la Base aérea de Tres Esquinas ubicada en el Departamento de Caquetá, y la base Aérea Larandia, en el mismo Departamento, de la cual forma parte el puerto de Turbo, muy cercano a la frontera con Panamá, empleado para el aprovisionamiento de la IV Flota)
- Costa Rica (Liberia y Punta Arenas)
- Curazao (una base)
- Cuba

²⁷“Bases Militares Extranjeras en América Latina y el Caribe” (en el documento de referencia aparecen más detalles), www.mopassol.com.ar/archives/; Cumbre de los Pueblos, Universidad de Panamá, 10 de abril de 2015. Mesa 1: “América Latina: Región de paz acosada por EEUU”. Coordinación: Marco A. Gandásogui (hijo), www.alainet.org/es/articulo/168896.

- Chile (la Base Aérea y Naval que con autorización del gobierno de Sebastián Piñera se instaló en el Fuerte Aguayo, en Concón, cerca de Valparaíso. Bajo la denominación de que sirve para “ejecutar operaciones de mantenimiento de la paz o de estabilidad civil”, según indica la Embajada estadounidense. El acuerdo insiste en la lógica de que las Fuerzas Armadas deben intervenir en conflictos sociales o “estabilidad civil”)
- El Salvador (Comalapa)
- Haití (Base Aérea y Naval; además de la presencia, desde 2004, de la MINUSTAH, se registra una presencia de tropas de EE.UU. cuyo número no se ha podido determinar, así como el atraque de naves de la IV Flota. Desde la invasión de más de 20 000 efectivos, con motivo del terremoto de enero de 2010, organizaciones de Haití vienen denunciando que han quedado remanentes de esas tropas y que todo su territorio puede considerarse una gran base militar extranjera)
- Honduras (Puerto Lempira, Guanaja y Soto Cano)
- México (Chicomuselo y Jiquipilas)
- Panamá (doce bases, bases aeronavales)
- Perú (Iquito, Nanay, Santa Lucía; en 2015 se incrementó el personal militar estadounidense en Perú)
- República Dominicana (base naval en Isla de Saona)

Localización de las bases controladas por el Reino Unido:

- Argentina (Islas Malvinas, tres bases; en febrero de 2012, se hizo pública en la provincia del Chaco la instalación de un Centro Anticatástrofes y de Ayuda Humanitaria —la tercera de las bases—, financiado por el Comando Sur de EE.UU. Funcionaría en el Aeropuerto Internacional de Resistencia, capital de Chaco. El Centro dispondría de un radar y equipos de comunicación que habilitaría el lugar como un centro de control y espionaje que cubriría cuatro países del Cono Sur)
- Belice (una base)

Localización de las bases controladas por Francia:

- Guadalupe (dos bases)
- Guayana Francesa (tres bases)
- Martinica (dos bases)

La otra historia de los Estados Unidos: el pensamiento crítico norteamericano entre mitos, falacias y verdades

Dr. Jorge Hernández Martínez

Profesor titular y director del Centro de Estudios Hemisféricos
y sobre Estados Unidos (CEHSEU), Universidad de La Habana

*La nueva bandera de los Estados Unidos debería ser
con las rayas blancas pintadas de negro, y las estrellas
sustituidas por un cráneo y dos huesos cruzados.*

MARK TWAIN¹

Tanto la historia real, cual despliegue objetivo de acontecimientos, como el pensamiento histórico, en tanto proceso subjetivo con interpretaciones reiterativas o renovadas sobre hechos alejados, o novedosas acerca de hallazgos recientes, poseen la capacidad de relativizar, con frecuencia, criterios establecidos previamente, considerados como verdades absolutas, constituyendo ello la mejor expresión de la dialéctica del conocimiento. Ello se explica mediante la metáfora del viejo topo, la cual sugiere, como se conoce, que en su interminable cavado de túneles bajo la tierra, el pequeño animal siempre acababa asomando la cabeza por algún agujero. Así opera la historia, con su persistente e irrefutable significación, dado el peso de las evidencias y de los ajustes cognoscitivos que la acompañan, al cruzar miradas entre el pasado y el presente.

En los Estados Unidos se está reavivando hoy el debate historiográfico, como ha sucedido antes al acercarse y arribarse a determina-

¹ "To the Person Sitting in Darkness", en: *North American Review*, vol. 172, Boston, February, 1901, p. 176.

das fechas que son objeto de conmemoración, debido al significado que, por partida doble, han tenido para el acontecer histórico en sí mismo y para la revalorización de los juicios establecidos sobre ello. Dadas las implicaciones de las ciencias sociales para la legitimación o el cuestionamiento del *statu quo* o del orden vigente, el asunto no solo reviste importancia epistemológica, sino también ideológica. Lo que se discute tiene que ver, desde luego, con la validez o la vigencia de visiones que apuntalan o conmocionan la historia oficial, la cultura de la dominación. Recuérdese la expresión leninista: “(...) en una sociedad que tiene como base la lucha de clases, no puede existir una ciencia social imparcial²”

La revivificación ya se advierte en varios ejemplos. Existe una preocupación por retomar la célebre obra de Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, iniciada en 1835, atendiendo a que en el presente año 2015 se festeja el 180 aniversario de su primera parte, desde donde se expandirá el mito de que los Estados Unidos simbolizan a escala universal la encarnación más genuina del ejercicio democrático. Al mismo tiempo, reaparecen los empeños por volver al análisis de la Revolución de Independencia de 1776, considerando que en 2016 se arribará a su 240 cumpleaños, y que, como lo anterior, ella es el paradigma emblemático del nacimiento de la nación más democrática del mundo, que se pretende calificar actualmente como imprescindible, la del sueño americano, la tierra prometida. Por su importancia, ambos asuntos (la independencia y la democracia), serán objeto de análisis, de forma sucinta, en las páginas que siguen.

Desde el terreno del pensamiento crítico no se puede desconocer, en contraposición a lo anterior, que en el año que transcurre se cumplen 25 años de que viera la luz la trascendental obra de Howard Zinn, *A People's History of the United States*. Fue publicada originalmente en inglés en 1980, en una edición que luego sería revisada y ampliada de modo paulatino por el autor, al agregar de forma sucesiva nuevos capítulos, sumando al escrutinio inicial que examinaba desde la etapa colonial hasta la Administración Carter, las de Ronald Reagan, George H. Bush y William Clinton, incluyendo en su última elaboración, en 2004, el proceso electoral de 2000 que condujo a la presidencia a George W. Bush y los impactos del 11 de septiembre de 2001.

² V. I. Lenin: “Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo”, en: *V. I. Lenin, Obras Completas*, Tomo XIX, pp. 73-80, Ediciones en lenguas extranjeras, Pekín, 1980, p. 73.

Como conoce el lector, la versión en español de ese último esfuerzo, titulada *La otra historia de los Estados Unidos*, sería publicada en Cuba por la Editorial de Ciencias Sociales en el mismo año 2004 y agotada su venta en pocas semanas. Sus ediciones en inglés, desde la primera hasta la última, eran sin embargo conocidas en el país, porque los estudiosos entraron en contacto con ellas al difundirse en Cuba y el resto de América Latina. A partir de ahí, la obra se extendería con rapidez en los círculos académicos de la región, colocándose frente a las principales corrientes dominantes, de orientación burguesa, en la historiografía estadounidense, ampliamente divulgadas hasta entonces a través de los libros de texto y de otras representaciones culturales que legitimaban al imperialismo.

Así, ante los enfoques tradicionales que escribían una historia norteamericana *de arriba hacia abajo*, basada en las acciones de figuras o personalidades ilustres articuladas, emergía una nueva manera de asumir la historia, *de abajo hacia arriba*, con antecedentes tempranos en las décadas de 1960 y 1970, pero que no cristalizan sino al finalizar esta última y comenzar la siguiente. Bajo el liderazgo intelectual de Howard Zinn y de algunos otros, como William Appleman Williams,³ la nueva historia, con el signo del pensamiento crítico, narraría las historias de aquellos a los que se les negó la voz en el pasado o, dicho de otro modo, interpretaría la historia de la gente sin historia. Se trataba de una corriente de tradición marxista, que tomaba en cuenta a los sectores marginalizados, excluidos, explotados, segregados, a los olvidados: el movimiento obrero, la población negra, las mujeres, los indios, los chicanos, los grupos de origen asiático.

Ahora bien, en la medida que coincide este año con el quinto aniversario de la desaparición física del autor, en 2010, resulta aún más oportuno reflexionar, a la luz de las fechas y conmemoraciones aludidas, sobre la significación de la obra de Zinn, más allá del contexto en que fuera escrita, resaltando su vigencia, en las condiciones actuales que vive el mundo y en particular, la sociedad norteamericana. A simple vista, pareciera que los retos que los procesos en curso le imponen al pensamiento crítico contemporáneo plantean hoy tantas urgencias como ayer, desde el punto de vista de lo imperioso de contar con una visión histórica dialéctica, comprometida con el pasado, el presente y

³ De estos autores pueden mencionarse, como obras pioneras, *The Countours of American History* (Quadreangle, 1961) y *The Politics of History* (Beacon, 1970), respectivamente.

el devenir. Como quedaría claro desde la perspectiva historiográfica que resume y simboliza la obra de Howard Zinn en términos ideológicos, teóricos y metodológicos, es necesario discernir entre la falta de información, la confusión, la falsa conciencia y la manipulación, sobre todo si se tiene en cuenta que como señalaran Marx y Engels, “las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante”.⁴ Las presentes notas han sido motivadas por la intención de rendir un modesto tributo, reconocimiento, homenaje, a una obra no solo útil, sino también imprescindible, para quienes se interesan en los estudios sobre los Estados Unidos.

Zinn y la historiografía norteamericana en su contexto sociopolítico y académico

Como es conocido, Zinn fue mucho más que un historiador. Fue un creador comprometido con su tiempo, que podría ser considerado como genuina expresión del intelectual orgánico que definió Gramsci. Ante todo, fue un destacado activista político, un referente de los movimientos sociales en defensa de los derechos civiles y pacifistas en la sociedad norteamericana. Al momento de morir, de un ataque cardíaco en marzo de 2010, cuando viajaba por California, tenía 87 años y era profesor emérito del Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Boston, donde enseñó entre 1964 y 1988. Su trayectoria profesional comprendía un sostenido desempeño en el periodismo como columnista en diversos medios de la prensa escrita y como dramaturgo, aportando obras teatrales y críticas de arte.

Nacido en Brooklyn, en 1922, en una familia de inmigrantes judíos, se educó en la Universidad de Nueva York y en la Universidad de Columbia, donde recibió su doctorado en historia. Trabajó como profesor en Spelman College, una universidad para mujeres negras, en la racista ciudad sureña de Atlanta, hasta su traslado para la Universidad de Boston.

En un artículo publicado en *La Jornada* a raíz de su fallecimiento, el popular periodista David Brooks señalaría que Zinn había dicho en un discurso pronunciado en Baltimore en los años de 1960 que

⁴ Carlos Marx y Federico Engels: *La ideología alemana*, Edición Revolucionaria, La Habana, 1966, p. 30.

“el problema no era la desobediencia civil, sino la obediencia civil”, durante un acto al cual acudió en lugar de presentarse ante un juez para ser sentenciado por sus acciones contra la guerra en Vietnam. Después, cuando regresó a la Universidad de Boston, la policía lo esperaba para arrestarlo.⁵ Veterano de la Segunda Guerra Mundial, donde participó en los bombardeos aéreos contra Alemania, Zinn regresó después del conflicto para ver la destrucción que se cometió y desde entonces decidió que se opondría a la guerra. En ese contexto es que se inicia en las luchas del movimiento de derechos civiles, alentando a sus estudiantes a participar en él, siendo una de ellos Alice Walker, la conocida activista y autora de *El color púrpura*, quien mantendría una larga amistad personal con Zinn.

Según referiría Brooks, en lo que tal vez fuera la última contribución de Zinn a un medio de comunicación, el historiador escribiría unos párrafos para *The Nation* sobre el primer año de gobierno de Barack Obama, donde expresaba: “No me ha decepcionado terriblemente porque no esperaba mucho de él. Esperaba que fuera un presidente demócrata tradicional. En política exterior, eso es poco diferente a un republicano: nacionalista, expansionista, imperial y bélico. La gente está impresionada por la retórica de Obama, y creo que ya debería empezar a entender que será un presidente mediocre, lo cual significa, en estos tiempos, un mandatario peligroso, a menos que se presente un movimiento nacional para empujarlo en una dirección mejor”.⁶

Para el profesor argentino Fabio Nigra, especialista en historia de los Estados Unidos en la Universidad de Buenos Aires,

Zinn fue un exponente destacado de una serie de historiadores comprometidos con su pueblo, en particular en Estados Unidos. Es como si hubiera sido un historiador del Tercer Mundo inserto profundamente en el aparato académico norteamericano, poniendo en evidencia de forma sistemática las prácticas imperialistas, racistas y escasamente democráticas de su clase dominante, perspectiva ideológica que contradice claramente la visión hegemónica dentro de las grandes universidades estadounidenses.⁷

⁵ David Brooks: “Fallece el académico y dramaturgo Howard Zinn a los 87 años de un infarto”, en *La Jornada*, Jueves 28 de enero de 2010, p. 21.

⁶ *Ibíd.*

⁷ Fabio Nigra: “En el corazón del imperio”, en *Página 12*, Buenos Aires, Viernes 19 de marzo 2010.

Es importante precisar que la obra de Zinn debe comprenderse a partir de elementos que remiten a una veintena de años antes; es decir, el origen de sus ideas se inscribe en el contexto de los conflictos sociales y políticos de las décadas de 1960 y 1970, que terminaron con el optimismo político de no pocos historiadores norteamericanos, debido a la ola de movimientos sociales de los famosos *sixties*. Como señalara el historiador estadounidense Robert Darnton, surgió un sentido de crisis de la *identidad nacional* estadounidense:

(...) el conflicto racial, las “contraculturas”, el radicalismo estudiantil, la guerra del sureste asiático, el colapso de la presidencia, destruyeron la visión de la historia de los Estados Unidos como un consenso espiritual. Entraron los historiadores sociales, no a llenar el vacío sino a hacer a un lado las ruinas de lo que se conocía hasta entonces como la *New History* —que pasaba a ser vieja—, no para reconstruir un pasado único sino para lanzarse en diferentes direcciones.⁸

A fin de otorgarle carta de ciudadanía a la nueva orientación intelectual, pero imprimiéndole una connotación política, surgiría el término de *New Left* como recurso identificatorio, pero en verdad, no era lo suficientemente claro para designar una ideología o corriente de pensamiento dentro de la academia norteamericana. Más bien lo que brindaba era una idea un tanto vaga o difusa, que se refería a un movimiento heterogéneo, integrado por profesores universitarios y escritores con posiciones de una izquierda extremista, sin proyecciones definidas, cercanas incluso, en ocasiones, al anarquismo, y vinculadas sobre todo al movimiento estudiantil de los años de 1960.

El historiador norteamericano Peter Novick señala que

por supuesto, la novedosa historiografía de izquierda y la nueva izquierda estudiantil tenían importantes raíces comunes. Ambas surgieron por el decenio de 1960, en un clima caracterizado por el declive del macartismo, la frustración por la estupidez de la política en los años de Eisenhower, la admiración por el naciente movimiento de los derechos civiles en el sur, las primeras sacudidas de oposición a la carrera de las armas nucleares y la agitación en el

⁸ Robert Darnton: “Historia intelectual y cultural”, en *Historias*, no. 19, Instituto Nacional de Antropología e Historia, octubre-marzo de 1988, pp. 41-56., México, p. 52.

movimiento comunista, ocasionada por el discurso de Jruschov en el XX Congreso del Partido Comunista Ruso y por el aplastamiento soviético del levantamiento húngaro.⁹

Este punto de vista es compartido, en líneas generales, en numerosos estudios sobre el período, donde se distingue a aquella Nueva Izquierda por su crítica a la corriente historiográfica del consenso, centrada en el Estado y la identidad nacional de los Estados Unidos. Fue así que la propuesta de reconstruir la historia norteamericana a través de una nueva perspectiva, asumía como objeto de estudio, según ya se apuntó, a los grupos excluidos por la historia oficial: obreros, campesinos, mujeres, grupos étnicos minoritarios, regiones y comunidades tradicionales. De ahí que, como también quedó anticipado, a esta nueva orientación de los historiadores se le conoció como exponente de una historia desde abajo y que el campo donde floreciera tal punto de vista fuera el de la historia social. De modo que la *nueva* historia social norteamericana (la que para Zinn sería *la otra historia*) vendría a ser como una reacción en contra de la historiografía burguesa tradicional, centrada en las élites, en la esfera de la política circunscrita a sí misma, y alejada de la economía, la cultura y el pensamiento social en su sentido más amplio.

No es posible abordar en un artículo (ni es el propósito aquí) la diversidad de matices, contrapuntos y especificidades que coexisten en ese entramado de relaciones clasistas, institucionales, ideológicas, domésticas y externas, y que conforman un complejo tejido de concepciones y corrientes en la historiografía y en el conjunto de las ciencias sociales en los Estados Unidos. A los efectos del presente análisis, bastaría con subrayar que el proceso de articulación de *la otra historia* concede un lugar primordial al estudio de las estructuras sociales, de la sociedad civil, los movimientos sociales, en estrecha conexión con otras disciplinas, como la sociología y la antropología, y también con la ciencia política, la teoría de las relaciones internacionales y la historia mundial, si bien en estos tres últimos casos, en una menor medida. A la vez, no podría realizarse un examen a fondo sin tomar en cuenta el profuso debate que en la academia europea, especialmente en la británica, y con gran influencia de la escuela marxista, tributaba a una

⁹ Peter Novick: *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, 2 tomos, Instituto Mora, México D.F., 1997, p. 501.

pauta semejante en el campo de la teoría y la metodología de la ciencia histórica, convergente con la idea floreciente en los Estados Unidos sobre la urgencia de la historia social escrita “desde abajo”, inspirada por pensadores de mediados del siglo XX, como Christopher Hill, Rodney Hilton, George Rudé, Eric Hobsbawm y E. P. Thompson, de alguna manera relacionados hasta un punto con el Partido Comunista en Inglaterra. Son bien conocidas las principales publicaciones de esta corriente intelectual, *New Left Review* y *Past and Present*, ambas de gran resonancia en el campo de los estudios históricos y en general, de las ciencias sociales, como exponentes del pensamiento crítico.

El debate de la historiografía marxista anglosajona tuvo resonancia internacional en los decenios de 1950 y 1960, pero no sería hasta los trabajos de E. P. Thompson que llegarían a los recintos universitarios norteamericanos (también a los canadienses), donde aquel ejercería como profesor de historia y literatura. Un buen número de historiadores norteamericanos de la Nueva Izquierda recibieron su influencia, impactados por sus proposiciones acerca de que era preciso recuperar la “experiencia vivida” y el protagonismo de lo que llamaba las “capas bajas” de la sociedad, propiciando los estudios desde las coordenadas de la lucha de clases, los conflictos políticos, los movimientos sociales, la explotación capitalista y el papel, en síntesis, de los sectores populares (los olvidados, los marginados, los sin historia) en el proceso histórico.

El espacio académico que así se iba definiendo abarcaba, por supuesto, el ámbito de la pujante producción sociológica que en los Estados Unidos se alzaba, desde la óptica de un pensamiento crítico comprometido con una mirada similar, ante las corrientes dominantes del estructural-funcionalismo, el empirismo y el pragmatismo, descollando un autor como Charles Wright Mills, que sometería además a fuerte cuestionamiento la visión unilateral y reduccionista prevaleciente sobre las estructuras económicas, políticas, militares y culturales. Sus obras antológicas, *La elite de poder* y *La imaginación sociológica*, no pueden divorciarse del contexto esbozado.

En resumen, podría afirmarse que la *nueva* o *la otra* historia, y la sociología crítica norteamericanas, configuraron un campo interdisciplinario, con fuertes vasos comunicantes o zonas de superposición, que se desarrolla en ese país entre las décadas de 1960 y 1980, en medio de discusiones que aún perduran acerca de sus particularidades en cuanto a objeto, método e inmediatez de sus implicaciones políticas.

No siempre ha sido bien recibida entre sociólogos e historiadores. De nuevo, estas cuestiones rebasan los objetivos del presente artículo. Desde el ángulo que interesa subrayar aquí, vale decir que para un autor como Zinn, tanto el concepto de la acción colectiva, que asumiría con fuerza Charles Tilly, como la importancia que le concedía Barrington Moore a la interrelación del espacio y el tiempo en tanto categorías centrales para estudiar la dinámica y el cambio social (ambas figuras reconocidos historiadores y sociólogos políticos, exponentes del pensamiento crítico norteamericano), están presentes en una cosmovisión que se extendería a los seguidores de la tradición intelectual, científico-social, que representa.

Falacia y realidad: el legado de la Revolución de Independencia

En la Declaración de Independencia dada a conocer el 2 de julio 1776, se proclamó, por primera vez en la historia, la soberanía del pueblo, lo que se convierte desde esa fecha en principio fundamental del Estado moderno. Como se conoce, con ello se reconocía el derecho de la población a la sublevación, a la revolución: se declaraba la ruptura de todas relaciones entre las colonias en América del Norte y la metrópoli británica, exponiéndose las bases sobre las que se levantaba, de manera independiente, la naciente nación.

Desde el punto de vista histórico, la Revolución de Independencia en los Estados Unidos, sin embargo, fue un proceso limitado, inconcluso, sobre todo por el hecho de que conservó intacto el sistema de esclavitud, que ya se había conformado totalmente para entonces, con lo cual quedaría pospuesta casi por un siglo la consecución de ese anhelo universal (la abolición), hasta la ulterior Guerra Civil o de Secesión, que se desatará entre 1861 y 1865.

Anticipando el derrotero de las revoluciones burguesas europeas (aún y cuando sus especificidades impidan catalogarla, con exactitud historiográfica, como un acontecimiento de idéntico signo), la independencia de las trece colonias que la Corona Inglesa había establecido en la costa este de América del Norte expresó tempranamente la vocación de lucha por la liberación. También reflejó la magnitud de la conciencia nacional que despertaba en la vida colonial y, sobre todo, la capacidad de ruptura con los lazos de dominación que las potencias colonizadoras habían impuesto en las tierras del Nuevo Mundo.

Es cierto que ese hecho no llevó consigo una quiebra de estructuras feudales preexistentes, como las que preponderaban en la escena europea, (ante las cuales reaccionarían los procesos que en Francia e Inglaterra le abren el paso a las relaciones de producción capitalistas, lo que sí permite bautizarlas como revoluciones burguesas). No podía ser así, ya que desde que aparecieron los gérmenes de lo que luego sería los Estados Unidos de América, nunca se articularon relaciones feudales como tales. Las trece colonias nacieron definidas con el signo predominante del modo de producción capitalista, es decir, marcadas con el signo de una embrionaria, pero a la vez pujante y dinámica matriz social burguesa.

Al situar el proceso en su entorno, apelando a las propias palabras de Zinn “hacia el año 1776, algunas personas importantes de las colonias inglesas descubrieron algo que resultaría enormemente útil durante los doscientos próximos años. El hallazgo fue el pensar que si creaban una nación, un símbolo, una entidad legal llamada Estados Unidos, podrían arrebatarles las tierras, los beneficios y el poder político a los favoritos del Imperio Británico. Y que además, en este proceso, podrían desactivar una serie de rebeliones potenciales y crear un consenso de apoyo popular para la andadura de un nuevo y privilegiado liderazgo”. Sobre esa base, agrega, con razón: “Vista así, la Revolución Norteamericana fue una operación genial y los Padres de la Patria se merecen el respetuoso tributo que han recibido a lo largo de los siglos. Crearon el sistema más efectivo de control nacional diseñado en la edad moderna y demostraron a las futuras generaciones de líderes las ventajas que surgen de la combinación del paternalismo y del autoritarismo”.¹⁰

Por su parte, Roberto Fernández Retamar resumía lo esencial de dicho proceso, al señalar que

es imprescindible considerar la gran aventura que inició un nuevo capítulo en la historia cuando en 1776 las Trece Colonias, entonces sólo un puñado de tierras y de gentes, emitieron una inolvidable *Declaración*, previa a la francesa de 1789, habiendo desencadenado contra Inglaterra la que iba a ser la primera guerra independentista victoriosa en América. Esa independencia nos parece admirable, a pesar de que aquella Declaración, donde se afirmó desafiantemente

¹⁰ Howard Zinn: *La otra historia de Estados Unidos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004, p. 60.

que *todos los hombres han sido creados iguales*, sería contradicha pronto, pues la esclavitud se mantendría durante casi un siglo en la República nacida de esa guerra. Los hombres que en el papel eran iguales resultaron luego ser sólo varones blancos y ricos: no los indios, que en su gran mayoría fueron exterminados como alimañas, ni los negros, que continuaron esclavizados. La nación que entonces surgió era además, para decirlo en palabras de Martí, *cesárea e invasora*.¹¹

Y es que la Revolución de Independencia de los Estados Unidos se adelantó, no cabe dudas, a la enorme contribución histórica que aportaría, algunos años más tarde, la Revolución Francesa, cuyo impacto es ampliamente conocido, por ser la que abre una década de transformaciones definitivas para todo el panorama social, cultural, científico, productivo e industrial en Europa, con implicaciones incluso de índole mundial. Estaría de más insistir en el hecho de que la misma ha sido fuente de inspiración de luchadores contra tiranías y sistemas absolutistas (monárquicos, clericales y feudales).

Con razón se ha insistido por parte de no pocos historiadores y especialistas, en el origen burgués y, sobre todo, en el carácter antipopular de la célebre *Constitución* de los Estados Unidos (ese texto jurídico y político que es el más antiguo en nuestro Continente, y que se toma como modelo por otros países, a la hora de concebir sus propios documentos constitucionales), al caracterizarla como el fruto de cincuenta y cinco hombres ricos, entre quienes se encontraban comerciantes, esclavistas, hacendados y abogados, que sin rodeos no hicieron más que defender sus intereses clasistas. Por supuesto, a pesar del tremendo aporte intelectual y político de figuras como Washington, Jefferson, Hamilton, Madison, Franklin, entre otros, ninguno de ellos tuvo proyecciones de beneficio mayoritario, ni incluyó en sus reflexiones a las masas populares. Desde el punto de vista constitucional, lo cierto es que con la llegada de la Independencia, ni los obreros de las manufacturas, ni los artesanos ni los esclavos lograron sustanciales mejoras en sus condiciones de vida. El preámbulo de ese documento fundacional en la historia de los Estados Unidos fija, desde su inicio, la visión engañosa, adormecedora. Las primeras palabras que escriben los aludidos padres fundadores así lo demuestran: “Nosotros, el pueblo”.

¹¹ Roberto Fernández Retamar: “Cuba defendida. Contra otra leyenda negra”, *Cuadernos Americanos*, vol. 5, no. 47, UNAM, México, septiembre-octubre de 1994, p. 24.

Precisamente, Howard Zinn lo destaca, cuando al comentarlo señala que

con ello intentaban simular que el nuevo gobierno representaba a todos los norteamericanos. Esperaban que este mito, al ser dado por bueno, aseguraría la tranquilidad doméstica. El engaño continuó generación tras generación, con la ayuda de los símbolos globales, bien fueran de carácter físico o verbal; la bandera, el patriotismo, la democracia, el interés nacional, la defensa nacional, la seguridad nacional, etc. Atrincheraron los eslóganes en la tierra de la cultura norteamericana.¹²

A continuación, subraya la idea, al agregar que “los Padres Fundadores no tomaron ni siquiera en cuenta a la mitad de la población”, refiriéndose a los segmentos sociales que quedaron excluidos del marco de reclamos e inquietudes por los que se preocupaban los documentos fundacionales de la nación estadounidense.¹³

Las bases doctrinales e institucionales sobre las que se levanta el aparato político de los Estados Unidos (y en general, los soportes que sostienen el diseño de la sociedad norteamericana, incluido su sistema de valores) están contenidas, podría afirmarse, en una serie de documentos, entre los que se distinguen tanto la mencionada Declaración de Independencia, de 1776, como la referida Constitución del país, rubricada unos años después, en 1787, en Filadelfia. El primero sería un texto revolucionario, enfocado hacia la arena internacional, procurando dotar de legitimidad al tremendo proceso que tenía lugar. El segundo fue un documento conservador, dirigido hacia dentro de la sociedad norteamericana, en busca de la preservación o consagración de la normatividad, de la legalidad que sirviera de garantía a los cambios ya logrados.

Para decirlo en pocas y sencillas palabras: la Constitución ponía fin a la revolución convocada por la Declaración de Independencia. Elitismo, exclusiones y limitaciones se levantarían desde allí como realidades opuestas a los ideales y promesas de participación, libertades, posibilidades y derechos, que se proclamaban antes. Desde esta perspectiva, queda claro que de la manera en que la historiografía tradicional nor-

¹² Howard Zinn: ob. cit., p. 23.

¹³ Ibídem.

teamericana suele presentar el legado de la Revolución de Independencia, responde más a una falacia que a un hecho real.¹⁴

Mito y verdad de la vocación democrática

El tema de la democracia es de la más vieja data en el devenir de los Estados Unidos. Sería difícil encontrar a un interesado en el conocimiento o estudio de la realidad norteamericana (su historia, el cine, la literatura, la música, la vida cotidiana, la política) en cuyo imaginario —al procurar asociar determinados conceptos, valores o cuestiones trascendentes al acontecer de ese país, o al tratar de fijar aspectos identificatorios de esa sociedad—, no le viniese a la mente la palabra *democracia*. Y es que gracias al papel del sistema educacional, los libros escolares de texto, los medios de comunicación (radial, escrita, televisiva, cinematográfica), se difunden y reproducen estereotipos, en virtud de lo cual, la promesa o la aspiración democrática se presenta como un imperativo fundacional de la nación norteamericana. En este caso, se trata de uno de los principales mitos sobre los que se construye la imagen nacional en los Estados Unidos, así como en el resto del mundo.

No importa que el término no aparezca como tal, para sorpresa, seguramente, de muchos, ni en la Declaración de Independencia ni en el texto de la Constitución. Sucede que la democracia es una de las cuestiones más discutidas en la filosofía y el pensamiento social desde la antigüedad. Según los estudiosos, se trata de una de los temas más perdurables en política y se convirtió en el siglo XX en uno de las más centrales y debatidos; le son atribuidos significados y connotaciones muy disímiles en su larga historia y es definida desde el punto de vista académico en la actualidad con enfoques también diferentes, acorde con los distintos contextos socioeconómicos en los cuales se le ubique. No obstante, la mayor parte de los criterios coincide en destacar que se basa en la idea del *poder popular* o *del pueblo*, enfatizándose aquella situación en la cual el poder y la autoridad descansan en este.

¹⁴ En buena medida, Zinn prolonga una línea de análisis iniciada por el historiador norteamericano Charles A. Beard, uno de los precursores de la historiografía crítica, conocido por sus estudios iconoclastas sobre el desarrollo de las instituciones políticas de los Estados Unidos, que enfatizan la dinámica del conflicto y cambio socioeconómico, quién afirmaría desde su célebre obra, *An Economic Interpretation of the Constitution of the United States*, escrita en 1913, que la Constitución de ese país había sido formulada para servir a los intereses económicos de los llamados “Padres Fundadores”.

Una de las conceptualizaciones más conocidas de la democracia en la historia de la sociedad norteamericana (quizás una de las más familiares), quizás sea aquella dada por Abraham Lincoln, en el siglo XIX, al concebirla como *el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo*, en la que también se insiste en la idea anterior, es decir, en la importancia del poder popular o del pueblo, como elemento esencial de la democracia. Con independencia de lo que se entienda por *pueblo* —cuestión fundamental, que ameritaría un análisis aparte—, lo cierto es que a lo largo de la historia, la democracia ha sido entendida y asumida, la mayor parte de las veces, bien como forma de gobierno, bien como conjunto de reglas que garantizan la participación política de los ciudadanos, bien como exigencia moral y humana, valiosa en tanto principio universal, o bien como método de ejercicio del poder.

De este abanico, conviene subrayar la primera variante, en la que el poder político es ejercido por el pueblo, lo cual lleva consigo el principio de la participación popular en los asuntos públicos y en el ejercicio del poder político. La participación, por tanto, es primordial a la hora de comprender y asumir la democracia. No obstante, no siempre existe consenso acerca de lo que se define como participación, como tampoco con la manera de entender el concepto de pueblo. Y es que de ello se desprenden consecuencias trascendentales a la hora de determinar el alcance real de la democracia.

En los Estados Unidos, durante el período de la guerra de las trece colonias contra Inglaterra, hacia finales del siglo XVIII, la discusión en torno a la democracia tuvo lugar entre contradicciones y conflictos, a través de un proceso que no fue lineal. En ese contexto se desarrollaron las dos tendencias ideológicas fundamentales que influirían posteriormente en las nuevas instituciones políticas y jurídicas y en la formación del Estado norteamericano moderno: la antipopular, liderada por los federalistas Hamilton, Madison y Jay; y la democrática, encabezada por Jefferson y Paine. En cuanto a la forma de gobierno que debía adoptar el Estado norteamericano, los federalistas se pronunciaban a favor de la monarquía constitucional a semejanza de la inglesa, mientras que los partidarios de la tendencia democrática abogaban por la república democrática burguesa. Como se sabe, finalmente se impuso esta última posición.

A partir del siglo XIX, como se aludía al comienzo de este artículo, con el famoso libro de Alexis de Tocqueville *La Democracia en Améri-*

ca, se incorpora un nuevo término al lenguaje político en los Estados Unidos: el de *democracia representativa*, cuyo efecto sería trascendental. Se comienza a utilizar el término acuñado por dicho autor, concediendo al sufragio y al sistema electoral en general, el papel esencial dentro del ejercicio democrático y relegando a un segundo plano la participación ciudadana en la toma de decisiones y en el ejercicio del poder. Esta idea de *la representación liberal burguesa* que se plasma en la sociedad norteamericana (que no rinde cuenta, que no es revocable, que se desvincula cada vez más de los intereses populares), es, desde luego, la negación misma de la democracia. Y sin embargo, he ahí uno de los mitos ensamblados, con el aval de la historiografía tradicional norteamericana, en la cultura nacional de los Estados Unidos, en el imaginario de su población, y en la imagen mundial que proyecta ese país.

Con el desarrollo del capitalismo se producen cambios radicales en la concepción de la democracia y de la participación que se había establecido a través de la sociedad esclavista y feudal. La vida social se hace más compleja, toda vez que se amplían las esferas de participación ciudadana y se incrementan las personas con derecho a participar. La participación en el ejercicio del poder y en los asuntos del Estado, bien directamente o por medio de representantes, es consagrada jurídicamente como uno de los derechos fundamentales del ciudadano, extendiéndose a grandes capas de la población. Se convierte en un atributo de las masas, sobre la base de la idea de la soberanía popular.

Anticipándose un poco a la célebre Revolución francesa, que consagra tales principios, la que tiene lugar en los Estados Unidos, con base en la Declaración de Independencia, de 1776, en la Constitución, de 1787, y sobre todo en las enmiendas que introduce la denominada Carta de Derechos (*Bill of Rights*), permite a los atributos de la democracia entrar formalmente en vigor en la vida social y política norteamericanas: la libertad de palabra, de prensa, de reunión, de asociación. La historia ha mostrado, más de una vez, los límites reales con que tropieza el ejercicio de tales atributos.

Desde la Constitución, la idea relativa a lo que luego quedaría entronizado como la forma básica de participación en la vida social y política de un Estado o país quedaría recogida en términos del derecho a elegir y a ser elegido. En una sociedad como la estadounidense, la cuestión de la democracia se reduce, como regla, a la institucionalidad

de las elecciones. Si existe el derecho al sufragio, hay democracia. Si no existe, ni hablar de democracia.

En el siglo XX, esa concepción específica, reduccionista y unilateral, se estrecha más aún, en la medida que los enfoques norteamericanos definen los procesos electorales como expresión de la democracia solo en aquellos casos en los cuales se reproduce el esquema válido en los Estados Unidos. Si no se lleva a cabo a su imagen y semejanza, entonces los mecanismos democráticos no son reales o son incompletos. Por tanto, fuera de ese patrón, no existe la democracia. Los medios de difusión, el arte y la cultura en los Estados Unidos (e inclusive, también en muchos otros países) han contribuido, queriéndolo o no, no solo a difundir los bienes de consumo que simbolizan a esa sociedad —como la Coca Cola, las hamburguesas McDonalds, las películas de Hollywood, los automóviles Ford, Buicks o Chevrolets, los equipos de la General Motors— sino el modelo de democracia que se supone es de valor universal y que de modo legítimo puede extenderse a la cultura no occidental.

Teniendo en cuenta la significación que tienen los procesos de elecciones presidenciales para la comprensión de la democracia en una experiencia como la de los Estados Unidos, es que generalmente se unen las dos cuestiones al hablar del sistema político de ese país. No es inusual hallar la expresión de que el mismo es, por excelencia, un “sistema democrático” o un “sistema electoral democrático”, cuando se está haciendo alusión al carácter y contenido que allí asume el bipartidismo y el proceso electoral, donde se relativiza el significado del voto popular.

Pareciera que, ante tales verdades, aún faltan algunos requisitos para afirmar que los Estados Unidos, en sus ya casi doscientos cuarenta años de experiencia como Estado-nación, han satisfecho la promesa democrática. Sobre todo, si quisiera entenderse el asunto a la luz de lo que precisa Zinn, en las últimas líneas de su citada obra. En ella comenta que el principio democrático subsumido en el espíritu de la Declaración de Independencia, “declaraba que el gobierno era secundario, que el pueblo que lo había establecido era lo primero. Por consiguiente, el futuro de la democracia depende del pueblo, y de su conciencia creciente acerca de cuál es la manera más decente de relacionarse con los seres humanos de todo el mundo”.¹⁵ Compárese esa aspiración con la realidad norteamericana de hoy. Parece obvio que la promesa no se ha cumplido y que

¹⁵ Howard Zinn: ob. cit., p. 512.

la vocación democrática de los Estados Unidos tiene mucho más de expresión mítica que de verdad.

Nota final

El exergo con el que se inicia este artículo evoca —a través de las palabras de Mark Twain—, las peores tradiciones que con la práctica imperialista le han añadido ribetes a la cultura política norteamericana, haciendo legítima una representación como la utilizada por ese escritor. Está claro que esa simbología satírica sugiere identificar la bandera de los Estados Unidos con la que usaban las embarcaciones piratas en el pasado. Téngase presente que Twain fue testigo tanto de la guerra civil como de los procesos que, en la última década del siglo XIX, indican la transición del capitalismo premonopolista al imperialismo, incluyendo la intromisión en la guerra entre Cuba y España. De ahí que el tono de sus obras fuese a menudo de parodia y de crítica mordaz al referirse a prácticas expansionistas, agresivas y genocidas, que negaban el ideario de la Revolución de Independencia y la noción de democracia en la tradicional usanza norteamericana.

La obra de Zinn incursiona en la historia estadounidense mediante un formato ajeno a la estructura habitual de los textos referidos a esa temática y, desde luego, no constituye ni un manual ni un libro de texto concebido para la enseñanza; tiene la virtud de entrar y salir en pasajes históricos, combinando anécdotas, sentido del humor y vivencias propias.

La otra historia de los Estados Unidos es una contribución decisiva para entender que la cultura política norteamericana se define por características del proceso histórico de la colonización inglesa y el de la formación de la nación, relacionados con el dominio de valores y tradiciones propios del individualismo, el apego a la propiedad privada, el puritanismo evangelista, la ética protestante, los sentimientos de supremacía religiosa, racial y étnica, y la impronta utilitarista y materialista de corrientes filosóficas como el pragmatismo y el instrumentalismo o de concepciones sociológicas como las del positivismo y el empirismo, manifestadas en el modo de asumir la frontera en términos geopolíticos y la política exterior bajo el signo de la *realpolitik*.

Entre otros aspectos de gran vigencia, sobresalen sus agudos análisis sobre el lugar y papel del racismo en la sociedad estadounidense, su evolución histórica, las prácticas genocidas contra la población india o nativa y la sólida crítica a las ideas del politólogo conservador Samuel P. Huntington acerca de la democracia restringida. Su esfuerzo por añadir actualizaciones a *La otra historia de los Estados Unidos* es una muestra nítida, consecuente, de su sentido de compromiso con el oficio de historiador, de su condición de intelectual orgánico.

En las circunstancias de bajo la segunda etapa de gobierno de Barack Obama, cuando crece la intensidad de sus políticas apoyadas en los resortes del *soft power* y el *smart power*, mediante lo cual se concede un valor agregado a los instrumentos ideológicos, y, sobre todo, en un contexto en el que en más de una ocasión (como sucedió en las Cumbres de la Américas de 2009 y 2015), dicho presidente ha llamado a olvidar la historia y a un nuevo comienzo, es conveniente recordar la palabra de Zinn cuando afirma que “si la experiencia histórica tiene algún significado, el futuro de la paz y la justicia en los Estados Unidos no dependerá de la buena voluntad del gobierno”.¹⁶

Zinn sigue presente, cinco años después de su partida física, militando en las filas del pensamiento crítico contemporáneo, dentro y fuera de los Estados Unidos, como un activo estimulador de la historiografía norteamericana. Lo hace través de la utilización de sus obras como fuentes bibliográficas en la enseñanza universitaria, como referencia investigativa en los estudios científicos y como ejemplo de voz contestataria y acción contrahegemónica, en una nación crecientemente conservadora donde tuvo el valor personal de situarse junto a los oprimidos otras figuras que ya tampoco están de cuerpo presente, como Edward Said, Gore Vidal, William Styron y Norman Mailer. Ellos, desde la literatura, la crítica artística y el pensamiento social, fertilizaron la cultura de resistencia ante la ofensiva ideológica del imperialismo en su país y contribuyeron a mantener viva la memoria histórica norteamericana, incluso a recobrarla en algunos casos. Como expresó David Brooks al referirse a Zinn, “el historiador seguirá vivo a través de los desobedientes que siempre celebró”.¹⁷

¹⁶ Howard Zinn: ob. cit., p. 503.

¹⁷ David Brooks: ob. cit., p. 21.